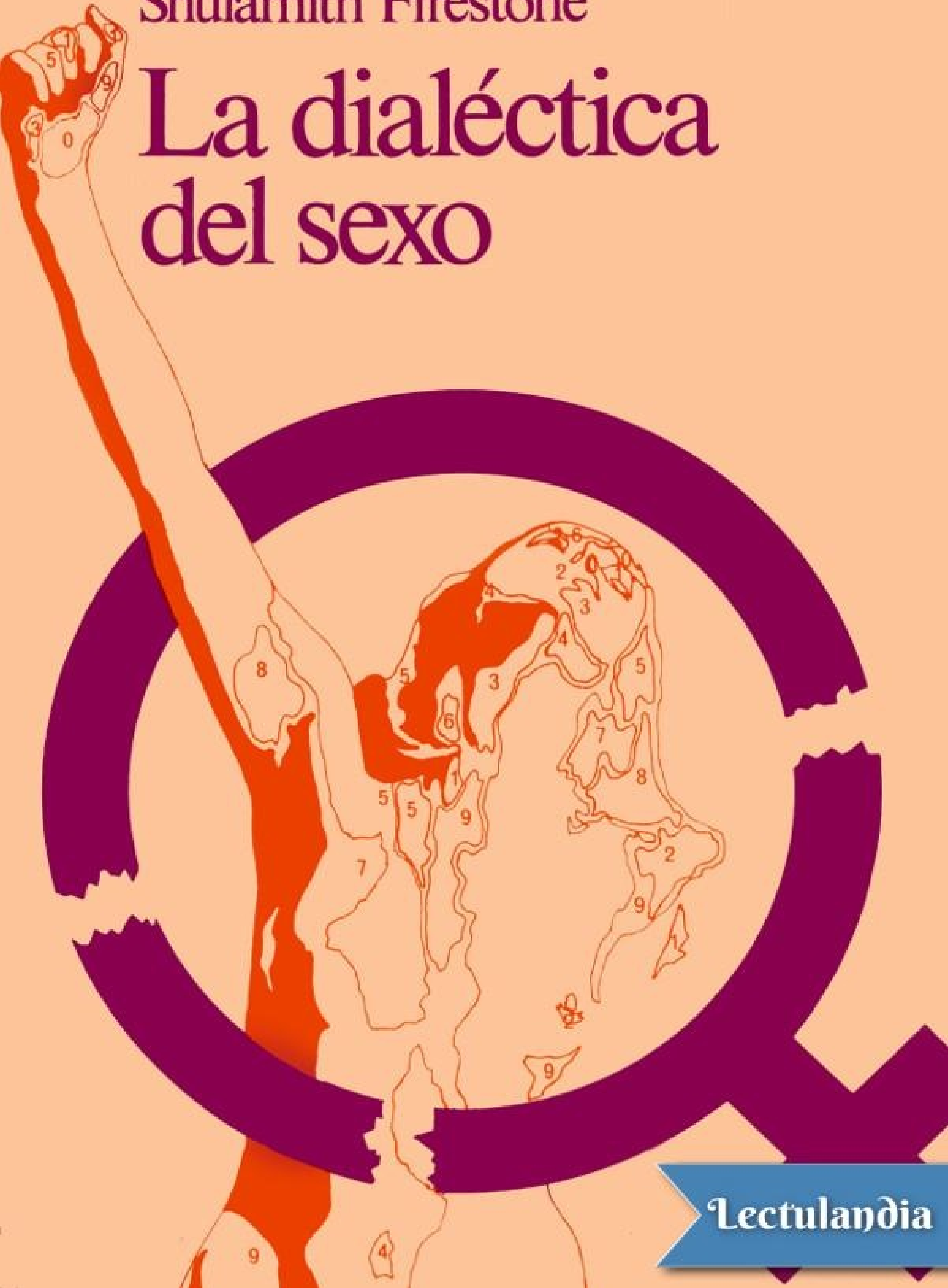
Shulamith Firestone

La dialéctica del sexo



¿Cuál es el origen más profundo de la división social? ¿Existe una dialéctica más radical que la de la lucha de clases? En *La dialéctica del sexo*, libro que se ha convertido ya en un «clásico», se da una respuesta tajante: La desigualdad biológica entre hombres y mujeres es la causa más en el origen del sistema de clases y no viceversa.

A lo largo de diez provocativos capítulos, Shulamith Firestone, pasa revista a la maquinaria política que alimenta al «chauvinismo» masculino y analiza la importancia de mitos como el amor romántico —que refuerzan la sumisión femenina. Examina también a fondo las facciones básicas en el interior de los movimientos feministas actuales e incita a asumir una postura radical capaz de desarrollar un nuevo estilo político que reconcilie la prorrogativa femenina con el mundo exterior. Al fin y al cabo, en un mundo en el cual lo cultural y lo natural son conceptos cuya distinción tiende a diluirse, cabe pensar que lo que es «natural» ya no es necesariamente «humano». Para sobrevivir y acomodarnos a la altura de los tiempos, tal vez debamos revisar nuestros conceptos sobre la familia y romper la política tradicional de los roles sexuales. A la luz de la esta perspectiva, *La dialéctica del sexo* esboza el proyecto de una sociedad postrevolucionaria en la que el sistema de clases sexuales desaparece para dar paso a una alternativa más *humana*.

Lectulandia

Shulamith Firestone

La dialéctica del sexo

ePub r1.1
marianico_elcorto 06.09.15

Título original: *The Dialectic of Sex*
Shulamith Firestone, 1973
Traducción: Ramón Rihé Queralt
Diseño de cubierta: Joan Batallé

Editor digital: marianico_elcorto
ePub base r1.2

A SIMONE DE BEAUVOIR

QUE HA CONSERVADO SU INTEGRIDAD

El examen y la reflexión en torno a la Naturaleza —en su acepción más amplia—, en torno a la historia de la especie humana o de nuestra propia actividad intelectual, nos conducen a la percepción inmediata de un entramado sin fin de relaciones y reacciones, permutas y combinaciones, en las que nada conserva su esencia, ubicación o modo; al contrario, todo se mueve, cambia, llega a ser y desaparece. Nuestra captación primera es, por tanto, la de un todo unitario, mientras sus componentes individuales permanecen en mayor o menor grado en un segundo plano; observamos los movimientos, los cambios, las conexiones, no lo que se mueve, combina y une. Esta concepción del mundo primitiva e ingenua, pero intrínsecamente correcta, pertenece a la antigua filosofía griega y el primero en formularla con claridad fue Heráclito: todo es y no es, puesto que todo fluye, cambia sin cesar, adquiere el ser constantemente y constantemente desaparece.

FRIEDRICH ENGELS

1. La dialéctica del sexo

La división estanca derivada del sexo es tan profunda que resulta imperceptible. Caso de ser percibida, puede serlo bajo una capa de desigualdad superficial, susceptible de abolición mediante unas pocas reformas o mediante la plena integración de la mujer en el estamento laboral. Es, sin embargo, la reacción del varón, la mujer o el niño corrientes la que más se acerca a la verdad:

—¡Qué dices! Pero ¡si *ésto* no se puede cambiar! ¡Tú estás loco! Pues bien, hasta ahí exactamente ahondamos en la realidad. Esta reacción espontánea —la suposición de que, aunque inconscientemente, las feministas están hablando de cambiar un estado biológico fundamental— es una reacción sincera. El que un cambio tan profundo no encaje fácilmente en las categorías mentales tradicionales —las «políticas», por ejemplo— no se debe a la irrelevancia de dichas categorías, sino a su estrechez congénita; el feminismo, radical las arrolla. Si existiera un vocablo de contenido más amplio que el de *revolución*, lo utilizaríamos aquí.

Hasta que no se alcanzó un cierto nivel evolutivo y la técnica consiguió su actual estadio de sofisticación, poner en cuarentena un estado biológico fundamental parecía cosa de locos. ¿Qué razones podían existir para que una mujer renunciará a su preciado asiento en el vagón-cuadra por una lucha sangrienta que no podía tener esperanzas de ganar? Sin embargo, en algunos países por vez primera, se dan las condiciones previas para una revolución feminista; es más, las circunstancias empiezan a *exigir* dicha revolución.

Las pioneras están intentando evitar la masacre y, avanzando a tientas, empiezan a encontrarse unas a otras. Su primera actuación táctica consiste en una cuidadosa observación conjunta, en la resensibilización de una conciencia fraccionada. Es una labor penosa. Poco importan los niveles de conciencia que se dejen atrás; el problema queda siempre a mayor profundidad. Está en todas partes. El dualismo *yin-yang*[1] impregna todo el curso de la cultura, de la historia, de la economía e incluso de la naturaleza misma; las versiones occidentales de la discriminación sexual no constituyen más que su última floración. Potenciar hasta este punto la propia sensibilidad con respecto al sexismo conlleva problemas mucho más graves que cuantos puedan derivarse de la perceptibilidad recién adquirida por el militante negro: frente al racismo las militantes feministas se ven en la necesidad de poner en tela de juicio no sólo la totalidad de la cultura *occidental*, sino la organización misma de la cultura y, más allá, la de la propia naturaleza. Muchas mujeres —perdida la esperanza —, abandonan la lucha, porque, si es cierto que la profundidad del problema alcanza *estos* niveles, prefieren seguir ignorándolo. Otras siguen engrosando las filas de este movimiento y prestándole su apoyo; su dolorosa reactibilidad a la opresión de la mujer tiene un objetivo que le otorga razón de existencia: su eventual eliminación.

Antes de proceder al intento de modificar una determinada situación, debemos, no

obstante, esclarecer su origen y evolución, así como las instituciones a través de las cuales actúa. Recordemos el aviso de Engels: «(Debemos) examinar la sucesión histórica de los hechos de los que deriva el antagonismo, a fin de descubrir en el complejo de las circunstancias por ellos creadas los medios que nos permitan poner fin al conflicto». Antes de proceder a la revolución feminista, precisaremos de un análisis de la dinámica de la guerra de los sexos tan exhaustivo como resultó ser el análisis que Marx y Engels hicieron del antagonismo de clases, previo a la revolución económica. Más exhaustivo aún, porque nos enfrentamos a un problema de mayores proporciones, a una opresión que se remonta más allá de todo testimonio escrito hasta penetrar en los mismísimos umbrales del reino animal.

En la gestación de un análisis de tal naturaleza, podemos obtener información valiosísima a través de Marx y Engels. No me refiero a la recopilación literal de sus opiniones sobre las mujeres (apenas tienen idea del estado de la mujer como clase oprimida, hecho que sólo reconocen cuando roza la cuestión económica), sino a su *método* analítico.

Marx y Engels fueron superiores a sus antecesores socialistas por haber desarrollado un método de análisis a la vez *dialéctico* y *materialista*. Fueron los primeros —tras largos siglos de cultura— en concebir la historia dialécticamente, en contemplar el mundo como proceso —flujo natural de acción y reacción, de contrarios que, sin embargo, resultan inseparables y se penetran mutuamente. Al poder captar la historia como secuencia y no como instantánea, intentaron evitar caer en la estática perspectiva «metafísica» que había seducido a tantas mentes poderosas. (Este mismo tipo de análisis puede ser producto de la división sexual, como veremos en le Capítulo 9). Combinaron esta visión de la dinámica interactiva de las fuerzas históricas con una interpretación materialista; es decir intentaron —por vez primera — asentar el proceso de cambio histórico y cultural sobre una base real, atribuir la evolución de los estamentos económicos a causas orgánicas. Pensaron enseñar a los hombres cómo dominar la historia por medio de la comprensión plena de su mecánica interna.

Los pensadores socialistas anteriores a Marx y Engels —como Fourier, Owen y Bebel— no pudieron ir más allá del discurso moralizante acerca de las desigualdades sociales de la época, exponiendo un mundo ideal en el que no existirían ni la explotación ni los privilegios de clase (al igual que los primeros pensadores feministas se limitaron a la exposición de un mundo en el que no debía existir ni la explotación ni los privilegios del macho) apoyándose en la simple base de la buena voluntad. En ambos casos, el hecho de que estos pensadores adelantados desconocieran el modo en cómo había evolucionado, se había mantenido y era susceptible de eliminación la injusticia social, hacía que sus ideas existieran en un medio cultural sintético, utópico. Marx y Engels, en cambio, intentaron un enfoque científico de la historia. Analizaron el conflicto de clases hasta dar con sus orígenes económicos auténticos y proyectaron una solución económica sobre la base de unas

precondiciones económicas objetivas ya existentes: la incautación de los medios de producción por parte del proletariado iba a conducir a un comunismo del que desaparecía la función gubernativa, al no necesitar ya reprimir a la clase inferior en beneficio de la superior. En una sociedad sin clases los intereses individuales iban a identificarse con los del conjunto social.

Aun concediendo que la doctrina del materialismo histórico supuso un brillante avance sobre los análisis históricos precedentes, los acontecimientos se encargaron de demostrar que no constituía la respuesta definitiva. La razón estriba en que, si bien Marx y Engels basaron su teoría en la realidad, tratábase únicamente de una realidad *parcial*. Veamos la definición —estrictamente económica— que Engels nos da del materialismo histórico en su *Socialism: Utopian or Scientific*:

> «El materialismo histórico encarna aquella concepción del curso histórico, que busca la causa *última* y la gran fuerza motriz de todos los acontecimientos en el desarrollo económico de la sociedad, en las variaciones habidas en los sistemas de producción e intercambio, en la división subsiguiente de la sociedad en clases diferenciadas y en las luchas de dichos estamentos entre sí» (La cursiva es mía).

Más adelante alega

> «… que toda la historia del pasado, salvo la de sus estadios más primitivos, no fue más que la historia de las luchas de clase; que dichos estamentos conflictivos de la sociedad son siempre resultado de los sistemas de producción e intercambio —en una palabra, de las circunstancias económicas de la época—; que la estructura *económica* de una sociedad proporciona siempre la base real que nos sirve de punto de partida para encontrar la explicación *última* de toda la superestructura de las instituciones jurídicas y políticas, así como de las ideas religiosas, filosóficas, etcétera, de un período histórico dado». (La cursiva es mía).

Sería un error intentar explicar la opresión de la mujer a partir de esta interpretación estrictamente económica. El análisis de clases constituye una labor ingeniosa, pero de alcance limitado; correcta en sentido lineal, no alcanza suficiente profundidad. Existe todo un sustrato sexual en la dialéctica histórica, que Engels entrevé de vez en cuando; pero, al percibir la sexualidad sólo a través de una impregnación económica y reducir a ella toda realidad, se incapacita a sí mismo para una actividad evaluadora autóctona.

Es cierto que Engels captó que la división original del trabajo se daba ya entre hombre y mujer, siendo su objetivo la crianza de los hijos; que en el seno de la

familia el marido era el patrono, la mujer los medios de producción y los hijos el trabajo; y que la reproducción de la especie humana constituía un importante sistema económico diferenciado de los medios de producción[2].

Sin embargo, se ha otorgado a Engels un mérito excesivo por haber reconocido de forma tan esporádica la opresión de la mujer como clase. La verdad es que tan sólo afirmó el sistema de clases sexuales en aquellos puntos en que se entrecruzaba con los montantes de su estructura económica y podía contribuir a iluminaria. Tampoco en este aspecto se desenvolvió tan bien como se cree. Marx resultó aún peor: cada vez se comprende con mayor claridad la predisposición de Marx en contra de las mujeres (predisposición cultural compartida por Freud al igual que por todos los hombres cultos), peligrosa si se intenta forzar la entrada del feminismo en una estructura marxista ortodoxa dando consistencia de dogma a lo que tan sólo constituían intuiciones esporádicas de Marx y Engels sobre los estamentos del sexo. Lo que debemos hacer, en cambio, es ampliar el materialismo histórico hasta conseguir que éste *abarque* al materialismo estrictamente marxista; algo parecido a lo que hizo la física relativista, que no invalidó a la física de Newton, sino que trazó un círculo a su alrededor limitando su ampliación —sólo proporcionalmente— a un radio menor. La razón estriba en que un diagnóstico económico que llegue hasta la propiedad de los medios de producción e incluso hasta la propiedad de los medios de reproducción, no aporta una explicación completa. Existe un plano de realidad que no deriva directamente de la economía.

El supuesto de que, más allá de la economía, la realidad es psico-sexual, viene siendo rechazado como a-histórico por quienes aceptan una interpretación materialista-dialéctica de la historia, ya que dicho supuesto parece hacemos retroceder hasta el mismísimo punto de partida de Marx: una búsqueda a tientas en medio de un complicado cúmulo de hipótesis utópicas, de sistemas filosóficos que pudieran ser verdaderos o falsos —no hay comprobación posible—, sistemas que explican los acontecimientos históricos concretos por medio de categorías intelectivas *a priori*. El materialismo histórico, sin embargo, intenta explicar el «conocer» por el «ser» y no viceversa.

Ahora bien, existe una tercera alternativa todavía inédita: la de intentar desarrollar una interpretación materialista de la historia basada en el sexo mismo.

Los primeros teóricos feministas eran respecto a una interpretación materialista del sexo, lo que Fourier, Bebel y Owen eran respecto a una interpretación materialista de las clases sociales. En conjunto, la teoría feminista ha resultado tan inadecuada como los primeros esfuerzos feministas por corregir el sexismo. Era algo previsible. El problema es de proporciones tales, que un primer intento no podía hacer más que arañar la corteza, las desigualdades más flagrantes por él descritas. Simone de Beauvoir fue la única en acercarse —y quizás en conseguir— el análisis definitivo. Su profunda estudio *Le Deuxiéme Sexe*, que apareció en los inicios de los años cincuenta ante un mundo convencido de la muerte del feminismo, intentó por vez

primera fundamentar el feminismo sobre su base histórica. De todos los teóricos feministas, De Beauvoir sobresale como la más profunda y universal, la que establece un vínculo entre el feminismo y las mejores ideas de nuestra cultura.

Posiblemente dicha virtud sea también su único defecto: una sofisticación y un intelectualismo casi excesivos. Donde quizás alcancen categoría de defecto —cosa siempre discutible—, es en su interpretación estrictamente existencialista del feminismo (una no puede dejar de preguntarse hasta dónde llega la contribución de Sartre en todo ello), si tenemos en cuenta que todos los sistemas culturales —incluyendo al existencialismo— están asimismo determinados por el dualismo sexual. Son sus propias palabras:

> El hombre nunca piensa en sí mismo sin pensar en el Otro; contempla al mundo bajo el signo de la dualidad, *que no es en principio de naturaleza sexual*. Pero al ser distinta del hombre, que se presenta a sí mismo como el Mismo, la mujer es consignada de forma natural a la categoría del Otro; el Otro incluye a la mujer. (La cursiva es mía).

Quizás se haya excedido en el intento: ¿por qué echar mano de una concepción fundamentalmente hegeliana de la Alteridad como explicación final —documentando cuidadosamente a continuación las circunstancias biológicas e históricas que han llevado al estamento «mujeres» a tal categoría— cuando no se ha considerado en ningún momento con seriedad la posibilidad mucho más simple y probable de que éste dualismo fundamental surja de la división sexual misma? Establecer categorías *a priori* intelectuales y existenciales —«Alteridad», «Trascendencia», «Inmanencia»— en las que integrar luego la historia, puede ser una actividad innecesaria. Marx y Engels habían descubierto que estas mismas categorías filosóficas surgían a su vez de la historia.

Antes de adoptar tales categorías, intentemos efectuar un análisis poniendo a la propia biología —la procreación— en el origen del dualismo. La presuposición intuitiva del hombre medio de que la división desigual de los sexos es una división «natural», puede estar bien fundamentada. No tenemos por qué buscar más lejos, por lo menos de forma inmediata. A diferencia de la estamentización económica, las clases sexuales nacieron directamente de una realidad biológica: hombres y mujeres fueron creados con distinta configuración y diversidad de privilegios. Si bien, como sugiere De Beauvoir, dicha diferenciación no exigía por sí misma el desarrollo de un sistema de clases —la dominación de un grupo por el otro—, tal como lo demandaron las *funciones* reproductivas basadas en tales diferencias. La familia biológica constituye una distribución de poder intrínsecamente desigual. La sed de poder que conduce a la constitución de clases, surge de la formación psicosexual de cada individuo en función de su desequilibrio básico, y no como Freud, Norman O. Brown y otros han alegado —excediéndose, una vez más en sus objetivos—, remitiéndolo a

cierto conflicto irreductible entre Vida y Muerte, Eros y Thanatos.

La *familia biológica* —la única reproductiva básica, compuesta de macho/hembra/hijo, en el seno de cualquier tipo de organización social— se caracteriza por los siguientes hechos fundamentales —no inmutables—:

1. Las mujeres, durante el largo curso histórico anterior al control de natalidad, han estado incesantemente subordinadas a su propia biología —menstruación, menopausia y «molestias femeninas», partos dolorosos constantes, amamantamiento y cuidado de los pequeños—, todo lo cual las ha llevado a depender de los varones (hermano, padre, esposo, amante; o clan, gobierno, comunidad en general) para salvaguardar su supervivencia física.
2. Las crías humanas necesitan un tiempo desproporcionadamente mayor al de los animales para desarrollarse, por lo que se hallan indefensos y, por lo menos durante un corto período, en dependencia de los adultos para poder sobrevivir físicamente.
3. La interdependencia básica madre/hijo ha existido bajo una forma u otra en toda sociedad —pasada o presente— y ha conformado en consecuencia la psicología de toda hembra madura y de todo retoño.
4. La diferenciación reproductiva natural entre los sexos condujo directamente a la primera división laboral en los orígenes de las clases, así como a la aparición del paradigma de casta (discriminación basada en las características biológicas).

Estas contingencias biológicas de la familia humana no pueden ser contrarrestadas por medio de sofismas antropológicos. Cualquiera que observe a los animales apareándose, reproduciéndose y cuidando de sus pequeños, encontrará de imposible aceptación la teoría de la «relatividad cultural». No importa el número de tribus oceánicas plenamente ignorantes de la contribución paterna a la fertilidad, el de matriarcados, el de inversiones de la función sexual, el de consagración masculina a las tareas domésticas, ni siquiera el de intensos dolores de parto empáticos; todo ello no demuestra más que una sola cosa: la sorprendente flexibilidad de la naturaleza humana. Ahora bien, la naturaleza humana es adaptable a algo, es decir, está efectivamente determinada por las circunstancias ambientales. Y la familia biológica que hemos descrito ha existido en todas partes a través del tiempo. Incluso en aquellos matriarcados donde se adora la fertilidad femenina y se ignora o menosprecia la función paterna, se da —aunque posiblemente no con respecto al padre genético— cierta dependencia de la hembra y el hijo con respecto al varón. Y, si bien es cierto que la familia nuclear es tan sólo de una forma evolutiva reciente, forma que, como intentaré mostrar, intensifica aún más las servidumbres psicológicas de la familia biológica; y, si bien es cierto también que a lo largo de la historia dicha familia biológica ha pasado por multitud de variaciones, las contingencias que he descrito existieron en todas ellas causando distorsiones psicosexuales específicas en

la personalidad humana.

A pesar de todo, conceder que el desequilibrio sexual del poder posee una base biológica, no supone arruinar nuestra causa. Ya no somos puramente animales y el Reino de la Naturaleza ha dejado de ser señor absoluto. Como admite la misma Simone de Beauvoir:

> La teoría del materialismo histórico ha arrojado luz sobre ciertas verdades importantes. La humanidad no es una especie animal, es una realidad histórica. La sociedad humana es una antífisis —en cierto sentido se enfrenta a la naturaleza—; no se somete pasivamente a su presencia, sino que asume su control en beneficio propio. Esta apropiación no es una operación interna, subjetiva; se realiza objetivamente a través de la actuación práctica.

En consecuencia, lo «natural» no es necesariamente valor «humano». La humanidad ha empezado a desbordar la naturaleza. Ya no podemos justificar el mantenimiento de un sistema discriminatorio de clases sexuales basándonos en su enraizamiento en la Naturaleza. Es más, aunque sólo sea por razones pragmáticas, empieza a parecemos que *debiéramos* desembarazarnos de él (v. Capítulo 10).

El problema se hace político y exige algo más que un análisis histórico exhaustivo, al darse uno cuenta de que, si bien el hombre es cada vez más capaz de librarse de las circunstancias biológicas que crearon su tiranía sobre mujeres y niños, tiene pocos motivos para desear renunciar a ella. Como dijo Engels a propósito de la revolución económica:

> Lo que se encuentra en la base de la división de clases es la ley de división del trabajo [obsérvese que esta misma división se originó en una división fundamentalmente biológica]. Pero esto no evita que la clase dirigente, una vez consolidada su posición de control, consolide su poder a expensas de la clase trabajadora ni que convierta su liderazgo social en una explotación cada vez más intensificada de las masas.

El sistema de clases sexuales puede haberse originado en unas circunstancias fundamentalmente biológicas, pero esto no garantiza que, una vez desaparecida la base biológica de su opresión, mujeres y niños alcancen su liberación. Al contrario, las nuevas técnicas —especialmente el control de la fertilidad— pueden convertirse en un arma hostil, utilizada para reforzar este arraigado sistema de explotación.

Del mismo modo que para asegurar la eliminación de las clases económicas se necesita una revuelta de la clase inferior (el proletariado) y —mediante una dictadura temporal— la confiscación de los medios de *producción*, de igual modo, para asegurar la eliminación de las clases sexuales se necesita una revuelta de la clase

inferior (mujeres) y la confiscación del control de la *reproducción*; es indispensable no sólo la plena restitución a las mujeres de la propiedad sobre sus cuerpos, sino también la confiscación (temporal) por parte de ellas del control de la fertilidad humana —la biología de la nueva población, así como todas las instituciones sociales destinadas al alumbramiento y educación de los hijos. Y, al igual que el objetivo final de la revolución socialista no se limitaba a la eliminación de los *privilegios* de los estamentos económicos, sino que alcanzaba a la eliminación de la *distinción* misma de clases, el objetivo final de la revolución feminista no debe limitarse —a diferencia de los primeros movimientos feministas— a la eliminación de los *privilegios masculinos*, sino que debe alcanzar a la *distinción* misma de sexo; las diferencias genitales entre los seres humanos deberían pasar a ser culturalmente neutras. (Una vuelta a una *pan-sexualidad* sin trabas —la «perversidad polimórfica» de Freud— reemplazaría probablemente a la hetero/homo/bi-sexualidad). La reproducción de la especie a través de uno de los sexos en beneficio de ambos, sería sustituida por la reproducción artificial (por lo menos cabría optar por ella): los niños nacerían para ambos sexos por igual o en independencia de ambos, según quiera mirarse; la dependencia del hijo con respecto a la madre (y viceversa) sería reemplazada por una dependencia mucho más reducida con respecto a un pequeño grupo de otros en general y cualquier inferioridad de vigor físico frente a los adultos estaría compensada culturalmente. La división del trabajo desaparecería mediante la eliminación total del mismo (*cybernation*)[3]. Se destruiría así la tiranía de la familia biológica.

Con ella fenecería la psicología de poder. Al igual que Engels alegaba en favor de una revolución estrictamente socialista:

> La existencia no sólo de ésta o aquella clase gobernante, sino de cualquier clase gobernante será un completo anacronismo.

El socialismo jamás se ha aproximado a este objetivo, no sólo como resultado del incumplimiento o abortamiento de unos pre-requisitos económicos, sino también debido a la insuficiencia del análisis mismo marxista, al no profundizar suficientemente en las raíces psico-sexuales de la división de clases. Marx intuyó la existencia de algo cuya profundidad escapaba a sus conocimientos, cuando observó que la familia contenía en sí misma —en embrión— todos los antagonismos que luego se desarrollarían a mayor escala dentro de la sociedad y el estado. A menos que la revolución arranque de cuajo la organización social básica —la familia biológica, el vínculo a través del que la psicología del poder puede siempre subsistir clandestinamente—, el germen parasitario de la explotación jamás será aniquilado. Necesitaremos una revolución sexual mucho más amplia que la socialista —y, por supuesto, que la incluya— para erradicar verdaderamente todos los sistemas clasistas.

* * *

He intentado avanzar en el análisis de clases hasta llegar a sus raíces en la división biológica de los sexos. No hemos renunciado a las intuiciones socialistas; al contrario, el feminismo radical puede ampliar su análisis otorgándole una base más profunda aún en su penetración de las circunstancias objetivas, explicando con ello muchas de sus cuestiones insolubles. Como primer paso en este sentido, y fundamento de nuestro propio análisis, ampliaremos la definición que Engels da del materialismo histórico. He aquí la misma definición citada más arriba, refundida ahora a fin de incluir en ella la división biológica de los sexos con fines reproductivos que se encuentra en los orígenes de la división misma de clases:

> El materialismo histórico es aquella concepción del curso histórico que busca la causa última y la gran fuerza motriz de todos los acontecimientos en la dialéctica del sexo: en la división de la sociedad en dos clases biológicas diferenciadas con fines reproductivos y en los conflictos de dichas clases entre sí; en las variaciones habidas en los sistemas de matrimonio, reproducción y educación de los hijos creadas por dichos conflictos; en el desarrollo combinado de otras clases físicamente diferenciadas [castas]; y en la prístina división del trabajo basada en el sexo y que evolucionó hacia un sistema [económico-cultural] de clases.

Pasemos ahora a la super-estructura cultural, así como a la económica, llevando sus orígenes no sólo hasta la división de clases (económicas), sino hasta el mismo sexo:

> Toda la historia del pasado [obsérvese que podemos eliminar ahora «con excepción de sus estadios más primitivos»] no fue *más* que la historia de las luchas de clase. Estos estamentos conflictivos de la sociedad son siempre resultado de los sistemas de organización de la unidad familiar biológica con fines reproductivos de la especie, así como de los sistemas estrictamente económicos de producción e intercambio de bienes y servicios. La organización sexual-reproductiva de una sociedad proporciona siempre la base real que nos sirve de punto de partida para encontrar la explicación última de toda la superestructura de las instituciones jurídicas y políticas, así como de las ideas religiosas, filosóficas, etc., de un período histórico dado.

Ahora la aplicación que Engels da de los resultados de un enfoque materialista de la historia, resulta más realista:

> Todo el conjunto de circunstancias vitales que rodean al hombre y le han gobernado hasta este momento, pasan ahora a depender de su dominio y control, convirtiéndose aquél por primera vez real y conscientemente en Señor de la Naturaleza y árbitro de su propia organización social.

En los próximos capítulos daremos por supuesta esta definición del materialismo histórico al examinar las instituciones culturales que sostienen y refuerzan la familia biológica (especialmente su manifestación actual, la familia nuclear) y su resultado, la psicología de poder —chauvinismo agresivo desarrollado ya con amplitud suficiente para destruimos. Integraremos todo ello en un análisis feminista del freudismo, puesto que los prejuicios culturales de Freud, al igual que los de Marx y Engels, no invalidan del todo su concepción. De hecho, Freud tuvo intuiciones más valiosas aún que las de los teóricos socialistas para la construcción de un nuevo materialismo dialéctico basado en el sexo. Intentaremos, pues, conectar lo mejor de Engels y Marx (el enfoque materialista histórico) con lo mejor de Freud (la comprensión de la interioridad masculina y femenina y aquello que las conforma) a fin de llegar a una solución política y personal que, no obstante, se fundamente sobre bases reales. Veremos cómo Freud observó correctamente la dinámica de la psicología dentro de su contexto social inmediato, pero cómo, al ser la estructura fundamental de este contexto social un elemento básico —en diversos grados— a toda la humanidad, se manifestó como condición existencial absoluta que hubiera sido irrazonable poner en duda y que obligó a Freud y a muchos de sus seguidores a postular hipótesis *a priori*, como las Pulsiones de Muerte, para explicar los orígenes de estas fuerzas psicológicas universales. A su vez esto hizo irreductibles e incurables las enfermedades de la humanidad —razón por la que la solución que él propuso (la terapia psicoanalítica), mera contradicción terminológica, resultó tan débil frente al resto de su obra y resultó un fracaso tan estruendoso en la práctica—, que hizo que quienes estaban dotados de sensibilidad socio-política, rechazaran no sólo su solución terapéutica sino también sus descubrimientos más profundos.

2. El feminismo americano

De acuerdo con la concepción feminista radical, el nuevo feminismo no se limita a ser el renacimiento de un movimiento político organizado a la búsqueda de la igualdad social. Es la segunda ola de la revolución más importante de la historia. Objetivo: la destrucción del sistema más antiguo y rígido de clases/castas existente, el sistema de clases basado en el sexo —sistema fosilizado en el curso de miles de años y que presta a las funciones-tipo varón/hembra una falsa legitimidad y una permanencia aparente. A la luz de esta perspectiva, el primer movimiento feminista occidental constituyó sólo el primer asalto, mientras que los cincuenta años de ridículo que le siguieron fueron tan sólo una primera contraofensiva, el amanecer de una larga lucha destinada a conseguir la liberación de las estructuras opresivas de poder establecidas por la naturaleza y reforzadas por el hombre. Desde este punto de vista, asomémonos al panorama del feminismo americano.

I
El movimiento en pro de los derechos de la mujer, en América

Siempre han existido mujeres rebeldes a lo largo de la historia[4]; sin embargo, jamás se dieron anteriormente las premisas capaces de permitir a las mujeres la abolición definitiva de sus funciones opresivas. La capacidad reproductora femenina constituía una necesidad urgente de la sociedad y, aun cuando no hubiera sido así, se carecía de métodos efectivos para el control de natalidad. Por todo ello, hasta la eclosión de la Revolución Industrial toda rebelión feminista estaba predestinada a no trascender los limites personales.

La naciente revolución feminista de la era tecnológica se presagiaba ya en los escritos y en las ideas de algunas mujeres, miembros de las élites intelectuales de su época: en Inglaterra, Mary Wollstonecraft y Mary Shelley; en América, Margaret Fuller, y en Francia, las *Bas bleus*[5]. Ahora bien, estas mujeres se adelantaron a su tiempo. Fue arduo para ellas conseguir la aceptación de sus ideas en sus propios círculos de avanzadilla, por no decir nada de las grandes masas de hombres y mujeres de la época, que a duras penas habían asimilado el primer *shock* de la Revolución Industrial.

Hacia mediados del siglo XIX, en pleno apogeo de la industrialización, avanzaba decididamente un movimiento feminista plenamente organizado. Siempre fuerte en los Estados Unidos —fundados poco antes de la Revolución Industrial y, por tanto, con historia o tradición relativamente escasa— el feminismo fue estimulado por la campaña Abolicionista y por los ideales latentes de la propia Revolución Americana. (La Declaración aprobada en la primera convención nacional en favor de los Derechos de la Mujer, celebrada en *Seneca Falls* el año 1848, se inspiró en la Declaración de Independencia).

El primer Movimiento Americano en pro de los Derechos de la Mujer[6] era de naturaleza radical. En el siglo XIX, atacar a la Familia, a la Iglesia (v. Elizabeth Cady Stanton, *Woman's Bible*) y al Estado (ley) era para las mujeres de la época un ataque dirigido contra las mismas piedras angulares de la sociedad victoriana en que vivían —algo equivalente a un ataque dirigido contra las propias diferencias sexuales en nuestros días. Los fundamentos teóricos del primer *W. R. M.* se derivaban de las ideas más radicales de su tiempo, especialmente las de los abolicionistas como William Lloyd Garrison y las de comunalistas como R.D. Owen y Fanny Wright. Pocas personas se dan cuenta en la actualidad de que este feminismo pionero era un movimiento de verdadera raigambre popular. Pocos han oído hablar de las penosas caminatas llevadas a cabo por las pioneras feministas hasta núcleos remotos de población y lejanas fronteras o de puerta en puerta para hablar de sus ideas o para recoger firmas con que apoyar peticiones que eran desdeñadas entre burlas en las Asambleas. Tampoco saben que Elizabeth Cady Stanton y Susan B. Anthony, las feministas más fervientes del movimiento, fueron de las primeras en subrayar la importancia de organizar a las mujeres obreras, fundando la *Working Woman's Asociation* en septiembre de 1868 (Delegadas a la *National Labor Union Convention* en fecha tan temprana como la de 1868, discutieron más tarde por la falta de colaboración del chauvinista movimiento obrero masculino —característica que no ha cambiado). En el movimiento feminista militaron otras pioneras de la organización laboral, como Augusta Lewis y Kate Mullaney.

Este movimiento radical fue organizado por mujeres que carecían de toda personalidad jurídica ante la ley; mujeres a quienes se declaraba civilmente muertas en el momento de contraer matrimonio o que seguían siendo legalmente menores de edad, si no lo contraían; mujeres que carecían del derecho a otorgar testamento e incluso a poseer la custodia de los hijos en caso de divorcio; a quienes ni siquiera se enseñaba a leer, por no mencionar el problema de la asistencia a la universidad (las más privilegiadas recibían lecciones de bordado, decoración de porcelanas, francés y clavicordio); mujeres que carecían de voz en materias políticas. Por todo ello, aun después de la Guerra Civil, más del cincuenta por ciento de la población de los Estados Unidos seguía sometida a esclavitud legal, sin derechos de propiedad ni siquiera sobre los polizones con que se vestían.

Las primeras convulsiones de esta clase oprimida, las simples peticiones de

justicia que dejaron oír su voz, fueron ahogadas con violencia desproporcionada y una resistencia difícil de comprender en nuestros días, desdibujadas ya las fronteras entre las clases sexuales. El caso es que, como a menudo sucede, el potencial revolucionario del primer despertar feminista fue comprendido con mayor claridad por quienes ocupaban el poder que por las mismas militantes en el movimiento. Desde los primeros momentos, éste planteó una seria amenaza para el orden establecido y su misma existencia y prolongada duración constituyeron testimonio de las desigualdades de base existentes en un sistema que pretendía ser democrático. En colaboración mutua al principio, y más tarde siguiendo cauces independientes, el Movimiento Abolicionista y el *W.R.M.* supusieron una amenaza de escisión nacional. Si durante la Guerra Civil no se hubiera inducido a las militantes feministas a trocar su causa por la cooperación en asuntos «de mayor importancia», la historia de los primeros pasos de su revolución sería menos deprimente que la que conocemos en la actualidad.

De acuerdo con los hechos, la combinación de fuerzas Stanton-Anthony siguió en la brecha durante veinte años más, pero el núcleo motriz del movimiento había recibido un golpe mortal. A miles de mujeres se les franqueó la salida del hogar desde las primeras embestidas de la Guerra Civil, con el fin de que pudieran realizar obras asistenciales. El único punto de unión posible entre sectores femeninos organizados de tan diversa índole, era la cuestión del derecho al voto, pero —como era de esperar — no llegaron a un acuerdo sobre las razones en que éste se fundaba. Las conservadoras formaron la *American Woman Suffrage Association* o se alistaron en alguno de los clubs femeninos que brotaban por doquier, como la pía *Woman's Christian Temperance Union*. Las radicales organizaron por su cuenta la *National Woman's Suffrage Association*, cuyo único objetivo era la consecución del voto, como símbolo del poder político que necesitaban para acometer empresas más amplias.

Hacia 1890 se habían conseguido nuevas reformas legales, las mujeres habían pasado a engrosar las filas del mundo laboral dentro de los cauces jurídicos aún hoy vigentes y un número cada vez mayor de ellas recibía educación apropiada. En vez de un poder político real, se les había otorgado una posición simbólica e independiente en las esferas públicas en cuanto miembros de clubs femeninos. Se trataba de un poder político mayor que el disfrutado hasta entonces, pero no dejaba de ser una versión refundida del «poder» femenino de cuño tradicional; un poder de segunda fila —*una influencia sobre el poder*, de carácter tradicional, cuya versión moderna se tradujo en tácticas «entre bastidores» y obstructivas. Cuando en 1890, descorazonadas y envejecidas sus líderes, el *National* femenino radical se fundió con el *American* conservador para formar la *National American Woman Suffrage Association (NAWSA)*, todo parecía perdido. El feminismo conservador, concentrado en objetivos únicos, amplios y unificantes como el voto, intentando operar dentro de la estructura del poder masculino blanco y ganar simultáneamente sus simpatías —en su empeño por convencer a unos hombres plenamente conscientes de sus objetivos,

mediante una retórica florida—, había triunfado. El feminismo, traicionado, languidecía.

Peores efectos que las feministas conservadoras tuvo el creciente número de mujeres que, con su recién descubierto pedacito de libertad, se lanzaron entusiastas a engrosar las filas de todos los radicalismos de la época —los diversos movimientos de reforma social de la Era Progresista—, aun cuando fueran opuestos a los intereses feministas. (Pensemos en el antiguo debate sobre las discriminatorias leyes laborales de «protección» a las mujeres). Margaret Rhondda, la dirigente feminista inglesa del período posterior a la Primera Guerra Mundial, lo expresaba así:

> Podemos dividir a las mujeres que militan en el movimiento, en dos grupos: las Feministas y las reformadoras, que no son Feministas en absoluto y a quienes no importa lo más mínimo la igualdad en sí… En la actualidad, casi todas las organizaciones femeninas son conscientes de la existencia de muchas más reformadoras que Feministas y de que el entusiasmo que impregna el deseo de procurar por nuestro prójimo y de beneficiarle según el propio criterio es una actitud mucho más extendida que el deseo de proporcionar a cada uno el poder necesario para cuidar de sí mismo.

Estas «reformadoras», las mujeres «radicales» de su tiempo, se encontraban en el mejor de los casos bajo la influencia del feminismo. No eran verdaderas feministas ni verdaderas radicales, porque no consideraban la causa de la mujer como opción radical legítima en sí misma. Al concebir al *W.R.N.* como algo meramente tangencial respecto a otra política de mayor importancia, se consideraban a sí mismas en cierto sentido como hombres de segunda categoría; en otras palabras, las reivindicaciones femeninas les parecían «especiales», «sectarias», mientras que todo lo concerniente a los hombres les parecía «humano», «universal». Al desarrollarse políticamente en el seno de unos movimientos dominados por hombres, se preocupaban por el mejoramiento de su posición dentro de ellos, en vez de abandonarlos y crear los suyos propios. La Woman's Trade Union League: las mujeres cuya actividad política se movía en sus coordenadas, fallaron en sus objetivos más fundamentales debido a su incapacidad para cortar los lazos que las unían al chauvinista movimiento masculino *AFL* —dirigido por Samuel Gompers— que las traicionó una y otra vez. Otro ejemplo es el de tantas voluntarias que, con la misma dedicación de sus colegas del programa *VISTA*[7] para con pobres muchas veces desagradecidos, se lanzaron al movimiento juvenil de colonización, entregando en muchos casos sus vidas sin esperar recompensa, tan sólo para convertirse en estereotipadas asistentas sociales —solteras, tristes y amargadas, pero notables por su devoción a la causa. Recordemos al *Woman's Peace Party* fundado por Jane Adams sin pena ni gloria en vísperas de la intervención americana en la Primera Guerra Mundial y que irónicamente se dividió en grupos belicistas al servicio del esfuerzo militar, por un lado, o en grupos

pacifistas radicales tan ineficaces como su propio extremismo.

Esta frenética actividad organizadora femenina de la Era Progresista se confunde a menudo con el *W.R.M.* propiamente dicho. Ahora bien, la imagen de la marimandona dictatorial y frustrada no deriva tanto de las feministas radicales como de las políticos no-feministas, miembros de comités consagrados a las diversas causas importantes de la época. Además de los desaparecidos movimientos ya citados —la *Woman's Trade Union League*, la *National Federation of Settlements y* la *Woman's International League for Peace and Freedom* (anteriormente *Woman's Peace Party*, fundado por Jane Adams)— toda la amplia gama de organizaciones femeninas se iniciaron en la era comprendida entre los años 1890 y 1920: la *General Federation of Women's Clubs*, la *League of Women Voters*, la *American Association of Collegiate Alumnae*, la *National Consume's League*, la *PTA*[8] e incluso las *DAR*[9]. Aunque tales organizaciones estuviesen ligadas a los movimientos más radicales de la época, lo reaccionario, fatuo y estúpido de su política venía indicado desde el primer momento por el simple hecho de sus opiniones no-feministas.

Como vemos, la mayor parte de las organizaciones femeninas del período 1890-1920, período que suele citarse como punto álgido de la actividad feminista, no guardaban relación alguna con el feminismo. Por una parte, éste había reducido su actividad a la causa única de la consecución del voto —el W.R.M. se había transformado (temporalmente) en un movimiento sufragista— y, por otra, las energías femeninas se hallaban diseminadas en todas las causas radicales, excepto en la suya propia.

El feminismo radical dormitaba simplemente. Su despertar empezó con el retorno de Inglaterra de Harriet Stanton Blatch, hija de Elizabeth Cady Stanton, país en donde se había alistado en las filas de la militante *Woman's Social and Political Union* —las sufragistas inglesas, cuyos exponentes más conocidos sean quizás las Pankhursts—, movimiento de signo contrario a las *Constitutionalists* (feministas conservadoras). Convencida de que para alcanzar los objetivos radicales profesados por su madre se necesitaban tácticas militantes, recomendó atacar el problema con la olvidada estrategia de la ramificación Stanton-Anthony, es decir, ejerciendo presión en favor de la reforma de la Constitución *federal*. Muy pronto las militantes americanas se desgajaron de la conservadora *NAWSA* para formar la *Congressional Union* más tarde el *Woman's Party*, iniciando las osadas tácticas de guerrilla y la línea de actuación tenaz y sin compromisos que incorrectamente se han atribuido muchas veces a todo el movimiento sufragista.

La cosa funcionó. Las militantes tuvieron que soportar obstáculos, atropellos, palizas, incluso huelgas del hambre —más penosas por la ingestión forzada de alimentos—; pero en el curso de una década se conquistó el voto. El brillo del feminismo radical fue el acicate que necesitaba el lánguido movimiento sufragista para lanzarse a su único objetivo. Proporcionó un enfoque nuevo y sano (la presión en favor de una reforma nacional en sustitución del fatigoso método de organización

por estados independientes utilizado durante más de treinta años), una agresividad que dramatizaba la urgencia de la causa de la mujer y, sobre todo, una perspectiva más amplia, en la que el voto constituía sólo el primero de una larga serie de objetivos, por lo que debía conseguirse a la mayor brevedad. Las moderadas peticiones de las feministas conservadoras, a quienes lo único que faltaba por alegar era la no-utilización del voto en caso de obtenerlo, fueron bien acogidas como mal menor frente a las exigencias del *Woman's Party*.

Ahora bien, con la concesión del voto, el *establishment* coartó al movimiento femenino. Como lo expresaba un caballero de la época, citado por William O'Neill en *Everyone Was Brave*, «a pesar de todo, el voto de la mujer es algo positivo, aunque no sea más que para disponer de él». Mrs. Oliver Hazard Perry Belmont del *Woman's Party* instaba a las mujeres a boicotear las elecciones: «Negociad vuestro nuevo poder. Las sufragistas no lucharon durante setenta años por vuestra emancipación para que vosotras os limitéis a servir a los partidos masculinos». Charlotte Perkins Gilman abogaba en favor de lo mismo:

> El poder que las mujeres pueden ejercer, radica en su no-adhesión a un sistema de partidos masculinos. El sistema de partidos que rige en política, es un engaño de los hombres para esconder los verdaderos objetivos. Las mujeres deberían luchar por aquello que quieren, con independencia de las políticas de partido. Precisamente por la conciencia que los viejos partidos políticos tienen de la poca influencia que las mujeres pueden tener en su seno, es por lo que se muestran tan ansiosos de alistarlas en sus filas.

Nada de esto iba a servir de mucho. Ni siquiera la formación de un nuevo *Woman's Party* el 18 de febrero de 1921 —como alternativa a los grandes partidos que con tanta rapidez estaban absorbiendo la nueva fuerza política de la mujer— fue capaz de resucitar este movimiento agonizante[10].

La concesión del voto al movimiento sufragista apuntilló al *W.R.M*. Si bien las fuerzas antifeministas parecieron rendirse, lo hicieron sólo de palabra. Jamás abandonaron la partida. Por la época en que se concedió el derecho al voto, el prolongado encauzamiento de las energías feministas en el limitado objetivo sufragista —considerado al principio sólo como el primer paso hacia el poder político — había consumido completamente al *W.R.M*. El voto era el monstruo que había devorado todo lo demás. Tres generaciones habían transcurrido desde los inicios del *W.R.M*. Sus fundadoras habían muerto. Aquellas mujeres que se afiliaron posteriormente al movimiento feminista para luchar por la causa única sufragista, no habían tenido ocasión de desarrollar una toma de conciencia más amplia; por aquel entonces habían olvidado ya para qué servía el voto. La oposición se había salido con la suya.

* * *

¿Se recuerda algo de toda esta lucha? La simple batalla por la consecución del voto —de poco valor para las mujeres, como acontecimientos posteriores se encargaron de demostrar— fue una guerra interminable contra las fuerzas más reaccionarias de la América de aquel tiempo, que —como Eleanor Flexner muestra en *Century of Struggle*— comprendían los grandes intereses capitalistas del norte, es decir, los intereses del petróleo, de las fábricas, del ferrocarril y de las bebidas alcohólicas; el bloque racista de los estados del sur (que, además de su intolerancia con respecto al sexo femenino, temían conceder el voto a la mujer porque ello suponía la ciudadanía para otra *mitad* de la raza negra, del mismo modo que constituía un toque de atención acerca de la hipocresía del sufragio masculino «universal»), y, finalmente, el aparato gubernamental mismo. El esfuerzo que suponía el logro del voto era increíble. Carrie Chapman Catt calculó que:

> Eliminar la palabra «varón» de la Constitución, costó a las mujeres de este país cincuenta y dos años de incesante campaña… Durante este período se vieron obligadas a dirigir 56 campañas de votación destinadas a votantes masculinos, 480 campañas destinadas a conseguir que las legislaturas sometieran a votación las enmiendas sufragistas, 47 campañas con el objetivo de que las convenciones constitucionales del estado incluyeran el sufragio femenino en las constituciones estatales, 277 campañas para conseguir que las convenciones estatales de los partidos incluyeran los programas sufragistas de las mujeres, 30 campañas para hacer que las convenciones presidenciales de los partidos adoptaran los programas sufragistas femeninos en las plataformas del partido y 19 campañas con 19 Congresos sucesivos.

La derrota era, pues, tan frecuente y tan escasos los triunfos —siempre conseguidos por estrechos márgenes—, que hasta la lectura de los esfuerzos realizados en favor de la consecución del voto resulta agotadora; no hablemos ya de la experiencia que supuso su vivencia y la participación en la campaña. El olvido de esta fase por parte de los historiadores resulta comprensible, ya que no perdonable.

Como hemos visto, el sufragio constituía un aspecto insignificante de los objetivos del *W.R.M.* También aquí se ha arrancado una página de la historia americana que comprendía cien años de brillantes personalidades e importantes sucesos. Las oradoras que se enfrentaron a las masas —en la época en que no se autorizaba a la mujer a hablar en público— para atacar a la Familia, a la Iglesia y al Estado, que viajaron en míseros ferrocarriles hasta ciudades ganaderas del Oeste para dirigir la palabra a pequeños grupos de mujeres relegadas a un ostracismo social,

poseyeron un toque bastante más dramático que el de las Scarlett O'Haras y Harriet Beecher Stowe y todas las Mujercitas cuya memoria ha llegado a nosotros. Sojourner Truth y Harriet Tupman, esclavos liberados que regresaron una y otra vez —a pesar del alto precio puesto sobre sus cabezas— para liberar a otros esclavos de sus mismas plantaciones, fueron mucho más efectivos en sus esfuerzos que el malhadado John Brown. Sin embargo, muchas personas jamás han oído hablar de Myrtilla Miner, Prudence Crandall, Abigail Scott Duniway, Mary Putnam Jacobi, Ernestine Rose, las hermanas Claflin, Crystal Eastman, Clara Lemlich, Mrs. O.H.P. Belmont, Doris Stevens y Anne Martin. Y, con todo, esta ignorancia no es nada comparada con el desconocimiento de las vidas de mujeres de la talla de Margaret Fuller, Fanny Wright, las hermanas Grimké, Susan B. Anthony, Elizabeth Cady Stanton, Harriet Stanton Blatch, Charlotte Perkins Gilman y Alice Paul.

El caso es que sabemos *cosas* de Louisa May Alcott, Clara Barton y Florence Nightingale, de la misma manera que tenemos noticia —más que del de Nat Turner— del triunfo de Ralph Bunche o de George Washington Carver y otras trivialidades. La omisión de caracteres vitales en las versiones corrientes de la historia americana en favor de personajes tan afectados, no puede ser casual. Al igual que sería peligroso inspirar admiración por los Nat Turners de su historia a los niños negros que sufren todavía la opresión, lo sería inspirada por el *W.R.M.* las sospechosas omisiones de nuestros libros de historia con respecto al feminismo —o la confusión adicional de todo el *W.R.M.* con el movimiento sufragista (conservador) o con los grupos de mujeres reformistas de la Era Progresista— no son accidentales.

Se trata de un ramalazo reactivo contra la primera lucha feminista, cuyas consecuencias seguimos sufriendo. Los pocos modelos-arquetipo de femineidad propuestos a las adolescentes durante los cincuenta años de silencio, han sido cuidadosamente escogidos; se trata de mujeres que, como Eleanor Roosevelt, pertenecen a la tradición femenina altruista en oposición a los gigantes tremendamente egoístas de la rebelión feminista radical. Esta violenta reacción cultural era previsible. Los hombres de la época captaron inmediatamente la verdadera naturaleza del movimiento feminista, reconociendo en él una seria amenaza para su dominio claro y descarado sobre la mujer. Posiblemente se vieron obligados a comprar el movimiento feminista a costa de algunas reformas superficiales no muy claras —la corrección de las desigualdades más flagrantes impresas en los libros, algunos cambios en el modo de vestir, sexo, estilo («¡Habéis avanzado una barbaridad, guapas!»)— que, rara coincidencia, siempre beneficiaban a los hombres; sin embargo, el poder jamás se ha escapado de sus manos.

II
Los cincuenta años de ridículo

¿Cómo pudo operar culturalmente el Mito de la Emancipación durante cincuenta largos años, para conseguir anestesiar la conciencia política femenina?

En la década de los veinte la marea erótica alcanzó su punto álgido. La confusa mescolanza entre romance amoroso y matrimonio empezó a cobrar vuelos («Amor y Matrimonio, Amor y Matrimonio, juntos van, como caballo y carro…»), logrando devolver la popularidad —a la vez que reforzando— a la decadente institución, debilitada por el reciente ataque feminista. A pesar de todo, la convalecencia del movimiento fue breve; inmediatamente se promovió el individualismo femenino y quedó diluida su nueva solidaridad de clase. Las feministas conservadoras, que por lo menos habían sido capaces de concebir sus problemas en una dimensión social, habían sido compradas, mientras que las feministas radicales se veían franca y eficazmente ridiculizadas; en un momento dado, hasta las mismas partícipes en clubs femeninos de distinto cariz se vieron incluidas en esta perspectiva de ridículo colectivo. La campaña cultural había comenzado: la emancipación era problema de responsabilidad individual; la redención, cuestión personal —no política. Las mujeres iniciaron una intensa actividad auto-analítica en busca de la propia «realización».

En esta misma década de los veinte encontramos los gérmenes del fomento obsesivo del «estilo», que caracteriza a nuestra época, la búsqueda del encanto personal («Tú también pueden ser una Theda Bara») —enfermedad cultural que sigue desuniendo a las mujeres de hoy—, ideales promovidos por revistas femeninas del tipo del *Vogue*, *Glamour*, *Mademoiselle*, *Cosmopolitan*, etc. La búsqueda de un estilo personal, «diferente», con que expresarse a «sí misma», sustituyó al antiguo énfasis feminista en el desarrollo del carácter por medio de la responsabilidad y la educación.

En la década de los treinta, tras la Depresión, las mujeres volvieron en sí. El *flapperism*[11] no llevaba a nada, evidentemente. Empezaron a sentirse más frustradas y neuróticas que nunca. Ahora bien, mientras el mito de la emancipación siguiera avanzando a toda vela, no se atreverían a quejarse. Habían conseguido lo que querían y, no obstante, todavía insistían en sus quejas; forzosamente debía haber algo erróneo en su actitud. En su interior sospechaban la posibilidad de que, después de todo, fueran *realmente* inferiores. O, quizás, la culpa fuera del sistema social; así que se afiliaron al partido comunista, donde simpatizaron activamente con la escoria, incapaces de reconocer que la poderosa identificación que sentían con el explotado estamento obrero, provenía de su propia experiencia de opresión.

En la década de los cuarenta una nueva guerra atrajo las preocupaciones de todos. Las frustraciones personales quedaban oscurecidas temporalmente por el espíritu de Esfuerzo Bélico —el patriotismo y la conciencia de la propia superioridad, intensificados por una omnipresente propaganda militarista, fueron la droga

adormecedora del momento. Los hombres, además, se encontraban lejos; más aún, sus sillas de mando estaban vacías. Por vez primera en muchas décadas, las mujeres obtenían empleos dignos. Necesitadas al máximo y de forma sincera por la sociedad, se les concedía temporalmente *status* humano —en contraposición a su *status* de mujer. (En realidad, las feministas se ven obligadas a acoger las guerras con agrado, por ser ellas su única oportunidad).

La primera tregua prolongada de paz y abundancia en mucho tiempo se inició a fines de los cuarenta y prosiguió durante la década de los cincuenta. Sin embargo, en vez del esperado renacimiento del feminismo —y tras tantos callejones sin salida— lo único en boga fue «La Mística Femenina», que tan bien ha documentado Betty Friedan. Todo este sofisticado tinglado cultural había sido montado con un fin concreto: las mujeres habían obtenido empleos durante la guerra y ahora debíase conseguir su dimisión. Sus recientes mejoras laborales había que atribuirlas al hecho de que constituían un excedente útil de mano de obra que podía aprovecharse en un momento de crisis; sin embargo, ahora no podía despedírselas sin más. Ello supondría desmentir el tan cultivado mito de la emancipación. Era necesario encontrar una idea mejor, una idea que las hiciera dimitir espontáneamente. La «Mística Femenina» se ajustaba admirablemente a estos fines. Las mujeres, frenéticas aún y empeñadas en su búsqueda (al fin y al cabo, los empleos en las fábricas tampoco coinciden con la idea que el hombre se ha forjado del cielo, por más que resulten preferibles a la enloquecedora reclusión femenina), emprendieron otra senda equivocada.

Esta fue quizás la peor de todas. Ni ofrecía la sensualidad (superficial) de los veinte, ni la entrega a un ideal (falso) de los treinta, ni el espíritu colectivo (la propaganda) de los cuarenta. Lo que sí ofrecía era respetabilidad y mejora social, unido todo ello al *desengaño sentimental*, a sus labores domésticas y reuniones de la *PTA* (la imagen de la «madre nutricia» de que habló Margaret Mead), a discusiones familiares, dietas ineficaces e interminables, a los seriales lacrimosos y *spots* publicitarios de la televisión —destinados a combatir el aburrimiento—, y —en el caso de persistir la frustración— a la psicoterapia. *Good Housekeeping y Parent's Magazine* hablaban a cada una de las mujeres de clase media, de la misma manera que *True Confessions* se dirigía a las de la clase obrera. Los años cincuenta fueron para las mujeres la más sombría de las décadas, la más sombría quizás en muchos siglos. De acuerdo con la versión del Mito que privaba por esta época, la emancipación de la mujer era un experimento llevado ya a efecto con resultados desalentadores (para las propias mujeres, por supuesto). El primer intento de escisión cismática de la asfixiante concepción de una «maternidad creativa», fracasó completamente al parecer. Todo conocimiento auténtico del antiguo movimiento feminista había sido ya enterrado y, con él, la conciencia de que el mísero estado actual de la mujer era consecuencia de una violenta reacción que no había perdido aún su virulencia.

Para la juventud de los cincuenta se montó un tinglado cultural más sofisticado si cabe: el «*Teenagerism*»[12] —el último disfraz de este inextinguible romanticismo tan inclinado a afianzar, gracias al consenso cultural del momento, una estructura familiar en descomposición (v. Capítulo 7, «La Cultura del Romance»). Las jovencitas de todas las edades soñaban con escapar a la monotonía de los hogares de sus madres por medio del «romance adolescente». El coche aparcado —tradición establecida desde la era de las *flappers*— se convirtió en necesidad urgente, quizá la institución que mejor caracterizaba las pasiones de la década de los cincuenta (v. la «ecología» de «El Coche Aparcado» que nos ofrece Edward Keinholz). Los rituales del juego de las citas en la *high school* rivalizaban en seriedad con la más depurada tradición caballeresca del Sur, sólo que la «bella» del siglo XX era ahora una dulce y dieciséisañera capitana de *majorettes*. El objetivo supremo de una muchacha era la «popularidad», versión moderna del antiguo «encanto» irresistible.

Lo que sucedió fue que los muchachos no podían aceptarlo. El empalagoso romanticismo y sentimentalismo destinados a mantener a las mujeres en su sitio, tuvieron efectos secundarios sobre el sexo masculino.

Si había que aceptar un ritual de asedio a la mujer, también habría que sacrificar algunos varones a la causa. Fulanito necesitaba a menganita, pero las citas eran una lata («Papá, ¿puedes prestarme el coche esta noche?»). A buen seguro tenía que haber una forma más fácil de satisfacer las necesidades del sexo. Frankie Avalon y Paul Anka enternecían con sus canciones a las adolescentes; los demás muchachos estaban fuera de onda.

En la década de los sesenta los muchachos partieron. Fueron a la universidad y emigraron al Sur. Viajaron a Europa en manadas. Algunos se alistaron en el *Peace Corps y* otros se perdieron en el anonimato. Ahora bien, adonde quiera que fueran, llevaron consigo a sus seguidoras. Los hombres liberados necesitaban pollitas guapas que pudieran adaptarse a su nuevo estilo de vida; las mujeres hicieron la prueba. Ellos necesitaban sexo; las mujeres cumplieron con su parte. Pero esto era todo cuanto necesitaban de las mujeres. Si a una chica se le metía en la cabeza pedir alguna compensación anticuada a cambio, era una «retrógrada», una «retorcida» o, aún peor, una «frustrada». Una chica tenía que aprender a ser independiente a fin de no convertirse en una carga para su hombre. Las mujeres no podían asimilarlo todo con la rapidez necesaria: cerámica, tejido, repujado, clases de pintura, cursos de literatura y psicología, terapia de grupo —todo lo necesario para sacudírselas de encima. Sentadas frente a sus caballetes, lloriqueaban.

Esto no quiere decir que las propias chicas no quisieran en principio escaparse de su villorrio. Lo que pasa es que no había lugar a donde ir. A dondequiera que fueran —a Greenwich Village allá por el año 1960, a Berkeley o Mississippi en 1964, a Haight-Ashbury o al East Village en 1967—, seguían siendo «pollitas» en el más completo anonimato como personas. No existía ninguna sociedad marginal a la que escapar; el sistema de clases sexuales lo penetraba todo. Inmunizadas culturalmente

por la violenta reacción antifeminista (en el supuesto de que en el largo período de censura hubieran oído hablar alguna vez del feminismo, sería tan sólo a través de su condena) seguían temiendo organizarse en torno a su problema. Esto hizo que cayeran en el mismo cepo que había atrapado a las mujeres de los años veinte y de los años treinta: la búsqueda de «la solución personal».

Irónicamente, la «solución personal» de los sesenta consistió en la «obsesión» por la política (política radical, es decir, más marginal e idealista que la palestra del poder oficial —segregacionista—), lo mismo que en el cultivo del arte y las letras. La política radical dio a la mujer la oportunidad de expresarse a sí misma. Muchas se alistaron en el movimiento en favor de la paz, que siempre ha constituido un aceptable pasatiempo femenino, inofensivo debido a su propia impotencia política y que, no obstante, proporcionaba un cauce sustitutivo para las iras femeninas. Otras se comprometieron en el movimiento de derechos civiles; aunque a menudo su eficacia no sobrepasó a la participación en el movimiento por la paz, el corto espacio de tiempo que las mujeres blancas dedicaron al movimiento negro de principios de la década de los sesenta, demostró ser una experiencia mucho más valiosa desde el punto de vista de su propio desarrollo político. Podemos comprobarlo fácilmente en el actual movimiento de liberación femenino. Las mujeres que estuvieron en el Sur, suelen ser mucho más astutas, flexibles y desarrolladas políticamente que las venidas del movimiento en favor de la paz; además, evolucionan con mucha mayor rapidez hacia el feminismo radical. Debido quizás a esto, el interés por el sufrimiento de los negros fue lo más que las mujeres blancas se habían acercado —desde 1920— al planteamiento de su propia opresión. Defender la causa de alguien más oprimido es una manera eufemística de afirmar el propio estado de opresión. Así, al igual que la causa de la esclavitud había espoleado al feminismo radical del siglo XIX, la causa del racismo estimulaba ahora al nuevo feminismo; en algún momento tenía que adquirirse la conciencia de la analogía existente entre racismo y sexismo. Tan pronto como las personas habían admitido y se habían enfrentado a su propio racismo, no podían negar el paralelismo. Y, si era posible vencer al racismo, ¿por qué no al sexismo?

* * *

He descrito este período de cincuenta años comprendido entre las postrimerías del antiguo movimiento feminista y los inicios del nuevo, para poder examinar los modos específicos con que operó el Mito de la Emancipación en su labor desactivadora del potencial explosivo que las frustraciones de la mujer moderna representaban. La táctica confusionista fue utilizada con eficacia para desunir de nuevo a las mujeres de los años veinte y los años treinta, combinándose a continuación con la censura de toda referencia al feminismo en los libros de historia, a fin de mantener a las mujeres

sumergidas en un laberinto enloquecedor de falsas soluciones; el Mito se había mostrado eficaz en su labor de arrebatarles toda legítima salida a su frustración. La terapéutica demostró ser un fracaso como solución (v. Capítulo siguiente). El retorno al hogar tampoco constituía una salida, como la generación de los años cuarenta y cincuenta puso de relieve.

En el año 1970, las hijas rebeldes de esta malograda generación desconocían ya a todos los efectos prácticos la existencia misma de un movimiento feminista. Sólo quedaban los desagradables residuos de una revolución abortada, un amasijo sorprendente de contradicciones en sus funciones sociales: por un lado, poseían casi todas las libertades legales, la certificación escrita de considerárseles ciudadanos con plena personalidad política, y, sin embargo, no tenían ningún poder. Gozaban de oportunidades educativas y, a pesar de ello, ni podían utilizarlas ni se esperaba de ellas que lo hicieran. Tenían las libertades solicitadas en el modo de vestir y en las costumbres sexuales, y, con todo, seguían estando explotadas sexualmente. Las frustraciones producidas por lo irremediable de su situación se veían exacerbadas por el desarrollo de los medios de comunicación (v. Capítulo 7), a través de los que quedaban al desnudo estas contradicciones, y lo odioso del papel de la mujer se veía subrayado precisamente por este mismo carácter intensivo que confería a los nuevos medios de difusión tanta eficacia como órganos de propaganda. Si el adoctrinamiento cultural necesario para reforzar las tradiciones sexuales había sido insidioso hasta entonces, ahora resultaba ya descarado e insípido. Las mujeres, bombardeadas por doquier con imágenes maliciosas o eróticas de sí mismas, se sintieron al principio confusas entre tanta desfiguración («¿Es posible que ésta sea Yo?») y, finalmente, irritadas. En los primeros momentos, al ser todavía el feminismo una cuestión tabú, su ira y frustración se tradujeron en una retirada total (la Bohemia Beatnick y la Generación de las Flores y las Drogas) o se canalizó hacia movimientos disidentes ajenos al propio, especialmente el movimiento en favor de los derechos civiles de los años sesenta, todo lo cual fue lo más que las mujeres se acercaron al reconocimiento de su propia opresión. Sin embargo, llegó el momento en que la evidente analogía de su situación con la de los negros, unida al ambiente general de inconformismo, llevó a la fundación de un movimiento de liberación femenino propiamente dicho. Por fin la ira rebosaba por los cauces adecuados.

Sería falso atribuir el resurgir del feminismo únicamente al ímpetu engendrado por otros movimientos e ideas. Éstos pueden haber actuado como catalizador, pero el feminismo posee en realidad un desarrollo cíclico propio. A la luz de la interpretación histórica que hemos adoptado, el feminismo se constituye en la inevitable respuesta de la mujer al desarrollo de una tecnología capaz de liberarla de la tiranía de sus funciones sexo-reproductivas —la propia constitución biológica básica y el sistema de clases sexuales basado en ella y que sirve para asegurar su consistencia.

La incesante evolución de la ciencia durante el siglo XX debería haber sido factor de aceleración de la reacción feminista inicial frente a la Revolución Industrial. (El

control de la fertilidad, pongamos por caso —problema para el que no disponían de soluciones las primeras feministas— ha alcanzado en el período iniciado en 1920 el nivel de desarrollo más elevado de su historia). La dinámica de la contrarrevolución que, sumada a crisis pasajeras como la guerra y la depresión, obstruía el avance del feminismo, ha sido ya objeto de un intento de descripción por mi parte. Por culpa de dicha obstrucción, otros avances científicos que pudieran haber constituido una valiosa ayuda a la causa del feminismo, no salieron del laboratorio; entre tanto, las costumbres socio-sexuales no sólo siguieron practicándose al igual que antes, sino que aumentaron su intensidad, como reacción a la amenaza. Los avances científicos capaces de debilitar o de cortar del todo los lazos existentes entre sexo y reproducción, apenas han conseguido abrirse camino en la sociedad. El mismo hecho de que la revolución científica no haya surtido prácticamente efectos sobre el feminismo, demuestra claramente la naturaleza política del problema; por ello, los objetivos del feminismo no pueden alcanzarse mediante evolución, sino sólo a través de la revolución. El poder, cualesquiera que sean su historia y sus orígenes, no será entregado sin lucha.

* * *

III
El movimiento de liberación de la mujer[13]

Hemos contemplado cómo en tan sólo tres años se recreaba toda la trama política del antiguo movimiento femenino. La división general entre feministas radicales y los dos tipos distintos de reformistas —las feministas conservadoras y las políticas— ha renacido bajo nuevos ropajes. A *grosso modo* podemos diferenciar tres facciones básicas en el movimiento actual, con sus subdivisiones correspondientes. Revisémoslas brevemente sin olvidar que en un período formativo de tal especie la política y la filiación de cada uno de los grupos están sujetas a un continuo estado de flujo.

1) *Feministas Conservadoras*. Esta facción, si bien ha proliferado en infinidad de

organizaciones paralelas, tiene quizás su mejor ilustración en el movimiento pionero (y por tanto de núcleo más acérrimamente feminista de lo que generalmente se cree) *NOW* —la *National Organization of Women*— fundado en 1965 por Betty Friedan tras la triunfal publicación de su *The Feminine Mystique*. Llamada a veces la *NAACP*[14] del movimiento femenino (es más, por abundar en ella experimentadas profesionales, mujeres de carrera que han «triunfado», recibe simultáneamente los ataques de los grupos jóvenes de liberación por este mismo «profesionalismo» que le es propio), la *NOW* centra su actuación en los síntomas más superficiales del sexismo —las desigualdades ante la ley, la discriminación laboral, etcétera.

Por todo ello, su línea de actuación política recuerda sobre todo al movimiento sufragista de inicios de siglo, la *National American Woman Suffrage Association* de Carrie Chapman Catt con todo el empeño puesto en la equiparación con el hombre —equiparación legal, económica, etc., dentro del sistema establecido— más que en la liberación de las funciones inherentes a cada sexo o en un examen radical de los valores familiares. Al igual que la *NAWSA*, intenta concentrarse en la consecución de objetivos únicos de cuño político, cualquiera que sea el coste con respeto a los principios políticos. Lo mismo que ella, se ha ganado una numerosa afiliación, que controla por medio de procedimientos burocráticos tradicionales.

Sin embargo, a medida que crece el movimiento juvenil, más evidente resulta que esta posición, insostenible incluso desde el punto de vista de la consecución de beneficios políticos inmediatos —como el fracaso del último movimiento feminista conservador ha demostrado—, es más un residuo del viejo feminismo (del predecesor, si se prefiere) que una configuración del nuevo. Muchas de quienes se adhirieron a este movimiento por falta de una mejor organización a la que acudir, han ido transfiriéndose rápidamente a las filas del feminismo radical, forzando a la *NOW* a un radicalismo en alza; así, mientras hubo un tiempo en que la organización no se atrevía a suscribir oficialmente ni siquiera el repudio a la ley del aborto, por miedo a perder aquellos miembros cuyo objetivo límite era la reforma, nos encontramos ahora con que el repudio a dicha legislación es una de sus exigencias básicas.

2) *Políticos*. Las políticos del movimiento femenino contemporáneo son aquellas cuya lealtad fundamental se dirige hacia la Izquierda («El Movimiento») antes que hacia el Movimiento de Liberación Femenino propiamente dicho. Al igual que las políticos del Período Progresista, las contemporáneas conciben el feminismo como simple cuestión tangencial a la política radical «verdadera», no como algo con razón de ser autónoma y directamente radical en sí mismo; consideran aún los problemas masculinos —vgr. el reclutamiento militar obligatorio— como cuestión universal, mientras juzgan a los problemas femeninos —vgr. el aborto— como meros particularismos. Dentro de la categoría «político» contemporánea cabe distinguir todavía una subdivisión menor que responde aproximadamente al siguiente esbozo:

a) *Subfacción Izquierdista Femenina*[15]. Todas las facciones izquierdistas

importantes y también algunos sindicatos poseen en la actualidad, tras un período de notable resistencia, sus propios comités de liberación de la mujer que conspiran contra el chauvinismo masculino desde el seno de la organización y en favor de una mayor capacidad decisoria para la mujer. Las mujeres-políticos de dichos comités son reformistas desde el momento en que su objetivo principal se centra en la mejora de la propia situación dentro del *ámbito* limitado de la política izquierdista. Las demás son, en el mejor de los casos, sus principales «agentes colaboradoras» y utilizan las reivindicaciones estrictamente feministas como mero instrumento «radicalizante» con el fin de reclutar mujeres para la «Gran Lucha». Por este motivo su actitud respecto a las demás mujeres suele ser patrocinadora y evangelista; en otras palabras, utilizan la táctica «celular». Veamos cómo algunas Panteras Negras en una entrevista publicada en *The Movement*, periódico clandestino, lo afirman de modo quizás embarazoso para la propia izquierda blanca por su desenfadada claridad; de todas maneras, el estilo resulta típico de la más revolucionaría retórica blanca al respecto (¿habrá tomado de ella sus expresiones?):

> Es muy importante que las mujeres *más avanzadas* —aquellas que ya comprenden los principios revolucionarios— salgan al encuentro de las otras, les expliquen la esencia del movimiento y luchen a su lado. No tenemos otra salida que reconocer el atraso político de la mujer y nuestra obligación de luchar con ellas. (La cursiva es mía).

Veamos también cómo enjuician un movimiento feminista independiente:

> [Ellas] pierden de vista la *Lucha Fundamental*. Es posible organizar quizás ciertos grupos especiales femeninos, pero peligroso; corren el riesgo de encerrarse en sí mismos, de convertirse en pequeñas camarillas petit-bourgeois donde sólo se hable del *cuidado de los hijos*, o de degenerar en *cotilleos lamentativos*. (Las cursivas son mías).

Vemos cómo los negros (lo mismo que las mujeres) niegan completamente los propios principios del *Black Power*[16], si se aplican a otro grupo —principios que incluyen el derecho de los oprimidos a organizarse con motivo de su opresión *tal como ellos la conciben y definen*. Es triste que el movimiento del *Black Power*, que tanto enseñó a las mujeres acerca de sus necesidades políticas —gracias a un paralelismo evidente—, sea el último en captar la dimensión inversa de tal semejanza. (En el Capítulo 5 ofrezco un análisis más completo de los motivos de tal proceder). La organización de la base popular del movimiento en torno a la propia opresión, el fin del liderazgo y tácticas de poder, la necesidad de una base de masas previa a la batalla sangrienta, es decir, todos los principios fundamentales de la

política radical, son negados súbitamente cuando se trata de las mujeres, de acuerdo con una duplicidad de criterios de la peor especie.

Los grupos de liberación femeninos empeñados en operar desde el amplio movimiento izquierdista no tienen una sola oportunidad de éxito, porque su línea de actuación viene dictada desde arriba y su análisis y sus tácticas están manipulados por el mismísimo estamento contra cuyo poder protestan. Por esto, lo único que generalmente consiguen es elevar la tensión que amenaza ya de muerte a sus debilitados grupos izquierdistas. Si alguna vez adquieren fuerza activa, se verán seducidos con concesiones simbólicas o contemplarán cómo la organización global que los patrocina, se descompone secretamente para reorganizarse sin ellos. Al final la única solución suele ser la desintegración para pasar a formar parte del movimiento femenino independiente.

b) *El Movimiento Político Centrista*. Con una línea de actuación propia, pero dependientes aún de la protección masculina, estos grupos son ambivalentes e indecisos. Están llenos de vacilación. Su evidente imitación del análisis, retórica, táctica y estrategia izquierdistas (masculinos) tradicionales —convengan o no al logro de los propios objetivos diferenciados—, halla compensación en su abundante sentimentalismo a propósito de las «hermanas oprimidas que andan por el mundo». Su política tiende a la ambigüedad, porque ambiguas son sus lealtades; por un lado no poseen la seguridad de que el causante directo de la explotación de las mujeres sea el capitalismo, mientras por el otro no se deciden a dar por sentada la intervención de los hombres en todo ello. Los hombres son «hermanos». Las mujeres son «hermanas». Si no hay más remedio que achacar las culpas a alguien, ¿por qué no dejarlo en tablas y cargarlas sobre El Sistema?

c) *Las Políticos Feministas*. Este epígrafe cubre quizás el porcentaje más numeroso de células anónimas afincadas en el movimiento de liberación femenino en nuestro país, y cuya posición atrae eventualmente a muchas de las mujeres clasificadas anteriormente por mí como centristas. En el fondo se trata de un feminismo conservador con implicaciones izquierdistas (o, quizás, sería más exacto afirmar que se trata de un izquierdismo con implicaciones feministas). Si bien las políticas feministas admiten la necesidad de que las mujeres se organicen con motivo de su opresión de acuerdo con su propio criterio y de que el objetivo fundamental de toda agrupación *de mujeres* debe basarse en la problemática femenina, en la práctica se esfuerzan al máximo por conseguir encuadrar tales actividades en el análisis izquierdista pre-existente y en su tabla de prioridades —en las que, evidentemente, las mujeres nunca ocupan el primer lugar.

A pesar de la aparente diversidad que impera en esta subdivisión; las tres posturas implicadas son reductibles a un denominador común: el principio de secundariedad del feminismo en la ordenación de prioridades políticas y su obligada adaptación a una estructura política (de origen masculino) pre-existente. El temor a que una falta de vigilancia permita al feminismo alzar el vuelo con plena autonomía y divorciarse

de La Revolución, revela el temor que las políticos sienten a que el feminismo constituya causa promocionable por sí misma —causa que (desgraciadamente) *exija* una revolución para la consecución de sus objetivos.

Ahí radica el reverso de la medalla: las mujeres-políticos son incapaces de desarrollar una auténtica línea política, porque jamás se han enfrentado a la opresión que *como mujeres* sufren, con espíritu audaz. La incapacidad que les impide engendrar un análisis izquierdista propio acerca del problema femenino, la necesidad que tienen de ligar continuamente su propia causa a una «lucha básica» —en vez de plantearla como causa intrínsecamente revolucionaria (no digamos ya de establecerla como centro de toda revolución)— deriva de sus agobiantes sentimientos de inferioridad como mujeres. Su incapacidad de exigencia de prioridad para sus propias necesidades, su dependencia de la aprobación masculina —en este caso, de una aprobación masculina subversiva— para sentirse políticamente legitimadas, las incapacitan para independizarse en otros movimientos cuando las circunstancias lo exigen y las condena a un mero reformismo de izquierdas, a la falta de originalidad y —finalmente— a la esterilidad política.

Puntualicemos, no obstante, que el contraste presentado por el feminismo radical —la posición más militante dentro de la gama comprendida dentro del movimiento de liberación femenino— ha obligado a las feministas políticos y a las conservadoras a una posición cada vez más defensiva y a un radicalismo en alza. Al principio, las mujeres cubanas y las pertenecientes al *N.L.F.*[17] eran modelos indiscutibles; en la actualidad predomina la actitud del «esperemos a ver qué pasa». Las convenciones puramente feministas celebradas el año pasado se iniciaron siempre con un tributo a los negros, a los obreros o a los estudiantes. Este año, en cambio, los portavoces de la izquierda hablan pomposamente y en tono dogmático de la abolición de la familia nuclear. Todo ello porque la Hermandad de Izquierdas ha hecho un rápido amago de irrupción para sondear la posibilidad de obtención de beneficios, presentando una declaración contra la monogamia, ante la que —por la claridad de su origen masculino— las feministas no pueden evitar reír con amargura. Con todo, mientras hace unos años a la SDS[18] no le importaba un comino un estúpido movimiento femenino, concede ahora a sus miembros de este sexo un papel cada vez más brillante a fin de evitar que encabecen, por ejemplo, la lista de *Los Diez Más Buscados* de Weathermen y de las diversas guerrillas. Existen síntomas de que se inicia un reconocimiento, por parte de la política izquierdista oficial, de las mujeres como importante grupo oprimido con personalidad propia; síntomas de una comprensión superficial de la necesidad de un movimiento feminista independiente; síntomas de un cierto grado de atención hacia los problemas y las quejas, de las mujeres, vgr. los centros de aborto y las guarderías infantiles; síntomas de un aumento de las concesiones aparentes. Y, al igual que sucedió durante los primeros estadios del *Black Power*, existe el mismo afán apaciguador, la misma nerviosa risa liberal, la misma incomprensión de los sentimientos femeninos —disfrazada bajo una sonrisa

congraciadora.

3) *El Feminismo Radical*. Las dos posturas que acabamos de describir, suelen engendrar una tercera: la postura feminista radical. Quienes militan en sus filas constituyen una gama de la más variada procedencia, que comprende desde feministas moderadas desilusionadas procedentes de la *NOW* hasta izquierdistas desengañadas procedentes del movimiento de liberación de la mujer, pasando por otras que estaban al acecho de la aparición de un movimiento de esta naturaleza y para las que ni el burocratizado feminismo conservador ni la recalentada dogmática izquierdista ejercían demasiado atractivo.

La postura feminista radical es descendiente directa de la línea feminista radical propia del antiguo movimiento, especialmente del capitaneado por Stanton y Anthony, así como de la militante *Congressional Union* conocida posteriormente como *Woman's Party*. Considera los problemas femeninos no sólo como la primera prioridad *de las mujeres*, sino como núcleo de todo análisis revolucionario más amplio. Rechaza el análisis izquierdista ya existente no por ser excesivamente radical, *sino por no serlo suficientemente*; considera que el análisis izquierdista es anticuado y superficial, ya que no establece ningún vínculo entre la estructura del sistema de clases económicas y sus orígenes afincados en el sistema de clases sexuales —modelo de todos los demás sistemas de explotación y parásito que debe, por tanto, ser eliminado por toda revolución sincera. En los capítulos que siguen, pasaré revista a las ideas del feminismo radical y a su relación con otra teoría radical, a fin de mostrar cómo, gracias a él, podemos arrojar luz sobre muchos sectores controvertidos del análisis izquierdista, proporcionando por vez primera una solución revolucionaria integral.

Lo primero que salta a la vista es que el movimiento feminista radical posee muchos recursos políticos que ningún otro movimiento puede alegar, y un potencial revolucionario mucho mayor —a la vez que cualitativamente distinto— que ningún otro en el pasado:

1) *Distribución. A diferencia de los grupos minoritarios (accidente histórico) o del proletariado (evolución económica) las mujeres han constituido siempre una clase oprimida mayoritaria (51%) distribuida por igual entre las demás clases*. El movimiento americano de mayor analogía, el *Black Power*, aun dando por supuesto que pudiera movilizar instantáneamente a todos los negros del país, controlaría tan sólo a un 15% de la población. Es más, las minorías oprimidas unidas —dando generosamente por supuesta la supresión de toda rivalidad faccional— no constituirían mayoría, a menos que se incluyera a las mujeres. El hecho de que éstas convivan con los hombres, constituye en algunos aspectos nuestro handicap más grave (la incomunicación interfemenina es la culpable de la ausencia de movimientos de liberación femenina en el pasado o de la debilidad de éstos), pero, en otro aspecto,

aporta una ventaja: la de que, si situamos una revolucionaria en cada dormitorio, es imposible no subvertir el *status quo*. Y, si es tu mujer la que se rebela, no puedes limitarte a meter la cabeza bajo el ala. El feminismo, en el momento en que consiga realmente sus objetivos, resquebrajará las estructuras más básicas de nuestra sociedad.

2) *Política personal*. El movimiento feminista es el primero en combinar eficazmente el factor «personal» con el «político». Está desarrollando un nuevo tipo de relación, un nuevo estilo político, que con el tiempo reconciliará el factor personal —constante prerrogativa femenina— con el público —con el «mundo exterior»—, a fin de devolver a este mundo sus emociones y sus sentimientos.

La dicotomía entre emociones y entendimiento ha impedido que el movimiento establecido adquiera una base de masas populares; por un lado tenemos a los izquierdistas ortodoxos —unas veces abstraídos intelectuales universitarios, desligados de toda realidad concreta, y otras disfrazados de capa activista y sirviendo en las filas del *machismo*, autoindulgentes en su actuación y poco interesados en la eficacia política. Por otro lado, tenemos la *Woodstock Nation*, la Rebelión Juvenil, la Generación *Hippy* de las Drogas y de las Flores, los *Yippies*, los *Crazies*, los *Motherfuckers*, los *Mad Dogs*, los *Hog Farmers*, etc., que, aunque comprenden que la antigua propaganda y análisis marxistas han perdido posiciones —el problema es mucho más profundo que la mera lucha del proletariado, que, en cualquier caso, difícilmente se identifica con la vanguardia americana—, no tienen ningún análisis histórico sólido y autónomo con que reemplazarlos; es más, se trata de grupos apolíticos. Por todo ello el Movimiento se está hundiendo, sea por marginalidad, fragmentación o ineficacia debidas a su rígido y anticuado análisis, o, en aquellos casos en que posee atractivo para un movimiento de masas, por falta de una sólida base histórica y económica, y es un movimiento de «renuncia» más que de revolución. El movimiento feminista es el unificador que con tanta urgencia se necesita.

3) *El Fin de la Psicología de Poder*. Los movimientos más revolucionarios son incapaces de practicar en sí mismos lo que predican. Los fuertes apegos al liderazgo, el faccionalismo, «el culto al yo», las maquinaciones, constituyen regla más que excepción. El movimiento femenino, en su propia historia, tiene en este aspecto una trayectoria mejor que la de muchos otros movimientos. Uno de sus objetivos más afirmados es la democracia interna y se llega a extremos (a menudo absurdos) en su persecución.

Esto no es lo mismo que hablar de éxito. Existe mucha más retórica que realidad en esta cuestión, retórica que a menudo encubre hipócritamente las mismas tretas y los mismos juegos de poder que antaño, adornados muchas veces con nuevas y complejas variantes femeninas. Sería demasiado pedir que, con todo su profundo

enraizamiento en el sistema de clases sexuales y en la estructura familiar, alguien fuera hoy capaz de eliminar la psicología de poder. Y, si bien es cierto que muchas mujeres jamás han adoptado la función dominante (el poder sobre los demás), existen muchas otras que, al identificar todas sus vidas con los hombres, se encuentran en la postura peculiar de tener que erradicar al mismo tiempo no sólo sus naturalezas sumisas, sino también sus naturalezas dominantes, quemando así la vela por ambos cabos.

Ahora bien, si hay algún movimiento revolucionario capaz de establecer una estructura igualitaria, éste es el feminismo. Someter a examen las relaciones básicas entre los sexos y entre padres e hijos es llevar el esquema psicológico de dominio-sumisión hasta sus mismas fuentes. A través del examen político de esta psicología, el feminismo será el primer movimiento que jamás haya enfocado el problema desde un punto de vista materialista.

3. El Freudismo: un feminismo descarriado

Si tuviéramos que apuntar hacia una corriente de pensamiento como la más característica de América en este siglo, bien cabría señalar la obra de Freud y las ciencias de ella derivadas. Nadie es inmune a su concepción de la vida humana; unos reciben dicha influencia de modo directo, estudiándola como disciplina académica («psicología»); otros a través de la terapéutica personal —experiencia cultural corriente para los niños de clase media—; los más, a través de la impregnación de la cultura popular. La nueva terminología ha invadido el habla cotidiana y el hombre medio piensa en sí mismo en términos de «perturbación emocional», «neurosis» o «psicopatías»; comprueba su «ello» a diario en busca de una «pulsión de muerte» y su «ego» en busca de alguna «debilidad»; quienes le rechazan, son «egocéntricos»; da por sentada la posesión de un «complejo de castración», la «represión» de un deseo de acostarse con su madre, el haber experimentado o estar experimentando aún la «rivalidad fraterna», el hecho de que las mujeres «envidien» su pene; probablemente verá en cada plátano o salchicha un «símbolo fálico». Sus discusiones matrimoniales y procedimientos judiciales de divorcio operan de acuerdo con estas terminologías psicoanalíticas. Casi nunca sabe a ciencia cierta su significado, pero por lo menos está seguro de que su psiquiatra sí lo sabe. El pequeño vienés de gafas y perilla, dormitando en su sillón, es uno de los estereotipos del (tenso) humor moderno. Llevaría bastante tiempo contabilizar el número de historietas gráficas referentes al psicoanálisis. Sólo con respecto al diván, hemos creado ya toda una nueva simbología.

El freudismo se ha convertido —con sus confesionarios y sus actos de reparación, sus prosélitos y conversos, con todos los millones invertidos en su mantenimiento— en la Religión de nuestra época. Nuestros ataques incluyen siempre una leve desazón, porque ¿quién posee la seguridad de que en el día del juicio definitivo *la razón no estará de su parte*? ¿Quién posee el convencimiento de estar todo lo sano que debería? ¿Quién desarrolla toda su potencialidad? ¿Quién no está asustado de sus propios instintos? ¿Quién no odia a su padre y a su madre? ¿Quién no rivaliza con su hermano? ¿Qué muchacha no ha deseado alguna vez ser muchacho? Y para aquellos espíritus recios que persisten en su escepticismo, queda siempre la temible palabra: *resistencia*. Éstos son los enfermos más graves, como su obstinación pone de manifiesto.

La reacción no se ha hecho esperar y ha sido encarnizada. Se han escrito libros y han brillado personalidades dedicadas exclusivamente al estudio de las contradicciones en las obras de Freud; algunos se han hecho famosos profundizando exclusivamente en una pequeña parcela de su obra (por ejemplo, refutando el deseo de muerte o la envidia del pene) y otros, más audaces o más ambiciosos, han atacado los absurdos del conjunto global. No hay más que asistir a cualquier *cocktail party* para oír toda clase de teorías críticas; algunos intelectuales llegan hasta relacionar la

extinción de la comunidad intelectual americana con la importación del psicoanálisis. En contraposición a la religiosidad del freudismo, se ha fundado toda una escuela empírica behaviorista (a pesar de que la psicología experimental arrastra sus propios prejuicios). Poco a poco se ha ido deshojando todo el pensamiento freudiano y sus dogmas fundamentales han ido cayendo uno a uno hasta no quedar nada sobre lo que centrar los ataques.

Pero no muere. Se ha demostrado que la terapia psicoanalítica es ineficaz, que las ideas de Freud sobre la sexualidad femenina están equivocadas (cf. Masters y Johnson, acerca del mito del doble orgasmo) y, con todo, sus viejos conceptos siguen en boga. Los médicos siguen valiéndose de ellos. Es más, al final de cada nueva crítica se entona —entre sentimientos de culpabilidad— un himno de alabanza al Gran Padre iniciador de todo este proceso. Nadie se siente con fuerzas para acabar con él.

No creo que se deba únicamente a falta de valor para admitir, después de tantos años, la desnudez del emperador. Tampoco creo que el motivo sea siempre el temor a destruir la propia fuente de ingresos. Estoy convencida de que la mayor parte de las veces la misma integridad que les hace poner todo el sistema en entredicho, es quien les impide destruirlo del todo. Su «conciencia» les dice «intuitivamente» que no se atreverán a descargar el golpe definitivo.

La razón estriba en que, aunque las teorías freudianas no sean verificables empíricamente, aunque la aplicación del freudismo a la práctica clínica haya llevado a verdaderos absurdos y ya en 1913 se observara que el propio psicoanálisis se identifica con la enfermedad que pretende curar —creando una neurosis sustitutiva de la precedente (todos hemos observado que cuantos se encuentran bajo tratamiento terapéutico se muestran más preocupados por sí mismos que en ningún otro período anterior y que han pasado a un estado de neurosis «perceptiva» rebosante de «regresiones», «transferencias» amorosas y torturados soliloquios)—, no podemos evitar pensar que hay algo cierto en el fondo de todo este asunto. Y, aunque al preguntar repentinamente a quienes se encuentran bajo tratamiento terapéutico si éste les ayuda o si merece la pena someterse a él, se encuentran totalmente confundidos, no por ello podemos permitimos el lujo de despreciarlo olímpicamente.

Freud conquistó la fantasía de todo un continente y de toda una civilización por una razón muy sólida. Aunque pueda parecer inconsistente, ilógico o «anticuado», sus seguidores —con toda su lógica cautelosa, sus experimentos y sus revisiones— no tienen nada comparable que decir. *El freudismo es tan censurado y a la vez tan imposible de repudiar porque Freud captó el problema crucial de la vida moderna: la Sexualidad*.

I
Comunidad de raíces entre Freudismo y feminismo

1) *Freudismo y Feminismo han brotado del mismo suelo*. No es casualidad que Freud iniciara su obra en el clímax del primer movimiento feminista. En la actualidad seguimos menospreciando la importancia de las ideas feministas de aquella época. Las conversaciones a media voz acerca de la naturaleza del hombre y de la mujer, y de la posibilidad de la reproducción artificial (niños en probetas de cristal), recogidas por D. H. Lawrence en su *Lady Chatterley's Lover*, no eran puramente imaginarias. El sexismo era el tema más candente del día; lo único que hizo Lawrence fue captarlo y añadir sus propias opiniones. El sexismo selló también casi toda la obra de G. B. Shaw. La Nora de Ibsen en *Casa de muñecas* no era ningún ser anormal; estas discusiones estaban destrozando muchos matrimonios en la vida real. La nauseabunda descripción que Henry James nos dé de las mujeres feministas en *The Bostonians* y las más comprensivas de Virginia Woolf en *The Years y Night and Day*, están arrancadas de la vida real. El mundo de la cultura reflejaba las actitudes y preocupaciones dominantes; el feminismo fue un tema literario importante porque en aquellos momentos era un problema vital. Los escritores reflejaron aquello que veían, describieron el medio cultural en que respiraban. Pues bien, en este medio hervía la preocupación por las reivindicaciones feministas. La cuestión de la emancipación de la mujer afectaba a cada una de ellas, tanto si tomaba parte activa en la defensa de dichas reivindicaciones como si luchaba desesperadamente contra ellas. Las viejas películas de la época muestran la creciente solidaridad de las mujeres, reflejan su impredecible línea de comportamiento y su examen aterrorizador y a menudo desastroso de los papeles *jugados por* cada *sexo*. Nadie quedó inmune a las violentas consecuencias del estallido. Y esto no fue algo privativo del hemisferio occidental: Rusia experimentaba por esta época con la abolición de la familia.

Con el cambio de siglo, en el pensamiento político y social, lo mismo que en la cultura literaria y artística, pululaba un tremendo fermento de ideas con respecto a la sexualidad, al matrimonio, a la familia y a la función de la mujer. El freudismo fue sólo uno de los productos culturales de tal fermentación. Tanto el freudismo como el feminismo surgieron como reacción contra uno de los períodos más puritanos de la civilización —la Era Victoriana— caracterizado por su énfasis sobre la institución familiar y, en consecuencia, por su represión y opresión sexual exageradas. Ambos movimientos fueron un toque de atención; pero Freud se limitó a ser un diagnosticador de aquello que el feminismo se propone curar.

2) *Freudismo y Feminismo están hechos del mismo material*. El gran éxito de Freud fue el redescubrimiento de la sexualidad. Freud entendió la sexualidad como la fuerza vital básica; el modo en que dicha libido se estructuraba en el niño,

determinaba la psicología del individuo (quien, a su vez, recreaba en sí mismo la de la especie histórica). Descubrió que, para adaptarse a la civilización actual, el ser sexuado debe pasar por un proceso de represión durante la infancia. Todos los individuos sufren dicho proceso, pero unos lo sobrellevan con menos éxito que otros, produciéndose entonces en ellos una inadaptación de gravedad mayor (psicosis) o menor (neurosis), que a menudo basta para incapacitar totalmente al individuo.

La solución propuesta por Freud tiene menos envergadura y, de hecho, ha producido verdaderos estragos; en ella se supone que el paciente, por medio de un proceso que le permite desenterrar las represiones frustrantes, reconocerlas conscientemente y examinarlas a plena luz, será capaz de aceptar o de *rechazar* conscientemente —en vez de *reprimir* subconscientemente— los deseos perturbadores del *ello*. Este proceso terapéutico se emprende con la ayuda de un psicoanalista por medio de la «transferencia», según la cual el psicoanalista actúa en sustitución de la figura autoritaria original que se encuentra en las raíces de la neurosis represiva. Al igual que la curación religiosa o la hipnosis (que Freud estudió y cuya influencia recibió), la «transferencia» actúa por implicación emocional más que por puro razonamiento. El paciente «se enamora» de su analista; al «proyectar» el problema sobre la superficie —supuestamente intacta— de la relación terapéutica, lo arranca de sí para conseguir su curación. Lo que pasa es que este mecanismo no resuelve nada[19].

Freud, en la tradición de la ciencia «pura», examinó las estructuras psicológicas sin poner atención ninguna al hecho de que éstas existían en un contexto social. Si tenemos en cuenta su propia estructura psíquica y sus prejuicios culturales —era un mezquino tirano de la vieja escuela, para quien ciertas verdades sexuales podían resultar excesivamente costosas—, difícilmente podíase esperar que incluyera un examen de esta especie en su quehacer vital. (Wilhelm Reich fue uno de los pocos en seguir esta senda). Añadamos a ello que, al igual que Marx no pudo prever el advenimiento de la cibernética, Freud no tuvo el conocimiento decisivo de la posibilidad tecnológica que nosotros tenemos. Tanto en el caso de que podamos censurar a Freud como persona, como en el caso de que sea imposible hacerlo, en su omisión de un examen de la sociedad misma tenemos la causa responsable de la confusión surgida en las ciencias derivadas de su teoría. Agobiados por los problemas insuperables que la puesta en práctica de una contradicción de base suponía —la resolución de un problema dentro del mismo medio que lo había creado—, sus seguidores empezaron a atacar uno tras otro todos los elementos de su teoría, hasta dejarla en mantillas.

¿Había algún elemento aprovechable en tales ideas? Reexaminemos de nuevo algunas de ellas, esta vez desde un punto de vista feminista radical. Estoy convencida de que Freud hablaba sobre algo real, aunque sus ideas, tomadas al pie de la letra, llevaron al absurdo —su genio era más poético que científico y, por tanto, sus ideas resultan más valiosas como metáforas que como verdades literales.

Desde esta perspectiva, examinemos en primer lugar el Complejo de Edipo[20] —piedra angular de la teoría freudiana—, que afirma que el niño varón desea poseer sexualmente a su madre y matar a su padre y que el miedo a ser castrado por éste le obliga a reprimir tal deseo. El mismo Freud afirmó en su último libro:

> Me atrevo a afirmar que, aunque el psicoanálisis no pudiera alardear de más logros que del descubrimiento del Complejo de Edipo, éste solo bastaría para permitirle ser contado entre las más preciadas conquistas de la humanidad en estos últimos tiempos.

Comparemos esta afirmación con la de Andrew Salter en *The Case Against Psychoanalysis*:

> Ni los más entusiastas seguidores de Freud pueden evitar sentirse confundidos por las contradicciones implicadas en el Complejo de Edipo. El Diccionario Psiquiátrico dice a propósito del Complejo de Edipo: «El futuro del Complejo de Edipo no se comprende con mucha claridad». En mi opinión, podemos hablar con toda seguridad acerca de dichas perspectivas futuras. El destino del Complejo de Edipo será el mismo que el de la alquimia, la frenología y la quiromancia. El destino del Complejo de Edipo será el olvido.

Para Salter, dicho Complejo está plagado de las contradicciones comunes a toda teoría que presume que el contexto social —causa del complejo— es inmutable:

> La teoría de Freud acerca de la desaparición «normal» del Complejo de Edipo, adolece de inconsistencia crítica en su lógica interna. Si aceptamos la afirmación de que la desaparición del Complejo de Edipo se consigue *a través del miedo a la castración*, ¿no parece que damos por sentado que *la normalidad se adquiere como resultado del miedo y la represión ejercidos sobre el niño*? Y, ¿acaso la adquisición de la salud mental por medio de la represión no está en flagrante contradicción con las más elementales doctrinas freudianas? (La cursiva es mía).

Por mi parte, yo sugiero que el único modo de comprender el Complejo de Edipo en toda su lógica, es en términos de poder. Debemos recordar que Freud observó este complejo como elemento común a todos los individuos que se desarrollan en el seno de la familia nuclear de una sociedad patriarcal —forma de organización social que intensifica los peores efectos de las desigualdades inherentes a la propia familia biológica. Existen algunas pruebas que llevan a demostrar la disminución de los efectos del Complejo de Edipo en aquellas sociedades en que el hombre dispone de

menos poder y que el debilitamiento del patriarcalismo conlleva gran número de cambios culturales atribuibles quizás a dicha relajación.

Echemos una mirada a esta familia nuclear patriarcal, en cuyo seno aparece con rasgos tan definidos el Complejo de Edipo. En la familia-tipo de esta especie el hombre es quien aporta el sustento y por ello los demás miembros crean un vínculo de dependencia para con él. Establece además un pacto implícito por el que accede a mantener a su mujer a cambio de sus servicios: cuidado de la casa, sexo y reproducción. Los hijos que ella le da, son aún más dependientes, si cabe. Legalmente son propiedad del padre (una de las primeras campañas del primer *W.R.M.* atacó las disposiciones que privaban a la mujer, en caso de divorcio, de la custodia de los hijos), cuyo deber es alimentarlos y educarlos —«moldearlos» a fin de que puedan ocupar su puesto en la sociedad en que él vive, cualquiera que ella sea. A cambio, espera aquella perpetuación de bienes y apellido que tantas veces confundimos con la inmortalidad. Sus derechos sobre los hijos son completos. Éstos no pueden escapar a su *posesión* hasta su mayoría de edad y para entonces el moldeado psicológico ha sido ya realizado; en otras palabras, están preparados para re-iniciar todo el proceso.

Es importante recordar que las versiones más recientes de la familia nuclear pueden haber desfigurado este tipo de relación esencial hasta el punto de hacerlo irreconocible, pero siguen reproduciendo el mismo triángulo de dependencias: padre, madre, hijo. Aunque la mujer haya recibido una educación equivalente (a veces olvidamos que hasta las arduas conquistas del *W.R.M.* en tiempos de Freud las mujeres no recibían educación ni encontraban trabajo), pocas veces le resulta posible —dada la desigualdad de la demanda— ganar tanto dinero como el marido (y ¡pobre matrimonio aquel en que esto suceda!). Pero, aunque así fuera, en cuanto empieza a engendrar hijos y a hacerse cargo de ellos, se encuentra otra vez totalmente incapacitada. Conceder la total independencia a la mujer y a los hijos supondría eliminar no sólo la familia nuclear patriarcal, sino también la misma familia biológica.

Éste es, pues, el clima opresivo en que se desarrolla el niño. Desde los primeros momentos es extremadamente sensible a esta jerarquía de poderes. Sabe perfectamente que en todos los aspectos —física, económicamente y emocionalmente — depende completamente y, por tanto, está a la completa disposición de sus dos progenitores, quienquiera que éstos sean. De entre los dos, sin embargo, él siempre preferirá a su madre. Existe un vínculo de opresión que lo liga a ella; él sufre la opresión de ambos progenitores y ella sufre, por lo menos, la de uno. El padre, en la medida de la comprensión infantil, posee el control total. («¡Aguarda a que tu padre llegue de la oficina!, ¡verás la paliza que te espera!»). El niño percibe entonces la posición de su madre como intermedia entre la autoridad y la impotencia. Si ésta comete alguna injusticia, él puede acudir a su padre; pero si éste le pega una paliza, poco podrá hacer aquélla más que ofrecerle té y simpatía. Si su madre es sensible a la injusticia, utilizará quizás sus tácticas y algunas lágrimas para ahorrarle algunos

golpes. Pero también el niño es maestro en esto de las tácticas y las lágrimas a esta edad y sabe que las lágrimas no tienen punto de comparación con la fuerza física. Además, su eficacia es limitada y está en función de muchas variables («un mal día en la oficina», etc.). En cambio, la fuerza física o la simple amenaza de su utilización es un factor incontrovertible.

En la familia tradicional existe una polaridad paterna: se espera de la madre que ame abnegadamente al hijo, incondicionalmente incluso, mientras que el padre, por otro lado, raramente asume un interés activo por él —desde luego no en el aspecto de sus cuidados íntimos— y, más tarde, cuando el hijo ha crecido ya, su amor es condicionado —está en función de los logros y éxitos obtenidos. Dice Erich Fromm en que se escribieron, lo serían ahora. El libro de Fromm en su *Arte de Amar*:

> Hemos hablado ya acerca del amor materno. El amor materno es, por su propia naturaleza, incondicional. La madre ama al recién nacido porque es su hijo, no porque éste haya cumplido ningún requisito ni haya respondido a ninguna esperanza concreta… La relación para con el padre es de signo bastante diverso. La madre es el hogar de donde derivamos, la naturaleza, el suelo, el océano; el padre no representa ningún hogar natural de dicha especie. Durante los primeros *años* de la vida del niño pocos vínculos existen entre ambos y su importancia es para el hijo mucho menor que la de la madre en estas primeras etapas. Pero, aunque no represente al mundo natural, el padre sí representa el otro polo de la existencia humana: el mundo intelectual, de los logros humanos, de la ley y el orden, de la disciplina, de los viajes y la aventura. El padre es quien enseña al niño, quien le muestra el camino hacia el mundo exterior… El amor paterno es un amor condicionado. Su máxima es: «Yo te amo *porque* respondes a lo que yo espero de ti, porque cumples con tu deber, porque te pareces a mí»… En esta transición de un apego de polaridad materna a otro de polaridad paterna y en su eventual síntesis se fundamenta la base de la salud mental y de la adquisición de la madurez.

Si estas palabras no hubieran sido ciertas en el momento en que se escribieron, lo serían ahora. El libro de Fromm sobre el amor ha sido traducido a diecisiete idiomas y se han vendido, según se dice en la contraportada, 1.500.000 ejemplares sólo en lengua inglesa. Más adelante me ocuparé con mayor detalle de la naturaleza del amor tal como esta última cita expone y la clase de daños que este ideal produce tanto en la madre como en el hijo. Por ahora me centraré únicamente en la relación que esta polaridad tradicional guarda para con el Complejo de Edipo.

A diferencia de otros, Freud no menospreció los procesos interiores del niño hasta la edad de seis años. Si las necesidades básicas del pequeño son satisfechas por su madre, si es vestido, alimentado y acariciado por ella, si por ella es amado de manera «incondicional», frente al amor «condicionado» del padre —al que raras veces ve y

aún entonces sólo para recibir el castigo o la «aprobación masculina»— y si, además, intuye que él y su madre se encuentran unidos frente a un padre más poderoso, al que deben agradar y apaciguar, entonces sí resulta cierto que todo varón normal se identifica en primer lugar con la hembra de la especie.

Con referencia al deseo que siente por la madre, también habrá que admitir su veracidad. Ahora bien, es absurdo llegar a las conclusiones a que una interpretación literal de Freud puede conducirnos. Es imposible que el niño piense en unirse sexualmente a su madre. Lo más probable es que el niño sea incapaz siquiera de imaginar cómo debería arreglárselas para un acto de esta clase. Tampoco se encuentra suficientemente desarrollado físicamente para sentir necesidad de una distensión orgástica. Sería más correcto concebir dicha necesidad sexual en forma más generalizada y negativa; es decir, sólo posteriormente y debido a la estructuración de la familia en torno al tabú del incesto, se separará la respuesta sexual de otros tipos de respuestas físicas y emocionales. Al principio, todas ellas forman una unidad integrada.

¿Qué sucede a los seis años, cuando repentinamente empieza a esperarse del niño que empiece a «comportarse como es debido», a actuar como un hombrecito? Por todas partes se oyen las expresiones «identificación masculina» o «imagen del padre». Los bonitos juguetes del año anterior desaparecen. Se le induce a empezar la práctica del *baseball*. Se multiplican los camiones y los trenes eléctricos. Si llora, se le llama «niñita»; si corre hacia su madre, «perrito faldero». De improviso, su padre asume un interés activo hacia él («lo estáis echando a perder»). El niño teme a su padre, y no le faltan motivos. Sabe que, entre sus dos progenitores, su madre está mucho más cerca de él. La mayor parte de las veces ha podido constatar que su padre hace a su madre desgraciada, que la hace llorar, que no le dirige excesivamente la palabra, que discute mucho con ella, que la lastima (ésta es la razón por la que, si ha tenido ocasión de observar sus relaciones sexuales, las interpretará sobre la base de los datos que ha ido almacenando y creerá que el padre está atacando a la madre). Sin embargo, sin previo aviso se espera de él que se identifique con este extraño brutal. ¡Desde luego que no lo hará! Se resiste. Empieza a soñar con seres que le aterrorizan. Hasta de su propia sombra se asusta. Cuando va a la peluquería, llora. Está convencido de que su padre le cortará el pene, porque no se comporta como el «hombrecito» que debería ser.

Ésta es su «difícil fase transitoria». ¿Qué es lo que al fin convence al niño normal para que invierta su identificación? Fromm lo formula maravillosamente: «Es cierto que el padre no representa el mundo natural, pero representa el otro polo de la existencia humana: el mundo intelectual, de los logros humanos, de la ley y el orden, de la disciplina, de *los* viajes y la aventura. El padre es quien enseña al niño, quien le muestra *el camino hacia el mundo exterior*…». Pues bien, este algo que vence sus resistencias, es la oferta del *mundo* condicionada a su crecimiento. Se le pide una transición del estado de impotencia —niños y mujeres— al estado de poder potencial

—hijo (extensión del ego) de su padre. Los niños no suelen ser tontos. *Su* intención no es la de encadenarse al estilo de vida limitado y mísero de las mujeres. Les interesan estos viajes y aventuras. Pero se trata de una tarea ardua, porque en el fondo desprecian a su padre y a todo su poder. Sus simpatías están con su madre. Pero ¿qué pueden hacer? «Reprimen» el profundo apego emocional que sienten hacia su madre, «reprimen» el deseo de matar a su padre e ingresan en el honorable estado de la virilidad.

No es de extrañar que esta transición deje tras sí un residuo emocional, un «complejo». El niño varón, para poder salvar su propia piel, ha abandonado y traicionado a su madre, alistándose en las filas de su opresor. Se siente culpable. Sus emociones ante las mujeres como clase se resienten de ello. La mayor parte de los hombres han salido triunfantes de esta transición a un estado de poder sobre los demás; otros, en cambio, siguen atascados en el intento.

Hay otros elementos de la teoría freudiana que se comprenden en toda su amplitud, cuando se los examina en términos de poder, es decir, en términos políticos; el feminismo, como antídoto, elimina la parcialidad sexual que produjo la distorsión inicial.

Suele creerse que el Complejo de Electra constituye un descubrimiento menos profundo que el Complejo de Edipo, porque —al igual que el resto de las teorías freudianas sobre la mujer— analiza a la hembra tan sólo como varón negativo: el Complejo de Electra no es más que un Complejo de Edipo invertido. El Complejo de Electra, con el complejo de castración que lo acompaña, es —brevemente— como sigue: la niña, al igual que el niño, empiezan su vida con una fijación a la madre. Hacia los cinco años, que es cuando suele descubrir su carencia de pene, empiezan sus sentimientos de castración. Como compensación, intenta entablar una alianza con el padre por medio de la seducción, lo cual la lleva a la subsiguiente rivalidad y hostilidad para con su madre. El super-ego se desarrolla como reacción a la represión del padre. Ahora bien; al ser éste el objeto de su seducción, no la reprime de la misma manera que reprime al hijo, que es su rival sexual en el afecto de la madre, y por ello la organización psíquica fundamental de la niña difiere de la de su hermano a la vez que resulta más débil. Cuando una muchacha persiste en esta fuerte identificación con su padre, se dice de ella que ha quedado retrasada en el estadio «clitoridiano» de la sexualidad femenina y que con toda probabilidad será frígida o lesbiana.

El rasgo más notable en toda esta descripción, reformulado en términos feministas, es el de que *también la niña, está al principio apegada a su madre* (lo cual, dicho sea de paso, refuta una heterosexualidad determinada biológicamente). Al igual que el niño, la niña ama más a su madre que a su padre y exactamente por las mismas razones: la madre cuida de ella más íntimamente y comparte con ella su opresión. Hacia los cinco años de edad y más o menos paralelamente al niño, empieza a observar conscientemente el mayor poder del padre y su capacidad de acceso a este interesante mundo exterior, capacidad negada a su madre. A partir de

este momento, empieza a rechazar a su madre como algo aburrido y demasiado familiar, para pasar a identificarse poco a poco con su padre. La situación resulta más complicada aún si tiene hermanos, porque entonces se da cuenta de los deseos del padre de que el muchacho comparta su mundo y su poder, mientras que dicho mundo sigue estando negado *para ella*. En este momento se le presentan dos alternativas: 1) Puede enfocar la situación en forma realista y empezar a utilizar todas sus estratagemas femeninas —en lo que valgan— en un intento destinado a despojar al padre de su poder (para lo cual tendrá que rivalizar con su madre en la obtención de los favores de quien tiene el poder); o, 2) Puede negarse a creer que las diferencias físicas existentes entre ella y su hermano implicarán ya para siempre una desigual distribución del poder. En este último caso, rechazará cualquier cosa que se identifique con su madre, cosas como el servilismo y las estratagemas —la psicología del oprimido— e imitará obstinadamente todo aquello que ha observado hacer a su hermano y que le proporciona a él exactamente el mismo tipo de libertad y aprobación que ella busca. (Observad que no afirmo que *finja* masculinidad. Estos rasgos no están determinados sexualmente). Pero, por más que intente desesperadamente conquistar los favores de su padre comportándose cada vez más tal como ha visto que éste alentaba a comportarse a su hermano, dicho sistema no da resultado *en el caso de ella*. Redobla sus esfuerzos. Actúa como un mozalbete y se siente halagada si la apodan como tal. Esta obstinación frente a un realidad insoportable puede llegar a triunfar. Durante un tiempo. Quizás hasta la pubertad. Entonces se encuentra realmente en una encrucijada. No puede negar su sexo por más tiempo; esto lo confirman los lujuriosos varones que pululan a su entorno. Es entonces cuando suele desarrollar una identificación femenina como venganza. (Las tan «difíciles», «reservadas» e «histéricas» adolescente; tal etapa corresponde al estadio de ingobernabilidad de los muchachos).

Por lo que se refiere a la «envidia del pene», resulta mucho más cierto interpretarla también como metáfora. Existe realmente una preocupación por los genitales, pero es evidente que todo aquello que distinga físicamente al envidiado varón, será objeto de envidia. Lo que sucede es que la muchacha no puede comprender cómo, si se comporta exactamente igual que su hermano, el comportamiento de éste es objeto de aprobación y el suyo no. Es posible que establezca o no establezca una confusa conexión entre el comportamiento y el órgano que diferencia a su hermano. La hostilidad que siente hacia su madre y su relación con una observada similitud genital son asimismo mera posibilidad; cualquier cosa que la identifique con su madre, a quien con tanta obstinación intenta rechazar, es objeto asimismo de rechazo. Pero el hecho de que una niña, sin que nadie se lo indique, comprenda su identidad de sexo con la madre, resulta mucho menos probable que el que se considere a sí misma sexual. Hasta quizás se sienta orgullosa de ello. Al fin y al cabo, no posee abultamientos visibles, como los pechos, que para ella son el distintivo de la mujer. En cuanto a los genitales, su inocente hendedura no

parece guardar ningún parecido con el velludo montículo de su madre; además, raras veces es consciente siquiera de *su* posesión de una vagina, porque ésta se encuentra sellada. Su cuerpo es por el momento tan flexible y funcional como el de sus hermanos y toda ella está al unísono con su cuerpo; tanto unos como otros se encuentran igualmente oprimidos por la mayor fuerza de los adultos. Sin una dirección específica, es posible que durante largo tiempo pudiera convencerse a sí misma de que no iba a terminar siendo como su madre. Por esta razón es por lo que se la anima tanto a jugar con muñecas, a «jugar a ama de casa», a aparecer bonita y atractiva. Se confía en que no sea una de las que repudian sus funciones hasta el último minuto. Se confía asimismo en que acceda a ellas de forma temprana, mediante la persuasión, artificialmente y no por necesidad; en que la promesa abstracta de un bebé sea reclamo suficiente, sustitutivo de este excitante mundo de «viaje y aventuras». (Un negocio floreciente de muñecas se está enriqueciendo gracias a esta ansiedad paterna. En cuanto a la niña, le encantan los regalos, cualesquiera que sean las oscuras razones que habiten en las mentes de los adultos. Sin embargo, una vez conscientes de la finalidad de las muñecas, muchas niñas inteligentes deciden repentinamente que lo que ellas desean es un tipo distinto de juguetes o, cuando menos, un muñeco; al fin y al cabo, es más agradable afilar sus armas contra su «*Ken*» que jugar a la Mamá ya conquistada).

A la luz de esta interpretación feminista, muchas doctrinas freudianas periféricas que parecían absurdas, adquieren sentido. Veamos, por ejemplo, lo que Ernest Jones dice en *Papers on Psychoanalysis*:

> En muchísimos niños existe un ardiente deseo de convertirse en padres de sus propios padres… Esta curiosa construcción imaginativa… guarda evidentemente una estrecha relación con los deseos incestuosos, puesto que se trata de una forma exagerada del *deseo más común* de ser el propio padre de uno.

He aquí la traducción feminista: los niños imaginan encontrarse en una posición de poder sobre sus propios dueños paternos, particularmente sobre aquel que detenta realmente el poder: el Padre.

Veamos por ejemplo las palabras de Freud sobre el fetichismo:

> El objeto es para el muchacho el sustitutivo del falo de la madre, en el que creía el niño y del que no quiere prescindir.

Realmente, Freud puede resultar desconcertante de verdad. ¿No sería mucho más lógico hablar del poder de la madre? Lo más probable es que el niño ni siquiera haya visto a su madre desnuda; y es todavía mucho menos probable que haya observado

con detalle las diferencias existentes entre el pene y el clítoris. Lo que sí sabe es que se encuentra ligado a ella y que no quiere rechazarla sólo por causa de su impotencia. El objeto escogido es simplemente el símbolo de esta fijación.

Abundan los ejemplos de este estilo, pero ya he demostrado lo que quería, es decir, que el análisis feminista da —por vez primera— sentido a toda la estructura del freudismo, clarificando áreas relacionadas tan importantes como la homosexualidad e incluso la naturaleza del mismo tabú represivo que es el incesto —dos cuestiones relacionadas por un vínculo causal y que durante largo tiempo han gozado de poca unanimidad por parte de los investigadores.

Podemos comprenderlas, pues, sólo como síntomas de la psicología de poder creada por la familia.

Durkheim, a principios de siglo, con su obra básica sobre el incesto —al igual que Freud— impulsó una corriente de opinión contradictoria que ha durado hasta nuestros días. Durkheim creyó que el tabú del incesto nacía de la propia estructura del clan:

> (Muchos hechos tienden a demostrar) que en los albores de las sociedades humanas el incesto no estaba prohibido, hasta aparecer la división en por lo menos dos clanes primarios; la razón estriba en que la primera variante prohibitiva conocida por nosotros, es decir, la exogamia, parece por encima de todo correlativa a dicha organización. La otra variante, con toda certeza, no es primitiva.

Además:

> Puesto que la estructura básica del clan supuso un estadio por el que todas las sociedades humanas parecen haber pasado, y la exogamia estaba estrechamente ligada a la constitución del clan, no debe sorprendernos que el estado moral que el clan inspiró y dejó tras sí, fuera asimismo rasgo común a toda la humanidad. Por lo menos, para triunfar sobre él era necesaria la existencia de necesidades sociales que ejercieran una presión notable; ello explicaría el por qué de la legitimación del incesto en ciertos, pueblos y el por qué dichos pueblos siguieron constituyendo la excepción.

Una vez convertida la familia en el centro del moralismo religioso y afirmadas en el exterior todas las libres pasiones —sexo y mujeres entre ellas— el tabú contra el incesto quedó sólidamente establecido y fue auto-perpetuándose. La razón es que,

> cuando los motivos de esta dualidad (entre moralidad y pasión) desaparecieron, ésta se encontraba ya firmemente arraigada en la cultura. Toda la vida moral se había organizado en torno a esta evolución; hubiera sido

> necesario destruir todo el sistema moral, para poder regresar al estadio anterior.

Durkheim añade sorprendentemente: «De no haber tenido sus orígenes en la exogamia, pasión y amor entre sexos no hubieran llegado a ser sinónimos».

Así pues, para eliminar el tabú del incesto deberíamos eliminar en primer lugar la familia y la sexualidad tal *como* están estructuradas.

No es una idea tan mala, después de todo, ya que esta prohibición tradicional —y en la actualidad casi universal— del incesto, nos ha obligado a aceptar como «normal» una sexualidad que deja insatisfecho el potencial del individuo. Freud describió los sufrimientos psicológicos de la represión sexual ocasionada por el tabú del incesto, en particular mediante su descubrimiento del Complejo de Edipo en todo niño normal y su contrapartida —el Complejo de Electra— en toda niña normal.

La homosexualidad no es más que lo que ocurre cuando estas represiones no siguen el curso debido, es decir, cuando, en vez de ser suprimidas completamente —permitiendo por lo menos el desenvolvimiento del individuo en la sociedad—, permanecen en la superficie, frustrando seriamente las relaciones sexuales de dicho individuo e incluso su psique global. Un sistema conducente a que la primera persona que provoca en el niño una reacción emocional, sea quien le exija la represión de una parte sustancial de dicha respuesta, esta destinado a un fracaso casi continuo. Como observaba Ruth Hirschberger en *Rdam's Rib*:

> Resulta significativo el hecho de que la misma mujer que despierta los afectos del muchacho (y son pocos quienes niegan el componente sexual en todas las demostraciones), sea la primera, en alzar el tabú en contra de su sexualidad… La supresión de la sexualidad se convierte en el acompañamiento inseparable del afecto materno.

Es posible también que la homosexualidad sea consecuencia de que el niño de cinco a seis años se niegue a dar el salto de una «fijación materna» o una «fijación paterna», negación provocada a menudo por un amor sincero hacia la madre y un desprecio real por el padre. (En el caso de privación de la «figura paterna», dicha transición no es exigida nunca al niño explícitamente). Es cierto que a menudo —dado el cariz que la guerra entre sexos adopta en muchos matrimonios— la madre alienta dicho apego maliciosamente, con el fin de ponerse al mismo nivel del padre arrebatándole los hijos, que son la razón de su tolerancia para con ella. Sin embargo, creo que resultaría mucho más exacto afirmar simplemente que el niño es tan sólo el sustituto afectivo de un padre indiferente y a menudo mujeriego. A toda madre, incluso a la más «equilibrada», se le *exige* que haga de la maternidad el centro de su vida. Con frecuencia el niño es su único sustitutivo para todo aquello que le ha sido

negado en el mundo exterior, en términos de Freud, el sustitutivo de su «pene». ¿Cómo podemos obligarla, pues, a no ser «posesiva», a entregar repentinamente y sin lucha —el mundo de «viajes y aventuras»— al mismísimo hijo que representaba para ella la compensación por su definitiva pérdida de este mundo?

La homosexualidad femenina, aunque tenga también sus raíces en una represión infructuosa (el Complejo de Electra), es bastante más complicada. Recordemos que también la niña pequeña tiene al principio una fijación materna. Es posible que debido a la posterior rivalidad jamás aprenda a reprimir este sentimiento. Cabe también dentro de lo posible que intente actuar como un muchacho para poder conseguir la aprobación materna (desgraciadamente, también las mujeres prefieren hijos varones). Por el contrario, en aquellos casos en que la niña se identifica poderosamente con su padre, puede negarse a renunciar a los deseados privilegios masculinos, incluso pasada la pubertad; en casos extremos, llega a imaginarse ser *realmente* el varón cuyo papel está representando.

Añadamos que ni siquiera aquellas mujeres que parecen estar sexualmente adaptadas, lo están en la mayor parte de los casos. No olvidemos que una mujer puede realizar el acto sexual sin prácticamente respuesta a los estímulos, cosa completamente imposible en el caso del hombre. Aunque pocas, debido a la excesiva presión de convencimiento ejercida sobre ellas, rechazan su función sexual en forma absoluta transformándose en lesbianas, esto no significa que la mayoría se sientan sexualmente satisfechas por sus relaciones físicas con los hombres. (Puntualicemos, sin embargo, que una sexualidad femenina perturbada es relativamente inocua en el aspecto social, mientras que la perturbación sexual masculina —la confusión entre sexualidad y poder— perjudica a los demás). Es ésta una de las razones por las que en la sociedad victoriana —al igual que en épocas anteriores y posteriores e incluso en la actualidad— el interés de las mujeres por el sexo fue menor que el de los hombres. Esto es de una evidencia tan palmaria, que hizo afirmar a un conocido psicoanalista —Theodor Reik— (¡en 1966!) «que el verdadero impulso sexual es propiamente masculino, incluso en las mujeres, puesto que en un nivel evolutivo inferior la reproducción es posible sin contar con los machos».

Vemos, pues, que en una sociedad que tenga por base a la familia, las represiones ocasionadas por el tabú del incesto imposibilitan para todo el mundo una sexualidad plenamente satisfecha y tan sólo permiten a unos pocos el correcto funcionamiento sexual. En nuestra época los homosexuales no son más que los casos extremos de este sistema obstructivo de la sexualidad, que toma cuerpo en la familia; Pero, aunque la homosexualidad se encuentra actualmente tan limitada y perturbada como nuestra heterosexualidad, es posible que llegue pronto el día en que quede establecida como norma una saludable transexualidad. Aclaremos este punto: si damos por sentado que, al nacer, el impulso sexual no se encuentra precisado ni tampoco diferenciado del conjunto de la personalidad (la «perversidad polimórfica» de Freud); si, como hemos visto, sólo se diferencia en respuesta al tabú del incesto; si, además, este tabú tan sólo

es necesario para la preservación de la familia, resultará que, en el caso de que eliminemos a esta última, destruiremos también todas las represiones que conducen a la sexualidad hacia realizaciones específicas. Si todos los demás factores permanecieran inmutados, posiblemente la gente seguiría prefiriendo a las personas del sexo opuesto, simplemente por conveniencia física. Pero, hasta esta suposición es demasiado vaga, porque, sí efectivamente la sexualidad jamás estuviera diferenciada de otras respuestas, si un individuo reaccionara frente al otro de una manera total que *incluyera* a la sexualidad tan sólo como uno de sus componentes, resultaría muy improbable que un mero factor físico se constituyera en decisivo. Sin embargo, por el momento carecemos de comprobación.

El fin de la compartimentación de la personalidad por medio de la reintegración del factor sexual con el todo, pudiera tener importantes efectos culturales secundarios. En la actualidad, el Complejo de Edipo, que se origina en el casi-universal tabú del incesto, obliga al niño a una distinción precoz entre lo «emocional» y lo «sexual»; el primero de dichos factores es, en opinión del padre, respuesta correcta al estímulo materno, mientras que el segundo no. Si el hijo quiere conquistar el amor de la madre, debe separar el sentimiento sexual, de sus otros sentimientos (las relaciones «inhibidas en su fin», de Freud). Evolución cultural nacida directamente de una dicotomía psicológica tan antinatural, es el síndrome de la mujer-buena/mujer-mala, que ha contaminado culturas enteras. En otras palabras, la división de la personalidad se proyecta hacia afuera en forma de estamentización de las «mujeres»; aquellas que se parecen a la madre son «buenas», y, por tanto, uno no debe abrigar sentimientos sexuales hacia ellas; aquellas que se diferencian de la madre, que no crean una respuesta total, son sexuales y, por tanto, «malas». Categorías enteras de personas —por ejemplo, las prostitutas— pagan con sus vidas esta dicotomía; otras, sufren sus consecuencias en diversos grados. Un buen porcentaje de nuestras expresiones coloquiales rebajan a la mujer hasta el nivel en que resulta permisible abrigar sentimientos sexuales a su respecto. («Coño. Tienes el cerebro entre las piernas»). Esta esquizofrenia sexual raras veces es superada del todo por el individuo. Si tomamos como punto de referencia la cultura en su sentido más amplio, acontecimientos históricos enteros y la propia historia del arte y de la literatura, han sido determinados directamente por ella. En este aspecto, la veneración cortesana de la mujer durante la Edad Media, que la exaltaba únicamente a expensas de su faceta humana de carne y hueso —convirtiendo el sexo en acción baja y disociada del verdadero amor— evolucionó hacia el Marianismo —el culto a la virgen a través del arte y la poesía.

Una canción de esta época, puede ilustrar esta escisión:

No me importan aquellas damas
A quienes hay que cortejar y suplicar,
Dadme, en cambio, la amable Amaryllis,

La voluptuosa campesina,
La Naturaleza desdeñó al Arte,
Su belleza es sólo suya,
Así, cuando nos acariciamos y besamos, gime:
—«De verdad lo pido, déjame ir»,
Pero, cuando llegamos al punto del placer,
Jamás dice que no.

La separación entre sexo y emoción, se encuentra en las mismas bases de la cultura y la civilización occidentales; Si la represión sexual precoz es el mecanismo básico en la producción de las estructuras caracterológicas que sostienen la servidumbre política, ideológica y económica, el fin del tabú del incesto —mediante la abolición de la familia— tendría efectos profundos; la sexualidad se vería liberada de su encorsetamiento, erotizando toda nuestra cultura y cambiando su misma definición.

* * *

Quiero recapitular mi segundo principio, el de que Freud y el *feminismo están* trabajando sobre el mismo material: La hipótesis fundamental de Freud —la naturaleza de la libido y su conflicto con el principio de realidad— tiene mucho más sentido si se la proyecta sobre el fondo social de la familia (nuclear patriarcal). He intentado reanalizar en términos feministas aquellos componentes de la teoría freudiana que hacen referencia más directa a la sexualidad y a su represión dentro del sistema familiar: el tabú del incesto y los subsiguientes Complejos de Edipo y de Electra, así como su común desviación hacia un mal funcionamiento sexual o, en casos graves, hacia lo que constituye actualmente desviación sexual. He subrayado que esta represión sexual, exigida a cada individuo en beneficio de la integridad familiar, no sólo produce neurosis individuales, sino también vastas enfermedades culturales.

Reconozco que el objetivo único de este capítulo se limita a una somera exposición, puesto que una refundición de Freud en términos feministas constituiría por sí misma tarea suficiente para un valioso libro. Me he limitado a sugerir que Freudismo y Feminismo vieron la luz al mismo tiempo, en respuesta a los mismos estímulos, y que ambos poseen los mismos componentes esenciales —mediante un examen detallado de los elementos básicos del freudismo, he demostrado que éstos constituían simultáneamente la materia prima del feminismo. La diferencia estriba únicamente en que el feminismo radical no acepta un contexto social en el que la represión (y la neurosis resultante) deban evolucionar predeterminadamente. Si desmantelamos la familia, la tiranía de la «realidad» sobre el «placer», es decir, la

represión sexual, habrá perdido su razón de ser.

II
El Freudismo reemplaza al feminismo

A las dos principales afirmaciones de este capítulo —que Freudismo y Feminismo nacieron de las mismas circunstancias históricas y que freudismo y feminismo se basan en un mismo conjunto de realidades— añadiré ahora una tercera: *El Freudismo usurpó el puesto reservado al Feminismo, como el menor entre dos males*.

Hemos visto ya cómo el freudismo hirió el mismo punto sensible que el feminismo; ambos constituyeron reacciones simultáneas a siglos de creciente monopolio de la vida familiar con toda su escuela de subyugación de la mujer y de represiones sexuales seguidas de las neurosis consiguientes. El mismo Freud fue considerado una vez más como maníaco sexual y destructor de la sociedad —se le ridiculizó y despreció tanto como a las militantes feministas. Sólo mucho más tardé el freudismo alcanzó un rango sagrado, comparable al de las religiones establecidas.

Empecemos por considerar el contexto social en que se desarrollan tanto el Freudismo como el Feminismo. Hemos visto ya que las ideas de las primeras feministas radicales contenían en sí mismas los gérmenes de la revolución sexual venidera. También hemos visto que, aunque en muchos casos estas mismas feministas no captaron con claridad la importancia de lo que tenían entre manos ni llevaron a efecto una crítica feminista-radical completa y consistente de la sociedad (dado el clima político imperante en aquella época es algo que no debe extrañarnos), la reacción de la sociedad frente a ellas indica que sus enemigos sí sabían exactamente dónde estaba el meollo del asunto —a pesar de las incertidumbres que ellas pudieran albergar—; la virulenta literatura antifeminista de la época, escrita a menudo por hombres respetados y honestos dentro de sus propios sectores, ilustra el calibre de la amenaza que el feminismo suponía contra el orden establecido. También he aludido en el capítulo anterior al modo como el movimiento fue desviado hacia un esfuerzo agotador por la consecución del voto y cómo de esta manera fue arrumbado y destruido. Tras el fin del movimiento feminista —y con la consecución del voto— llegó la era de las *flappers*, cuya sexualidad pseudo-liberada se parece mucho a la de nuestros días. La extendida revolución femenina, azuzada por el movimiento feminista, no sabía ahora qué rumbo tomar. Aquellas muchachas que se habían cortado sus cabellos, acortado su falda y asistido a la universidad, no poseían una

directriz política para su frustración; como sustitutivo, intentaron agotarla participando en torneos maratonianos de baile o absorbiéndose totalmente en empresas tales como la travesía a nado del canal y pilotando aviones a través del Atlántico. Constituían un estamento recién abocado a la acción, que no sabía qué hacer con su propia conciencia de tal. Se les decía, al igual que sucede en la actualidad:

Habéis conseguido los derechos civiles, las faldas cortas y la libertad sexual. Vuestra revolución ha triunfado. ¿Qué más queréis?

Pero la «revolución» había triunfado dentro de un sistema organizado alrededor de la familia patriarcal nuclear. Como muestra Herbert Marcuse en *Eros and Civilization*, dentro de una estructura tan represiva sólo puede nacer una represión más sofisticada aún (la «de-sublimación represiva»).

> Dentro de una sociedad represiva, la felicidad y el desarrollo productivo individuales se oponen a la sociedad; si los definimos como valores a actuar dentro de dicha sociedad, vuélvense represivos a su vez… [El concepto de de-sublimación represiva] denota la liberación de la sexualidad a través de modas y formas que reducen y debilitan la energía erótica. Dentro de este proceso, la sexualidad se extiende a dimensiones y relaciones anteriormente consideradas tabú. Sin embargo, en vez de recrear dichas dimensiones y relaciones a semejanza del Principio del Placer, se afirma la tendencia contraria: el Principio de Realidad extiende su dominio sobre el Eros. La ilustración más elocuente la tenemos en la introducción metódica de la cualidad sexual en los negocios, la política, la propaganda, etc.

En esta década de los años veinte, nacieron los tópicos de la «*career girl*»[21] americana, la «*coed*»[22] y la «dura» mujer de negocios. Esta imagen de una mujer supuestamente «liberada» se esparció por todo el mundo, gracias a Hollywood; las consecuencias perturbadoras que para las mujeres supuso esta pseudo-liberación, prestaron nuevos arrestos a los antifeministas y reforzaron la posición de resistencia de aquellas sociedades abiertamente partidarias de la supremacía masculina a la puesta en libertad de «sus» mujeres. («Nos gustan nuestras mujeres tal como son, *femeninas*»). Los soldados americanos regresaron a casa, al fin de la Segunda Guerra Mundial, repletos de historias acerca de las magníficas mujeres continentales, que sabían aún cómo agradar a un hombre. El término *castración* empezó a ponerse en boga. Y por fin, en esta década de los cuarenta, el Freudismo invadió América de forma arrolladora.

Entretanto, el Freudismo había sufrido profundos cambios internos. Se había pasado de un interés primordial por la teoría psicoanalítica a un énfasis creciente sobre la práctica clínica. En el último capítulo de *Eros and Civilization* Marcuse

examina las implicaciones reaccionarias de este desplazamiento del foco de interés, mostrando cómo la contradicción existente entre las ideas de Freud y la posibilidad de una «terapéutica» eficaz basada en ellas —el psicoanálisis no puede producir la felicidad individual en una sociedad cuya estructura no tolera más que una felicidad individual estrictamente controlada— provocó finalmente una remodelación de la teoría con el fin de adaptarla a la práctica:

> Los conceptos más especulativos y «metafísicos», no susceptibles de comprobación clínica, fueron minimizados y abandonados completamente. Además, en el curso de este proceso, algunos de los conceptos más decisivos de Freud (como la relación entre el ello y el ego, la función del inconsciente y el ámbito y significado de la sexualidad) fueron objeto de una redefinición que eliminó todo su contenido explosivo… Los revisionistas han convertido el debilitamiento de la teoría freudiana en una nueva teoría.

El término que quizá defina mejor este revisionismo neo-freudiano es el de «adaptación». ¿Adaptación a qué? El postulado implícito dice que todo el mundo debe aceptar la realidad en que se encuentra. Pero ¿qué sucede cuando uno es negro, mujer o miembro de cualquier otro estamento desafortunado de la sociedad? En este caso, se es doblemente desafortunado, porque no sólo debe alcanzarse una normalidad que hasta para los privilegiados resulta difícil y precaria —como ya hemos visto—, sino que no debe «adaptarse» al racismo o sexismo específicos, que limitan el propio potencial desde el primer momento. Deben abandonarse todos los intentos de auto-definición o auto-determinación. De ahí que, en palabras de Marcuse, el proceso terapéutico se limite a ser «un curso sobre resignación» y la diferencia entre salud mental y neurosis «el grado y eficacia de dicha resignación», ya que —como en la tan citada afirmación de Freud a su paciente (*Studies in Hysteria*, 1895)— «[Habremos adelantado mucho si conseguimos por medio de la terapia] transformar tu sufrimiento histérico en mera infelicidad cotidiana».

Además, como pueden atestiguar cuantos se han sometido al proceso terapéutico, ésta es ni más ni menos la realidad. La descripción que de su análisis da Cleaver en *Soul of Ice*, marca la pauta de la experiencia de cualquier otra persona oprimida:

> Asistí a varias sesiones de mi psiquiatra. Su dictamen fue el de que *yo* odiaba a mi madre. Nunca sabré cómo llegó a esta conclusión, puesto que nunca supo nada acerca de ella y, cuantas veces me preguntó al respecto, respondí con absurdas mentiras. Lo que realmente me cargaba de dicho individuo era que, cada vez que yo arremetía contra los blancos, él retornaba deliberadamente la conversación hacia mi vida familiar y hacia mi infancia. La cosa en sí misma no tenía nada que objetar, pero bloqueó deliberadamente todos mis intentos

> por traer a escena la cuestión racial y dejó bien claro que no le interesaban mis actitudes con respecto a los blancos. Éstas constituían una caja de Pandora cuyo contenido no le preocupaba en lo más mínimo.

Theodor Reik —prototipo quizás del Freud visto por el profano medio— es un ejemplo de la estupidez e insensibilidad de la mayor parte de los psicoanalistas frente a los problemas reales de sus pacientes. Es notable el hecho de que, a pesar de los cuantiosos estudios sobre las diferencias emocionales entre hombres y mujeres, jamás descubra la diferencia objetiva de sus situaciones sociales. Así, por ejemplo, observa incidentalmente diferencias como las que citamos, sin sacar nunca las conclusiones correctas:

> A veces las niñas se susurran al oído:
>
> —«Los hombres hacen» esto o aquello.
>
> Los niños casi nunca hablan así de las mujeres.
>
> Una mujer da mucha más importancia al hecho de ser mujer, que un hombre al hecho de ser hombre. Casi todas las mujeres, al pedir un favor a un hombre, sonríen. Raramente sonríen los hombres cuando se encuentran en la misma situación.
>
> Frecuentar demasiado la compañía femenina significa en cierto modo no ser demasiado hombre.
>
> Casi todas las mujeres temen que el hombre a quien aman, las abandone. En cambio, apenas hay hombre alguno que tema que una mujer le abandone.
>
> Las mujeres comentan a veces en sus corrillos:
>
> —Mi amo y señor[23] me permitió salir esta noche.
>
> Los hombres dicen:
>
> —Mi *ball-and-chain…*[24].

Veamos ahora una selección de sus contribuciones neofreudianas a la comprensión de la sexualidad:

> La primera impresión que nos produce la mujer que entra en una estancia llena de gente, es de inseguridad oculta o mal disimulada. Parece como si la posesión de un pene protegiera a los hombres de esta excesiva auto-preocupación.
>
> Los hombres no se encuentran en casa dentro del universo. Las mujeres, al formar la cadena que une a todos los seres orgánicos, se encuentran en casa dentro de este mundo y no sienten el apremio por descubrir todos sus secretos.
>
> Me parece que la investigación psicoanalítica, al insistir sobre la deficiencia física de la región genital que experimenta la niña, ha pasado por alto el valor

estético y su importancia en el desarrollo de la actitud femenina. Doy por sentado que la niña, al comparar sus genitales con los del niño, encuentra los suyos desagradables a la vista. No sólo la mayor modestia de las mujeres, sino también su incesante esfuerzo por embellecer y adornar sus cuerpos, deben interpretarse como desplazamiento de su esfuerzo compensatorio de su impresión original de la fealdad de sus genitales.

Creo que el hábito de la limpieza tiene un doble origen: en primer lugar, los tabús de las tribus; y, en segundo lugar, un factor aparecido con miles de años de posterioridad, es decir, la conciencia que las mujeres tienen de su propio olor, especialmente los olores desagradables producidos por las secreciones de sus genitales.

Veamos una típica interpretación terapéutica:

[Una paciente temía mostrarme su diario]. Pensé: este paciente, que durante la previa transferencia ha mostrado síntomas evidentes de transferencia amorosa hacia mi persona, actúa ahora como si el cuaderno fuera un hijo que hubiera engendrado con mi colaboración. Actúa de la misma manera en que lo hace una mujer que ha de enseñar por primera vez el hijo recién nacido de su marido. Teme que a éste no le guste.

Parece un libro de humor freudiano.

Las pacientes femeninas de Reik, en cambio, eran a veces de una clarividencia que sorprende e incluso de una brillante astucia. Se encontraban mucho más en contacto con la realidad, de lo que él podría estar jamás:

Cierta mujer parece incapaz de expresar sus poderosos sentimientos negativos y expresa su incapacidad en una sesión psicoanalítica:

—Tengo miedo de mostrar estas emociones porque, si lo hiciera, sería como abrir la caja de Pandora… Temo que mi agresividad lo destruiría todo.

Antes de que marchara, la llevé hasta la ventana, le mostré las tiendas de la acera de enfrente con sus leyendas en letras de neón y le dije:

—¿Acaso no es éste un mundo femenino?

Mi observación no pareció impresionarla mucho y replicó:

Da una vuelta por Wall Street y verás que se trata de un mundo masculino.

(Una paciente hace esta observación) Los hombres son extraños. No permiten que nos limitemos a ser mujeres, quiero decir mujeres con todas sus debilidades; pero, ni por un momento nos permiten olvidarnos de que no somos más que esto: mujeres.

¿Cómo pueden soportar estas mujeres la estúpida misoginia de Reik? Es obvio: no pueden.

> Le dije a una paciente de unos cuarenta años, que ella había deseado ser un muchacho, como su hermano entonces empezó a maldecir e insultarme, diciéndome: —¡Que te jodan! ¡Vete al infierno!
> Y otras expresiones indignas de una señora.

Pero la última palabra la dice el doctor:

> Al tiempo de marchar, quedóse un rato más largo de lo normal frente al espejo de la sala de espera, arreglándose los cabellos. Sonriendo, le comenté:
> —Estoy contento de ver un resto de femineidad.

Veamos algunas otras reacciones femeninas:

> Cuando me escucháis largo rato sin decir nada, tengo a menudo la impresión de que lo que estoy diciendo son majaderías de mujer tonta carentes de valor. Es como si creyerais que no vale la pena dirigirme la palabra.
> He aquí una mujer criticando a su psicoanalista: —Hasta su espontaneidad es artificial.
> La paciente había guardado un silencio más largo de lo normal. Luego, sin levantar la voz, dijo:
> —¡Maldita sea! No sé siquiera por qué estoy aquí. ¡Vete al diablo!

No se trata de que estas mujeres no se dieran cuenta de la situación; al contrario, se encontraban en el despacho de Reik por esta misma conciencia. No había otra manera de enfocar su frustración, porque *no existe* realmente ningún modo de hacerlo, *sin acudir a la revolución*.

Hemos llegado al último punto: la importación del freudismo clínico para cortar la marea del feminismo. Las muchachas de las décadas de los veinte y los treinta se encontraban a medio camino entre la identificación con las funciones tradicionales o su abandono. Por ello, ni se encontraban aisladas y protegidas del mundo exterior como anteriormente, ni estaban preparadas para enfrentarse a él. Tanto su vida personal como su vida laboral se resentían de ello. Su frustración adoptaba muchas veces formas histéricas, complicadas por el desprecio que en todo el mundo se sentía hacia ellas debido a la falsedad de la pequeña liberación conseguida. La confusión general las hizo acudir en manadas a los psicoanalistas. Ahora bien: ¿de dónde habían llegado todos estos? Por esta época se estaba desarrollando una guerra en Europa y gran parte de la intelectualidad alemana y austríaca se había asentado aquí en busca

de clientela. La situación era ideal: todo un estamento de personas aquejadas por el sufrimiento les estaba esperando. Y no fueron únicamente las mujeres ricas y aburridas quienes fueron atraídas a la nueva religión; el caso es que América estaba sufriendo graves trastornos al renunciar a una revolución sexual que había superado ya con creces los primeros estadios. Todos sufrían, hombres y mujeres. Se publicaron libros con títulos como éste: «*Cómo vivir con una neurótica*» (puesto que esta clase oprimida está ahí, en vuestra cocina, lloriqueando, quejándose e importunando). Pronto empezaron a acudir también los hombres al psicoanalista —los hombres educados, ciudadanos responsables; no sólo los psicópatas— y los niños. Se abrieron ramificaciones del tratamiento completamente nuevas: psicología infantil, psicología clínica, terapia de grupo, consultorios matrimoniales, etc. Cualquier variante que se nos ocurra, existía ya y, sin embargo, no era suficiente. La demanda crecía más rápidamente que las inauguraciones de nuevas secciones en las facultades.

No debe extrañarnos que estas nuevas secciones se llenaran rápidamente de mujeres. Masas de mujeres ansiosas estudiaban psicología esperando apasionadamente encontrar una solución a sus frustraciones. Pero las mujeres que se habían interesado por la psicología, porque su campo de estudio se entrecruzaba con sus problemas vivenciales cotidianos, pronto empezaron a vomitar una pomposa jerga en torno a la adaptación marital y a la responsabilidad del papel de cada sexo. Los departamentos de psicología se convirtieron en lugares de paso, de donde salían las mujeres hacia sus antiguos puestos «adaptadas» a sus funciones tradicionales de esposas y madres. Aquellas que persistieron en su exigencia de estudios superiores, convirtiéronse a su vez en instrumentos del sistema educacional represivo; su recién adquirida «penetración» psicológica —toda esta cháchara de la Psicología Infantil, la *Social Work 301 y* la *El. Ed.*— no sirvieron más que para mantener subyugados a una nueva generación de mujeres y niños. La psicología se hizo reaccionaria hasta el tuétano, al estar corrompido todo su potencial como disciplina académica verdadera por su utilidad para quienes detentaban el poder.

La psicología no fue la única disciplina académica que sufrió los efectos de la corrupción. La educación, la asistencia social, la sociología, la antropología, todas las ciencias del comportamiento humano afines, siguieron siendo pseudo-ciencias durante años, al soportar el peso de una doble función: el adoctrinamiento de las mujeres y el estudio del comportamiento «humano». Aparecieron escuelas de pensamiento reaccionarías; las ciencias sociales se hicieron «funcionales», estudiando la actuación de las instituciones tan sólo dentro del sistema de valores establecido y promoviendo así la aceptación del *statu quo*.

No es de extrañar que estos campos pasaran a ser típicamente «femeninos», mientras que los hombres pronto optaban por la ciencia «pura» (exclusivamente masculina); a las mujeres, pseudo-educadas aún, impresionadas por su reciente entrada en la academia, se las dejó engatusadas con toda la bazofia pseudo-científica. Así, además de instrumento de adoctrinamiento, las ciencias del comportamiento

servían de dique de contención que impidiera a las nuevas hordas de inquisitivas intelectuales el acceso a las ciencias «reales» —la física, la ingeniería, la bioquímica, etc.—, ciencias que en una sociedad tecnológica guardaban una relación cada vez más directa con el control de dicha sociedad.

En consecuencia, hasta el acceso a la educación superior —una de las pocas victorias del antiguo *W.R.M.*— se vio corrompido. Muchas más mujeres acudían ahora a las universidades, pero con menor eficacia. A menudo, la única diferencia entre una ama de casa moderna con estudios superiores y el prototipo tradicional, estribaba en la jerga utilizada en la descripción de su infierno matrimonial.

* * *

En resumen, la teoría freudiana, remozada para sus nuevas funciones de «adaptación social», fue utilizada como medio de exterminio de la insurrección femenina. Restañando como se pudo las heridas ocasionadas por la abortada revolución feminista, consiguió pacificar la inmensa desazón social y confusión de funciones que siguieron a la recuperación del primer ataque contra la rígida familia patriarcal. No hay seguridades respecto a si hubiera sido posible dejar paralizada la revolución sexual a mitad de su camino durante medio siglo, de no haberse contado con su ayuda; el caso es que los problemas suscitados por la primera ola de feminismo siguen sin resolverse en la actualidad. D. H. Lawrence y Bernard Shaw siguen teniendo la misma actualidad al respecto que tuvieron en su época; *The Sexual Revolution* de Wilhelm Reich pudiera haberse escrito ayer.

El freudismo constituyó la barrera perfecta para el feminismo, porque, aunque hiriera el mismo punto sensible, tenía un dispositivo de seguridad del que éste carecía —jamás ponía en duda la realidad establecida. Ambos tenían un núcleo explosivo, pero el freudismo fue objeto de revisión gradual para adaptarlo a las necesidades pragmáticas de la terapéutica clínica; se convirtió en una ciencia aplicada perfecta, con sus técnicos de bata blanca y su contenido desviado hacia un objetivo reaccionario —la socialización de hombres y mujeres en un sistema de funciones de los sexos artificial. Pero quedaban residuos suficientes de su antigua fuerza como para servir de señuelo para cuantos buscaban una salida a su estado de opresión; así el freudismo pasaba de ser algo extremadamente sospechoso y antipático para el ciudadano medio, a lo que es en la actualidad: la opinión psicoanalítica constituye la palabra decisiva en todos los campos, desde las separaciones matrimoniales hasta los juicios *criminales*. El freudismo conquistó el terreno perdido por el feminismo, floreció a expensas del feminismo hasta actuar como dique contenedor de su fuerza destructora.

Hace muy poco hemos empezado a adquirir conciencia de este período de letargo; medio siglo después de sus comienzos, las mujeres empiezan a despertar. Se pone un

nuevo énfasis en el estudio de condiciones sociales objetivas en psicología y en las demás ciencias de comportamiento; estas disciplinas, empiezan ahora —largas décadas después de haber surtido efectos su acción destructora— a reaccionar contra su prolongada prostitución y a exigir verificaciones científicas —simplemente el fin de la «objetividad» y una reintroducción de los «juicios de valor». El gran número de mujeres que militan en estos campos pueden empezar a utilizar muy pronto este hecho en beneficio suyo. Hasta es posible que una terapia cuyos efectos no se han limitado a la inutilidad, sino que han llegado a ser nocivos, se vea reemplazada por lo único que puede producir un bien positivo: la organización política.

4. Suprimamos la niñez

DEDICADO A NECHEMIA

que habrá sobrepasado la niñez antes de que ésta sea abolida

A las mujeres y a los niños se los menciona siempre juntos: «¡Las mujeres y los niños al refugio!».

Todo el mundo reconoce el vínculo especial que une a unas y a otros. Sin embargo, yo sugiero que la verdad de este lazo no es más la realidad de una opresión mutuamente compartida. Es más, sugiero, que ambas opresiones se encuentran tan íntimamente entrelazadas y se refuerzan mutuamente de modo tan complejo, que no podemos hablar de la liberación de la mujer sin poner sobre el tapete la liberación del niño y viceversa. El núcleo de la opresión femenina hay que buscarlo en sus funciones procreadoras y de crianza. A su vez, los niños se definen en relación a dicha función y son formados psicológicamente por ella; aquello en que se conviertan cuando lleguen a adultos y determinan la clase de sociedad que van a constituir.

* * *

He intentado demostrar en qué aspectos las jerarquías de poder propias de la familia biológica y las represiones sexuales —especialmente intensas en la familia nuclear patriarcal— resultan destructivas y costosas para la psique del individuo. Antes de que me adentre en la explicación de los modos y razones que la llevaron a crear el culto a la infancia, veamos cómo evolucionó la familia nuclear patriarcal.

En todas las sociedades habidas hasta la fecha, se ha dado una u otra variante de familia *biológica*, con lo que afirmamos la existencia de una opresión femenina e infantil ininterrumpida, aunque de distintos grados de intensidad. Engels, Reich y algunos otros apuntan hacia los matriarcados primitivos como ejemplos, en un intento por demostrar que el autoritarismo, la explotación y la represión sexuales nacieron con la monogamia. Sin embargo, resulta demasiado fácil bucear en el pasado a la búsqueda de estructuras ideales. Simone de Beauvoir es más honesta cuando en *Le Deuxième Sexe*, escribe:

> Aquellos pueblos que han seguido bajo la égida de la madre-diosa, aquellos que han conservado un régimen matrilineal, son precisamente los mismos que se han estancado en un estadio primitivo de civilización… La devaluación de la mujer (bajo el matriarcado) representa una etapa necesaria de la historia de

> la humanidad, porque el prestigio de la mujer no se alza bajo su positiva valía, sino sobre la debilidad del hombre. En la mujer se encarnan todos los misterios perturbadores de la naturaleza y el hombre escapa a su dominio en el mismo momento en que se libera de dicha naturaleza… Por esto, el triunfo del patriarcado no fue cuestión de azar ni resultado de una revolución violenta. Desde los orígenes de la humanidad su *ventaja biológica* permitió al varón afirmar su condición de ser autónomo y soberano, posición de la que jamás ha abdicado. Tan sólo una vez dejaron una parte de su existencia independiente en manos de la Naturaleza y de la Mujer; pero poco tiempo después la recobraron.

Añade:

> Quizás podamos afirmar, sin embargo, que, *si el trabajo productivo hubiera seguido estando dentro del ámbito de sus posibilidades*, la mujer habría, llevado a cabo *con el hombre* la conquista de la naturaleza… por medio de *ambos* —varón y hembra—… pero, al no compartir ella su modo de pensar y de obrar —*puesto que seguía siendo esclava de los procesos misteriosos de la vida*—, el varón no la reconoció como ser semejante a sí mismo. (La cursiva es mía).

Así pues, fue la biología reproductiva de la mujer la razón de su opresión original e ininterrumpida después, no una repentina revolución patriarcal, cuyos orígenes ni el mismo Freud puede explicar satisfactoriamente. El matriarcado es una etapa en el camino que conduce al patriarcado —a la plena realización del varón, que pasa de una fase de adoración a la Naturaleza a través de las mujeres a otra fase de conquista. Es cierto que la situación de la mujer empeoró con el patriarcado, pero nunca había sido buena, ya que —a pesar de la nostalgia— no es difícil probar que el matriarcado jamás constituyó una solución a la opresión básica de la mujer. En el fondo, no se trataba más que de un sistema diferente de continuidad y legado sucesorios, sistema que —si bien concedía a las mujeres ventajas más numerosas que el patriarcado subsiguiente— no les permitía una situación social de igualdad. Ser objeto de adoración no es sinónimo de libertad[25]; la adoración tiene lugar en la mente de otra persona y esta mente pertenece al hombre. Así pues, a lo largo de todo el proceso histórico —en todos sus estadios y culturas— las mujeres se han visto oprimidas por causa de sus funciones biológicas.

El examen del pasado no ofrece ningún modelo genuino y, sin embargo, posee cierto valor a la hora de comprender la *relatividad*, de dicha opresión, porque, si bien es cierto que se trata de una condición humana fundamental, ha tenido diversos grados y variedad de formas.

La *familia patriarcal* es tan sólo el último eslabón de una larga cadena de organizaciones sociales «primarias», todas las cuales definían a la mujer como especie distinta, debido a su capacidad engendradora. *El término familia* fue utilizado en primer lugar por los romanos, a fin de designar una unidad social cuyo jefe gobernaba sobre la mujer, los hijos y los esclavos (según la ley romana poseía derechos de vida y muerte sobre todos ellos); *famulus* significa esclavo doméstico y *familia* denota el conjunto de esclavos pertenecientes a un solo hombre. Los romanos fueron los primeros en acuñar el término, pero no en servirse de la institución. Leamos el Antiguo Testamento; por ejemplo, la descripción de la caravana familiar de Jacob cuando —tras una larga separación— viaja al encuentro de su hermano gemelo Esaú. Este temprano patrimonio familiar constituyó tan sólo una de las muchas variantes de la familia patriarcal habidas hasta nuestros días.

Sin embargo, para ilustrar la naturaleza relativa de la opresión infantil, no necesitamos acudir a la comparación de todas estas formas de familia patriarcal habidas a lo largo de la historia; nos basta el examen de su estadio evolutivo más reciente: la familia *nuclear patriarcal*. Su misma historia, por corta que sea —nace aproximadamente en el siglo XIV— resulta reveladora: el desarrollo de nuestros valores familiares más apreciados estuvo en función de las circunstancias culturales y carecían, por tanto, de todo fundamento absoluto. Revisemos el desarrollo de la familia nuclear —y su construcción, «la infancia»— desde mediados de la Edad Media hasta la actualidad, basando nuestro análisis en la obra de Philippe Aries, *Centuries of Childhood: A Social History of Family Life*.

La familia nuclear moderna es tan sólo un estadio evolutivo reciente. Aries demuestra que la familia, tal como la entendemos ahora, no existía en la Edad Media y que su gradual gestación tan sólo empezó a partir del siglo XIV. Hasta entonces, «familia» significaba fundamentalmente la propia línea hereditaria legal y su énfasis radicaba más en el linaje de sangre que en la unidad conyugal. Con respecto a cuestiones legales como la transmisión de la propiedad, su función primaria, existía un sistema de propiedad conjunta de marido y mujer, así como también de posesión conjunta por parte de los herederos; sólo a fines de la Edad Media y gracias al desarrollo creciente de la autoridad paterna en el seno de la familia burguesa, se abolió la propiedad conyugal conjunta y la propiedad asimismo conjunta de los hijos, dándose paso a las leyes de progenitura. Aries nos muestra cómo la iconografía de la época refleja los valores cotidianos de la sociedad medieval. Las representaciones normales muestran composiciones solitarias o amplios grupos conviviendo en lugares públicos; apenas hay escenas interiores, porque la vida no se desarrollaba dentro de un «hogar». En esta época no cabía la retirada al propio y privado «grupo primario». El grupo familiar se componía de un gran número de personas en estado de flujo constante y, en las propiedades de los nobles, de grandes masas de servidores, vasallos, músicos, gentes de todas clases, así como gran cantidad de animales, al antiguo estilo tradicional del patrimonio familiar. Si bien el individuo podía retirarse

de este constante intercambio social a una vida espiritual o académica, también en ésta regía la costumbre comunitaria, en la que él podía participar.

Esta familia medieval —el honor de la sangre en las clases superiores, mientras en las inferiores no había más que la pareja conyugal sita en medio de la comunidad — evolucionó gradualmente hasta convertirse en la familia cerrada que nosotros conocemos. Ariès describe el cambio:

> Fue como si un cuerpo rígido y polimórfico se hubiera descompuesto para ser reemplazado por una horda de pequeñas sociedades, las familias, y por unos pocos grupos de masas, las clases.

Una tal transformación ocasionó cambios culturales profundos, a la vez que afectaba a la misma estructura psicológica del individuo. Hasta la misma perspectiva del ciclo vital del individuo evolucionó culturalmente; por ejemplo, la «adolescencia», que nunca había existido anteriormente, entró en escena. El más trascendental de todos estos conceptos de los estadios vitales fue el de la infancia.

I
El mito de la niñez

Durante la Edad Media no existió esto que denominamos infancia. La concepción que de los niños se tenía entonces difería diametralmente de la nuestra. No se trata únicamente de que no estuviera «estructurada en torno al niño», sino de que no se tenía conciencia de los niños como seres distintos a los adultos. Los niños y niñas de la iconografía medieval son adultos en miniatura y reflejan una realidad social totalmente distinta: los niños *eran en realidad* adultos en pequeño, portadores del nombre y clase en cuyo seno nacieron —cualesquiera que fueran—, y destinados a ocupar una posición claramente definida. El niño se consideraba a sí mismo como el futuro adulto que iba a ser, pasando por los correspondientes estadios de aprendizaje; era ya su mismo yo poderoso del futuro «todavía en pequeño». Su transición a los diversos estadios de la función adulta era casi inmediata.

Los niños se diferenciaban tan poco de los adultos, que no existía un vocabulario especifico para su descripción; en otras palabras, compartían el vocabulario de la subordinación feudal. Sólo algún tiempo después y gracias a la introducción de la

infancia como estadio autónomo, se produjo una escisión de este vocabulario aleatorio. Tal aleación verbal se basaba plenamente en la realidad; los niños se diferenciaban de los adultos únicamente en el aspecto de la dependencia económica. Se los utilizaba como si se tratara de otro estamento servil, aunque de carácter transitorio; había una variante, sin embargo: la de que no se consideraba un hecho deshonroso, puesto que todos los adultos partían de este mismo estamento (una equivalencia aproximada podríamos verla en el siervo contratado de la historia americana). *Todos* los niños eran siervos; se trataba de su etapa de aprendizaje para la vida adulta. (En Francia, por ejemplo, hasta mucho después no se consideró actividad inferior el servir la mesa, puesto que se trataba de una práctica que —en calidad de arte— habían ejercitado todos los aristócratas en su juventud). Hasta nuestro siglo se han venido oyendo lamentaciones acerca de esta comunidad de experiencias entre los niños y los siervos, con la lógica intimidad que de ella derivaba. A medida que las clases sociales se hicieron más estancas, se pasó a considerar este vínculo de intimidad como fuente de corrupción moral de los niños pertenecientes a las clases media y superior.

El niño no era más que otro miembro del enorme patrimonio. No era siquiera elemento esencial de la vida familiar. El niño era siempre criado por una persona ajena a la familia y, más tarde, se le enviaba a un hogar distinto (desde los siete años —aproximadamente— hasta una edad comprendida entre los catorce y los dieciocho) con la intención de que sirviera como aprendiz a un maestro artesano —aprendizaje que, como ya he apuntado, se limitaba al servicio doméstico o lo incluía entre sus obligaciones. De ahí que jamás tuviera una dependencia excesiva de sus padres, que eran responsables tan sólo de que el hijo gozara de unos vínculos mínimos de bienestar material. Los padres, a su vez, no «necesitaban» a los hijos, que, desde luego, no eran objeto de excesivas contemplaciones. La razón podemos buscarla —dejando a un lado la elevada tasa de mortalidad infantil, que evidentemente constituía un factor disuasorio— en el hecho de que los padres educaban *a los hijos de otras familias* preparándolos para la vida adulta. Debido, pues, a la gran escala de la composición familiar, repleta de siervos genuinos y de una horda incesante de visitantes —amigos y clientes—, la dependencia —e incluso el contacto— del niño con respecto a un progenitor determinado tenía un alcance muy limitado; si alguna vez se desarrollaba algún tipo de relación, cabría mejor definirla como de tipo avuncular.

La transmisión generacional quedaba asegurada por la participación cotidiana de los niños en la vida adulta —jamás eran confinados a aposentos, escuelas o actividades especiales. El objetivo era preparar al niño lo antes posible para la vida adulta, cosa que con bastante lógica les llevaba a pensar que una segregación de esta especie retrasaría u obstacularizaría la formación de una cosmovisión adulta. El niño era integrado en la comunidad lo antes posible y en todos los aspectos. No había juguetes, juegos o vestidos especiales para ellos ni clases de concepción específica

infantil. Los juegos eran compartidos por grupos de todas las edades y los niños cooperaban en las festividades de la comunidad adulta. Las escuelas (destinadas sólo a impartir enseñanzas artesanas especializadas) estaban abiertas a quienquiera que deseara acudir a ellas, sin discriminación de edad; el sistema de aprendizaje estaba abierto tanto a los niños como a los adultos.

Terminado el siglo XIV y gracias al desarrollo de la burguesía y de la ciencia empírica, dicha situación empezó a evolucionar paulatinamente. El concepto de infancia se desarrolló como elemento anejo a la familia moderna. Empezó a tomar cuerpo un vocabulario especializado en la descripción de los niños y la niñez (como, por ejemplo, en francés, *le bebe*), así como una terminología característica para dirigirse a ellos —el vocablo «childreness»[26], por ejemplo, se puso de moda durante el siglo XVII (Desde entonces, dicho vocabulario ha crecido hasta convertirse en un arte y en una forma de vida. Existen toda clase de refinamientos en torno al habla infantil. Hay personas que la utilizan constantemente, especialmente en el trato con sus amigas íntimas, a quienes tratan como a niñas creciditas). Los juguetes infantiles no aparecieron hasta 1660 y aun entonces no se concebía su utilización más allá de los tres o cuatro años. Los primeros juguetes se limitaron a ser objetos adultos a escala infantil. Así, el caballo de madera sustituyó al caballo real, cuya monta resultaba imposible para el niño. Sin embargo, hacia finales del siglo XVII encontramos ya entre los objetos de uso común algunos artefactos de concepción específica para la infancia. Por esta misma época descubrimos la introducción de los primeros juegos exclusivamente infantiles. (De hecho, esto sólo significó una división: ciertos juegos compartidos anteriormente por niños y adultos fueron abandonados por estos últimos en favor de niños y clases inferiores, al tiempo que adoptaban otros juegos para uso exclusivamente adulto, destinados a convertirse en los «juegos de salón» de la clase adulta superior).

Vemos, pues, que en el siglo XVII la infancia, considerada como concepto nuevo y de buen tono, estaba muy «*in*». Aries nos señala las repercusiones del cambio en la iconografía, en la que empiezan a abundar, por ejemplo, las representaciones glorificadas de las relaciones madre-hijo. Como, por ejemplo, el Niño en brazos de María, o —más tarde, en los siglos XV y XVI— las representaciones de interiores y de escenas familiares, entre las que se incluyen retratos individuales infantiles y los atavíos de la edad. Rousseau, entre otros, desarrolló una ideología en torno a la «infancia». Se habló mucho de la pureza e «inocencia» infantiles. La gente empezó a preocuparse por su posible contaminación con el vicio. El «respeto» a los niños, así como a las mujeres, desconocido hasta el siglo XVI —mientras formaron parte de la sociedad global— se hizo necesario ahora que formaban un grupo oprimido claramente definido. Su aislamiento y segregación habían comenzado. La nueva familia burguesa, estructurada alrededor de los hijos, conllevaba una supervisión constante; toda independencia anterior quedaba abolida.

La importancia de estos cambios queda reflejada en la historia de la vestimenta infantil. El modo de vestir constituía uno de los medios manifestativos del rango y prosperidad social, como sigue sucediendo en la actualidad —especialmente en el caso de las mujeres. Todavía hoy, el temor —sobre todo en Europa— a cualquier impropiedad en el vestir, se debe a la inconveniencia de «salirse del propio rango». En aquella época, si tenemos en cuenta el elevado precio de los atavíos y la carencia de producción en serie, esta función del modo de vestir cobraba una importancia muy superior. Es tan gráfica la descripción que las modas del vestir nos ofrecen de las disparidades de sexo y clase, que la historia de la moda infantil constituye una clave valiosa en torno al proceso de la infancia.

Las primeras vestimentas específicamente infantiles aparecieron a finales del siglo XVI, importante fecha para la formación del concepto de infancia. Al principio, el vestido infantil consistió en una imitación de los vestidos adultos arcaicos, al estilo de las clases inferiores, que utilizaban prendas de segunda mano desechadas por la aristocracia. Estos arcaísmos eran símbolo de la creciente exclusión de niños y proletariado de la vida pública contemporánea. En el período que precedió a la Revolución Francesa, se introdujo la costumbre de llevar unos pantalones especiales de origen marinero, cosa que sirvió para distinguir aún más a las clases inferiores; pues bien, esta misma costumbre se extendió rápidamente entre los niños de las clases superiores. Es importante subrayar este punto, porque corrobora con toda claridad el hecho de que los niños de las clases superiores formaban en su seno un estamento de categoría inferior. Esta diferenciación en las funciones del vestir, destinadas a aumentar la segregación y a expresar con claridad las distinciones de clase, es afirmada también por una costumbre de los siglos XVII y XVIII, que carece de otra explicación: todos los niños, hembras o varones, debían llevar dos cintas anchas cosidas al vestido más abajo de los hombros y colgando hacia atrás. Aparentemente dichas cintas no tenían otra función que la de servir de distintivos externos de la infancia.

El vestido del niño varón revela especialmente la conexión de sexo e infancia con la clase económica. El niño pasaba por tres estadios más o menos generales: al principio trocaba los pañales por los atavíos femeninos; hacia los cinco años, sustituía éstos por una indumentaria que incluía algunos elementos del traje adulto masculino, como es la golilla; finalmente, a medida que avanzaba en edad, pasaba a lucir plenas galas militares. La indumentaria utilizada por el adolescente durante el período de Luis XVI incluía simultáneamente componentes arcaicos (golilla renacentista), de las clases inferiores (pantalones marinos) y elementos militares masculinos (chaqueta y botones). La vestimenta se convirtió así en otra forma de iniciación a la virilidad, mientras el niño suplicaba —en la terminología moderna— ser vestido con «pantalones largos».

Estas etapas de iniciación a la vida adulta reflejadas en la historia de la indumentaria infantil, casan muy bien con el Complejo de Edipo, tal como lo he

enfocado en el capítulo anterior. Los niños varones inician su vida dentro del estamento inferior femenino. Vestidos como mujeres, no se distinguen en nada de las niñas; ambos sexos se identifican en esta etapa con la madre —la hembra—; ambos juegan con muñecas. Hacia los cinco años se procura alejar al niño de su madre, alentarlo gradualmente —como puede ser mediante la concesión de la golilla masculina— a la imitación paterna; éste es el período de transición del Complejo de Edipo. Finalmente se le premia por su separación de la madre y por la transferencia de sus identificaciones al varón, mediante una indumentaria especial de «adolescente» —sus galas militares, promesa de la plenitud del poder masculino venidero.

¿Qué podemos decir de la indumentaria femenina? Respecto a ella nos encontramos con un hecho asombroso: *el concepto de infancia no se aplicaba a las mujeres*. La niña trocaba directamente sus pañales por el vestido de mujer adulta. No asistía a la escuela, institución que, como veremos, estructuraba el tiempo de infancia. A los nueve o diez años actuaba realmente como una «señorita»; su actividad no se diferenciaba de la de las mujeres adultas. Tan pronto como alcanzaba la pubertad, hacía los diez o doce años, se la casaba con un varón mucho mayor que ella.

La base estamental de la infancia es evidente por sí misma; los muchachos y muchachas pertenecientes a la clase trabajadora no tenían necesidad de ser marcados mediante una indumentaria característica, porque en sus funciones de adultos seguirían estando al servicio de los individuos de las clases superiores; tampoco era necesaria ninguna iniciación a la libertad. Las muchachas no tenían ningún motivo para pasar por diversas etapas en el vestir, puesto que no había ningún *objetivo* en cuya dirección pudieran desarrollarse, ya que las mujeres adultas seguían estando en una posición inferior con respecto a los hombres. Los niños de la clase trabajadora (y esto vale también para el momento presente) se veían libres de toda restricción en el vestir, puesto que sus prototipos adultos eran a su vez «niños» con respecto a las clases dominantes. Si bien los muchachos de la clase media y superior compartían temporalmente la condición de las mujeres y de la clase trabajadora, paulatinamente iban elevándose por encima de estas clases oprimidas; las mujeres y los niños de la clase inferior permanecían, sin embargo, en ella. Tampoco es ninguna casualidad que el afeminamiento del vestido infantil fuera abolido por la época en que las feministas se revolvieron para terminar con las opresivas prendas de la mujer. Ambos estilos de atuendo guardaban íntima conexión con la opresión de la clase y con la inferioridad de las funciones femeninas. El pequeño Lord Fauntleroy pasó por el estadio de la indumentaria femenina. (Mi propio padre recuerda el día en que vistió de pantalón largo y, aún en la actualidad se siguen practicando en algunos países de Europa estas costumbres de evolución indumentaria).

Podemos asimismo observar la base estamental del naciente concepto de infancia en el sistema concomitante de educación de los niños. Si la niñez no era más que un

concepto abstracto, la escuela moderna fue la institución que lo llevó a la realidad. (En nuestra sociedad las nuevas concepciones acerca del ciclo vital se organizan en torno a las instituciones; por ejemplo, la adolescencia —construcción conceptual del siglo XIX— fue creada para facilitar el reclutamiento del servicio militar). La educación impartida por la escuela moderna equivalió, en efecto, a la articulación del nuevo concepto de la infancia. La asistencia a la escuela fue objeto de redefinición: no estaba ya limitada a los clérigos y a los humanistas, por lo que pudo extenderse hasta convertirse en el instrumento usual de iniciación social durante la transición de la niñez a la *virilidad*. (Aquellos a quienes no iba a aplicarse nunca el verdadero concepto de etapa adulta —como sucedía con las muchachas y los muchachos de clase trabajadora— durante muchos siglos no asistieron a la escuela)[27].

En contra de la opinión popular, el desarrollo de la escuela moderna guardaba muy poca relación con la escolaridad tradicional de la Edad Media o con el desarrollo de las artes liberales y de las humanidades en el Renacimiento. (En realidad, los humanistas del Renacimiento se distinguieron por la inclusión en sus filas de gran cantidad de niños precoces y de mujeres instruidas; ellos subrayaban el desarrollo del individuo, cualesquiera que fueran su edad y sexo). De acuerdo con Aries, los historiadores de la literatura exageraban la importancia de la tradición humanista en la estructura de nuestras escuelas. Los verdaderos arquitectos e innovadores fueron los moralistas y los pedagogos del siglo XVII —los Jesuitas, los Oratorianos y los Jansenistas. A estos hombres los encontramos en los orígenes mismos del concepto de infancia y de su institucionalización, el concepto moderno de escolaridad. Fueron los primeros en abrazar los conceptos de la debilidad e «inocencia» de la niñez; pusieron a la infancia sobre un pedestal, al igual que se había hecho con la feminidad y predicaron la segregación de los niños del mundo de los adultos. La «disciplina» fue la clave de la escuela moderna, cuestión mucho más importante en definitiva que la administración de ciencia o información, puesto que para ellos la disciplina era instrumento de perfeccionamiento moral y espiritual, conveniente no tanto por su eficiencia en la dirección de grandes grupos entregados a un trabajo comunitario, cuanto por su propio valor intrínseco, moral y ascético. En otras palabras, se adoptó la represión como valor espiritual.

En consecuencia, la función de la escuela pasó a ser la «educación del niño», llevada a cabo mediante la «psicología infantil» disciplinaria. Aries cita las *Regulations for Boarders at Port-Royal*, predecesor de nuestros manuales de adiestramiento de pedagogos:

> Debe mantenerse una vigilancia constante sobre los niños y jamás se los dejará solos en parte alguna, ya gocen de buena o mala salud… Esta supervisión constante debe ser ejercida con amabilidad y cierta camaradería *calculada* para hacerles creer que se les ama y que únicamente se está con ellos para disfrutar de su compañía. Con esto no temerán la supervisión, sino

que la amarán (La cursiva es mía).

Este pasaje, escrito en 1612, muestra ya el tono afectado característico de la moderna psicología infantil, así como la distancia peculiar —artificial en esta época, pero completamente inconsciente en la actualidad— existente entre adultos y niños.

El nuevo sistema escolar segregó eficazmente a los niños del mundo adulto durante períodos de tiempo cada vez más prolongados. Ahora bien, esta segregación del niño del mundo del adulto y el severo proceso de iniciación exigido para la transición a la mayoría de edad, indicaba un creciente desinterés y un menosprecio sistemático de las capacidades infantiles.

Aquella precocidad tan común en la Edad Media y durante un breve período de tiempo posterior, ha quedado reducida casi a cero en nuestra época[28]. Hoy, por ejemplo, las hazañas de Mozart como compositor infantil apenas resultan creíbles; por aquella época no se trataba de una cosa tan desacostumbrada. Muchos niños ejecutaban y componían música hábilmente y se entregaban también a muchas otras actividades «adultas». Nuestras clases de piano actuales no guardan punto de comparación. De hecho, se limitan a ser síntomas de la opresión infantil —de la misma manera que los «complementos femeninos» tradicionales, como el bordado, no eran más que una mera actividad superficial—, que nos hablan de la sumisión del niño a los caprichos de los adultos. Además, resulta muy significativo que estas «habilidades» sean cultivadas con más frecuencia en el caso de las muchachas que en el de los muchachos; cuando un chico estudia piano suele deberse a la posesión de dotes excepcionales o a la afición musical de los padres.

Ariès cita a Heroard —*Journal sur l'enfance et la jeunesse de Louis XIII*— en la detallada relación de la infancia del Delfín escrita por su médico, que nos cuenta cómo el Delfín tocaba el violín y cantaba constantemente a la edad de *diecisiete meses*. Sin embargo, el Delfín no era ningún genio y más tarde demostró a todas luces no ser más inteligente que el término medio de la aristocracia. Añadamos que sus actuaciones no se limitaron al violín; la relación de la infancia del Delfín, nacido en 1601 y de capacidad intelectual media, nos demuestra el menosprecio en que tenemos los potenciales infantiles. Descubrimos que a esta misma edad jugaba al mazo, equivalente al golf actual y practicado por los adultos de la época, así como al tenis; hablaba correctamente y practicaba juegos de estrategia militar. A los tres y cuatro años de edad, respectivamente, aprendió a leer y escribir. A los cuatro y cinco años, aunque seguía jugando con muñecas (!), practicaba el tiro con arco, jugaba a las cartas y al ajedrez (a los seis años) con los adultos y a otros muchos juegos propios de gente mayor. Tan pronto como pudo andar, tomó parte en todas las actividades de los adultos en términos de igualdad, bailando como un profesional, actuando y tomando parte en todas las diversiones. A los siete años, el Delfín empezó a utilizar las vestiduras de un varón adulto, se le privó de sus muñecas y empezó su educación, dirigida por tutores masculinos; como parte de ella, se inició en la caza, monta de

caballos, tiro y apuestas. Advierte, sin embargo, Aries:

> Deberíamos evitar exagerar [la importancia de sus siete años de edad]. A pesar de que había dejado de jugar con sus muñecas o debía haber dejado de hacerlo, el Delfín siguió llevando la misma vida que antes… Antes de los siete tendría más muñecas y juguetes alemanes, mientras que al superar esta edad se inclinaría más por la caza, la monta, la esgrima y, quizás, la asistencia al teatro; el cambio fue casi imperceptible dentro de esta larga sucesión de pasatiempos que el niño compartía con el adulto.

Para mí, lo más claro de toda esta descripción es lo siguiente: que antes del nacimiento de la familia nuclear y de la escuela moderna, la infancia apenas se diferenciaba de la vida adulta. El niño aprendía directamente de los adultos que lo rodeaban y se integraba, tan pronto como le era posible, en la sociedad adulta. Hacia los siete años de edad, se daba ya alguna diferenciación de la función de los sexos —era algo que tenía que ocurrir en uno u otro momento, dada la vigencia del sistema patriarcal— pero ésta no se veía aún complicada por la posición de inferioridad estamental de los niños. La distinción, por el momento, se limitaba a los dos polos del hombre y de la mujer, no a la doble polaridad niños-adultos. Un siglo después, esto había empezado a cambiar, dada la creciente vinculación entre la opresión femenina y la opresión infantil.

En resumen, con la instauración de la familia nuclear estructurada en torno a los hijos, se hizo necesaria la institución planificadora de una «infancia» que mantuviera a los niños bajo la jurisdicción paterna el mayor tiempo posible. Se multiplicaron las escuelas, sustituyendo la antigua escolaridad y aprendizaje práctico por una educación teórica, cuyo objetivo consistía en «disciplinar» a los niños más que en impartir el conocimiento por sí mismo. Por ello, no debe sorprendemos que *la escuela moderna retrase el desarrollo en vez de acelerarlo*. Al alejar a los niños del mundo adulto —al fin y al cabo, los adultos no son más que niños mayores con experiencia mundana— y al someterlos artificialmente a una relación de porcentaje niño-adulto de veinte a uno, ¿qué otro efecto final puede haber más que el de la nivelación del grupo a una escala de inteligencia media (mediocre)? Por si esto fuera poco, finalizado el siglo XVIII se estableció una rígida separación y distinción de edades («grados»). Los niños no podían aprender ya ni siquiera de otros niños mayores y más instruidos. Durante la mayor parte de su jornada escolar se veían constreñidos a un grupo perfectamente definido según su criterio cronológico, y en cuyo seno se les administraba dosificada y uniformemente un «programa». Esta gradación tan rígida elevó forzosamente el número de niveles a superar en su iniciación a la vida adulta e hizo casi imposible al niño la elección de su propio ritmo de progreso. La motivación de su aprendizaje pasó a ser controlada desde fuera y susceptible de las influencias aprobatorias, muerte segura de la originalidad. Los

niños, en otra época considerados simplemente personas jóvenes —al igual que definimos a un cachorro de perro con referencia a su madurez—, pasaron a constituir ahora un estamento plenamente definido, con sus rangos internos propios, estímulo para la competencia mutua (el «más listo del grupo», el «más inteligente de toda la escuela», etc.). Se obligó a los niños a pensar de acuerdo con unas pautas jerárquicas, montadas con relación a la unidad de medida «cuando sea mayor…». En este aspecto la escuela se convertía en un reflejo del mundo exterior, cada vez más escindido en clases acordes con la edad y el estamento propios.

* * *

En resumen: el desarrollo de la familia moderna supuso la descomposición de una sociedad integrada más amplia en pequeñas unidades autónomas. El niño se hizo ahora elemento importante de estas unidades conyugales. Era conveniente mantener a los hijos en el hogar durante el mayor tiempo posible, a fin de vincularlos psicológica, financiera y emocionalmente a la unidad familiar hasta el momento en que fueran capaces de crear por sí mismos una nueva familia. Éste fue el objetivo de la instauración de la Edad Infantil. (Más adelante se le agregaron apéndices extensivos, tales como adolescencia —o, de acuerdo con la terminología americana, «*teenagerdom*», «*collegiate youth*» y «*young adulthood*»). El concepto mismo de infancia indicaba que los niños constituían una especie distinta no sólo cronológica, sino también cualitativamente. Para demostrarlo se montó toda una estructura ideológica —tratados arbitrarios acerca de la inocencia de los niños y de su proximidad a Dios («angelitos»), que llevaban a la creencia de que los niños eran asexuales y las manifestaciones sexuales infantiles una aberración—, que contrastaba poderosamente con las costumbres del período anterior, en que se ponía a los niños en contacto con las realidades de la vida desde el primer momento[29]. Admitir, aunque fuera en mínimo grado, la sexualidad del niño, hubiera acelerado su transición a la etapa adulta, cosa que había que retrasar a cualquier precio. Las diferencias en el vestir exageraron muy pronto las diferencias físicas que separaban a los niños de los adultos e incluso de los niños de más edad. Los niños no practicaban ya los juegos de los adultos ni compartían sus celebraciones (en la actualidad tampoco asisten a las veladas sociales), sino que se les proporcionaban juegos especiales y artefactos propios (juguetes). La narración de historias, en otro tiempo actividad artística comunitaria, quedó relegada a los niños hasta desembocar en la literatura específicamente infantil de nuestra época. Se utilizaba un lenguaje especial para dirigirles la palabra y jamás se mantenía una conversación seria en su presencia («No hablemos de ello delante de los niños»). El «ritual» de la sujeción se convirtió en legislación hogareña («Los niños deben escuchar y callar»). Ahora bien, la conversión de éstos en clase oprimida no hubiera tenido éxito, de no haber contado

con la ayuda todopoderosa de una institución creada al efecto: la escuela moderna.

La ideología escolar era la ya expuesta ideología de la infancia. Su actuación se basaba en el supuesto de que los niños necesitaban «disciplina», en su concepción de los niños como criaturas especiales que debían ser objeto de trato asimismo especial (psicología infantil, pedagogía del niño, etcétera), y en el supuesto de que, para facilitar esta labor, debía encerrárselos en un lugar especial con los de su propia especie y de acuerdo con subdivisiones lo más ajustadas posible a los límites cronológicos de edad. La escuela fue la institución que estructuró la infancia, segregando eficazmente a los niños del resto de la sociedad y retrasando en consecuencia el desarrollo de habilidades específicas que les hubieran valido un puesto en la sociedad. El resultado fue que siguieron sujetos a una dependencia económica cada vez más prolongada, salvaguardia de la indisolubilidad de los lazos familiares.

He señalado ya la estrecha relación existente entre las jerarquías familiares y el sistema económico de clases. Engels ha observado que dentro de la familia el esposo constituye la burguesía y la mujer y los niños el proletariado. También se han apuntado otras semejanzas entre los niños y las clases obreras u otros grupos oprimidos, al tiempo que se realizaban investigaciones destinadas a demostrar su participación en idéntica psicología. Hemos visto también el paralelismo existente entre la indumentaria del proletariado y la de los niños, así como la adopción por parte de niños y plebeyos de los juegos abandonados por los adultos de las clases superiores. De ambos grupos se afirmaba que «trabajan manualmente», en contraste con las elucubraciones cerebrales más elevadas del varón adulto —abstracciones que se encuentran fuera de su alcance. A ambos grupos se les consideraba felices, despreocupados, y de carácter apacible —«más en contacto con la realidad». A ambos se les recordaba su buena suerte, por carecer de las preocupaciones de los adultos cargados de responsabilidades —cosa que, a pesar de todo, los dos deseaban. Sus relaciones con la clase dominante estaban teñidas en ambos casos de miedo, sospechas e insinceridad, y se encubrían bajo una tenue capa de simpatía (su adorable balbuceo, su *modo* de poner los ojos en blanco y sus triquiñuelas).

El mito de la infancia encuentra un paralelismo mucho más estrecho en el mito de la femineidad. Tanto a las mujeres como a los niños se les consideraba asexuales y, por tanto, «más puros» que el hombre. Su condición de inferioridad quedaba mal disimulada bajo un artificial «respeto». No se discutían asuntos serios ni se maldecía en su presencia; tampoco se les rebajaba *abiertamente*, sino a sus espaldas. (En cuanto al doble criterio valorativo de la maldición, observemos que un hombre puede blasfemar contra el mundo, porque es prerrogativa suya el vituperio; en cambio, la misma maldición puesta en labios de una mujer o de un pequeño —es decir, de un «hombre» incompleto a quien el mundo no pertenece todavía—, es considerada presuntuosa y, por tanto, impropia o algo peor). Ambos estamentos veían exteriorizada su segregación mediante vestiduras caprichosas y no funcionales y a

ambos se les asignaban tareas especiales (las labores caseras y los deberes escolares, respectivamente). A unos y a otras se les consideraba mentalmente deficientes («¿Qué se puede esperar de una mujer?» o «Es demasiado pequeño para comprenderlo»). El pedestal adorativo en que se les había colocado constituía una atmósfera asfixiante. Cada encrucijada interactiva con el mundo de los adultos exigía a los niños un despliegue de toda su astucia. Aprendieron cómo utilizar su misma niñez para conseguir sus deseos por caminos indirectos («¡Ya está, cogiendo otra rabieta!»), del mismo modo que las mujeres aprendieron a utilizar su condición femenina («¡Ya está llorando otra vez!»). Cuantas incursiones se emprendían en el mundo de los adultos, se convertían en terroríficas expediciones que amenazaban su supervivencia. La diferencia de comportamiento situacional, según que el niño se encuentre entre compañeros —en cuyo caso se conducirá con naturalidad— o entre adultos —en cuyo caso se comportará artificialmente o con timidez— demuestra con claridad este punto (notemos cómo las mujeres exhiben también un comportamiento distinto, según se encuentren entre compañeras de sexo o en presencia de algún hombre). En ambos casos las disparidades físicas han sido ampliadas mediante variantes en el vestir, en la educación, modales y actividad, hasta el punto de hacer parecer «natural» y casi instintivo este hábito cultural adquirido —proceso de exageración que lleva a una fácil creación de tópicos; gracias a todo ello el individuo parece adquirir una animalidad diferenciada, con su propio código de leyes y de comportamiento («¡Jamás entenderé a las mujeres!»… «¡No entiendo una jota de psicología infantil!»).

La jerga vulgar de nuestros días refleja esta condición animal. Así los niños pasan a ser «ratoncitos», «conejitos» o «gatitos», mientras que a las mujeres se las apoda «pollitas», «pajaritos», «pavas», «muías viejas» o «perras»[30]. Una terminología similar la utilizamos para denigrar el carácter del varón y, más general, restringiéndonos a los varones *oprimidos*: «semental», «lobo», «zorro», «macho solitario», «eunuco»[*]; aún así, su uso es mucho menos frecuente y siempre conlleva una connotación sexual específica.

Al estar arropada la opresión femenina e infantil con una fraseología «ocurrente», resulta mucho más difícil de combatir que la opresión abierta. ¿Qué niño es capaz de replicar adecuadamente cuando una tía estúpida no le deja ni a sol ni a sombra con su celo exagerado o un extraño cualquiera decide darle una palmada en las nalgas y barbotear una pretendida jerga infantil? ¿Qué mujer puede permitirse mostrar desagrado cuando un desconocido se mete con ella, al pasar? Si a su

—Nena, ¡qué guapa estás hoy!

Responde con un

—No más que antes de conocerte.

El hombre gruñirá:

—Pero ¿qué se habrá creído esa?

O, quizás, algo peor.

Muy a menudo la verdadera-naturaleza de estas observaciones aparentemente amistosas queda de relieve cuando el niño o la mujer no sonríen como se espera de ellos:

—¡Vieja asquerosa! ¡No me acostaría contigo aunque sonrieras con esta bocaza!

O:

—¡Pilluelo repugnante! ¡Si yo fuera tu padre, te daría tantos azotes que no te tendrías en pie!

Esta violencia resulta realmente sorprendente. Tales hombres están convencidos de su razón al criticar al niño o a la mujer por no mostrarse «amistosos». Les desazona pensar que la mujer, el niño, el negro o el obrero se puedan ofender, por lo que los grupos oprimidos deben aparentar que les *gusta* su opresión —sonriendo o riendo bobamente, aunque les hierva el infierno por dentro. La sonrisa es el equivalente infantil-femenino de las astucias; con ella se indica la aquiescencia de la víctima a la propia opresión.

En mi propio caso, tuve que adquirir el hábito de la renuncia a esta sonrisa falsa, que constituye casi un tic nervioso en todas las adolescentes. Esto significó que sonreía raras veces, porque la verdad es que, cuando llegaba a sonreír con sinceridad, ya eran pocos los motivos para hacerlo. Mi «ideal» táctico para el movimiento de liberación femenino es *el boicot a la sonrisa*; al declararse la campaña, todas las mujeres deberían abandonar instantáneamente sus sonrisas «congraciadoras» y sonreír tan sólo cuando, las complaciera de verdad *a ellas*. Del mismo modo, la liberación infantil supondría poner punto final a todas las caricias no solicitadas por el mismo niño (Esto, evidentemente, abogaría por una sociedad en la que las caricias en general no fueran algo susceptible de desaprobación; a menudo, la única demostración de afecto que el niño recibe, tiene este carácter artificial. Claro que el niño puede preferir esto a nada). Muchos hombres son incapaces de comprender que sus fáciles muestras de intimidad no sean consideradas como un privilegio. ¿Han pensado alguna vez que la persona real que habita dentro de este animal-niño o animal-hembra puede preferir no ser objeto de caricias en este instante preciso, no ser acariciado precisamente por ellos o no ser siquiera objeto de su atención? Imaginémonos por un instante la consternación de este hombre si algún extraño se le aproximara en la calle de modo similar —dándole una palmadita, murmurando o balbuceando una jerga infantil— sin guardar ningún respeto por su profesión o por su «virilidad».

En suma, si los miembros de la clase trabajadora y de los grupos minoritarios actúan como niños, es porque los niños —sean del estamento económico que sean— *constituyen realmente* una clase inferior, al igual que la han constituido siempre las mujeres. El nacimiento de la familia nuclear moderna, con su anejo —la «infancia»—, estrechó los nudos en torno a un grupo económicamente ya dependiente, ampliando y reforzando lo que no había sido más que una ligera dependencia, por los medios usuales: el desarrollo de una ideología al efecto, de un

estilo de vida, de lenguaje, vestido y modales específicos, etc. Con el aumento y exageración de la dependencia infantil, también la servidumbre femenina respecto a la maternidad alcanzó sus cotas máximas. Niños y mujeres se encontraban ahora en el mismo mísero bote. Sus opresiones empezaron a ejercer una influencia recíproca intensificante. A la mística de las excelencias de la maternidad —la grandeza de la creatividad femenina «natural»— se añadía una nueva mística en torno a las excelencias de la infancia y a la «creatividad» de la *educación* infantil. («Bueno, querida, ¿es que puede haber algo más creativo que la educación de un niño?»). En la actualidad la gente ha olvidado la lección de la historia, es decir, que «educar» a un niño equivale a retrasar su desarrollo. El mejor método de contribución a su desarrollo es la NO-INTERVENCION.

II

Nuestra época: crece el mito

Hemos visto cómo la creciente privatización de la vida familiar acarreó una opresión cada vez mayor para los no-independientes, mujeres y niños. Los mitos interrelacionados de la femineidad y de la infancia fueron los instrumentos de esta opresión. Durante la Era Victoriana alcanzaron proporciones tan épicas, que al final las mujeres se rebelaron (rebelión que sólo periféricamente afectó a la infancia). Dicha rebelión, sin embargo, fue destruida antes de que pudiera abolir estos mitos, que pasaron a una existencia clandestina para reaparecer en una versión más insidiosa relacionada con el consumismo de masas. En efecto, nada había cambiado. En el Capítulo 2 he descrito cómo la emancipación de las mujeres fue objeto de un sabotaje sutil, cosa que también ocurrió con respecto a su opresión derivada —la «infancia».

La pseudo-emancipación de los niños guarda un paralelismo exacto con la pseudo-emancipación de las mujeres. Así, aunque hemos abolido ya todos los signos superficiales de opresión —las vestimentas distintivas y abigarradas y la vara del maestro de escuela—, ni por un momento podemos dudar de que el mito de la infancia florezca en proporciones épicas al estilo del siglo XX. Se fundan industrias enteras destinadas a la fabricación de artículos específicos: juguetes, juegos, alimentación infantil, artículos alimenticios para el desayuno, libros infantiles y colecciones de historietas, caramelos-juguete, etc. Los analistas de mercado estudian la psicología infantil a fin de desarrollar productos que resulten atractivos para niños de edades diversas. Existe toda una industria publicitaria, cinematográfica y

televisiva destinada a ellos, que incluye su propia literatura, sus programas y anuncios e incluso juntas de censura cuya misión consiste en decidir qué productos culturales son aptos para su consumo. Tenemos una interminable proliferación de libros y revistas destinadas a instruir a los legos en el delicado arte del cuidado infantil (vgr., *Parents' Magazine* del Dr. Spock). Hay especialistas en psicología infantil, en métodos educativos para la infancia, en pediatría y en todas las ramas especializadas de la ciencia desarrolladas recientemente con el fin de estudiar este animal peculiar. La educación obligatoria está en su apogeo y goza de la suficiente difusión para formar una ineludible red de socialización (lavado de cerebro), de la que ni el más rico puede esperar del todo. Terminaron los días de Huckleberry Finn; actualmente el vago o el que abandona voluntariamente los estudios, emplean una jornada laboral completa en eludir al enjambre de especialistas dedicados a su estudio, a los numerosos programas gubernamentales y a los asistentes sociales que siguen su rastro.

Echemos una ojeada más detenida a la versión moderna de esta ideología de la infancia. Visualmente es tan sana, atractiva y sonriente como un anuncio Kodak. Al igual que en el caso de la explotación femenina como clase consumidora prefabricada, existen muchas industrias ansiosas de sacar partido de la vulnerabilidad física infantil (como por ejemplo, la Aspirina de San José para niños). Más aún que su salud, la palabra mágica para comprender la infancia moderna es *felicidad*. Sólo se es niño una vez. Los niños deben ser encarnaciones vivientes de la felicidad (los niños huraños o perturbados emocionalmente son inmediatamente objeto de desagrado general, porque contribuyen a desmentir el mito). Es deber de todo progenitor proporcionar a su hijo una infancia digna de recuerdo (trapecios, piscinas hinchables, juguetes, excursiones campestres, fiestas de cumpleaños, etc.). Es la Edad de Oro que el niño recordará cuando crezca y se convierta en un robot como su padre. De acuerdo con esto, cada padre trata de dar a su hijo todo aquello que más echó en falta en la que debería haber sido la etapa más gloriosa de su propia vida. El culto de la infancia como Edad de Oro es tan fuerte que las otras etapas de la vida obtienen su valor a través de su paralelismo con ella, dentro de un culto nacional de la juventud. Los «mayores» se comportan como asnos con sus celosas apologéticas («Sí, claro, te doblo la edad, querida, pero…»). Existe una creencia general en la idea de haberse conseguido el progreso porque en nuestra época los niños han sido finalmente liberados de las odiosas herramientas del trabajo infantil y de muchas otras explotaciones tradicionales de generaciones anteriores. En realidad existe también la queja envidiosa que afirma que los niños reciben demasiada atención, según ella se les está estropeando («Cuando yo tenía tu edad…» es una expresión paralela a «Esto es propio de mujeres…»).

Elemento defensivo capital de este mito de la felicidad lo tenemos en la continua y rígida segregación de los niños del resto de la sociedad; la exageración de sus rasgos distintivos los ha convertido, como se había planeado, casi en una raza

distinta. Nuestros parques proporcionan la metáfora perfecta para una sociedad como la nuestra, objeto de segregación cronológica: una zona de juego especialmente dedicada a los Tiernos Intocables (rara vez se encuentra a nadie más en estos sitios, como si la estancia estuviera prohibida por decreto), un campo de atletismo o una piscina para los jóvenes, una loma sombreada para las parejas jóvenes y los estudiantes y una zona con bancos para los ancianos. Esta segregación cronológica prosigue a lo largo de la vida de todo individuo moderno; la gente mantiene muy poco contacto con los niños, una vez superada su propia infancia. Incluso dentro de la misma niñez existen, como hemos visto, rígidas segregaciones en función de la edad, por lo que el niño mayor se sentirá avergonzado si le ven en compañía de otros más pequeños («¡Grandullón! ¿Por qué no juegas con chicos de tu edad?»). A lo largo de la vida escolar —período bastante largo en nuestra época— el niño permanece entre compañeros que no difieren de él en más de uno o dos años. Las mismas escuelas reflejan estas gradaciones cada vez más rígidas, con todo su complicado sistema de cursos, entrelazados por una vasta red de promociones y «graduaciones»; recientemente se ha extendido el sistema de graduaciones hasta el mismo parvulario y/o la guardería infantil.

Así pues, una vez desarrollado suficientemente el niño para poder reproducirse, pierde todo contacto con cuantos son ajenos a su estrecho ámbito adulto y, desde luego, con los niños. A causa del culto que lo rodea apenas es capaz de recordar ni siquiera su propia infancia, llegando en ocasiones a bloquear enteramente dicho recuerdo. Es posible que como niño hubiera intentado adaptarse al mito, creyendo sinceramente que todos los demás niños eran más felices que él; más tarde, como adolescente quizás se haya entregado a una alegría desenfrenada, lanzándose a las diversiones —siendo así que la adolescencia es en realidad sinónimo de repugnancia a entrega total— de acuerdo con aquello de que «sólo se es joven una vez». (Ahora bien, la verdadera juventud no tiene conciencia de la edad —«la juventud se desaprovecha en los jóvenes»— y se distingue por una espontaneidad real, por la ausencia de esta conciencia concreta de uno mismo. El almacenamiento de la felicidad de acuerdo con estas pautas, para poder recordarla cuando ya no se posea, es una idea susceptible sólo de ser producida por la vejez). Una ausencia tal de contacto con la realidad de la infancia prepara al joven adulto para aquella misma visión sentimentalista acerca de los niños que él probablemente despreciaba durante su infancia. El proceso sigue adelante formando un círculo vicioso; los adultos jóvenes sueñan con tener hijos, intentando desesperadamente llenar el vacío creado por la segregación artificial del estamento infantil; pero, al encontrarse encenagados en el mundo de los embarazos y los cuidados infantiles, los problemas de las guardadoras y de la escuela, los favoritismos y las discusiones, se dan cuenta forzosamente de que los niños no son más que seres humanos al igual que todos nosotros.

Hablemos, pues, de cómo es *realmente* la niñez y no de cómo es en la mente de los adultos. En primer lugar, resulta evidente que, si el mito de la felicidad infantil

florece con tanta fuerza, no se debe a que satisfaga una necesidad infantil, sino a que satisface las necesidades de los adultos. En una cultura de gente alienada, la creencia de que todos hemos gozado por lo menos de un período de nuestra vida libres de preocupaciones y de la servidumbre del trabajo, es difícil de exterminar. Es obvio que no podemos gozar de este período durante nuestra vejez; luego, es lógico que hemos gozado ya de él. Esta es la explicación del confusionismo sentimental que empapa toda discusión referente a la infancia o a los niños. Todo el mundo está saboreando sus propias ensoñaciones autóctonas.

* * *

La segregación no ha dejado pues de operar a pleno rendimiento en su labor intensificadora de la opresión del niño como estamento. ¿Cuáles son los elementos constitutivos de dicha represión en el siglo XX?

La dependencia física y económica. La desigualdad física natural existente entre niños y adultos —su mayor debilidad y menor talla— se ve intensificada, no compensada, por nuestra cultura actual. Los niños siguen siendo «menores» ante la ley, carecen de derechos civiles y constituyen todavía propiedad de una pareja arbitraria de progenitores (Aun cuando los niños tengan «buenos» padres, hay que tener en cuenta *que en el* mundo se dan en la misma proporción las «malas» personas que las «buenas», y se considera que la probabilidad de que las «malas» personas engendren hijos es mucho mayor). El índice anual de palizas graves y muertes infantiles corrobora el hecho de que el niño que simplemente sufre de infidelidad, puede considerarse afortunado. Podían haberle sucedido cosas peores. Ha sido sólo en fecha reciente que los médicos han creído conveniente informar de estos accidentes, tanto era el abandono de los niños en manos de los padres. Quienes no tienen padres, están, sin embargo, más desamparados todavía (al igual que las mujeres solteras, carentes de la protección del marido, están más desamparadas aún que las mujeres casadas). Para ellos no hay más lugar que el orfanato, el lugar de confinamiento de los indeseados.

Sin embargo, la opresión infantil nace más de la dependencia económica que de la dependencia física. Quienquiera que haya observado al niño que ha sonsacado una moneda a su madre, sabe que la servidumbre económica constituye la base de la vergüenza infantil. Si sois de estos parientes que dan dinero a los niños, seréis sus preferidos. Pero ¡aseguraros siempre de que les entregáis el dinero *directamente*! Probablemente el niño no desfallezca de hambre (tampoco sucedería si tuviesen su propio empleo; los niños negros que se dedican a limpiar zapatos, a pedir limosna o al ejercicio de pequeñas ilegalidades fraudulentas, son la envidia del vecindario), pero depende para su supervivencia del *paternalismo* y no se trata de ninguna situación envidiable. Una dependencia tan extrema no se compensa con el suministro de la

alimentación cotidiana.

En este punto se asienta uno de los pilares de la versión moderna del mito. Se nos dice que la infancia representa un gran progreso —e inmediatamente acuden en tropel a nuestra mente las imágenes dickensianas de niños míseros y descarnados trabajando duramente en la mina de carbón. Sin embargo, como ya hemos reseñado en la breve historia de la infancia incluida en este capítulo, los niños de clase media y superior no trabajaban en los albores de la Era Industrial, sino que se hallaban bien protegidos en alguna aburrida escuela estudiando a Homero y la gramática latina. Los niños de la clase inferior, justo es admitirlo, no gozaban de mayor consideración que sus padres y compartían las torturas inhumanas a que debían someterse todos los miembros de su clase; así, por la misma época en que encontramos a una Emma Bovary, a un Pequeño Lord Fauntleroy o a otros individuos ociosos de idéntica condición, existían mujeres que destrozaban sus vidas y sus pulmones en las primeras fábricas textiles y niños vagabundos y pordioseros. Esta diversidad de modos de vida infantil en función de las distintas clases sociales persistió hasta la fecha de la conquista del derecho al voto por parte de la mujer y hasta nuestros días. Los niños que constituían el patrimonio reproductivo de la clase media, veíanse sometidos a presiones psicológicas mucho peores que las nuestras; lo mismo acontecía con las mujeres. Pero en compensación disfrutaban de una *protección* económica. Los de las clases inferiores veíanse, en cambio, explotados, no específicamente en cuanto niños, sino de un modo más general —en cuanto estamento económico. El mito de la infancia era demasiado valioso para ser malgastado en ellos. Ahí tenemos otra prueba de cuán arbitrario era el mito de la infancia, mito construido a la medida de las necesidades estructurales de la familia de clase media.

Bien —diréis—, pero probablemente hubiera sido mucho más conveniente para los niños de la clase obrera la posibilidad de cobijarse bajo este mito. Por lo menos habrían podido disponer de sus vidas. ¿Para qué? —pregunto yo—, ¿para asfixiar su vida espiritual en alguna escuela u oficina? La cuestión es meramente retórica; es como si alguien se preguntara si el sufrimiento de los negros de América es auténtico, fundándose en que pueden ser considerados ricos en comparación con algunos ciudadanos de otros países. El sufrimiento es siempre sufrimiento. Lo que debemos hacer aquí es pensar en términos más amplios. Así pues, preguntémonos: ¿por qué, en primer lugar, sus padres fueron explotados?, ¿qué hace *un minero cualquiera* en el fondo de una mina de carbón? En vez de protestar de que los niños sean explotados *como* si fueran adultos, debemos protestar de que se explote de este modo a los *adultos*. Necesitamos empezar a hablar, no de ahorrar a los niños durante unos pocos años los horrores de la vida adulta, sino de eliminar para todos dichos horrores. En una sociedad libre de explotación los niños podrían ser iguales a los adultos (sin la implicación de ninguna explotación) y los adultos podrían ser como niños (sin la implicación de ninguna explotación). La forma privilegiada de esclavitud (el patronazgo) que sufren mujeres y niños, no es lo mismo que libertad, porque la

capacidad de auto-determinación es la base de la libertad y la dependencia la raíz de la desigualdad.

La represión sexual. Freud describe las primeras gratificaciones del niño: la satisfacción del pequeño cuando recibe el pecho de la madre, satisfacción que intenta recobrar durante el resto de su vida; cómo, gracias a la protección de los adultos, el niño se ve libre del «principio de realidad» y puede jugar (es decir, dedicarse a una actividad por el placer que de su ejercicio se origina y no por otro objetivo extrínseco); cómo el niño es sexualmente polimórfico y tan sólo posteriormente se ve condicionado y reprimido hasta resultar apto exclusivamente para el placer sexo-genital adulto.

Freud explicó también que los orígenes de la neurosis de los adultos se encontraban en los mismos procesos de la niñez. Aunque el prototipo teórico infantil posea la *capacidad* del placer puro, esto no significa que pueda entregarse plenamente a él. Sería mucho más correcto decir que, aunque por naturaleza se siente inclinado al placer, esta inclinación desaparece en el mismo grado en que crece su socialización (represión). *Y esto es algo que empieza inmediatamente a operar*.

«El principio de realidad» no es algo reservado exclusivamente a los adultos, sino que es imbuido en la vida del niño casi inmediatamente a escala infantil reducida, ya que desde el momento en que existe dicho principio de realidad, la idea de ahorrar al niño sus inconveniencias es un fraude. En el mejor de los casos podrá disfrutar de un retraso en la aplicación del proceso represivo, pero generalmente éste se inicia a todos los niveles en cuanto se es capaz de una reactibilidad a sus estímulos. No existe este período feliz desprovisto de todo contacto con la «realidad». De hecho, la represión comienza en el mismo momento de nacer (la conocida fijación cualitativo-cronológica de su alimentación no es más que un caso extremo). Antes de los dieciocho meses, dice Robert Stoller, la diferenciación sexual básica ya ha tenido lugar, y, como hemos visto, este *proceso exige* fundamentalmente la inhibición del impulso sexual hacia la madre. Así, desde el principio se cierra a su sexualidad polimórfica la posibilidad de actuar libremente. (En nuestros mismos días, en que se está en plena campaña en favor del reconocimiento de la masturbación como hecho normal, a muchos pequeños se les impide jugar con sus genitales mientras aún están en la cuna). Se desteta al niño y se le enseña el control de sus deposiciones con la mayor antelación posible —actividades ambas traumáticas desde el punto de vista infantil. Las represiones aumentan. El amor materno, que idealmente debe ser sinónimo de plenitud perfecta («incondicional»), se utiliza a semejanza del amor paterno —para dirigir más eficazmente al niño hacia unas pautas de conducta socialmente aprobadas. Finalmente se exige una identificación activa con el padre. (En los hogares privados de la figura paterna, esta identificación puede ocurrir algo más tarde, cuando el niño empieza a asistir a la escuela). Desde este momento hasta la pubertad el niño debe llevar una vida asexual —o, por lo menos, encubierta—, sin admitir siquiera la existencia de sus necesidades de esta índole. Esta asexualidad

impuesta desde fuera produce una frustración responsable, por lo menos en parte, de la exagerada rebeldía y agresividad —o, alternativamente, de la anémica docilidad— que a menudo hace tan exasperante la presencia del niño.

La represión familiar. No necesitamos hilar al máximo las sutiles presiones psicológicas que acontecen en la vida familiar. Pensad en vuestra propia familia. Si esto no basta, si sois de verdad el uno entre un millón que está convencido de haber disfrutado de una «familia feliz», leed parte de la obra de R. D. Laing, especialmente *Politics of the Family*, cuando habla de la *Estructura de la familia feliz*. Laing expone la dinámica interna de la familia, dando razón de su invisibilidad a los ojos del miembro normal de la familia:

> Para el espectador independiente hay algo evidente: existen *resistencias* familiares concertadas que se oponen al descubrimiento del curso real de los hechos, así como complicadas estratagemas para mantener a todos en la ignorancia y en la ignorancia de estar en la ignorancia. Hay que sacrificar la verdad para mantener una imagen de familia… Puesto que esta fantasía tan sólo existe en la medida en que existe «en» cada uno de quienes participan «en» ella, cuando uno de los miembros renuncia a ella destruye la «familia» en todos los demás.

Aquí tenemos a unos cuantos niños hablando de sus experiencias. Seguimos citando a Reik:

> Me contaron el caso de un niño que hasta casi los cuatro años de edad creía que su nombre era «Cállate».
>
> Un muchacho presenció una violenta discusión entre sus padres y oyó cómo su madre amenazaba al padre con el divorcio. Cuando regresó a casa al día siguiente, de vuelta de la escuela, preguntó a la madre:
>
> —¿Te has divorciado ya?
>
> Más tarde recordaba haberse sentido muy decepcionado porque ésta no había cumplido su promesa de divorcio.
>
> Un padre visitó a su hijo de nueve años en el campamento de verano y, al preguntarle si añoraba su casa, el niño contestó simplemente:
>
> —No.
>
> Insistió el padre, inquiriendo si los demás chicos sentían añoranza.
>
> —Sólo unos cuantos —contestó el niño—, los que tienen perros en casa.

Lo divertido de estas anécdotas, si es que hay algo divertido en ellas, es el candor de los niños, incapaces de comprender o de aceptar todo el monstruoso masoquismo que implican.

La represión educativa. La escuela es el lugar donde la represión cuaja definitivamente. Cualquier ilusión de libertad que pudiera quedar, desaparece pronto por completo. Toda actividad sexual o expansionismo afectivo físico son vetados. El niño se entrega por vez primera a unos juegos objeto de estricta supervisión. El placer natural que los niños encuentran en el juego, es utilizado ahora como medio para una más eficaz socialización (represión) de los mismos. («Larry es quien ha hecho el mejor dibujo. ¡Eres un magnífico chico! ¡Tu madre estará orgullosa de ti!»). Es cierto que en algunas escuelas liberales hay buenos profesores que intentan encontrar materias y actividades que de verdad interesan a los niños («De esta manera es más fácil tenerlos quietos»). Pero, como ya hemos visto, la misma estructura represiva de la segregación por clases asegura que todo interés natural del niño por aprender servirá en último término a los intereses esencialmente disciplinarios de la escuela. Los profesores jóvenes que ingresan en el sistema con una visión idealista de su cometido, se revuelven repentinamente en su contra y muchos renuncian descorazonados. Si habían olvidado sus propias experiencias de la escuela-prisión, pronto acuden de nuevo a su memoria y se ven obligados a aceptar que, si bien hay cárceles liberales y cárceles no tan liberales, por definición son siempre cárceles. El niño va a ellas por obligación; la prueba está en que jamás iría a ellas por propia iniciativa. (Recordemos el estribillo: «La escuela ya no existe — la escuela ya no existe — Maestros expulsad a los tontos — No más lápices — No más libros — No más miradas furibundas de maestro—»). Y, aunque educadores inspirados han ideado planificaciones enteras de actividades disciplinadas intrínsecamente interesantes, con el fin de engañar y convencer al niño para que acepte la escuela, jamás han tenido, un éxito completo, porque una escuela cuyo objetivo fuera únicamente el de satisfacer la curiosidad de los niños en los términos planteados por éstos y bajo su propia dirección, constituiría una pura contradicción verbal, ya que —como hemos visto— la escuela moderna existe —de acuerdo con su definición estructural— como medio de aplicación represiva.

El niño emplea la mayor parte de sus horas diurnas dentro de esta estructura coercitiva o preparando alguna tarea relacionada con ella. El poco tiempo restante suele estar absorbido en los pequeños quehaceres y deberes familiares. Se ve obligado a soportar interminables discusiones familiares o, en el caso de algunas familias «liberales», «consejos de familia». Hay parientes a los que debe sonreír y con mucha frecuencia servicios religiosos a los que debe asistir. En el poco tiempo libre es «supervisado» —por lo menos en nuestra clase media actual—, con lo cual se bloquea todo desarrollo posible de su iniciativa y creatividad; sus preferencias en torno al *material de sus juegos* ya han sido predeterminadas (juguetes y juegos infantiles), su *zona de juego* también está lijada (gimnasios, parques, zonas recreativas, campamentos); a menudo ve reducida también su *elección de compañeros de juego* a muchachos pertenecientes al mismo estamento económico y —en los suburbios— a compañeros de escuela o hijos de amigos de la familia; se ve

enrolado en más grupos de los que puede abarcar (*Boy Scouts, Cub Scouts, Girl Scouts, Brownies*, campamentos, clubs post-escuela y deportes); su *cultura* ha sido determinada sin participación —con respecto a la T.V., sólo se le permite contemplar los pastosos programas infantiles («papá sabe mejor lo que te conviene») y se le impide asistir a la proyección de las películas destinadas a los adultos (las buenas); sus libros y literatura suelen estar sacados de anticuadas listas de libros infantiles (*Dick and Jane. The Bobbsey Twins, The Partridge Family. The Annals of Babe Ruth, Robinson Crusoe, Lassie*, etc., hasta el aburrimiento).

Los únicos niños con algunas posibilidades de escapar a esta pesadilla supervisora —aunque cada vez menos—, son los niños de los *ghettos* y de la clase obrera, entre los que priva todavía la concepción medieval de comunidad abierta —vivir en la calle. En otras palabras, históricamente muchos de estos procesos concernientes a la infancia alcanzan a la clase inferior con bastante retraso y no suelen arraigar con solidez. Los niños de las clases inferiores tienden a provenir de familias numerosas que conviven en vecindad y que se componen de individuos de edades muy diversas. Pero, aun en los casos en que no sea así, suele haber hermanastros y hermanastras, primos, sobrinas, sobrinos o tías, en un ambiente familiar de continua variación. Los niños apenas son objeto de atención individual y, desde luego, no son supervisados; se les permite vagabundear lejos de casa o jugar en las calles hasta muy tarde. Si por casualidad el número de miembros de su familia es reducido, en la calle pueden encontrar cientos de niños, muchos de los cuales han formado sus propios grupos sociales (bandas)[31]. No reciben juguetes con mucha frecuencia, por lo que crean sus propios útiles de juego. He observado a muchachos de los *ghettos* construyendo ingeniosos toboganes de cartón, que colocaban en escaleras donde faltaban algunos peldaños. He visto a otros construir carretillas y poleas con viejas ruedas de goma, cajas y cuerdas. Ningún niño de clase media se dedica a estas cosas. No necesita hacerlo. Pero, como resultado, pronto pierde esta ingenuidad. Exploran rincones muy alejados de sus propios bloques de viviendas y, con más frecuencia que sus contemporáneos de clase media, entablan amistad con adultos sobre una base de igualdad. En clase son díscolos y rebeldes, como en realidad deben ser —porque la clase es una situación que infundiría sospechas hasta a una persona sólo parcialmente libre. Existe un desinterés constante con respecto a la escuela por parte de las clases inferiores, puesto que en realidad ésta constituye en sus orígenes un fenómeno de clases medias.

Desde un punto de vista sexual, los niños del *ghetto* gozan también de mayor libertad. Cierto individuo me contaba que no podía recordar una sola edad en la que no hubiera tenido relaciones sexuales con sus camaradas como cosa natural, ya que todos obraban igual. Aquellos que enseñan en las escuelas de los *ghettos* han observado la imposibilidad de poner freno a la sexualidad infantil. Se trata de algo atractivo, que entusiasma a los adolescentes y que, desde luego, supera en mucho a una lección sobre la Gran Democracia Americana, sobre la contribución de los

hebreos al desarrollo del monoteísmo o sobre el café y el caucho como principales artículos de exportación del Brasil. Así que se entregan a estas actividades sexuales en las escaleras y al día siguiente no se acercan por la escuela. Si en América existe actualmente una infancia libre, en el grado que sea, es ciertamente entre las clases inferiores, donde el mito ha gozado de menor difusión.

Entonces, ¿por qué «resultan» peores que los adolescentes de clase media? La respuesta quizás sea evidente. Sin embargo, dará una respuesta extraída de mi experiencia de vida y enseñanza en los *ghettos*: los adolescentes de dichos *ghettos* no son inferiores en inteligencia hasta alcanzar la edad adulta —y aún esto es discutible —; los niños de las *clases inferiores están entre* los más brillantes, atrevidos y originales que uno pueda encontrar. Son así porque *se les ha dejado solos*. (Si no se desenvuelven bien en los tests, quizás deberíamos examinar a los tests y no a los niños). Más tarde, al enfrentarse a un «principio de realidad» muy distinto del de la clase media, son agotados emocionalmente y derrotados; jamás «superarán» su supeditación económica. Es esta incesante opresión quien produce estos adultos apáticos y carentes de imaginación, las omnipresentes restricciones a la expansión de su libertad personal y no su infancia indómita.

Sin embargo, los niños de los *ghettos* son libres sólo relativamente. Siguen siendo dependientes y se encuentran oprimidos como estamento económico. Existe una buena razón para que todos los chicos quieran llegar a mayores. Entonces es cuando pueden dejar el hogar y (finalmente) tener una oportunidad de hacer lo que quieren. (Existe cierta ironía en el hecho de que los niños imaginen que sus padres pueden hacer lo que les viene en gana y éstos imaginen que son los niños quienes realmente hacen lo que quieren. La expresión «Cuando yo sea mayor…» tiene un paralelismo directo con aquella otra, «¡Ah, quien fuera otra vez niño…!»). Sueñan en el amor y el sexo, porque están viviendo el período más árido de sus vidas. A menudo, cuando observan la miseria de sus padres, juran firmemente que cuando *ellos* sean mayores *esto* no les sucederá. Construyen sueños gloriosos de matrimonios perfectos o de alejamiento absoluto del matrimonio (en el caso de chicos más inteligentes, que intuyen que el defecto está en la institución, no en sus padres), de montones de dinero que podrán gastar a su antojo, de amor y éxito popular. Quieren aparentar ser mayores de lo que realmente son y se sienten insultados, si se les dice que aparentan menos edad de la que tienen. Intentan por todos los medios disimular su ignorancia sobre las cosas que constituye la verdadera aflicción de los niños. Citemos un ejemplo de Reik, incluido en *Sex in Man and Woman*, acerca de las pequeñas crueldades a que se ven constantemente sometidos:

> Me divertí un poco a costa de un niño de cuatro años al que expliqué que cierto árbol del jardín de sus padres producía barras de chicle. Previamente yo había comprado algunos paquetes y había colgado las barritas de la rama más baja del árbol mediante cuerdecitas. El niño se encaramó a ella y las cogió. Ni

por un instante dudó de que crecieran en el mismo árbol y tampoco paró mientes en el hecho de que estuvieran envueltas en papel. Aceptó de buena gana mi explicación de que, al florecer en distintas estaciones, las barritas de chicle adquirían sabores distintos. Al año siguiente, cuando le recordé la historia del árbol del chicle, se sintió muy avergonzado de su credulidad anterior y lo único que me dijo, fue:

—Por favor, no hablemos de esto.

Algunos niños, en un intento de luchar contra este ridículo constante de su credulidad, cuando ven que su ignorancia es considerada «graciosa», tratan de sacar de ella todo el provecho posible, al igual que hacen las mujeres. Tratando de conseguir el abrazo y el beso, sacan adrede las cosas de su contexto; pero ésta es una estratagema que raramente tiene éxito la segunda vez, cosa que los deja perplejos. No comprenden que aquello que se considera «gracioso» es la ignorancia misma, no sus manifestaciones concretas. Lo que pasa es que los niños no comprenden el orden que rige las cosas en el mundo de los adultos ni se les explica en forma adecuada, aunque *exista* una explicación razonable. Sin embargo, en casi todos los casos las conclusiones del niño son perfectamente lógicas partiendo de los datos que él ha acumulado. De modo parecido, si un adulto llegara a un planeta desconocido y encontrara que sus habitantes construían hogares para el fuego sobre los tejados, buscaría una explicación; pero sus conclusiones, deducidas en función de un pasado distinto, podrían causar cierto regocijo a los otros. Toda persona que viaja por primera vez a un país extranjero cuyas costumbres y lengua no conoce, experimenta la niñez.

* * *

Los niños no son, pues, más libres que los adultos. Están agobiados por toda una fantasía de deseos que se encuentra en proporción directa con las limitaciones de la estrechez de su vida; por un desagradable sentido de la propia incapacidad física y del ridículo; por la constante vergüenza de su dependencia, económica y de otros tipos («Mamá, ¿puedo hacer…?»); y por la humillación derivada de su ignorancia natural de las cosas. Los niños se encuentran reprimidos cada minuto del día. *La niñez es un infierno*.

El resultado es esta personita insegura y, por tanto, agresiva y defensiva que llamamos niño, molesta a veces. Sus opresiones —económica, sexual y psicológica en general— se ponen de manifiesto a través de su reticencia, sus picardías, su rencor —en suma, todas aquellas características que contribuyen a reforzar en pago el aislamiento de los niños con respecto al resto de la sociedad. Por esto su educación, especialmente en aquellos estadios más difíciles de la personalidad, es confiada de

buen grado a las mujeres, quienes —por la misma razón— tienden a manifestar rasgos de personalidad idénticos. Si exceptuamos la satisfacción del ego implicada en el hecho de tener un hijo propio, pocos hombres muestran interés por los niños y son menos aún quienes les otorgan la debida importancia política.

Concluyamos que es a las revolucionarias feministas (ex-niñas y mujeres-niña todavía sujetas a opresión) a quienes corresponde adoptar esta línea de acción. Debemos incluir el problema de la opresión infantil en todo programa de revolución feminista o, de lo contrario, caeremos en las mismas omisiones de que tantas veces hemos culpado a los hombres; es decir, no habremos profundizado suficientemente en nuestro análisis o habremos pasado por alto importantes sustratos de opresión, simplemente porque no nos aquejaban directamente a *nosotras*. Digo todo esto, aun a sabiendas de que muchas mujeres están ya más hartas de que se las trate a un mismo nivel que los niños y reconociendo que el principio de que no son ocupación y responsabilidad nuestra más que de cualquier otro, constituye un elemento crucial en nuestras exigencias revolucionarias. Se trata únicamente de que a lo largo de nuestro largo periplo de sufrimientos paralelos hemos adquirido una cierta compasión y comprensión hacia ellos que no tenemos por qué rechazar ahora; sabemos cuál es su situación y cuáles sus experiencias, porque también nosotras seguimos supeditadas al mismo tipo de opresiones. Aquella madre que siente deseos de matar a su hijo por culpa de todo cuanto ha tenido que sacrificar por su causa (deseo muy común), sólo aprende a amarlo cuando se da cuenta de que está tan indefenso y oprimido como ella en manos del mismo opresor; entonces el odio toma distintos derroteros y nace el «amor maternal». Iré más lejos aún: nuestro objetivo último debe ser la eliminación de la condición infantil y de la condición femenina que ahora llevan a esta alianza en la opresión, preparando con ello *el* camino para una condición «humana» plena. No hay todavía niños capaces de escribir sus propios libros y contar su propia historia. Tendremos que hacerlo por ellos, aunque sea ésta la última vez.

5. El racismo o el sexismo de la familia humana

Es posible liberar a los esclavos y dejar a la mujer en el estado en que se encuentra; lo que no es posible es liberar a las mujeres y dejar a los esclavos en su estado.

Angelina Grimké,
en una carta a Theodore Weld.

Creo que lo que debemos hacer es sacar a la luz pública todos estos problemas, especialmente el de la perturbación enfermiza existente entre la mujer blanca y el hombre negro, para poder examinarlos y resolverlos… Estoy convencido de que todos nosotros, la nación entera, saldría ganando si nos enfrentamos a dichas realidades.

Eldridge Cleaver, *On Becoming*.

El primer libro americano que trató específicamente de los vínculos existentes entre sexo y racismo, fue *Sex and Racism in America* de Calvin Hernton. La popularidad inmediata del libro, tanto en la comunidad blanca como entre la comunidad de color, confirmó lo que todo el mundo sabía desde siempre: que sexo y racismo sostienen intrincadas implicaciones mutuas. Hernton, sin embargo, que no captó con claridad toda la profundidad de esta relación, se limitó a describir lo evidente: que los hombres blancos sienten una predilección morbosa por las mujeres negras, que los hombres negros la sienten por las mujeres blancas, que los negros no pueden respetar a las mujeres de su raza, que los blancos no son estimulados con la misma intensidad por las mujeres de su color, que las mujeres blancas guardan una simpatía y curiosidad secretas por los hombres negros y que las mujeres negras odian a las mujeres blancas y sienten celos de ellas, etc., etc. Aun así, este libro, como tantos otros libros y artículos aparecidos hasta la fecha sobre este tema, produjo una *conmoción* inmediata. ¿Por qué?

El primer movimiento de derechos civiles había silenciado la verdad demasiado tiempo. En un lenguaje a la vez pomposo y elegante había hablado delicadamente y con tonalidades neutras acerca del «Problema Negro»; los negros eran «personas de color» que querían únicamente las mismas cosas sencillas que los blancos (incoloros)

deseaban («Somos gente sencilla»). Basándose en ello, los blancos cambiaron solícitamente el enfoque de su facultad perceptiva a fin de dejar fuera del cuadro las evidentes diferencias físicas, culturales y psicológicas. Se suprimieron palabras como «*nigger*». Frases como esta: «¿Te gustaría que tu hermana se casara con uno de ellos?», pasaron a ser de imperdonable mal gusto y señal de una educación deficiente. La acusación del año fue la frase «¡Tú tienes prejuicios!» Martin Luther King utilizó magistralmente este sentimiento de culpabilidad volviendo esta retórica cristiana liberal contra sí misma.

Pero entonces hizo su aparición el *Black Power*. Sobre la nación se elevó un murmullo incesante de voces («¡Ya lo decía yo!») surgidas sobre todo de la clase obrera, la más próxima a los negros:

—Lo que realmente pretenden en nuestro poder, quieren quedarse con nuestras mujeres.

La sinceridad de Eldridge Cleaver en *Soul on Ice* lo confirmó. La naturaleza intensamente sexual del racismo quedó de manifiesto. Además, el movimiento del *Black Power* se hallaba cada vez más unido intrínsecamente a una variante especial de *machismo*, que tanto se preocupaba de proclamar su virilidad como de protestar contra las injusticias raciales y de clase.

Ahora bien, no fue este elemento de *machismo* del *Black Power* lo que soliviantó a sus enemigos. Este aspecto raramente era atacado por el *Establishment* propiamente dicho, por el *Establishment* liberal (en realidad, puede afirmarse que el informe de Moynihan sobre el «matriarcado negro» ha sido quien ha *creado* este masivo complejo de castración en el seno de la comunidad negra que él describe), ni siquiera por la Nueva Izquierda. Era muy comprensible, al fin y al cabo, que un día u otro los hombres negros desearan lo que todos hombres desean: el control efectivo de sus mujeres. De hecho, esta parte del programa era tranquilizadora; posiblemente los negros desviarían sus miradas de la belleza blanca para volverlos hacia las mujeres de su propia raza (la marea de recientes artículos lamentando la «doble carga» de la mujer negra y la falta de un consorte apreciativo, resulta sospechosa) y la «pureza» de hogar y familia conduciría probablemente al conservadurismo y la predictabilidad. No, no era la virilidad negra lo que ponía nerviosos a los blancos, sino el aspecto activo de la virilidad: el poder. Los hombres negros salían ahora a campo abierto para combatir por el poder masculino —«Queremos lo que vosotros tenéis y menos triquiñuelas». Los hombres blancos suspiraban aliviados y empezaban a armarse. Sabían cómo enfrentarse a *esto*, porque una vez más se trataba de hombres contra hombres, una fuerza de poder (fraudulento) contra otra. Trazaron el plan de batalla con alegría.

¿Cuál fue esta verdad censurada para que el movimiento de los derechos civiles resultara aceptable a la América blanca? ¿Cuál es el vínculo entre sexo y racismo que hace que los libros sobre este tema se vendan tan bien? ¿Cuáles son los temores del hombre corriente, de naturaleza tan sexual, en presencia del negro? ¿Por qué la

simple contemplación de un negro provoca con tanta frecuencia poderosos sentimientos sexuales en un hombre blanco? ¿Por qué los varones negros sienten un deseo sexual tan fuerte hacia las mujeres blancas? ¿Por qué el prejuicio racial se expresa tan a menudo en términos sexuales? ¿Por qué el linchamiento (acompañado muchas veces de castración) constituye la manifestación más extrema del racismo?

La conexión existente entre sexo y racismo es evidentemente mucho más profunda de lo que nadie se ha preocupado de averiguar. Sin embargo, aunque esta relación jamás ha sido objeto de una investigación profunda, ya en la década que tiene de existencia el nuevo movimiento, poseemos una nueva colección de tópicos referentes al sexo y a la raza —una nueva dogmática para «los que están al día». Por ejemplo, en el «Quién es Quién de la Opresión», encontramos todavía un orden de preferencias (hombre blanco — mujer blanca — mujer negra — hombre negro) a pesar de las estadísticas recientes del Ministerio de Trabajo[32].

Tenemos luego el «antagonismo entre la inteligencia y la fuerza muscular», tal como ha sido desarrollado por Mailer, Podhoretz y otros y ampliado por Cleaver —básicamente, la mística de la mayor virilidad del hombre negro. Tenemos también la *Black Womb of Africa*, la *Big Black Mammy* con atavíos africanos. Ahora bien, esta exposición superficial del racismo-sexual estaba destinada únicamente a otorgar a la causa un matiz distinto, esta vez en interés del *AntiEstablishment* masculino.

En este capítulo intentaré demostrar que el *racismo es un fenómeno sexual*. Al igual que sucede con el sexismo dentro de la psique individual, sólo podemos comprender plenamente el racismo en función de las jerarquías de poder de la familia. De acuerdo con la expresión bíblica, las razas no son más que los diversos progenitores y hermanos de la Familia Humana. Y, como aconteció en la aparición de las clases sexuales, la distinción fisiológica racial cobró importancia sólo debido a la distribución desigual del poder. Por ello, *el racismo es un sexismo ampliado*.

I
La familia racial: Edipo/Electra, el eterno triangulo, el «burdel entre bastidores»

Contemplemos las relaciones raciales en América[33] —macrocosmos de las relaciones jerárquicas en el seno de la familia nuclear. El hombre blanco es el padre;

la mujer blanca, esposa y madre, y su posición depende de la del padre; los negros, como los niños, constituyen su propiedad, siendo la diferenciación física el elemento determinante de la inferioridad de clase, de la misma manera que los niños constituyen un estamento servil frente a los adultos, de tan fácil observación. Esta jerarquía de poder crea la psicología del racismo, de la misma manera que crea en la familia nuclear la psicología del sexismo.

Previamente he descrito el complejo de Edipo en el varón como la neurosis resultante de una obligada sujeción al poder del padre. Apliquemos esta interpretación a la psicología del varón negro. Éste adopta al principio una identificación de afinidad con la mujer blanca, que también se encuentra visiblemente oprimida por el hombre blanco al haber sido «castrados» ambos (es decir, hechos impotentes y desposeídos de poder) de la misma manera por el Padre, existe un gran paralelismo en los tipos de opresión psicológica que deben soportar, en la naturaleza represiva sexual de estas opresiones y, por tanto, en la consiguiente configuración caracterológica. Poseen un vínculo especial en la opresión, de la misma manera que el hijo y la madre se encuentran unidos frente al padre.

Esto explica la frecuente identificación personal de la mujer blanca con el hombre negro y, en una forma más política, desde el movimiento abolicionista (cf. Harriet Beecher Stowe) hasta nuestro movimiento negro actual. La naturaleza sustitutiva de esta lucha contra el dominio del hombre blanco es similar a la identificación sustitutiva materna con el hijo en su enfrentamiento con el padre. La mujer no tiene esperanzan reales en su propia lucha autodeterminada; para ella todo está perdido desde el comienzo. Se la define enteramente como apéndice del hombre blanco, vive bajo su supervisión cotidiana, aislada de sus hermanas y tiene menos fuerza agresiva. Pero la madre (la hembra blanca) sabe que por lo menos su hijo (el varón negro) es en potencia «macho», es decir, poderoso.

Aunque quedan algunas mujeres empeñadas en conseguir su libertad indirectamente, es decir, a través de la lucha del hombre negro y de otros grupos racialmente oprimidos (y también biológicamente diferenciados), muchas han renunciado completamente a la lucha. Prefieren aceptar su opresión, identificando sus intereses propios con los de sus hombres en una fútil esperanza de que el poder caiga de sus manos; *su* solución ha consistido en destruir sus propios egos, a menudo por amor, para identificarse completamente con los poderosos egos de sus hombres.

Esta identificación sin esperanzas constituye el racismo de las mujeres blancas, causante quizás de mayor amargura en los hombres negros que el racismo más inmediatamente comprensible de los esposos, porque es el síntoma evidente de la tradición de la Madre. A pesar de todo, se trata de una forma espúrea de racismo, porque nace de una falsa conciencia de clase —de la amenaza a lo que, al fin y al cabo, no es más que una ilusión de poder. Aunque llegue a ser tanto o más fuerte que el racismo del hombre blanco, su naturaleza es distinta. Se caracteriza por una histeria peculiar, que —al igual que el conservadurismo de la burguesía negra o los reproches

que la mujer le hace al marido, acusándole de tratar mejor a los hijos que ella— es intrínsecamente la consecuencia directa de la precariedad de su propia situación (carencia) de clase. Así, el hombre negro puede convertirse en el chivo expiatorio que cargue con todo el odio que la esposa siente hacia el esposo, aunque no sea capaz de admitirlo abiertamente.

Por todo esto la mujer blanca tiende a oscilar entre una identificación sustitutiva con el hombre negro y un racismo histérico (pero espúreo). Las mujeres radicales, que —como la mayor parte de las mujeres— sufren las consecuencias de conceder, el beneficio de la duda a los hombres en general, suelen estar predispuestas a confiar en los negros y a simpatizar con ellos; por esto con frecuencia se sienten amargamente desilusionadas si éstos tratan de sacar provecho personal de dicha confianza o si el movimiento negro no muestra la suficiente celeridad en aprestarse a apoyar la causa femenina.

El caso es que tampoco por parte del varón negro todo es amor y simpatía. Acudamos de nuevo a nuestra analogía: del mismo modo que el niño posee al principio un vínculo de simpatía hacía la madre y pronto se le exige que transfiera al padre dicha identificación materna, a fin de erradicar el elemento femenino que pueda haber en él, así el hombre negro, para «ser un hombre», debe librarse del vínculo que lo une a la hembra blanca y relacionarse con ella —si es que conserva alguna relación sólo mediante un trato humillante. Añadamos que, debido al violento odio y a los celos que siente hacia su Poseedor —el hombre blanco—, puede albergar hacia ella un intenso deseo sexual; se trata del objeto que hay que conquistar, para vengarse del hombre blanco. A diferencia, pues, de los sentimientos de la mujer blanca —de polarización mucho más definida—, los sentimientos del hombre negro hacia ella se caracterizan por su ambivalencia, su intensa *mezcla* de amor y odio. Ahora bien, cualquiera que sea el modo que escoja para expresar dicha ambivalencia, es incapaz de controlar su intensidad.

Una de las primeras obras dramáticas de LeRoi Jones, *Dutchman*, ilustra prácticamente algunas de estas tensiones psicológicas y ambivalencias existentes en las relaciones entre el hombre negro y la mujer blanca; En un encuentro casual en el metro, Clay —joven burgués negro— y Lula —una vampiresa rubia— personifican todas estas fuerzas. Presenciamos el desprecio que siente Clay por Lula, a quien considera juguete del hombre blanco, mezclado con una atracción erótica envidiosa; la comprensión profunda e inmediata que ella tiene de Clay y finalmente la traición de Lula, que termina con un golpe real por la espalda (tras lo cual ella grita «violación», mientras escapa completamente ilesa —uno imagina que para destruir a un mayor número de jóvenes negros, que no se habían metido con nadie—). Se trata de la visión íntima que un negro tiene de la mujer blanca. Lula no es una mujer real, tan grande es su identificación con el producto del Complejo de Edipo racial que he descrito.

La relación existente entre el hombre negro y el hombre blanco, constituyen

asimismo un duplicado de las relaciones entre el hijo y el padre. Ya hemos visto cómo, llegados a cierto punto, el niño —para poder afirmar su ego— debe transferir su identificación de la hembra (carente de poder) al varón (poderoso). El odia a su padre poderoso, pero se le presenta una alternativa: si ejecuta dicha transferencia (en los términos impuestos por el padre, desde luego), se verá recompensado; pero, si se niega a ello, su «virilidad» (humanidad) será puesta en duda. En América, el hombre negro sólo puede escoger una de las siguientes soluciones:

1. Someterse al hombre blanco en los términos por él impuestos y verse recompensado por éste (*Uncle Tomism*)[34].
2. Rechazar en términos absolutos dicha identificación, con lo cual a menudo se rendirá a la homosexualidad. Puede que siga luchando desesperadamente por demostrar que, si no es un «hombre» a los ojos de la sociedad blanca, al menos no es una mujer (el Complejo de Chulo); tratando a «estas perras» con olímpico desprecio, quiere demostrar a todo el mundo que él pertenece a la clase sexual superior.
3. Intentar derrocar el poder del «padre». Un intento de esta índole puede implicar, aunque no necesariamente, el deseo de *convertirse* en el mismo padre, adjudicándose su posición de poder.

A menos que escoja la primera de estas soluciones, la identificación con el «padre» en las condiciones por él impuestas, sufrirá una castración (destrucción de su condición de hombre, su poder «masculino» ilegítimo), especialmente si juguetea con el tesoro paterno, el apoyo y encarnación del poder del «padre» —su mujer. Esta castración racial no es sólo metafórica, sino real, en forma de linchamiento.

Apliquemos ahora nuestra interpretación política del Complejo de Electra a la psicología de la mujer negra. Si el hombre negro es el «hijo» de la familia americana, la mujer negra es la «hija». Su simpatía inicial por la mujer blanca (la madre), el vínculo de la opresión que la une a ella (la madre) frente al hombre blanco (el padre) se complica por medio de su posterior relación con el hombre blanco (el padre). Cuando descubre que el varón blanco *posee* este «mundo de viajes y aventuras», ella, desde su posición servil de niña, intenta identificarse con él, rechazando a la mujer que encuentra en sí misma. (Quizás sea ésta la causa de la mayor agresividad de la mujer negra frente a la mayor docilidad de sus hermanas blancas). En su esfuerzo por rechazar el componente femenino (impotente) que existe en ella, adquiere el desprecio hacia la «madre» (la mujer blanca). Al igual que la niña, puede reaccionar frente a su carencia de poder de una de estas maneras: intentando obtener el poder por métodos directos, es decir, imitando al hombre blanco y convirtiéndose en una «triunfadora» —en una mujer de carácter que se eleva a cotas muy altas («especialmente para una mujer negra»)—, o intentando obtenerlo por métodos indirectos, es decir, seduciendo al «padre» (ya tenemos a la negra seductora en

escena) y colocándose en posición de competencia sexual con la mujer blanca en un esfuerzo por conseguir los favores de aquél —por lo que siente odio y celos hacia la mujer blanca, a la que ahora debe procurar imitar.

Entretanto las relaciones entre «hermano» (varón negro) y «hermana» (mujer negra) son de rivalidad y desprecio mutuos. Cada uno ve en el otro a un ser impotente, a un lacayo que intenta estar en buenos términos con los padres (el hombre y la mujer blancos). Ambos comprenden la verdadera naturaleza de los propósitos sexuales del otro. Les resulta difícil intercambiar entre sí sus energías eróticas. Se comprenden demasiado.

Podemos utilizar a la familia en otro aspecto todavía, en este intento de comprender la psicología del racismo. Contemplemos al racismo como una variante del «eterno triángulo». Dentro de este contexto, el hombre blanco es el «esposo»; la mujer blanca, la «esposa», y la mujer negra «la otra mujer». Ya hemos examinado cómo este tipo de dicotomía entre la mujer «buena» y la mujer «mala» es propiamente una consecuencia del Complejo de Edipo. El hombre es incapaz de sentir simultáneamente afecto y deseo sexual por el mismo objeto, por lo que debe dividir sus sentimientos. Hacia su esposa, madre e hijos, siente respeto y afecto; hacia la «otra» mujer, su receptáculo sexual, siente pasión. La exageración adicional de dicha división por medio de la diferenciación biológica —vgr. el color[35] o las distinciones de estamento económico— hace muy apropiada la realización de la propia esquizofrenia sexual, al no tener uno que preocuparse de degradar el objeto de satisfacción sexual a fin de evitar el sentimiento de culpabilidad originado en la transgresión del tabú del incesto; al fin y al cabo, sus atributos como mujer negra, por definición social, la han degradado ya. (Quizás el grado de corrupción de la psique masculina del individuo pueda medirse por la intensidad del deseo que sienta hacia la carne negra, como hacia algo exótico y erótico por su misma prohibición). La mujer negra, aunque obligada a pagar el precio de la explotación sexual de este cisma, por lo menos se ve liberada de la esclavitud de la estructura familiar. La mujer blanca, aunque venerada en su papel de «madre», está permanentemente encadenada a su propio tirano particular.

¿Qué sentimientos recíprocos albergan las mujeres implicadas en este «triángulo» racial? «Divide y vencerás»: ambos estamentos femeninos han desarrollado una marcada hostilidad recíproca. Así, mientras las mujeres blancas desprecian a esas «promiscuas» sin moral, las mujeres negras envidian a esas complacientes «caretas empolvadas». La mujer negra siente celos de la posición legítima, los privilegios y el confort de la mujer blanca, pero también desprecio; para ella, las mujeres blancas son unas «frígidas neuróticas» para quienes todo es demasiado fácil y que dejan a las negras todas sus obligaciones de mujeres blancas —desde la satisfacción de las necesidades sexo/pasionales de sus esposos y el cuidado de los niños hasta encargarse de su trabajo sucio («servicio doméstico»). Paralelamente, el desprecio que la mujer blanca siente hacia la mujer negra está teñido de envidia; en primer lugar por su

mayor permisividad sexual y luego por su mayor coraje y desvinculación de las ataduras matrimoniales. Al fin y al cabo, la mujer negra no se encuentra bajo el imperio de un hombre, sino que es mucho más dueña de sí misma para ir adonde le plazca, para dejar la casa, para ir a trabajar (por muy degradante que sea el trabajo) o para ser una «inútil». Lo que la mujer blanca ignora es que la mujer negra, si bien no está sometida al dominio de un hombre, puede en la práctica ser atropellada por todos. Ambas carecen de otra alternativa que ser objeto de propiedad privada o pública; pero, dado que cada una de ellas sigue creyendo que la otra goza de ciertas ventajas, ambas son susceptibles de engaño y de verse constreñidas a desviar su frustración hacia un ataque mutuo, en vez de hacerlo hacia un ataque frontal contra su verdadero enemigo, «el hombre».

Si en el drama sexual del hombre blanco la mujer blanca representa el papel de «esposa» (su propiedad privada) y la mujer negra el de «prostituta» (su propiedad pública), ¿qué papel representa el hombre negro? Pues bien: éste representa el papel de «chulo». El negro es un simple peón en el juego de la sexualidad del varón blanco, porque, como ya hemos visto, el hombre negro no es un hombre completo ni tampoco un homosexual (que ha renunciado del todo a la lucha por la identidad masculina), sino un varón *degradado*. (Que chulo tiene el sentido de «macho degradado», queda demostrado por el hecho de que llamar chulo a alguien equivale a un desafío. He subrayado ya que los términos animales degradantes, tanto para el varón como para la mujer, sólo gozan de circulación regular en la jerga de los *ghettos* —semental, picaro, capón, eunuco, lechuguino, etc.). La virilidad del hombre negro se siente tan insegura frente al «hombre», que sólo queda de relieve en términos de poder y control —es decir, de malos tratos— sobre las mujeres, que, por lo menos, son más impotentes aún que él. Al ser éstas su arma principal en la lucha de la masculinidad contra el hombre blanco, su relación con ellas se encuentra corrompida; ya no se trata de la relación de superioridad del hombre sobre la mujer, del esposo sobre la esposa, sino de la de un chulo sobre su prostituta. Su patronazgo sobre la mujer negra es falso, porque, aunque puede llegar a protegerla de vez en cuando de los riesgos del mercado, lo hace en defensa de sus propios intereses. Ahora bien, por más que el negro aparezca como su explotador principal, no es en realidad más que el agente indirecto de su explotación. Aunque azuce unas contra otras a las yeguas de su «establo», beba y derroche en el juego su dinero (el fruto tan arduo de su explotación directa por el hombre blanco), las golpee y las insulte, todo ello no le hará jamás un hombre de verdad. El hombre *real*, como ambos saben, es «el Hombre». Sólo él puede conferir la legitimidad al varón o a la hembra negros. Es él quien, como en su triángulo con la «esposa» y la «prostituta», mantiene en vilo al «chulo» y a la «prostituta», que luchan contra él *atacándose mutuamente*. Casi todas las tensiones de estos triángulos superpuestos aparecen en la brevedad de la siguiente cita de las palabras dirigidas por una negra a su hombre:

> Claro. Tú me dirás: «¿Cómo quieres que te ame y desee estar contigo, si llego a casa y estás hecha una marrano?» ¡Bah! Cuando las mujeres blancas abren la puerta a sus maridos, nunca lo hacen como lo hacéis vosotras, negras malditas.
>
> Estoy segura de que no, ¡ignorante! ¿Por qué habrían de tener el aspecto que yo tengo, si tienen muchachas qué, como yo, les hacen todo el trabajo? No tienen que desesperarse por los niños, ni que preocuparse por la estufa; todo se les da hecho y, tanto si su hombre las quiere como si no, paga… *paga*… ¿lo oyes, negro maldito? ¡PAGA!
>
> Gail A. Stokes en «Black Woman to Black Man»,
> *Liberator* Diciembre, 1968

Pero no es sólo la relación del hombre negro para con la mujer negra lo que está corrompido por su preocupación por el hombre blanco. Aunque aquélla dé al negro su último dólar para que se pague una bebida, la obsesión *de ella* es también el hombre blanco. Aquí tenemos las palabras del «infiel», sacadas de la «Alegoría del eunuco negro» de Cleaver:

> Desde entonces he creído que, para una mujer negra, casarse con un blanco es como añadir la última estrella a su corona. Es la cumbre del éxito a sus ojos y a los de sus hermanas. Fijaos en cuantas negras de familias importantes se casan con hombres blancos. Todas las mujeres negras no célebres desearían serlo para poder, a su vez, casarse con hombres blancos. El blanco es el hombre de sus sueños. Mientras te están besando, no es a ti a quien besan. Cierran sus ojos y se imaginan al blanco de sus sueños. Escuchad sus suspiros… Jesucristo, el puro, es el amante psíquico de la mujer negra. Antes de que mueras aprenderás que durante el coito y en el momento de su orgasmo la mujer negra, en medio de las primeras convulsiones de su espasmo, grita el nombre de Jesús. «¡Jesús! ¡Jesús!», repite.
>
> Te sentirás herido. Será como un cuchillo en tu corazón. Será como si tu mujer, durante su orgasmo, pronunciara el nombre de cualquier tipo piojoso que vive unas casas más abajo.

La mujer negra siente, pues, tanto desprecio por el hombre negro como él por ella —un hombre *de verdad* podría elevarla, gracias al matrimonio, y en virtud de su clase superior. No puede respetar al hombre negro, porque sabe que carece de todo poder. El hombre blanco «sostiene», por lo menos, a sus mujeres y no las apalea. El hombre blanco es correcto, amable y educado en todo momento. Ella no comprende que el blanco obra así en interés propio —para evitar con ello que el «chulo» o la «prostituta» sospechen que el «educado cliente blanco» es el responsable de la

destrucción de ambos.

A la familia plenamente americana se le habla, pues, de la existencia de la «casa de prostitución» del *ghetto* negro. La violación de la comunidad negra americana posibilita la existencia de la estructura familiar de la gran comunidad blanca, del mismo modo que la prostitución sexual en general sostiene a la familia respetable de clase media. La comunidad negra es el grupo marginado que satisface las necesidades sexuales de la familia humana blanca y la mantiene en funcionamiento. Y *ésta* es la razón de la ausencia de solidez familiar en el *ghetto*.

La frecuencia con que este sistema sexo/racial es recreado en miniatura en la vida privada, revela la profundidad del problema. La familia blanca individual es sostenida por la vitalicia explotación doméstica y sexual de mujeres negras individuales. Paralelamente, el joven medio del *ghetto* chulea e incluso putea como cosa normal y su valía como «hombre» se mide por el modo como domina a sus rameras y por el número que es capaz de dominar simultáneamente. Se convierte en un maestro de la cháchara hipócrita, de las palabras de doble sentido. Puede engañar a una joven blanca, con lo que añade una nueva hazaña a su lista, por tratarse de un golpe directo contra el hombre blanco («padre»). Esto explica lo frecuente de la combinación prostituta blanca/chulo negro; la mujer blanca (la «madre») es degradada al nivel de prostituta junto con la mujer negra, lo que supone una bofetada en pleno rostro del hombre blanco. Se trata de la propiedad más preciosa del «padre», que le es revendida ahora como mercancía averiada. Por lo que toca a la prostituta blanca, en aquellos pocos casos en que existía una posibilidad de elección, ha demostrado el último grado de masoquismo. Se ha convertido totalmente en la presa del hombre blanco, irritándole con su sumisión a la humillación extrema: un chulo negro.

II
La «virilidad negra»

¿Cuál es la actitud de la comunidad negra militante ante la degradación psicosexual que implica el racismo? He afirmado la existencia de tres alternativas en la reacción del varón negro frente al poder que el hombre blanco ejerce sobre él.

1. Puede someterse de acuerdo con las condiciones impuestas por el hombre blanco (en el mejor de los casos podrá convertirse en una celebridad negra —actor, atleta o músico— o en un miembro de la burguesía negra).

2. Puede rechazar totalmente la identificación, con todas las consecuencias derivadas de ser definido como semihombre (el joven acabado del *ghetto*, que ya he descrito).
3. Puede intentar rebelarse y derrocar al «padre», cosa que *puede* incluir la apropiación en beneficio propio de su posición de poder (la organización política para la revolución, especialmente la última militancia).

El movimiento negro ha elegido la tercera de estas alternativas, la más auténtica de todas. Pero ¿cómo planea acometer dicha empresa? Una de las posibilidades es la unión con las fuerzas blancas que persiguen la misma finalidad[36]. De nuevo hemos de acudir al símbolo familiar: la izquierda blanca masculina es el débil «hijo legítimo»; el hombre negro es el vigoroso «hermano bastardo», el hijo ilegítimo que pretende una oportunidad en la lucha por este poder. Los «hermanastros» hacen un trato: la ayuda de los «bribones» callejeros y de la fuerza bruta del descontento que controla el «hermano» desheredado, a cambio de tácticas, retórica y, sobre todo, de la promesa de una porción del derecho de cuna de este otro hijo, cuando acceda al trono. De lo que en realidad están hablando ambos hermanos no es de justicia o igualdad, sino de poder (masculino).

Y ¿quién es la «hermanita»? A las mujeres blancas que militan en la Izquierda, se les permite en ocasiones seguir, a poca distancia, si se encargan del trabajo sucio; pero, lo más frecuente es que se las rechace e ignore (por ser unas «latosas» con sus incesantes exigencias de inclusión y sus pataletas cada vez que alguien emite una pequeña observación «chauvinista masculina»). La «hermana» se engaña a sí misma al identificarse tan intensamente con el «hermano mayor», que a veces empieza a creerse igual a él. Se le hace cada vez más difícil identificarse con esta masa oscura de mujeres ordinarias que pululan por ahí (la «madre»), a la que debe destruir en sí misma para conquistar la aprobación del «hermano mayor». Éste la anima en su empeño. Sabe que la ilusión de un futuro poder la hará más dócil a la larga. Ella puede ser útil, especialmente para llegar hasta el «padre».

Además, los «hermanos» han hecho un pacto de sangre: tú me traspasas tus mujeres (el «hermano bastardo» realiza sus fantasías con la «hermanita», mientras el muchacho blanco finge no darse cuenta) y yo te daré las mías (el muchacho blanco consigue su primera experiencia sexual auténtica mientras el «hermano bastardo» ríe taimadamente).

¿Qué sucede entretanto con la hermana negra? Los negros militantes, que esta vez buscan la legitimidad, reordenan su sexualidad para conformarla al modelo comúnmente aceptado. Se intenta ahora establecer la familia en el seno de la comunidad negra, para transformar esta comunidad negra de la «casa de prostitución» para la familia blanca en la «familia negra». La mujer negra pasa de su función previa —la de prostituta— a desempeñar el papel de «respetada reina negra, madre de mis hijos». De esta manera, el «hijo bastardo» ha asumido la función de «padre» dentro

de su propia comunidad, como anticipación de su poder venidero. Traigamos aquí un cartel de gran difusión clavado en los cristales de una tienda del *East. Village*:

ORO NEGRO

> (Un perfil enorme y formidable de mujer negra en atuendo *afro*.)
> YO SOY LA MUJER NEGRA, MADRE DE LA CIVILIZACIÓN, REINA DEL UNIVERSO, A TRAVÉS DE MI EL HOMBRE NEGRO CREA ESTA NACIÓN.
> Si no protege a su mujer, el negro no produce una buena nación.
> Es mi deber enseñar y adiestrar a los jóvenes, que son el futuro de la nación.
> Enseño a mis hijos el idioma, la historia y la cultura, mientras son aún muy pequeños.
> Les enseño a amar y respetar a su padre, que trabaja duramente a fin de darles alimentos, vestidos y cobijo adecuados.
> Cuido nuestro hogar y lo hago confortable para mi esposo.
> Reflejo su amor sobre mis hijos, del mismo modo que la luna refleja la luz del sol sobre la tierra.
> Me siento a hablar con mi esposo para solucionar los problemas y necesidades cotidianos de la dirección de una familia estable y pacífica.
> Lo mejor que puedo dar a mi nación son hijos fuertes, sanos e inteligentes que se convierten en los líderes del mañana.
> Soy siempre consciente de que el verdadero valor de una nación se refleja en el respeto y protección a la mujer; por esto me comporto siempre de forma civilizada y enseño a mis hijos a hacer lo mismo. Yo soy la Mujer Negra.

Ahora bien, una transformación de esta naturaleza, cuando tiene éxito, se basa en la fantasía, puesto que mientras el hombre blanco esté en el poder, goza del privilegio de definir la comunidad negra a su antojo —dependen de él para su supervivencia— y las consecuencias psicosexuales de esta definición inferior seguirán operando forzosamente. Por esto el concepto de «familia negra dignificada» raramente penetra más allá de los círculos de la «burguesía imitamonos» o de los «auténticos creyentes en la revolución». En efecto, se debe creer fanáticamente en la revolución para arrojar de la mente las consecuencias del actual sistema sexo/racial; tan sólo podría adoptarse una estructura ajena de tal naturaleza gracias a un firme visión anticipadora de un mundo distinto. Es fácilmente comprensible que el núcleo masivo de la juventud del *ghetto* no se muestre ansiosa por llevar a la práctica semejante estructura familiar; a diario dependen de las necesidades sexuales reales de la «familia blanca»; no pueden permitirse engañarse acerca de su desagradable realidad ni olvidar por un instante quién detenta el poder. En este aspecto, los revolucionarios negros son tan peligrosos como una pequeña banda de Nat Turners que intentaran establecer el

matrimonio en los barracones de esclavos, como anticipación de la rebelión venidera. Y, a pesar de todas las exhortaciones en contra, los mismos revolucionarios encuentran gran dificultad por liberarse a sí mismos de la psicología sexo/racial y se sienten irresistiblemente atraídos hacia las «diablesas blancas», ya que todo ello ha calado demasiado hondo en sus psiques con el apoyo de las eternas realidades del poder. Presenciemos la lucha de Cleaver consigo mismo:

> Un día vi en una revista el retrato de la mujer blanca que había flirteado (y, como consecuencia, causado la muerte) con Emmett Till. Mientras miraba el retrato, experimenté una pequeña tensión en mi pecho, al igual que siempre que me atrae una mujer. Miré su retrato una y otra vez, y, a pesar de mi voluntad y del odio contra aquella mujer y todo cuanto representaba, seguía atrayéndome. Me encolericé contra mí mismo, contra América, contra las mujeres blancas, contra la historia que había introducido en mi pecho tales tensiones de pasión y deseo. Dos días más tarde sufrí una «depresión nerviosa».

La mayor virtud de Cleaver como escritor es su sinceridad. En *Soul on Ice* nos ofrece la psicología del hombre negro, en particular su agotador amor/odio hacia el «ogro» (la mujer blanca). En realidad, el proceso de Cleaver contiene casi todas las ambivalencias que ya he descrito. Aquí tenemos algunas referencias a su actitud previa hacia las mujeres (negras) *antes* de enamorarse de una mujer (blanca):

> Te respeto incluso cuando no estás. Tengo la mala costumbre, cuando hablo de mujeres en una audiencia exclusivamente masculina, de referirme a las mujeres como perras. Esta perra esto, aquella perra lo otro… —ya sabes. Hace poco estaba hablando de ti a una pareja de matones y me referí a ti como a «esta perra…». Me sentí muy avergonzado de mí mismo por ello. Estuve dándole vueltas y sufrí espiritualmente durante varios días después del incidente. Puede parecer una trivialidad, pero yo le concedo gran importancia debido a la cadena de pensamientos desencadenada por él. Me preocupo por ti, me intereso por ti, todo lo cual resulta una gran novedad y un duro» cambio para mí. Eldridge X.
>
> «Preludio al Amor - Tres Cartas»

En general, en estas cartas dirigidas originalmente a la abogado Beverly Axelrod de San Francisco, Cleaver intenta desnudarse de toda hipocresía, de esta brillante charlatanería que constituye la marca de fábrica del hombre negro. No siempre lo constituye la marca de fábrica del hombre negro… No siempre lo consigue. Nos damos cuenta de que tiene que luchar contra sí mismo; logra controlarse en el

instante preciso (de forma casi excesivamente brillante) mediante la admisión sincera de lo que está haciendo;

> AHORA DA LA VUELTA AL DISCO Y ESCUCHA LA OTRA CARA:
> He intentado engañarte. No creas que lo digo por humildad.

Pero cuando Beverly expresa su cinismo acerca del amor de Cleaver, éste le asegura en un estilo muy estudiado que debe «entregársele», confiar en él.

Beverly tenía razón. Su cinismo femenino, como suele suceder siempre, estaba más que justificado; en realidad, todavía no era lo *suficientemente* cínica. (Cleaver, por poner un ejemplo, se casó con Kathleen y dejó a Beverly en el atolladero. Las últimas fotos recogían la presencia de un bebé). Sus cartas a Beverly, que recogen probablemente la actitud más personal y sincera que jamás adoptará hacia una mujer, son seguidas por una carta florida (¿testimonio?, ¿doctrina?) dirigida *A todas las mujeres negras, de parte de todos los hombres negros*. Su grafismo genital incluye joyas como éstas:

> A través del desnudo abismo de mi negada masculinidad, de cuatrocientos años (!) de privación de mis testículos, nos contemplamos cara a cara, reina mía.

Le recuerda que:

> Torrentes de sangre fluyen hoy de mis ingles…

Y finalmente añade en tono triunfal:

> He penetrado en la cueva y he recuperado mis testículos de entre los dientes de un león rugiente…

Lo menos que podemos decir de sus interminables fórmulas de encantamiento dirigidas a la *Black Womb* de África, es que no se trata de la mejor manera de halagar a una mujer.

El caso es que, a pesar de su dedicatoria a la Femineidad Negra («Reina-madre-hija de África, hermana de mi alma, negra amante de mi pasión, eterno amor mío»), Cleaver —en esta supuesta carta de amor— no deja de dar vueltas alrededor de sí mismo y de su «masculinidad». Ni por un momento concibe en ella a la mujer negra como a ser humano por derecho propio, sino como mero apoyo de su propia imagen (masculina). No es más que el truco de siempre, bajo disfraz revolucionario: el varón

se define a sí mismo negativamente como hombre-fuerte al establecer una distinción con la mujer-débil por medio del control que sobre ella ejerce (de manera parecida al chulo, que rechaza el elemento femenino que habita en él, al adquirir un falso sentido de virilidad —poder— por medio del dominio ejercido sobre las mujeres que la rodean). La verdadera naturaleza sexual de las agonías raciales de Cleaver queda bien patente en su ataque contra Baldwin, que no es más que el despreciable ataque del «chulo negro» contra la «reina negra». La «reina» ha decidido renunciar del todo a la identificación masculina (poder) antes que aceptar la degradante definición sexual emitida por el hombre blanco, con lo cual eleva una amenaza contra él chulo, que se ve reducido a combatir en una batalla perdida de antemano. Por si este ataque fuera poco, Cleaver pone de manifiesto su inseguridad sexual por medio de su autorretrato supermujeriego —Norman Mailer en negro. Pura propaganda, a juzgar por sus histéricos golpes de pecho.

La transformación de la mujer negra en la hembra pasiva tradicional, crea un útil decorado negativo sobre el que emerge la definición masculina (agresiva) que el hombre negro da de sí. Además, tanto en su capacidad de actuación como trampolín masculino, como en su práctica de mudo servilismo, la mujer negra debe ser compadecida «humildemente»; su cooperación es importante, porque el hombre negro sólo puede ser «hombre» si alguien asume el papel de «mujer».

Las mujeres negras, tan al corriente de las «triquiñuelas verbales», parecen haberse dejado engañar por ésta. Traigamos aquí las palabras de censura escritas por otra mujer negra como réplica a las acusaciones lanzadas por Gail A. Stokes contra los hombres negros y que ya he citado más arriba. Es digno de resaltar su antifeminismo femenino:

> No pongo en duda que (los hombres negros) cometen errores y se equivocan; pero ¿es que nosotras no hacemos lo mismo? Esto es algo corriente cuando alguien se lanza a una actividad nueva, vgr. el liderato… ¿Cómo has tenido la audacia, Gail Stokes, de poner la zancadilla al hombre *negro*? ¿Cómo te has atrevido a intentar romper su emblema de vencedor? ¿Se te ha ocurrido alguna vez que en realidad eres tú el elemento discordante? Examínate a ti misma, hermana. Una mujer es siempre el reflejo de su hombre.

Dirige entonces su atención hacia el hombre negro:

> Negros: yo también he oído vuestro grito, nacido de las entrañas de vuestro orgullo recién conquistado y vuestro atuendo africano. A este grito yo replico: ocupa el lugar que te corresponde delante de mí, amor mío… Sí, negro mío, tú eres un hombre de verdad, un hombre magnífico. Quiero que sepas que en todas tus luchas estaré sólo a unos pasos detrás de ti, porque éste es el lugar

que en tu vida me corresponde… Tú eres toda mi razón de ser.

A continuación se dedica a calmar su ego herido, asegurándole su imperecedera lealtad a sus *testículos*:

> Te han arrancado los testículos y ¡sigues intentando ser un hombre! ¡Oh, los angustiosos momentos de la pubertad… aquellos dolores en aumento…! *¡Decidme cuántos hombres castrados han tenido el valor de desafiar esta pérdida de su masculinidad y de desarrollar nuevos testículos!* Necesitáis que se os sostenga, se os ame y se os diga lo maravillosos que sois.
>
> Edith R. Hambrick, «Black Woman to Black Woman» *Liberator*, Diciembre, 1968

> (La cursiva es de la autora. Fijémonos en las mayúsculas del título; ¿se trata del aviso dado a una hermana para que empiece a atenerse a las reglas?)

Pero la recompensa a su observancia de las reglas no será un tipo de amor personalizado (como en las cartas dirigidas a Beverly Axelrod) sino un amor impersonal dirigido, a su través, a toda la Femineidad Negra. Citemos un extracto de la tantas veces publicada *Carta a mi mujer* de Bobby Seale que, como la inscripción del poeta incipiente para los regalos de navidad de su prometida, aparece inevitablemente en el número de primavera de cada revista universitaria de poesía.

> Artie querida…
> Créeme. Si la razón de mi locura por ti no se debe a algo que vi el otro día en tu rostro y que me decía que eras una revolucionaria, algo debe de andar equivocado… ¿Cómo está Malik [su hijo de tres años]? Enséñale con tus ejemplos, Artie, a estar al servicio de los demás… Artie confío en que no seas egoísta y en que no te reserves esta carta para ti sola. ¡Eh!
> Sé que la estás leyendo a otros miembros del partido…

¿Por qué las mujeres negras, tan perspicaces en general en todo lo que concierne a sus hombres, aceptan este tipo de amor protector, impersonal y carente de inspiración? La razón radica en «el triángulo»: recordemos que la mujer negra ha desempeñado durante siglos el papel de prostituta y ha sido objeto de uso y abuso por parte de blancos (sus «clientes») y de negros (sus «chulos»). Durante todo este tiempo ha sentido envidia de la legitimidad y seguridad de la mujer blanca. Ahora se le ofrece esta legitimidad y ella sé apresta a conservarla, sea cual fuere el burdo disfraz bajo el que se le presente, desconocedora de los horrores que lleva emparejados. La «esposa» es la única persona que podría ponerla sobreaviso, pero

desgraciadamente no se dirigen la palabra, porque, como ya hemos visto, ambas han aprendido a proyectar sobre la otra todas sus frustraciones. Su inveterado antagonismo dificulta el intercambio de las valiosas (y dolorosas) lecciones que han aprendido acerca del «hombre». Si pudieran, descubrirían que ni la «esposa» ni la «prostituta» son funciones que garanticen la libertad, porque ninguna de las dos goza de auto-determinación. Deberían ponerse en estado de alerta ante el aviso de Eldridge Cleaver que, en uno de sus poco frecuentes momentos de sinceridad para con las mujeres, anticipa el advenimiento de su futuro poder masculino:

> AHORA DA LA VUELTA AL DISCO Y ESCUCHA LA OTRA CARA:
>
> He intentado engañarte. No creas que lo digo por humildad. No soy humilde ni te temo lo más mínimo. Si finjo timidez, si parece que dudo, se trata sólo de una actuación para engañarte. Al representar el papel de la humildad, consigo embaucar a mis camaradas y seducir su confianza. Después, si ello me reporta algún beneficio, descargo mis golpes sin piedad. Mentí cuando dije que no tenía perspectiva sobre mí mismo. Tengo plena conciencia de mi forma de actuar. Mi vanidad es tan inmensa como los límites de un sueño, mi corazón es el de un tirano y mi brazo el de un verdugo. A lo único que temo es al fracaso de mis intrigas.

6. Amor

Un libro sobre el feminismo radical que no tratara del amor, sería un fracaso político, porque el amor, más quizás que la gestación de los hijos, es el baluarte de la opresión de las mujeres en la actualidad. Me doy perfecta cuenta de las temibles implicaciones y sé que me preguntaréis: ¿Es que hemos de liberarnos del amor?

El pánico que sentimos cada vez que algo amenaza al amor, es una buena pista para comprender su importancia política. Otro síntoma de la esencialidad del amor en todo análisis de las mujeres o de la psicología del sexo, lo tenemos en su ausencia del ámbito de la cultura, en su postergación a la esfera de la «vida personal». (¿Alguien ha oído hablar alguna vez de la lógica del dormitorio?) Sí, es cierto que tenemos retratos de él en las novelas, incluso en la metafísica; pero en ellos el amor es descrito o, mejor aún, recreado, no analizado. El amor jamás ha sido *comprendido*, aunque haya sido plenamente *experimentado* y esta experiencia haya sido *comunicada*.

Hay una razón que explica esta falta de análisis: *Las mujeres y el amor son pilares básicos. Examinadlos y estaréis amenazando la estructura misma de la cultura*.

La interminable pregunta «¿qué hacían las mujeres mientras los hombres creaban obras maestras?», merece algo más que la evidente réplica: Las mujeres tenían cerrado el acceso a la cultura y eran explotadas en su función de madres. Invirtamos la formulación: las mujeres no tenían ninguna necesidad de pintar grandes cuadros, porque ya creaban a sus hijos. Los hombres se dedicaban a pensar, a escribir y a crear, porque sus mujeres invertían todas sus energías en ellos; las mujeres no crean cultura, porque están preocupadas por el amor.

Decir que las mujeres viven para el amor y los hombres para el trabajo es una verdad incontestable. Freud fue el primero en intentar fundir esta dicotomía sobre la psique del individuo: el niño varón, rechazado sexualmente por la primera persona en quien fija su atención, su madre, «sublima» su «libido» —su reserva de energías sexuales (vitales)— hacia proyectos a largo plazo, confiando en obtener el amor a través de una forma más generalizada; de esta manera reemplaza su necesidad de amor por una necesidad de reconocimiento. Este proceso no se cumple en la mujer de forma tan completa: la mayor parte de las mujeres no dejan nunca de buscar la aprobación y el calor directos.

Existe asimismo un gran porcentaje de verdad en los tópicos corrientes que nos aseguran que «detrás de cada hombre hay una mujer» y que «las mujeres son el poder oculto (léase “el potencial operativo”) tras el trono». La cultura (masculina) fue construida sobre el amor de las mujeres y a sus expensas. Las mujeres fueron quienes proporcionaron el contenido de estas obras maestras del hombre; durante milenios fueron ellas quienes realizaron el trabajo y soportado los necesarios sacrificios de una relación emocional unilateral, cuyos beneficios fueron a parar a los hombres y a sus obras. Por esto, si las mujeres son un estamento parasitario que vive de la economía

masculina, permaneciendo marginada de ella, con igual veracidad podremos afirmar lo contrario: *la cultura (masculina) era y (sigue siendo) parásita, y se alimenta de la energía emocional de las mujeres sin reciprocidad*.

Más aún. Tendemos a olvidar que esta cultura no es universal, sino parcial y que presenta tan sólo la mitad del espectro de la realidad.

Como veremos, la misma estructura de la cultura está saturada de esta polaridad sexual y accionada y orientada en todos sus grados hacia los intereses de la sociedad masculina. Pero, aunque a la mitad masculina se la haya definido como la totalidad cultural, los hombres no han olvidado que existe una mitad «emocional» femenina, que experimentan en secreto. Como consecuencia de su lucha por rechazar el elemento femenino en sí mismos (el Complejo de Edipo en la interpretación que le hemos dado) son incapaces de tomarse en serio el amor como problema cultural; sin embargo, no pueden prescindir de él. El amor es el punto vulnerable de la cultura (masculina) al igual que lo es de cada hombre, dedicado como está a demostrar su virilidad en este mundo masculino de «viaje y aventuras». Las mujeres siempre han sabido hasta qué punto los hombres necesitan el amor y cómo se esfuerzan por negar dicha necesidad. Quizás esto contribuye a explicar el curioso desprecio que las mujeres tan universalmente sienten hacia los hombres («los hombres son tan estúpidos»), porque, al fin y al cabo, ellas se dan cuenta de su ficción ante el mundo.

I

¿Cómo actúa este fenómeno que llamamos «amor»? Contrariamente a la opinión popular, el amor no es altruista. La atracción inicial se basa en una admiración llena de curiosidad (en la actualidad podríamos más bien decir en una envidia y resentimiento) por el auto-control, la unidad integrada del otro, y en un deseo de participación en este «yo» de un modo u otro (actualmente podríamos hablar de un deseo de intrusión, de control), de llegar a ser elemento importante de este equilibrio psíquico. La reserva del otro crea el deseo (es decir, un desafío); la admiración (envidia) sentida hacia el otro se transforma en deseo de asimilación (posesión) de sus cualidades. A esto sigue una colisión de yos, en la que el individuo intenta desembarazarse del creciente poder del otro sobre él. El amor es la entrega final (la rendición al dominio del otro). El amante demuestra al amado cómo le gustaría ser tratado. («Me esforcé tanto por hacer que se enamorara de mí, que al final me enamoré yo de él»). Así pues, el amor es la cima del egoísmo el yo intenta

enriquecerse mediante la absorción de otro ser. Amar es estar físicamente abierto del todo al otro. Se trata de una situación de vulnerabilidad emocional absoluta. Por tanto, no debe limitarse a la incorporación del otro, sino a un *intercambio* de yos. Todo lo que sea una disminución del intercambio mutuo, equivaldrá a herir a una de las partes.

En este proceso no hay ningún elemento intrínsecamente destructivo. Un poco de egoísmo saludable constituiría un cambio refrescante. Amor entre dos iguales debería equivaler a un enriquecimiento, haciendo que cada uno de ellos creciera a través del otro; en vez de constituirse en unidad cerrada, limitada a su propia experiencia y perspectiva, podría participar de la existencia del otro —de una nueva ventana hacia el mundo. Esto explica el éxtasis que los verdaderos amantes experimentan, porque los amantes se ven temporalmente libres de la carga de soledad que soporta todo individuo.

Pero el éxtasis amoroso no suele ser frecuente. Por cada experiencia amorosa positiva en nuestros días, por cada breve período de enriquecimiento, encontramos diez experiencias amorosas destructivas, períodos de «postración» post-amorosa de mucha mayor duración y que a menudo llevan a la destrucción del individuo o, por lo menos, a un cinismo emocional que dificulta o hace imposible volver a amar de nuevo. ¿Por qué los acontecimientos deben seguir este curso, si en realidad nada de esto es inherente al proceso amoroso propiamente dicho?

Hablemos ahora sobre el amor bajo esta faceta artificial destructiva y sobre las razones que le llevan a seguir este camino, apoyándonos una vez más en la obra de Theodor Reik. La minuciosa observación de Reik hace que supere a inteligencias más brillantes, a la hora de comprender el *proceso* del «enamoramiento»; sin embargo, se equivoca en la medida en que confunde el amor, tal como existe en nuestra sociedad con el amor en sí. Observa que el amor es una formación reactiva, un ciclo de envidia, hostilidad y posesividad; se da cuenta de que le precede una fase de descontento del propio yo, de anhelo de algo mejor, creado por la discrepancia existente entre el ego y el ego ideal; ve que el éxtasis producido por el amor se debe a la resolución de dicha tensión mediante la sustitución del propio ego ideal por el ego del otro; y finalmente observa que el amor se desvanece «porque el otro no puede vivir de acuerdo, con los elevados criterios del yo ideal ni más ni menos que uno mismo; entonces el juicio será tanto más severo, cuanto más elevadas sean las exigencias sobre uno mismo». Así, según la idea de Reik, el amor se desgasta del mismo modo que se formó: el descontento de uno mismo (¿quién ha oído hablar de enamoramiento en la misma semana que uno se va de viaje a Europa?) lleva al asombro ante el auto-control del otro; luego lleva a la envidia; a la hostilidad; al amor posesivo y otra vez al punto de partida siguiendo exactamente el mismo proceso. Éste es el proceso amoroso *en la actualidad*. Pero ¿por qué ha de ser forzosamente así?

Muchos, por ejemplo Denis de Rougemont en *Love in the Western World*, han intentado trazar una divisoria entre el «enamoramiento» romántico con su «falsa

reciprocidad, disfraz de un doble narcisismo» (el «eros pagano») y un amor altruista hacia el otro aceptado tal como es (el «ágape cristiano»), De Rougemont atribuye la mórbida pasión de Tristán e Isolda (amor romántico) a una vulgarización de corrientes específicas místicas y religiosas en la civilización occidental.

Por mi parte, sugiero que el amor es en esencia un fenómeno mucho más simple y que se complica corrompe u obstruye por medio de *un desequilibrio de poder*. Ya hemos visto que el amor exige una vulnerabilidad mutua, porque de lo contrario se vuelve destructivo. Pues bien, los efectos destructivos del amor sólo aparecen en un contexto de desigualdad. Si tenemos en cuenta, pues, que la desigualdad. Si los sexos ha sido una constante histórica, a pesar de las posibles variaciones de *grado*, comprenderemos por qué la corrupción presentada por el amor «romántico» se ha convertido en la característica distintiva del amor entre los sexos. (Lo único que nos quedará por explicar es por qué su intensidad ha ido creciendo uniformemente desde el período medieval, cosa que intentaremos llevar a cabo en el capítulo siguiente).

¿De qué manera el sistema de clases sexuales basado en la desigual distribución del poder de la familia biológica afecta al amor entre los sexos? Al examinar el freudismo hemos analizado la estructuración psíquica del individuo dentro de la familia y hemos visto cómo esta organización de la personalidad debe ser distinto según se trate del varón o de la hembra, debido al cuño tan distinto de sus relaciones para con la madre. En la situación actual la interdependencia insular de las relaciones madre/hijo provoca tanto en el varón como en la hembra una ansiedad con respecto a una posible pérdida del amor materno, del cual dependen para su supervivencia física. Cuando algún tiempo después, el niño se da cuenta de que el amor de la madre es un amor condicionado (a pesar de lo que pueda decir Erich Fromm) y que sólo se le otorga como recompensa cuando su comportamiento se ajusta a las normas aprobadas (es decir, cuando su comportamiento responde a la escala de valores materna y a la gratificación de su ego personal, ya que ella es libre de moldear al niño «creativamente», cualquiera que sea la forma en que lo defina), la ansiedad del niño se troca en desesperación. Esto, unido al rechazo sexual del niño por parte de la madre, provoca en el muchacho —como ya hemos visto— una esquizofrenia entre el factor emocional y el factor físico; en el caso de la niña, el rechazo de la madre —debido a razones distintas— produce una inseguridad acerca de su identidad en general, que crea una necesidad de aprobación que durará toda su vida. (Más tarde el amante reemplazará al padre como elemento otorgante de la necesaria identidad sustitutiva —ella lo verá todo a través de sus ojos). Ahí se origina el hambre de amor que más tarde hará que ambos sexos busquen en una persona tras otra una situación de seguridad para su ego. Pero, debido precisamente a este rechazo precoz, y dependiendo del grado de su intensidad, el varón sentirá horror hacia la propia entrega, temiendo «abrir» sus propias defensas y ser destruido. Ya hemos visto de qué modo esto afectaba a su sexualidad: en la medida en que una mujer se parezca a su madre, el tabú del incesto actuará restringiendo su entrega completa sexo/emocional;

para poder sentir con seguridad el tipo de respuesta total que sintió primeramente por su madre, respuesta que se vio rechazada, debe degradar antes a la mujer para poder distinguirla de su madre. Este comportamiento, reproducido a escala más amplia, explica muchos fenómenos culturales —entre los que quizás podríamos contar el de la adoración amorosa idealizada de la época caballeresca, que se erige en predecesor del romanticismo moderno.

La idealización romántica es responsable en parte, por lo menos en lo que toca a los hombres, de una característica peculiar del «enamoramiento»; se trata de que el cambio acontece en el amante con una independencia casi absoluta del carácter del *objeto* amado. Ocasionalmente el amante, aunque ello le trastorne, comprende gracias, a otra facción racional de sus facultades, que —hablando objetivamente— la persona amada no merece una devoción tan ciega; pero se encuentra impotente para obrar en consecuencia, es lo *que* suele llamarse «un esclavo del amor». Lo más frecuente es que se engañe totalmente. Los otros, en cambio, pueden comprender la realidad de lo que está sucediendo («No comprendo qué diablo ha podido ver en ella para quererla así»). Esta idealización se da mucho menos en las mujeres, como demuestran los estudios clínicos de Reik. El hombre necesita idealizar a una mujer sobre todas las demás, para así justificar su descenso a una clase inferior. Las mujeres carecen de esta motivación para idealizar a los hombres —en realidad, al depender su vida de la propia capacidad de comprensión de la psicología masculina, tal idealización podría resultar peligrosa—, aunque el temor al poder masculino en general puede extenderse a sus relaciones con los hombres como individuos, adoptando la apariencia del fenómeno anterior. Pero, aun cuando las mujeres saben que este «enamoramiento» masculino no es auténtico, todas ellas exigen pruebas de él —de una u otra forma— antes de permitirse amar (sinceramente, en su caso) a cambio; la razón está en que dicho proceso de idealización actúa con la finalidad de equilibrar artificialmente a las dos partes, condición mínima indispensable para el desarrollo de un amor no corrompido —ya hemos visto que el amor exige una vulnerabilidad mutua, imposible de alcanzar en una situación desequilibrada de poder. *Así pues, el «enamoramiento» no es más que el proceso de alteración de la visión masculina —a través de la idealización, la ofuscación o la glorificación— que anula la inferioridad estamental de la mujer*.

A pesar de todo, la mujer sabe que esta idealización —que con tanto esfuerzo ella ha contribuido a crear— es una mentira y que sólo es cuestión de tiempo el que él «la conozca tal cual es». Su vida se convierte en un tormento y oscila entre una necesidad devoradora de amor y aprobación masculinos que la liberen de su sujección de clase, hasta los incesantes sentimientos de insinceridad una vez conseguido su amor. Por ello, toda su identidad pende de la balanza de su vida amorosa. Sólo se le permite amarse a sí misma en el caso de que un hombre la encuentra digna de amor.

Si pudiéramos eliminar el contexto político en el que se de el amor entre los sexos, ¿no quedaría algún grado de idealización inherente al proceso mismo

amoroso? Yo, por lo menos, así lo creo, puesto que el proceso sigue siempre las mismas pautas, cualquiera que sea el objeto amoroso escogido —el amante siempre se «franquea totalmente» al otro. Gracias a esta fusión de los egos, por medio de la cual cada uno se preocupa por el otro como a un nuevo yo, el carácter y la belleza del ser amado, escondidos quizás a los profanos tras una muralla de defensas, se pone de manifiesto. La expresión «me pregunto qué es lo que ha visto en él» ya no significa únicamente «está engañada, el romanticismo la ciega», sino «el amor le ha dado una especial penetración; quizás hay algo que nosotros no vemos». (Obsérvese que esta expresión es muy frecuente cuando se habla de mujeres. La frase equivalente, refiriéndose a la esclavitud *masculina* al amor suele ser algo parecido a «ella ha conseguido hacerle comer en su mano» o le tiene tan «camelado» que no sabe con quién está tratando). Sin embargo, el aumento de perceptividad con respecto a los valores reales, aunque escondidos del otro, no equivale a «ceguera» o «idealización», sino a un poder más profundo de captación. Únicamente la *falsa* idealización descrita más arriba es la responsable de la destrucción. Así pues el factor erróneo no se encuentra en el proceso mismo amoroso, sino en su contexto *político*, es decir, en el contexto de una desigualdad de *poder*; las razones del holocausto busquémoslas, pues, en los elementos circunstanciales, en el quién, en el por qué, en el cuándo y en el cómo.

II

Ahora bien, las abstracciones sobre el amor no son más que un síntoma de la enfermedad que le hemos diagnosticado. (En la astuta formulación de una paciente de Reik, «Los hombres o se toman el amor demasiado en serio o no se lo toman con la suficiente seriedad»). Examinémoslo con mayor detalle, dado que estamos experimentándolo en su forma corrompida. Una vez más citaremos párrafos del «confesionario» de Reik, porque si la obra de Reik tiene algún valor, es precisamente en aquello que él menos sospecharía, es decir, en su trivial impulso femenino al «comadreo». Ahí le tenemos de nuevo, justificándose a sí mismo (debemos suponer que su «super-ego» le está ocasionando problemas):

> Una antigua celebridad como yo debe encontrarse siempre en algún sitio y trabajando en algo. ¿Por qué no ocuparme de estos pequeños interrogantes

que a veces ni siquiera llegan a plantearse, pero que quizás tienen respuesta? Las «petites questions» tienen un lugar por méritos propios junto a los grandes y fundamentales problemas del psicoanálisis.

Presupone un gran valor moral escribir sobre ciertas cosas, como —por ejemplo— acerca de un juego que las niñas practican entre clase y clase. ¿Se trata de un tema realmente digno de un psicoanalista *serio* que ya ha cumplido los 77 años? (La cursiva es mía).

En seguida acude a su memoria que:

En el psicoanálisis no hay pensamientos carentes de importancia; hay únicamente pensamientos que fingen no ser importantes para evitar ser revelados.

De esta manera justifica lo que en realidad puede constituir la única contribución valiosa de toda su obra. Oigamos a sus pacientes de ambos sexos hablando personalmente acerca de sus vidas amorosas:

MUJERES:

Después me llamó su dulce niña… Yo no contesté… ¿qué le podía decir?… pero yo sabía que no era en absoluto una muchacha dulce y me daba cuenta de que él me atribuía una identidad distinta.

Ningún hombre puede amar a una muchacha del mismo modo que la muchacha ama a un hombre.

Puedo pasar mucho tiempo sin sexo, pero no sin amor. Es como H_20 en lugar de agua.

A veces pienso que todos los hombres son maníacos sexuales y que desfallecen de hambre sexual. En lo único que pueden pensar cuando están con una muchacha es en acostarse con ella.

¿Es que no tengo nada más que ofrecer a este hombre que mi cuerpo?

Me quité el vestido y el sostén. Me eché en su cama y esperé. Por unos instantes me imaginé como un animal que va a ser sacrificado sobre el altar.

No comprendo los sentimientos de los hombres. Mi esposo me tiene a mí. ¿Por qué necesita otras mujeres? ¿Qué tienen ellas que yo no tenga?

Créeme. Si todas las mujeres cuyos maridos tuvieran aventuras, les abandonaran, sólo habría mujeres divorciadas en este país.

Después de que mi marido hubiera disfrutado unas cuantas aventuras, empecé a juguetear con la idea de echarme un amante. ¿Por qué no? Lo que es bueno para el macho, lo será para la hembra… Pero en este plan yo era una estúpida; no iba con mi carácter tener una aventura, extramarital.

Pregunté a varias personas si era verdad que los hombres gritaban también para dormirse. Yo no lo creo.

HOMBRES (para más ejemplos, v. *Screw*):

No es verdad que lo único que importa en la mujer sea la apariencia externa. La ropa interior también es importante.
No es difícil hacerlo con una muchacha. Lo difícil es terminarlo.
La muchacha me preguntó si me preocupaba por su inteligencia. Me sentí tentado a contestar que me preocupaba más por su trasero.
—¿Te vas ya? Preguntó al abrir los ojos.
Era un tópico de dormitorio, tanto si me iba una hora o dos días después.
Quizás sea necesario engañar a la mujer y fingir amor por ella. Pero ¿por qué engañarme a mí mismo? Cuando está enferma, no me siento interesado por ella. En cambio, cuándo soy yo el enfermo, se compadece de mí y se muestra más afectuosa que de ordinario.
No le basta a mí esposa que tenga que oír su cháchara sin descanso —bla, bla, bla…—. Espera también de mí que escuche lo que está diciendo.

Simone de Beauvoir ya lo dijo:

La palabra amor no tiene en absoluto el mismo sentido para ambos sexos y ésta es una de las causas de los grandes malentendidos que los dividen.

Más arriba he ilustrado algunas de las diferencias tradicionales entre hombres y mujeres enamorados, que con tanta frecuencia son tema de comadreo, cuando se habla de la «doble medida»; generalmente se coincide en que: las mujeres son monógamas, aman mejor, son posesivas, «fieles», más interesadas (entregadas) en las «relaciones» que en el sexo mismo y que confunden el afecto con el deseo sexual. Se coincide también en que lo único que interesa a los hombres es el sexo (¡Gracias! y ¡adiós!) o en que, por el contrarío, idealizan románticamente a la mujer hasta extremos ridículos; en que, una vez seguros de ella, se convierten en unos mujeriegos de tomo y lomo, jamás satisfechos; y en que confunden sexo por emoción. Todo esto demuestra lo que ya hemos expuesto —la diferencia de las organizaciones psicosexuales de ambos sexos, determinada por su primera relación para con la madre.

He sacado tres conclusiones basadas en estas diferencias:

1. Que los hombres no pueden amar. (¿Hormonas masculinas? Las mujeres esperan y aceptan tradicionalmente de los hombres una parálisis emocional que considerarían intolerable en una mujer.)

2. Que el comportamiento «fiel» de la mujer es necesario para su situación social objetiva.
3. Que esta situación no ha cambiado significativamente de como siempre ha sido.

Los hombres no pueden amar. Ya hemos visto por qué los hombres encuentran dificultad en amar y que, aunque pueden hacerlo, lo que suele suceder es que «se enamoran» —de la proyección de su propia imagen. Lo más frecuente es que un día destruyan las defensas de una mujer y al día siguiente se hayan desilusionado ya completamente; sin embargo, es raro que las mujeres abandonen a los hombres y, en caso de que así lo hagan, se debe a razones más que sobradas.

Es peligroso tener compasión por el propio opresor —las mujeres son especialmente propensas a caer en este error— pero me siento tentada a obrar así en este caso. La incapacidad de amar es un tormento. Éste es el funcionamiento del proceso: tan pronto como el hombre siente la más mínima presión por parte de la mujer en el sentido de una entrega total, se asusta y reacciona de una de las siguientes maneras:

1. Es posible que huya y se acueste con otras diez mujeres para demostrar que la primera mujer no tiene ningún dominio sobre él. Si ella lo acepta, es posible que él continúe viéndola sobre esta base. Las otras mujeres comprueban su (falsa) libertad; las discusiones periódicas a propósito de ellas conservan intacto su temor. Sin embargo, las mujeres son un tigre de papel, porque de cualquier modo no son capaces de nada trascendente; las contrapone unas a otras a fin de que ninguna consiga de él demasiado. Muchas mujeres astutas, reconociendo que se trata tan sólo de una válvula de escape de la ansiedad masculina, «aflojan la cuerda», puesto que la verdadera causa de todas las discusiones acerca de otras mujeres estriba en la propia incapacidad de entrega del hombre.
2. Es posible que muestre constantemente un comportamiento imprevisible dándole plantones con frecuencia, mostrándose vago acerca de la próxima cita, diciéndole que «mi trabajo es lo primero» u ofreciendo toda una variedad de excusas. En otras palabras, aunque siente la ansiedad de la mujer, rehúsa por todos los medios darle seguridades y hasta el reconocimiento de su ansiedad como legítima, puesto que *necesita* su ansiedad como recordatorio constante de que sigue aún libre, de que la puerta no se ha cerrado del todo.
3. Cuando se ve obligado *de verdad* a una (difícil) entrega, hace que la mujer pague por ello, ya sea mirando con descaro a otras mujeres en su presencia, comparándola desfavorablemente con antiguas amigas o con estrellas de cine, mediante observaciones maliciosas ante los amigos recordándole que ella es su «cruz», llamándola «ortiga», «malintencionada», «arpía», o sugiriendo que si siguiera estando soltero, estaría mucho mejor. Con todo ello revela su

> ambivalencia acerca de la «inferioridad» de las mujeres; al entregarse a una, se ha identificado en cierto modo con la odiada hembra, a la que debe negar ahora repetidamente para mantener su autorrespeto en la comunidad (masculina). Esta constante negación no es del todo fingida, porque en realidad todas las otras muchachas aparecen repentinamente con un atractivo especial y no puede evitar sentir que ha perdido algo —y, naturalmente, hay que culpar de ello a su mujer, porque él jamás ha renunciado a la búsqueda del ideal; es ella quien le ha obligado a renunciar. Probablemente bajará a la tumba sintiéndose todavía engañado, sin darse cuenta jamás de que no hay mucha diferencia entre una mujer y otro, y que es el amor quien *crea* la diferencia.

Hay una gran gama de variedades al respecto. Muchos mariposean de una aventura casual a otra, abandonando rápidamente cada vez que la cosa se complica. Sin embargo, la vida sin amor demuestra por fin que es tan intolerable para los hombres como para las mujeres. La pregunta que sigue planteándoselo entonces a todo varón normal, es, pues, *¿cómo voy a conseguir que alguien me quiera sin que me exijan a cambio una entrega igual a la suya?*

* * *

El comportamiento «fiel» de las mujeres viene exigido por la situación social objetiva. La *respuesta* femenina a esta situación de histeria masculina ante cualquier previsión de entrega mutua, consistió en el desarrollo de métodos sutiles de manipulación, por medio de los que obligar al hombre a la máxima entrega que de él *pudiera* obtenerse. A lo largo de los siglos se han ido planeando tácticas, se las ha perfeccionado, se han transmitido de madres a hijas en secretos tête-à-têtes o de amiga a amiga en las inevitables tertulias femeninas («Jamás comprenderé de qué pueden estar hablando las mujeres durante tanto tiempo») o, en los tiempos actuales, por medio del teléfono. No se trata de triviales sesiones de chismorreo (como las mujeres prefieren hacer creer a los hombres), sino de técnicas desesperadas de supervivencia. Hay más ingenio en una hora de conversación telefónica entre dos amigas que en los cuatro años de estudios superiores que pasaron juntas o, en la medida de su posible comparación, en la mayor parte de las maniobras políticas masculinas. No nos extrañamos, pues, que hasta las mujeres carentes de «obligaciones familiares» lleguen siempre exhaustas al punto de partida de cualquier esfuerzo serio. Casi toda la energía de los propios años de actividad creativa se consumen en «realizar una buena captura» y una buena parte de los restantes años se consumen en «conservar» la presa. («Estar enamorada puede convertirse en actividad exclusiva de la mujer, al igual que la actividad profesional del hombre»). Aquellas mujeres que prefieren desertar de esta carrera, escogen una vida sin amor, cosa que

—como ya hemos visto— la mayor parte de los *hombres* no tienen la audacia de hacer.

Desgraciadamente, sin embargo, la «caza del hombre» se caracteriza por una urgencia emocional mucho más profunda que este simple deseo de entrega correlativa. Entre sus elementos constitutivos se encuentra aquella misma realidad estamental que produce como fruto precoz la incapacidad amorosa masculina. En una sociedad gobernada por hombres y que define a las mujeres como estamento inferior y parásito, la mujer que no consigue en una u otra forma la aprobación masculina, está ya sentenciada. Para justificar su existencia, la mujer debe ser *algo más* que simple mujer, debe entregarse a la búsqueda continuada de una salida a su definición de inferioridad[*]; por otro lado, son los hombres los únicos que se encuentran en posición de concederle este estado de gracia. Ahora bien, puesto que tan pocas veces se le permite a la mujer realizarse profesionalmente en la gran sociedad (masculina) —y, cuando le es permitido hacerlo, raramente se reconocen sus méritos—, resulta más fácil intentar conseguir la aprobación de un solo hombre que la de muchos; y, en honor a la verdad, ésta es la decisión que la mayoría de ellas adopta. Vemos, pues, que el fenómeno del amor —bueno en sí mismo— una vez más resulta corrompido por el contexto de clases en que se produce, porque las mujeres deben amar no sólo por razones saludables, sino para justificar su propia existencia.

Añadamos, que la incesante dependencia *económica* en que se encuentran, imposibilita una situación de amor sano entre iguales. Las mujeres siguen viviendo en la actualidad sometidas a un sistema de patronazgo; con raras excepciones, su gama de elección no consiste en la dualidad libertad-o-matrimonio, sino en la de pasar a ser propiedad pública. Aquellas que se alían a un miembro del estamento dominante, pueden confiar al menos que una parte de los privilegios masculinos pasen a sus manos —por así decirlo. En cambio, las mujeres carentes de hombres se encuentran en idéntica situación que los huérfanos —son una subclase indefensa a la que falta la protección de los poderosos. Esto equivale a la antítesis de libertad, si siguen estando definidas (negativamente) por una situación de clase, ya que ahora se encuentran en posición de *recrudecida* vulnerabilidad. La participación en el propio sometimiento mediante la elección del propio amo, da a menudo la ilusión de estar realizando una elección libre; sin embargo, la realidad nos dice que una mujer no es nunca libre de escoger el amor sin motivaciones externas. Para ella, en el momento actual, ambas cosas —amor y situación social— deben permanecer indisolublemente entrañadas.

Ahora, suponiendo que una mujer no pierda la perspectiva de estos factores fundamentales de su condición de mujer, cuando ama, jamás podrá amar en forma gratuita, sino sólo a cambio de su seguridad:

1. la seguridad emocional que, como ya hemos visto, exige con toda razón.
2. la identidad emocional que debería poder encontrar por medio de su trabajo y de su reconocimiento por parte de los demás, pero que se le niega, obligándole por

tanto a buscar su definición a través de un hombre.

3. la seguridad económica de clase que, en esta sociedad, va ligada a su habilidad de «captura» del hombre.

Dos de estas tres exigencias son condiciones invalidantes para el amor; sin embargo, pesan sobre él con los consiguientes efectos negativos.

En su precaria situación política las mujeres no pueden, pues, permitirse el lujo de un amor espontáneo. Resulta demasiado peligroso. El amor y la aprobación masculina es lo más importante. El amor irreflexivo, previo a la seguridad de una entrega correlativa, pondría en peligro dicha aprobación. Citemos a Reik:

> Por fin quedó claro, durante el psicoanálisis, que la paciente temía que, si demostraba a un hombre su amor, éste la consideraría inferior y la abandonaría.

La razón estriba que una vez entregada emocionalmente, la mujer será incapaz de llevar a cabo las necesarias triquiñuelas; su amor pasará a primer plano en busca de expresión. Fingir una frialdad que no siente, *en estos momentos* sería ya demasiado doloroso y, además, no tendría sentido; con ello perjudicaría sus propios intereses, porque la libertad en el amor era aquello a que deseaba llegar. Ahora bien, para asegurar esta entrega, *debe* reprimir sus emociones, *debe* utilizar astucias, puesto que —como ya hemos visto— los hombres no se entregan a una compenetración y vulnerabilidad total, a menos que se les obligue a ello.

¿Cómo deberá actuar, pues, para forzar esta entrega del varón? Una de sus armas más poderosas es el sexo. Puede conducirlo hasta un estado de tormento físico valiéndose de una variada gama de astucias: negándose a satisfacer su necesidad, burlándose de *él*, haciendo amago de dar y reteniendo, provocando sus celos, etc. Una mujer sometida a psicoanálisis se pregunta los motivos:

> Hay pocas mujeres que no se hayan preguntado alguna vez: «¿He de hacérselo muy difícil?»
> Creo que a ningún hombre le preocupan este tipo de cuestiones. Quizás lo único que él se pregunte, sea: «¿Cuándo cederá?»

Los hombres tienen razón cuando se quejan de que las mujeres carecen de discriminación, de que raras veces aman a un hombre por sus rasgos individuales, sino que lo aman más bien por aquello que puede ofrecer (su clase), de que son calculadoras, de que utilizan el sexo para conseguir sus objetivos, etc., porque la realidad es que las mujeres no pueden permitirse amar libremente. Si una mujer es lo suficientemente afortunada para encontrar «un tipo decente» que la ame y mantenga,

está teniendo éxito y generalmente será lo bastante agradecida como para corresponder a su amor. La única discriminación que las mujeres pueden practicar *de verdad* es la de elegir entre los hombres que han puesto los ojos en ellas o la de enfrentar a un varón —un poder— contra el otro. Ahora bien, *provocar* el interés de un hombre y *conseguir con astucias* su entrega una vez que él ha expresado su interés, no es exactamente auto-determinación.

Veamos ahora: ¿qué sucede después de que la mujer ha conseguido finalmente capturar a su hombre, después de que se ha enamorado de ella y está dispuesto a hacer cualquier cosa? A la mujer se le presenta toda una serie de problemas nuevos. Se encuentra ahora en posición de aflojar la cuerda, de abrir la red y examinar lo que ha pescado. Generalmente sufre una decepción. Es algo que no le habría importado, si *ella* fuera un hombre. La verdad es que suele encontrarse muy por debajo del nivel de ella. (Comprueba esto alguna vez; dirígete para hacerlo a algunas de estas esposas tímidas y silenciosas).

—Posiblemente sea muy poca cosa como hombre, pero por lo menos tengo un hombre que es mío.

Éstos suelen ser sus sentimientos. Le queda como consuelo que puede por fin dejar de actuar. Por primera vez puede amar con seguridad; lo que tiene que hacer ahora es intentar con todos los medios a su alcance capturarlo emocionalmente, intentar aquello que ha estado persiguiendo todo el tiempo. A menudo se ve asaltada por temores de verse descubierta. Se siente como una impostora. Le acosan los temores de que él no la ame «tal como es en realidad» —y generalmente suele estar en lo cierto. («Lo que quería era casarse con un hombre con el que poder ser tan mala como es en realidad»).

Éste es el momento en que descubre que amor y matrimonio tienen significados distintos para él y para ella; aunque los hombres creen en general que las mujeres son inferiores, todo hombre ha reservado un lugar especial en su mente para aquella mujer a quien él elevará sobre las demás en virtud de su asociación consigo mismo. Hasta ahora, la mujer —expuesta a las inclemencias de fuera— suplicaba su aprobación, desfalleciéndose por conseguir remontarse al calor y claridad de este lugar. Sin embargo, una vez allí, la mujer se da cuenta de que ha sido elevada sobre las demás mujeres no en reconocimiento de su propia valía, sino porque ha luchado brevemente por este pedestal impersonal. Lo más probable es que él no sepa aún quién es ella (dando por supuesto que ella ya lo sepa). La ha dejado entrar, no porque la amara sinceramente, sino porque ella ha sabido encajar tan bien en sus fantasías preconcebidas. Aunque ella ya sabía que su amor era falso, puesto que todo era maquinación suya, no puede evitar sentir desprecio por él. A pesar de ello, tiene miedo de revelar su verdadero yo, por temor a que pueda quizás escapársele hasta este falso amor. Finalmente comprende que también para él el matrimonio implicaba una serie de motivaciones que nada tenían que ver con el amor. Ella era simplemente la más acorde a la imagen albergada en su fantasía, con lo cual ha recibido el

nombramiento de «actriz más versátil» por su multi-interpretación del «otro yo», de la «madre de mis hijos», de la «ama de casa», de la «cocinera», de la «compañera» en la representación *compuesta por el hombre*. Ha sido comprada para llenar un espacio vacío en su vida; pero la vida de ella no tiene ningún valor.

Así que no se ha librado de ser como las demás mujeres. Ha sido elevada de este estamento simplemente porque ahora es un apéndice de un miembro de la clase dominadora y porque él no puede asociarse a ella, a menos que eleve su condición. Pero no ha sido liberada, ha sido simplemente ascendida a la condición de «esclava doméstica», ha sido elevada tan sólo para ser utilizada de modo distinto. Se siente engañada. Lo único que ha conseguido es posesión y control, no amor y reconocimiento. Ahora es cuando se transforma de la «novia ruborosa» que era, en la «mujer amargada y gruñona», cambio que, no por universal y predecible, deja de producir perplejidad en el marido. («Tú no eres la muchacha con quien me casé»).

* * *

La situación de las mujeres no ha cambiado de modo notable de como siempre ha sido. Durante los últimos cincuenta años las mujeres se han visto doblemente conturbadas por causa del amor: bajo la capa de una «revolución sexual», que se pretende haber tenido lugar («Pero, niña, ¿dónde has *estado*? ¿no has oído hablar de la revolución sexual?»), se ha convencido a las mujeres a deponer su armadura. La mujer moderna tiene horror a la posibilidad de que la tengan por una tirana gruñona, mientras que su abuela sabía que se trataba de algo que llegaría siguiendo el curso normal de los acontecimientos. Asimismo, los hombres —en tiempos de su abuela— esperaban de toda mujer que se respetaba a sí misma, que *los* mantuviera en espera, que utilizara todas las triquiñuelas debidas sin avergonzarse por ello; a la mujer que no miraba de este modo por sus propios intereses, no se la respetaba. Todo el mundo estaba al corriente de ello.

La retórica de la revolución sexual, si bien no mejoró en nada la situación de las mujeres, sí demostró ser de gran utilidad para los hombres. Al convencer a las mujeres de que las astucias y exigencias femeninas tradicionales eran despreciables, injustas, mojigatas, anticuadas, puritanas y autodestructivas, se creó una nueva reserva de mujeres asequibles con el fin de ampliar la escasa existencia de mercancía para la explotación sexual tradicional, desarmando así a las mujeres de las escasas protecciones que con tanto esfuerzo habían conquistado. Las mujeres no se atreven en la actualidad a renovar las viejas exigencias por miedo a que caiga violentamente sobre ellas todo un nuevo vocabulario destinado expresamente a este fin: «jodida», «rompehuevos», «engañatontos», «un verdadero fraude», «una pesadilla», etc… —en verdad que el ideal es ser una «pollita apetitosa y complaciente».

Todavía hay en la actualidad mujeres que ven más allá de las apariencias y evitan

la trampa, prefiriendo los motes a ser despojadas de lo poco que pueden esperar de los hombres (porque sigue siendo cierto que hasta los más sofisticados prefieren a una «chica anticuada» que haya pasado por un número relativamente escaso de manos). Pero es cada vez mayor el número de mujeres atraídas hacia la trampa, sólo para descubrir demasiado tarde y en forma muy amarga que las triquiñuelas tradicionales femeninas tenían una razón de ser; de repente se dan cuenta aterrorizadas de haber llegado a los treinta años y de que lo único que saben hacer es quejarse en una terminología peligrosamente parecida a aquello de «se han aprovechado de mí… los hombres son unos mujeriegos impenitentes… todos ellos son unos bastardos…, etc.». Con el tiempo se ven obligadas a reconocer la verdad de lo que decían las viejas comadres: una mujer amable y complaciente es (en el mejor de los casos) respetada, pero jamás amada. Traigamos aquí una descripción todavía válida de una mujer «emancipada» —en este caso una artista de Greenwich Village de los años treinta— extraída de *Mosquitoes*, una novela de la primera época de Faulkner:

> Siempre tuvo problemas con sus hombres… Antes o después, siempre la abandonaban… Los hombres en quienes ella reconocía posibilidades pasaban siempre por un período violento, pero breve, de interés, que cesaba tan repentinamente como había comenzado, sin dejar tras sí ni siquiera los trazos agonizantes de una influencia mutuamente recordada —al igual que aquellas breves tempestades de truenos que surgen amenazadores en agosto para luego disolverse sin razón alguna aparente y sin dejar tras sí una sola gota de lluvia.
>
> A veces especulaba con un despego casi masculino acerca de las posibles razones de este comportamiento. El caso es que siempre intentaba mantener sus relaciones en el plano que los hombres parecían preferir —y, desde luego, ninguna mujer hubiera exigido (pocas mujeres hubieran sido capaces) menos de los hombres que ella. Jamás los atosigaba con caprichosas exigencias sobre el tiempo que le dedicaban, jamás les hacía esperar ni les obligaba a acompañarla hasta su casa a horas inoportunas, jamás les hizo ir de un sitio para otro cumpliendo sus encargos; al contrario, los satisfacía en todo y se vanagloriaba de ser una buena oyente. Y, sin embargo… Pensaba en las mujeres que conocía; en cómo todas tenían por lo menos un hombre evidentemente enamorado; pensaba en las mujeres que había observado; en cómo todas ellas parecían conseguir los hombres a su antojo y en cómo, si su hombre dejaba de pertenecerías, lo sustituían rápidamente por otro.

Las mujeres de grandes ideales que creyeron posible la emancipación, aquellas que lucharon desesperadamente por liberarse de las «frustraciones» femeninas, para cultivar lo que creyeron una mayor sinceridad, franqueza y generosidad masculinas, fueron cruelmente engañadas. Descubrieron que nadie apreciaba su conversación

inteligente, sus altas aspiraciones, sus grandes sacrificios por evitar adquirir el modo de ser de sus madres; los hombres estaban contentos de disfrutar de su ingenio, su estilo, su sexo y sus cenas a la luz de las velas, pero terminaban siempre casándose con «la gruñona» y luego, como remate final, volvían para quejarse de lo odiosa que era. Las mujeres «emancipadas» descubrieron que la sinceridad, la generosidad y la camaradería masculinas eran una mentira; los hombres eran felices utilizándoles y despreciándolas después en nombre de una *verdadera* amistad. («Te respeto y me gustas mucho, pero seamos razonables…». También hay los hombres que la invitan a una para discutir a Simone de Beauvoir, mientras la esposa se queda en casa cambiando pañales). Las mujeres «emancipadas» descubrieron que los hombres se encontraban muy lejos de ser los «buenos chicos» a quien había que emular; descubrieron que mediante la imitación de los patrones sexuales masculinos (el juego de las miradas, la búsqueda del ideal, el énfasis en el atractivo físico, etc.), no sólo no conseguían la liberación, sino que caían en algo mucho peor que aquello a que habían renunciado. Estaban *imitando*. Se habían inoculado una enfermedad que ni siquiera había surgido de sus propias psiques. Descubrieron que su nueva «frialdad» era superficial y carente de sentido, que su capacidad emotiva se iba secando, que envejecían y decaían; en suma, temían estar perdiendo su capacidad amorosa. No ganaron nada imitando a los hombres; tan sólo superficialidad e inmadurez, teniendo además en cuenta que su imitación tampoco era demasiado buena, porque en todo ello había algo que seguía irritando sus sentimientos.

Así, pues, aquellas que decidieron no casarse por ser lo suficientemente inteligentes para echar una mirada a su alrededor y comprender a dónde conducía este camino, se encontraron con que el dilema era: o matrimonio o nada. Los hombres se entregaban sólo en base a un precio: el de compartir (cargar con) su vida, permanecer sobre su pedestal, convertirse en apéndice suyo, etc. La otra alternativa equivalía a verse consignada para siempre a este limbo de «pollitas» que nada significan o, al menos, no lo que su madre significaba; a ser la «otra mujer» durante el resto de sus vidas, utilizada por el hombre para provocar a la esposa, para demostrar su virilidad y/o su independencia, objeto de discusión entre los amigos como su última conquista «interesante», etc. (porque aun cuando ella hubiera renunciado a toda esta terminología y a todo cuanto ella significa, no sucedería lo mismo en el caso de los hombres). Es cierto: el amor significa cosas muy distintas para el hombre y para las mujeres. Significa propiedad y control; significa celos, los mismos celos que el hombre jamás había manifestado anteriormente, cuando ella hubiera querido que los manifestara (¿a quién le preocupa que la mujer sea burlada o violada, mientras no le pertenece oficialmente? Más tarde será una furia desatada, un verdadero ciclón, porque su propiedad, la extensión de su ego, se haya visto amenazada); significa una creciente falta de interés, unido a los devaneos. ¿Quién lo necesita?

Desgraciadamente, las mujeres siguen necesitándolo. Veamos una vez más lo que los pacientes de Reik nos dicen:

> De vez en cuando sufre alucinaciones de no ser ya perseguida por los hombres. En estos momentos de manía no-persecutoria se siente muy deprimida.

> Además:

> Todos los hombres son egoístas, brutales y desconsiderados… y yo quisiera encontrar uno.

Hemos visto ya que la mujer necesita amor; en primer lugar, por su función natural enriquecedora, y, en segundo lugar, por razones sociales y económicas que nada tienen que ver con el amor. Negar la satisfacción de dicha necesidad supone colocarse en una posición super-vulnerable social y económicamente, así como destruir su equilibrio emocional, que —a diferencia del de la mayor parte de los hombres— es fundamentalmente sano. ¿Merecen los hombres todo esto? Decididamente no. La mayor parte de las mujeres piensan que pasar por todas estas penalidades por un hombre sería añadir escarnio a la herida. Por esto, siguen como antes, procurando sacar el mejor partido de una mala situación. Si la cosa se pone *demasiado* fea, entonces acuden a un psiquiatra (masculino):

Preguntóse una vez a una paciente joven durante una consulta psicoanalítica si prefería ver a un psicoanalista masculino o femenino. Sin la más leve vacilación, contestó:

—A una psicoanalista, porque me siento demasiado ansiosa por conseguir la aprobación masculina.

7. La cultura del romance amoroso

Hasta el momento no hemos trazado ninguna divisoria entre «romance» y amor, porque no existen dos clases distintas de amor —uno sano (aburrido) y otro no (doloroso) («Querida, lo que tú necesitas es una relación amorosa madura. Sobreponte a esta estupidez romántica»), sino sólo una agonía pseudo-amorosa o cotidiana. Cuando el amor nace en un contexto de poder, la «vida amorosa» de todos se ve necesariamente afectada, porque poder y amor no son elementos combinables.

Por esto, al referirnos al amor romántico, estamos hablando el amor corrompido por su contexto de poder —el sistema de clases sexuales— en una forma enfermiza de amor que tan sólo sirve para reforzar las estructuras del sistema de clases basadas en el sexo. Ya hemos visto cómo la dependencia psicológica de las mujeres con respecto a los hombres es producida por una opresión real económica y social sin solución de continuidad. Ahora bien, en el mundo moderno las bases socio-económicas de la opresión no bastan *por sí solas* para asegurar su supervivencia. Éste es el motivo por el que se ha introducido artificialmente en escena todo el aparato del romanticismo (¡Chicos!, ¡parece como si tuviéramos que ayudarla!).

El romanticismo se desarrolla en proporción al grado de liberación de las mujeres con respecto a su biología. A medida que la civilización avanza y las bases biológicas del sistema de clases sexuales se desmorona, la supremacía masculina debe apoyarse cada vez más en instituciones artificiales o en formas agudizadas de instituciones precedentes para subsistir —por ejemplo, en sustitución de la antigua familia caracterizada por su forma elástica, permeable, tenemos ahora una variedad de familia nuclear patriarcal de creciente rigidez estructural, observamos también que el franco desprecio con que antes se juzgaba a las mujeres, ha sido reemplazado por una adoración que cabe calificar de farsa[37]. El romanticismo no es más que un instrumento cultural del poder masculino, cuya finalidad es mantener a las mujeres en la ignorancia de su condición. Su necesidad es más acuciante —y por tanto su incidencia más intensa— en los países occidentales caracterizados por un índice más elevado de industrialización. En la actualidad, a pesar de la tecnología que capacita a las mujeres para desertar definitivamente de sus funciones tradicionales —objetivo que estuvo cerca del éxito a principios de siglo— el romanticismo se encuentra en un apogeo jamás alcanzado.

¿Cómo actúa el romanticismo en su función de instrumento cultural diseñado para reforzar las clases sexuales? Examinemos sus elementos constitutivos, perfeccionados a lo largo de los siglos, y los métodos modernos de su difusión —técnicas culturales tan sofisticadas y penetrantes, que hasta los mismos hombres se ven perjudicados por ellas.

1) *Erotismo*. Componente básico del romanticismo es el erotismo. Todas las necesidades animales (el afecto del gatito que jamás ha estado en celo) de amor y

calor se ven encauzadas hacia la sexualidad específicamente genital —las personas no deben jamás tocar a las de su mismo sexo y tan sólo pueden tocar a las de sexo opuesto como preparación a un intercambio sexual de tipo genital («una intentona»). El aislamiento con respecto a sus semejantes, hace que la gente anhele violentamente las manifestaciones de contacto físico; si el único tipo de contacto físico obtenible es el específicamente genital, pasará pronto a ser su único punto de mira. En este estado de hipersensibilidad, el menor impulso sensual produce un efecto exagerado, suficiente para otorgar inspiración a todas las realidades, desde una escuela de pintura artística hasta el *rock and roll* En resumen, *el erotismo es la concentración de la sexualidad —a menudo sobre objetos emocionalmente sobrecargados («el encaje de Chantilly*»)— *y que representa la transferencia al sexo de otras necesidades socio-afectivas*. Para ser sinceros, la expresión de una necesidad afectiva de cuño antiguo le convierte a uno en un «soso»; necesitar un beso es algo embarazoso, a menos que, se trate de un beso «erótico»; lo único es el «sexo», elemento por el que se mide el propio temperamento. Virilidad y nivel de actuación sexual pasan a confundirse con valía social[38].

La ininterrumpida estimulación erótica de la sexualidad masculina, emparejada con la imposibilidad de darle salida a través de los cauces más corrientes, tiene por objeto animar a los hombres a considerar a las mujeres únicamente como objetos cuya resistencia a la intromisión hay que superar. Veamos, por ejemplo, cómo este erotismo no opera más que en una sola dirección. Las mujeres son los únicos objetos de «amor» en nuestra sociedad; tanto es así, que ellas mismas se consideran *a sí mismas como* objetos eróticos[39]. Esto tiene como finalidad reservar para el varón el placer sexual directo, reforzando con ello la dependencia femenina; así, las mujeres sólo pueden satisfacerse sexualmente por medio de la identificación sustitutiva con el hombre que disfruta de ellas.

La única excepción a esta concentración de todas las necesidades emocionales en la relación erótica la encontramos (a veces) en el afecto intrafamiliar. Pero también en estas circunstancias el hombre es incapaz —a menos que se trate de *sus* hijos— de expresar afecto por los niños, al igual que le acontece con las mujeres. Así pues, el afecto por los pequeños se convierte a su vez en una trampa destinada a atarlo a la estructura familiar y reforzando, por tanto, el sistema patriarcal.

2) *Personalización sexual de la mujer*. El erotismo no es más que el estrato superior del romanticismo que refuerza la inferioridad femenina. Como sucede con todas las clases inferiores, la conciencia de grupo debe ser suprimida, si se quiere evitar la rebelión. En este caso, al ser sexual la característica distintiva de la explotación de las mujeres como clase, deben utilizarse medios especiales para mantenerlos en la ignorancia de que se las considera sexualmente idénticas («coños»). Quizás en el caso del matrimonio el hombre elija cuidadosamente de entre este surtido indiferenciable, puesto que —como ya hemos visto— reserva un lugar

elevado en su mente para «aquélla», en virtud de su íntima asociación con él; pero, en general, no sabe distinguir entre unas y otras («rubias», «castañas» o «pelirrojas»)[40]. Además, a él le gusta así («El contoneo de tu andar, la risa de tu hablar, ¡ESTO ES LO QUE ME GUSTA!»). Cuando un hombre cree que todas las mujeres son iguales, pero no quiere que ellas lo sepan, ¿qué es lo que hace? Guarda sus convicciones para sí y finge, para apaciguar sospechas, que lo que ella tiene en común con las demás mujeres es precisamente lo que la distingue de ellas. Así, llega un momento en que su sexualidad es sinónimo de su individualidad. *La personalización sexual de la mujer es el proceso por el que las mujeres pierden la perspectiva de su identidad como clase, cosa que las hace invisibles como seres individuales a la mirada masculina*.

¿No es acaso esta desconocida Dama contigua al Presidente entre el personal de su séquito una reminiscencia del discreto sirviente negro que presta sus servicios en la Casa Blanca?

El *proceso es* realmente insidioso. Cuando un hombre exclama:

—¡Me encantan las rubias!, todas las secretarias que andan por allí cerca, aguzan los oídos; lo toman como cosa personal, porque han sido personalizadas sexualmente. La rubia se siente personalmente halagada, porque ahora puede medir su valía a través de los atributos físicos que la diferencian de las demás mujeres. Olvida por completo que cualquier atributo físico susceptible de mención es compartido por otras muchas mujeres, que estos atributos accidentales no son fruto de creación personal y que su sexualidad es compartida por la mitad de la humanidad. En cambio, en un acto de reconocimiento de su individualidad, su color rubio sería amado, pero de modo distinto; en primer lugar sería amada como totalidad insustituible y, a continuación, su cualidad de rubia sería amada como una de las características de dicha totalidad.

El proceso de la personalización del sexo es tan sofisticado, que puede llevar años de examen su detección, suponiendo que sea detectable. Esto explica muchos rasgos desconcertantes de la psicología femenina, que pueden adoptar una gran gama de variantes; veamos algunos ejemplos:

> Hay mujeres que se sienten halagadas personalmente, cuando se dirigen halagos a su sexo, vgr. «—¡Descúbranse ante la mujercita!»
>
> Hay mujeres que no se sienten insultadas cuando se les dirige la palabra habitualmente en forma impersonal, vgr. «querida», «cielo», «bombón», «gatito», «ángel», «reina», «princesa», «muñeca», «mujer».
>
> Hay mujeres que se sienten halagadas de que las pellizquen el trasero cuando se encuentran en Roma.
>
> (¡Mucho más inteligente sería contabilizar cuántas veces les es pellizcado a las otras chicas!)

El placer ante la excitación física masculina (demostración muy frecuente de la sensualidad del hombre e interpretada como signo de la propia valía y seducción).

El fenómeno de la obsesión por los vestidos. (Las mujeres, al verse privadas de cauces legítimos por los que expresar su individualidad, se «expresan» a sí mismas físicamente, en un intento por aparecer «distintas»).

Estas menciones constituyen tan sólo algunas de las reacciones al proceso de personalización del sexo —en otras palabras, de la confusión de la propia sexualidad con la propia individualidad. El proceso es tan eficaz, que muchas mujeres llegan a creer seriamente que el mundo necesita para seguir existiendo sus contribuciones sexuales particulares. («Cree que tiene la carita de oro»), pero las canciones de amor seguirían componiéndose sin ellas.

Es posible que las mujeres resulten engañadas, pero los hombres son plenamente conscientes de este proceso como de una valiosa técnica susceptible de manipulación. Por esto se toman tantas molestias por evitar hablar de mujeres delante de ellas («nunca en presencia de una señora»); su juego quedaría al descubierto. Escuchar a hurtadillas una de estas sesiones llenas de alardes exagerados masculinos, resulta traumático para la mujer. ¿De manera que durante todo este tiempo no ha sido considerada más que «trasero», «carne», «   » o «   », para después ser juzgada como «esta cascarrabias», «especie de…», «mujeruca» y ser despojada fraudulentamente del dinero, del amor o del sexo? La comprensión en último término de que no es mejor que las otras mujeres, sino que resulta absolutamente indiferenciable de ellas, no es sólo un golpe terrible, sino una aniquilación total. Sin embargo, quizás el momento en que las mujeres deben enfrentarse más a las claras a su propia personalización sexual, es en las peleas de enamorados, cuando las verdades salen a la cara; en tales momentos el hombre puede perder su reserva y confesar abiertamente que lo único que *realmente* le gustaba de ella, era su busto («construido como una   ») o sus piernas («¡Hola, piernas!») y que éstos son elementos que puede encontrar en cualquier otro lugar, si es necesario.

De esta manera, la personalización del sexo estereotipa a las mujeres: alienta a los hombres a considerar a las mujeres como «muñecas», diferenciadas tan sólo por atributos superficiales —seres de distinta especie a la suya— y ciega a las mujeres ante su explotación sexual como clase, evitando su unión contra ella y segregando con eficacia ambos estamentos. Podemos considerar el reverso de la imagen, como efecto secundario de este proceso: si las mujeres sólo se diferencian por sus atributos físicos, los hombres —en cambio— aparecen más individualizados e insustituibles de lo que realmente son.

Las mujeres, al concedérseles el reconocimiento social únicamente en gracia a una *falsa* individualidad, no pueden desarrollar la fuerte individualidad que les

permitiría destrozar tal engaño. Si lo único reconocido es la propia existencia sin más, ¿por qué esforzarse por conseguir un verdadero carácter? Resulta mucho menos complicado «iluminar la estancia con una sonrisa» —por lo menos hasta el día que la «jovencita» se gradúe para pasar a ser un «vejestorio» y descubrir que su sonrisa ya no es «inimitable».

3) *El ideal de belleza*. Todas las sociedades han elegido un tipo específico de belleza como superior a los demás. Poco importa cuál sea este ideal, porque la mayoría siempre quedan fuera de él; los ideales —por definición— siempre se ajustan a cualidades *poco frecuentes*. En América, por ejemplo, la moda actual de modelos franceses o el ideal erótico de la «rubia sensual» son cualidades verdaderamente poco frecuentes; pocas americanas hay de ascendencia francesa (en realidad, la mayor parte de ellas no tiene aspecto francés ni lo tendrá jamás; añadamos el hecho de que comen demasiado); las rubias sensuales pueden ser teñidas (al igual que Marilyn Monroe, la reina misma del sexo), pero lo que no pueden hacer es adquirir curvas a placer; el caso es que la mayoría, de raíz anglosajona, difieren sencillamente de esta constitución particular. Aun cuando por supuesto que, gracias a los métodos artificiales, muchas puedan ajustarse al ideal, éste cambia. Si el ideal fuera alcanzable, ¿qué mérito habría de él?

Así pues, la exclusividad del ideal estático sirve a una función política definida. Siempre quedará alguien —la mayor parte de las mujeres— fuera de sus cánones y en lucha constante, además, porque —como ya hemos visto— a las mujeres tan sólo se les ha permitido conseguir su individualidad a través de la apariencia externa —siendo calificado el aspecto de «bueno», no por amor a su poseedora, sino por una mayor o menor proximidad a unos cánones externos. Esta imagen, definida por hombres (y generalmente por hombres homosexuales, muchas veces misóginos de la peor especie), se convierte en el ideal. ¿Qué sucede? Por todos los rincones encontramos mujeres esforzándose por embutirse en el zapatito de cristal, torturando y mutilando sus cuerpos con dietas y programas de belleza, vestidos y maquillaje, todo para convertirse en la muchacha soñada por un príncipe de mala muerte. Pero no hay otra alternativa. Si no actúan de esta manera, el castigo es tremendo —su legitimidad social se ve en entredicho.

Por todo esto, las mujeres son cada vez más parecidas entre sí; pero, simultáneamente, se espera de ellas que expresen su individualidad a través de la apariencia física, de tal manera que navegan entre dos aguas, tratando a un mismo tiempo de expresar su comunidad y su singularidad de rasgos. Las exigencias de la «personalización sexual» están en contraposición con las exigencias del «ideal estético», provocando graves neurosis femeninas en torno al aspecto personal,

Ahora bien, este conflicto tiene una función política importante. A medida que las mujeres empiezan a parecerse más y más unas a otras, distinguiéndose tan sólo por el grado de divergencia con respecto a un ideal teórico, pueden ser estereotipadas como

estamento con creciente facilidad —tienen un aspecto parecido, piensan de forma parecida y, lo que es peor aún, son tan estúpidas que no creen en su semejanza.

* * *

Estos son algunos de los principales elementos constitutivos del aparato cultural —el romanticismo—, que, a pesar del debilitamiento de las limitaciones «naturales» que pesan sobre las mujeres, mantiene en alza la opresión sexual. Las aplicaciones políticas del romanticismo a través de los siglos han ido creciendo en complejidad. Ya opere sutilmente o en forma descarada, el romanticismo se ve —en esta época de máxima amenaza para la función masculina del poder— amplificada por huevas técnicas de comunicación de tan amplia difusión, que los hombres se ven envueltos en sus propias redes. ¿Cómo funciona esta tarea amplificadora?

Con la representación cultural de los más mínimos detalles de nuestra existencia (vgr. la desodorización de las axilas), la distancia existente entre la propia experiencia y las propias percepciones se ve acrecentada por una vasta red interpretativa; si nuestra experiencia directa choca con la interpretación de esta ubicua red cultural, es la validez de la experiencia la que hay que negar. Este proceso, evidentemente, no se aplica en exclusiva a las mujeres. La difusión de la imagen ha alterado tan profundamente nuestras relaciones para con nosotros mismos, que hasta los hombres se han convertido en objetos —aunque jamás en objetos *eróticos*. Las imágenes pasan a ser extensión de uno mismo; se hace difícil separar la persona real de su última imagen, esto suponiendo que la «persona subyacente» no se haya evaporado totalmente. Arnie, el chico que se sentaba detrás tuyo en el sexto curso hurgando en su nariz y gastando bromas, aquel que tenía una deformación en su hombro izquierdo, se ha perdido bajo capas sucesivas de imágenes adoptadas —el «actor de la *High School*», el «rebelde del campus», «James Bond», «el amante de la primavera de Salem», etc.— alcanzando cada imagen nuevos hitos de sofisticación hasta un extremo en que la misma persona ignora su propia identidad. A ello añádase el hecho de que trata a los demás a través de esta extensión de imágenes (la «imagen del muchacho» conoce a la «imagen de la muchacha» y se consume el «romance-imagen»). Aun suponiendo que una mujer pudiera penetrar bajo esta intrincada apariencia imaginativa, lo cual exigiría meses y quizás años de relación penosa y casi terapéutica, no sería recibida con la gratitud merecida por haber amado (penosamente) al hombre en su yo real, sino con la repulsión y terror frenético del hombre que se ve descubierto. Lo que él desea en cambio, es «la muchacha Pepsi-Cola», que sonría agradablemente a su pelirrojo Johnny Walker frente a los troncos de una chimenea.

Sin embargo, aunque esta reconstrucción afecte a hombres y a mujeres por igual, en el caso de estas últimas se ve profundamente complicada por las formas de

explotación-sexual ya descritas. La mujer no es sólo una «imagen», es la «imagen de la atracción sexual». La uniformización de las mujeres se extiende, sólo que ahora ya no hay la excusa de la ignorancia. Toda mujer es informada constante y explícitamente de cómo «mejorar» lo que la naturaleza le concedió, dónde comprar los productos necesarios al efecto y cómo contabilizar las calorías que jamás debió haber ingerido —es más, la mujer «fea» está ya casi tan cerca de la extinción, que hasta ella está rápidamente convirtiéndose en «exótica». La competencia se hace histérica, porque todas están conectadas al mismo circuito. El mismo ideal de belleza lo invade todo («Las rubias tienen más atractivo…»).

El erotismo se hace erotomanía. Estimulado al límite, ha alcanzado niveles epidémicos inigualados en la historia. Desde cualquier portada de revista, pantalla cinematográfica, aparato de televisión o anuncio del metro nos asaltan pechos, piernas, hombros, muslos, etc. Los hombres están en un estado de excitación sexual constante. Ni siquiera con la mejor de las intenciones es fácil concentrarse en otra cosa. Éste bombardeo de los sentidos, en contrapartida, lleva aún más lejos la provocación sexual, porque los métodos ordinarios de excitación han perdido ya su efecto. La indumentaria se hace más provocativa —los vestidos se acortan. Los tejidos transparentes pasan a ser de uso corriente. Sin embargo, en todo este ataque masivo de estímulos eróticos los hombres raras veces son representados como objetos eróticos. El erotismo femenino, así como el masculino, va dirigido cada vez más hacia las mujeres.

Una de las contradicciones internas de este sistema propagandístico de tanta eficacia, es que expone tanto a los ojos de los hombres como a los de las mujeres el proceso estereotipante que estas últimas se ven sometidas. La idea primordial era quizás hacer llegar a ojos femeninos cuanto mejor conviene a su función femenina, pero, en cuanto los hombres conectan la televisión, reciben un tratamiento intensivo acerca de los últimos adelantos en el control de la obesidad, en pestañas postizas, o en ceras para el pavimento. Toda esta marea de hostigación y despliegue sexual bastarían para hacer que los hombres odiaran a las mujeres, en el supuesto de que no fuera ya así.

La extensión del romanticismo a través de los medios modernos de comunicación amplifica, pues, enormemente sus efectos. Si ya antes la cultura mantenía la supremacía masculina a través del «erotismo», la «personalización del sexo» y el «ideal de belleza», ahora todos estos procesos han alcanzado una eficacia casi excesiva; los medios de difusión son culpables de «*overkill*»[41]. La regeneración de las mujeres en este momento particular de la historia puede deberse a un efecto retroactivo, a una contradicción interna de nuestro sistema moderno de indoctrinación cultural, porque —en su intensificación de la indoctrinación sexual— los medios de difusión han expuesto a la luz pública la degradación de la «femineidad».

Como conclusión, quiero añadir una observación acerca de las especiales dificultades encontradas en el ataque al sistema de clases sexuales a través de los

medios de indoctrinación cultural. Los objetivos sexuales *son* bellos. Un ataque contra ellos puede ser interpretado como un ataque contra la belleza misma. Las feministas no deben mostrarse tan mojigatas en sus esfuerzos, como para sentirse obligadas a negar de plano la belleza de una portada de *Vogue*. Ahí no está el meollo del asunto. La cuestión real es la siguiente: ¿es esta cara hermosa según unos cánones *humanos* —permite el desarrollo, el cambio y la decadencia, sobresale entre las demás sin necesidad de ayudas artificiales— o imita falsamente el tipo de belleza tan diferente de un objeto *inanimado*, como una madera que intentara ser metal?

Atacar al erotismo implica problemas similares. El erotismo es *excitante*. Nadie quiere librarse de él. La vida sería una lata o una rutina si careciéramos hasta de esta pequeña chispa estimulante. Ahí está el punto crucial. ¿Por qué toda la alegría y excitación ha sido concentrada y unificada en una parcela estrecha y difícil de alcanzar de la experiencia humana, dejando baldío todo lo demás? Cuando exigimos la eliminación del erotismo, no nos referimos a la eliminación del goce y excitación sexuales, sino a su redifusión sobre toda la trama de nuestras vidas —no implicaría una disminución, puesto que se desarrolla con el uso.

8. Cultura (Masculina)

La concepción del mundo, al igual que el mundo en sí mismo, es obra de los hombres; ellos lo describen desde su propio punto de vista, al que confunden con la verdad absoluta.

Simone de Beauvoir

La relación de las mujeres con la cultura ha sido de tipo indirecto. Ya hemos expuesto cómo la organización psíquica actual de los dos sexos dispone que las mujeres inviertan su energía emocional en los hombres, mientras estos «subliman» las suyas en el trabajo. Siguiendo esta senda, el amor de la mujer se convierte en el combustible que mueve la máquina cultural (Esto por no hablar de las «grandes ideas» nacidas directamente de las discusiones matinales de tocador).

Además de proporcionarle su soporte emocional, las mujeres tuvieron otra importante relación indirecta con la cultura: la inspiraron. La «musa» era femenina. Los hombres cultos estaban emocionalmente distorsionados por el proceso de sublimación; convertían la vida en arte y, por tanto, no podían vivirla. Las mujeres, sin embargo, y los hombres excluidos de la cultura siguieron en contacto directo con su experiencia —convirtiéndose, así, en interesante materia de estudio cultural.

Un ejemplo sacado de la historia del arte nos demuestra la intrinsicidad de las mujeres en el contenido cultural. Los hombres son estimulados eróticamente por el sexo opuesto; ahora bien, la pintura era quehacer masculino; por tanto, el desnudo pasó a ser un desnudo *femenino*. En aquellos casos en que el desnudo artístico masculino alcanzó niveles notables —ya fuera en la obra de un artista individual, como Miguel Ángel, o en todo un período artístico, como el de la Grecia clásica— los hombres eran homosexuales.

El contenido artístico, cuando lo hay, está en la actualidad todavía mucho más inspirado por las mujeres. Supongamos por un momento que eliminamos los personajes femeninos de las películas y las novelas más populares, incluso de las obras de directores «de fuerte sesgo intelectual» —Antonioni, Bergman o Godard—; no quedaría gran cosa, porque durante los últimos siglos, especialmente en la cultura popular —y debido, quizás a la problemática posición de las mujeres en la sociedad — las mujeres han pasado a ser el contenido principal del arte. En realidad, si analizamos la propaganda —aunque sea de un sólo mes— de la producción cultural, creeremos que las mujeres son lo único que ocupa el pensamiento de la gente.

¿Qué podemos decir acerca de las mujeres que han contribuido directamente a la

cultura? No hay muchas. En el caso de aquellas pocas que han participado en la cultura masculina, han tenido que hacerlo en sus propios términos masculinos. Es algo palpable. Al tener que competir *como hombres* y en una actividad masculina —mientras seguían presionadas para que se encontraran a sí mismas en sus antiguas funciones femeninas, funciones a todas luces contrapuestas a las ambiciones que se habían autopropuesto— no es de extrañar que rara vez resultaran tan habilidosas como los hombres en el juego de la cultura.

No es ya cuestión de igualdad de competencia, sino de *autenticidad*. Hemos Visto al hablar del amor cómo las mujeres modernas han imitado la psicología masculina, confundiéndola con la salud, y cómo han terminado por ello en peor situación que los mismos hombres; ni siquiera eran fieles a sus propias enfermedades. Hay todavía aspectos más complejos en esta cuestión de la autenticidad; las mujeres carecen de medios para llegar a un acuerdo acerca de qué es lo que *realmente* su experiencia les dicta y de si realmente ésta es distinta de la de los hombres. El instrumento de representación, de objetivación de la propia experiencia para poder examinarla, está tan plagado de prejuicios masculinos, que casi nunca pueden contemplarse culturalmente las mujeres a sí mismas a través de sus propios ojos. El resultado es que los contenidos de su propia experiencia que chocan con la cultura predominante (masculina), son rechazados y reprimidos.

Debido, pues, a que los dictámenes culturales son obra masculina y a que tan sólo presentan una perspectiva masculina sobre las cosas —intensificada ahora por el bombardeo masivo de los medios de comunicación— las mujeres no pueden conseguir una auténtica idea de sí mismas. ¿Por qué las mujeres, por ejemplo, se sienten excitadas por representaciones pornográficas de cuerpos femeninos? A través de su experiencia ordinaria del desnudo femenino —en los vestuarios de un gimnasio, pongamos por caso—, el espectáculo de otras mujeres desnudas puede resultar interesante (aunque probablemente sólo en la medida en que juzgan de acuerdo con criterios masculinos), pero no directamente erótico. La distorsión cultural de la sexualidad explica también cómo la sexualidad femenina se ve enzarzada en el narcisismo —las mujeres se hacen más el amor a sí mismas en forma sustitutiva, a través del hombre, que a éste por sí mismo. A veces, esta obsesiva difusión cultural del hombre-sujeto / mujer-objeto desensibiliza tanto a las mujeres con respecto a las formas femeninas que hasta orgásticamente se ven afectadas[42].

Existen otros ejemplos de los efectos distorsionantes de una cultura exclusivamente masculina sobre la perspectiva Femenina. Volvamos otra vez a la historia de la pintura figurativa. Ya *hemos* visto cómo en la tradición del desnudo las inclinaciones heterosexuales masculinas llevaban a insistir sobre la hembra más que sobre el varón, como forma estética y agradable a los sentidos. Una tal predilección por uno de los dos se basa, evidentemente, en una sexualidad artificial en sí misma, producto de creación cultural. Sin embargo, por lo menos cabría esperar el predominio del prejuicio opuesto en la visión de las mujeres artistas englobadas aún

en la tradición del desnudo. Pero no sucede así. Acudamos a cualquier escuela artística de este país y veremos las aulas llenas de muchachas trabajando diligentemente a partir de modelos femeninas, dando por sentado que el modelo masculino es de un modo u otro menos estético —en el mejor de los casos, poco usual— y sin preguntar jamás por qué el modelo masculino lleva un taparrabos, cuando la modelo femenina no se atrevería a soñar en aparecer ni con una cinta.

Si echamos una ojeada a las obras de famosas pintoras asociadas a la Escuela Impresionista del XIX, como Berthe Morisot y Mary Cassatt, una se extraña ante su obsesiva preocupación por el tradicional tema femenino: mujeres, niños, desnudos femeninos, interiores, etc. En parte esto se explica por las circunstancias políticas imperantes en la época; las pintoras ya eran lo bastante afortunadas pudiendo pintar lo que fuera, para atreverse a tocar el tema del desnudo masculino. Pero no es esto todo. A pesar de su soberbio dibujo y de su habilidad compositiva, estas mujeres siguieron siendo artistas de segunda fila, porque habían «plagiado» un conjunto de tradiciones y una visión del mundo inauténtica en ellas. Trabajaban dentro de los estrechos límites de lo que había sido definido como femenino por una tradición *masculina* —veían a las mujeres a través de ojos masculinos, pintaban la idea masculina de la hembra. Esta hazaña la llevaron además al último extremo, porque intentaron sobrepasar a los hombres en este menester; habían sido engañados por una cháchara aduladora (seductora). De ahí la falsedad que corrompe su obra, haciéndola «femenina», es decir, sentimental, huera.

Producir una verdadera obra de arte «femenina» exigiría a las mujeres un rechazo de toda la tradición cultural, puesto que la mujer que participa de la cultura existente (masculina) debe triunfar y ser juzgada según los criterios de una tradición en cuya confección no ha tomado parte —y, desde luego, en dicha tradición no hay el menor resquicio para una perspectiva femenina de las cosas, aun dando por supuesto que la mujer *pudiera* descubrir en qué consistiría dicha perspectiva. En aquellos casos en los que una mujer, cansada de perder en un juego regido por reglas masculinas, ha intentado tomar parte en la cultura *de un modo femenino*, ha sido menospreciada y mal interpretada; el *establishment* cultural (masculino) la ha clasificado como «*Lady Artist*», es decir, trivial, inferior, y ahí se acabó todo. Incluso en aquellos casos en que no ha quedado más remedio que reconocer (a regañadientes) su valía, se ha puesto de moda —manera sencilla de poner de relieve la propia «seriedad» y refinamiento de gustos— afirmar que es «buena» pero intrascendente.

Posiblemente sea cierto que la presentación exclusiva del aspecto femenino de las cosas —que tiende a ser una larga protesta lamentativa más que la representación de una existencia plena y sustantiva— es una visión limitada. Pero una cuestión de igual importancia y mucho menos planteada es la siguiente: ¿acaso esta visión es más limitada que la corriente visión masculina de las cosas, la cual, aunque no sea aceptada como verdad absoluta, es por lo menos considerada «seria», pertinente e importante? ¿Es realmente la Mary McCarthy de *The Group* una escritora tan por

debajo del Norman Mailer de *The American Dream?* o ¿es que está *describiendo* una realidad cuya onda los hombres, los controladores y críticos del «*establishment* cultural», son incapaces de sintonizar?

El hecho de que hombres y mujeres se hallan sintonizados en distinta longitud de onda, de que existe realmente una realidad enteramente distinta para unos y para otras, es algo enteramente evidente a partir de nuestra forma cultural más primaria — los libros de *cómics*. Hablo ahora de mis propias experiencias. Cuando era pequeña, mi hermano tenía una habitación entera de *cómics*. Pero, a pesar de ser yo una lectora voraz, esta inmensa librería *de cómics* no me interesó en lo más mínimo. Él prefería los «serios», como las «historietas bélicas» (*¡Aak-Aak-Aak!*) y Supermán; en plan de diversión más ligera, los «de humor», como Bugs Bunny, Tweetie y Sylvester, Tom y Jerry, y todos los estúpidos repetitivos que se empeñaron en publicar un mensaje más que evidente. Aunque estas «historietas de humor» irritaban la mayor sensibilidad de mis facultades estéticas, era capaz de leérmelas de un tirón. Pero, si hubiera disfrutado de una mayor libertad como hermana mayor y de una supervisión paterna algo menor, probablemente me hubiera enfrascado en la lectura de toda una colección «seria» de «historietas de amor» (GRAN LAGRIMA. Oh, Tod! ¡No le cuentes lo nuestro a Sue! ¡moriría!), ocasionalmente *True Confessions*; y para diversión más «ligera», Archie y Verónica, o aquellas variantes ocasionales más imaginativas de las historietas para niños como Plasticman o las historietas del Tío Scroofe McDuck dentro de la serie del Pato Donald —me encantaba la egoísta extravagancia de bañarse en dinero. (Muchas mujeres —privadas de su yo— me han confesado esta misma pasión de su infancia). Lo más probable, es que no hubiese invertido ningún dinero en libros de *cómics*. Los cuentos de hadas, mucho menos realistas, constituían mejores evasiones.

Mi hermano sostenía la opinión de que los gustos de las niñas eran de «sentimentalismo estúpido» y yo estaba convencida de que él era «basto e insensible». ¿Quién tenía razón? Ambos la teníamos, pero él ganó (la colección era suya).

Esta diferenciación continúa, operando a niveles superiores. Yo tuve que obligarme a mí misma a leer a Mailer, Heller, Donleavy y otros, por las mismas razones por las que no podía soportar los libros de mi hermano; para mí no eran otra cosa que versiones más complejas de (respectivamente) Supermán, Aak-Aak-Aak y de las Aventuras de Bugs Bunny. Pero, aunque la lectura «masculina» siguió repeliéndome, durante el proceso de adquisición de «buen gusto» (gusto masculino) perdí también el gusto por la lectura «femenina»; es más, llegué a odiarla. Y, me avergüenza confesarlo, la muerte me habría cogido antes con un libro de Hemingway en las manos que con uno de Virginia Woolf.

Para ilustrar en términos más objetivos esta dicotomía cultural, no necesitamos atacar los tigres de papel más evidentes (en todos los aspectos) —vgr. Hemingway, Jones, Mailer, Farrel, Algren y los demás. La nueva «escuela de la virilidad» de la

literatura del siglo XX constituye en sí misma una respuesta directa, es más, una violenta reacción cultural masculina a la creciente amenaza que se cernía sobre la supremacía masculina —«Virility, Inc.», un manojo de «tipos duros» culturalmente subdesarrollados, dando continuamente palos de ciego para salvar su condición de hombres.

Y aunque su fama es mayor, los escritos de dichos artistas sobre la experiencia «masculina» no son más perspicaces que los de Doris Lessing, Sylvia Plath o Annáis Nin sobre la experiencia femenina. En realidad son culpables de haber confundido deliberadamente su experiencia, cosa que convierte en falsos sus escritos.

En cambio, examinaremos un prejuicio más insidioso (porque es menos evidente) afincado en escritores que intentan con sinceridad describir el espectro total de la experiencia masculina/femenina —Bellow, Malamud, Updike, Roth, etc.—, pero que fracasan en su intento, a menudo sin conciencia de ello, por haber descrito esta totalidad desde un ángulo (masculino) limitado.

Echamos una breve ojeada a una narración de Herbert Gold, escritor no «masculino» ni en su estilo ni en el contenido de sus obras. Está hablando de lo que les interesa a las mujeres, es decir, relaciones —preferiblemente hombre/mujer, matrimonios, divorcios, líos amorosos. En esta narración —«¿Qué ha sido de tu criatura?»— describe el asunto amoroso entre un atormentado profesor joven de universidad con su rubia, una estudiante checa.

El retrato que se nos da de Lenka Kuwaila desde el punto de vista masculino del protagonista es únicamente sensual, aun suponiéndola sensible en tales términos. La historia empieza así:

> Una muchacha. Una muchacha alegre, bonita y malévola, plenamente cualificada tanto por su dulzura como por su crueldad. Cuando él miró en su mesa a la búsqueda de cigarrillos, encontró un sedoso montón de *panties* doblados como flores, que le aturdieron con la alegría de la primavera. Cuando ella se puso un par, llenando repentinamente los dos delicados pétalos de ropa formando dos capullos gemelos, fue como si el sol hubiera obligado a una flor a una delicada floración primaveral. ¡Oh! ¡La necesitaba, la amaba y, por esto, en honor de ambos, contemos la verdad de forma tan directa como ésta llega siempre!

Sin embargo, la verdad que se nos da «de forma tan directa como ésta siempre llega», es sólo su visión de la verdad:

> *Hay un momento en la vida de cada hombre en que éste es capaz de hacer cualquier cosa*. Ahora era este momento en la vida de Frank Curtiss. La pérdida de esperanzas de un arreglo con su esposa le había llevado a un goce

profundo con una hermosa muchacha. Hasta en casa parecían ir las cosas mucho mejor. Las querellas se enfriaron y calmaron. Su trabajo marchaba bien. Apenas necesitaba dormir y no sufrió su habitual alergia durante la primavera en que conoció a Lenka. Nada de molestias nasales, nada de ojos enrojecidos. Respiración profunda, visión aguda. El dolor de cabeza ocasional producido por la fatiga y el exceso quedaba curado al toque de su mano, ante su acogida cuando sonriente él llegaba, mostrando sus dientes, a través de la ventana.

Ahora bien, la verdad de ella debe de haber sido enteramente distinta, verdad de la que no tenemos ningún indicio en la narración hasta que un día (imprevisiblemente) Lenka escribe a la esposa una larga carta. El matrimonio en ruinas, que había ido mejorando de modo constante desde que Frank empezó su asunto con Lenka, es destruido para siempre:

Lenka abandonó New York sin verle, después de recibir su angustiosa llamada:
¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué tuviste que hacerlo de este modo, Lenka? ¿No ves que de este modo destruyes todo lo que existe entre nosotros, incluso lo pasado?
—No me importan los recuerdos. Lo pasado no significa ya nada. Está pasado. Lo único que querías era deslizarte por mi ventana un par de veces por semana…
—Pero ¿qué significaba el escribirle así? ¿Cómo…?
—Te preocupabas más por una harpía calculadora que por mí. Simplemente porque tenías un hijo.
—¿Por qué? ¿Por qué?
Ella le colgó el teléfono.
Se quedó contemplando con indiferencia el teléfono. Todas las mujeres del mundo le estaban colgando el teléfono. Estaba desconectado.

Sintiéndose traicionado y engañado, Frank cuida aturdidamente sus heridas. A lo largo de lo que queda de historia sentimos su desconcierto; no entiende qué ha podido moverla a hacer aquello, no «entiende a las mujeres». Por fin lo deja *correr* concediéndole «plenas cualificaciones por su crueldad» así como por su dulzura.

Ahora bien, la «crueldad» de Lenka es la consecuencia directa de la incapacidad que él tiene de ver en ella más que a «una muchacha» (alegre, bonita, o malévola), en vez de, quizás, un ser humano complejo con intereses propios distintos de los suyos. Sin embargo, gracias al sincero modo de relatar el incidente y el diálogo que tiene Gold, un lector perspicaz (probablemente femenino) podría leer entre líneas que

Lenka fue la traicionada. Veamos a Frank unos años más tarde en Manhattan:

Encontró a una muchacha que le ayudara a morder una manzana, sorbiendo su dulce jugo al amanecer y besándose finalmente como buenos amigos para volverse cada uno de su lado y conciliar el sueño… Se sentía libre… Arrojó lejos de sí el tubo de aspirinas. Su visión matrimonial de sí mismo como un búfalo pesado, peludo, cansado, con la cabeza gacha y el morro herido, dio paso a otra imagen: era delgado, su postura era buena, era un tipo ágil. Cuando su ex-esposa volvió a casarse, desapareció su último, vestigio de remordimiento. Libre, libre. Jugaba al *badminton* dos veces por semana con una muchacha francesa que pronunciaba «Badd-ming-tonn».

Feliz soltero otra vez, un día Frank llama impulsivamente a Lenka:

Pero después de decirle cuánto tiempo había permanecido en New York, ella le contestó que no sentía ningún interés por verle.
—Estaba resentido, seguramente lo comprenderás. Sigo pensando que anduviste muy equivocada, pero de todas maneras te estoy muy agradecido. Todo fue para bien.
—Y se ha terminado —contestó ella.

Más adelante, él la encuentra por casualidad. Está consumida por las drogas y alterna con clientes bajo la protección de un músico negro:

Ella podría haber inventado alguna estúpida mentira (para invitarle a subir a su habitación), pero reconoció la mirada de desprecio en la cara del hombre, y en su vida, que ahora contaba ya con un cuarto de siglo, había aprendido tan sólo una manera de responder al juicio de los hombres. Se apretó contra él con una mezcla de recelo y timidez en su cara, una semisonrisa provocadora, técnica felina muchas veces practicada, y sus ojos se llenaron de lágrimas al tiempo que los cerraba; las lágrimas se balancearon en sus húmedos párpados y rodaron por sus mejillas.
—Frank —dijo entrecortadamente—. Dejé de recordarte durante mucho tiempo, no sé cuánto, las cosas se pusieron difíciles, creí que estabas demasiado enfadado… Pero he estado recordando… Éste es el motivo… Perdona…
La rodeó con sus brazos y se la acercó, pero con más confusión que amor o ternura…
Entonces pensó en las cartas sobre las que ella acababa de mentir y de repente, mientras ella levantaba el rostro esperando ser besada, la imagen más

> viva de su mente era ésta: *ella era una mujer manchada*. Su miedo incontrolado llenó su mente de confusión —engaño, enfermedad, oculta compasión, lodo y retribución. Sin saber qué era lo que temía, se limitó a pensar:
> (—Inmundicia, marrullería, corrupción creciente, pústulas, llagas…)
> No pudiendo soportar las amarguras de Lenka, pensó: (—*¡Impostura, marrullería y vicio!*)
> La apartó de sí antes de que sus labios entraran en contacto; las uñas de Lenka se hincaron en su brazo, desgarrando la piel. Huyó. Sus sollozos le acompañaron a través de la puerta abierta, mientras él bajaba dando bandazos por las infectas escaleras y alcanzaba el aire libre de la calle.

Cae el telón. Frank acaricia a su esposa, que se encuentra en las primerías de su embarazo, preguntándose qué habrá sido de Lenka.

No se trata de una historia de contenido masculino ni es una historia de estilo «masculino». Hay en ella la suficiente descripción emocional para sonrojar a cualquier escritor masculino. Sin embargo, sigue siendo una narración «masculina» gracias a la peculiar limitación de su perspectiva de las cosas; en otras palabras, no comprende a las mujeres. Los motivos de Lenka para escribir a la esposa, su negativa a verle, su intento de seducción —descritos con una aversión tan abrumada de sentido de culpabilidad— son cosas que Frank no puede soportar, exactamente igual que sucede en la vida real con los demás hombres.

(«*No pudiendo soportar las amarguras de Lenka*», pensó: ¡Impostura, marrullería y vicio!) Conocer a una mujer más allá de las fronteras de su encanto, le resulta demasiado penoso. Juzga a las mujeres tan sólo con referencia a sí mismo y a lo que ellas pueden proporcionarle, sea en términos de belleza y placer o de dolor y amargura. No importa de qué se trate. Él no se preocupa por tal cosa, porque no se da cuenta de que su propio comportamiento puede convertirse en influencia decisiva.

Es posible imaginar una versión completamente distinta del mismo argumento, utilizando incluso los mismos datos y diálogo, pero escrita esta vez por la propia Lenka. Su comportamiento aparecería entonces quizás no racional, pero plenamente comprensible; en cambio, el carácter masculino parecería superficial. Hasta es posible que consiguiéramos algo más que terminar imbuidos en el prejuicio sexual opuesto; podríamos conseguir tres cuartas partes del cuadro completo (Frank es superficial porque es incapaz de vivir al nivel de sus emociones), porque las mujeres en general —debido a su prolongada opresión— han aprendido a ser más receptivas a la psicología masculina que los hombres a la femenina. Pero éste es un fenómeno que raras veces se ha dado en literatura, porque la mayor parte de las Lenkas están ya tan destrozadas por el uso y el abuso, que jamás serán capaces de escribir sus propias historias con la debida coherencia.

La diferencia, pues, entre el enfoque artístico «masculino» y el «femenino», no es únicamente —como algunos creen— cuestión de diferencia «estilística» en el tratamiento dado a un mismo contenido (estilo personal, subjetivo, emocional y descriptivo, frente a un estilo vigoroso, conciso, incisivo, frío y objetivo), sino del contenido mismo. El *sistema* de clases sexuales divide la experiencia humana. Hombres y mujeres viven en estas mitades distintas de la realidad. La cultura no hace más que reflejarlo.

Sólo unos pocos artistas han sido capaces de superar en su obra esta dicotomía. Una no puede por menos de preguntarse si los homosexuales tendrían o no razón al reclamar este privilegio para sí. En todo caso, aunque no sea a través de la expresión física, los más geniales artistas han sido hermafroditas en un sentido u otro. Durante el siglo XX, por ejemplo, escritores de la talla de Proust, Joyce o Kafka lo han conseguido, ya sea mediante una identificación física con la mujer (Proust), cruzando voluntariamente la línea divisoria con la imaginación (Joyce) o retirándose a un mundo imaginario pocas veces afectado por la dicotomía (Kafka). Pero no se limita al problema al hecho de que la mayor parte de los artistas no consigan superar la divisoria, sino que ni siquiera son *conscientes* de la existencia de una limitación cultural basada en el sexo —tanta es la aceptación que la realidad masculina tiene como «Realidad», por parte de hombres y mujeres.

Y ¿qué podemos decir de las mujeres artistas? Ya hemos visto que sólo en los últimos siglos se les ha permitido tener una participación —y únicamente sobre una base individual y en términos masculinos— en la confección de la cultura. Aun así, su perspectiva ha resultado falsa; se les negaba el uso del espejo cultural.

Además, hay muchas razones *negativas* en la entrada de la mujer en el mundo del arte. La abundancia crea siempre el dilettantismo femenino —vgr. la «señorita» victoriana, con todos sus talentos, o las artes de las gheisas japonesas— porque, aparte de servir como símbolo del bienestar masculino, la creciente ociosidad de las mujeres a medida que avanzaba el proceso de industrialización, creaba un problema práctico: había que mitigar el descontento femenino, para evitar su estallido. Es posible también que las mujeres ingresaran en el mundo del arte como refugio. Todavía en la actualidad las mujeres se ven excluidas de los centros vitales de poder de la actividad humana; el arte, en cambio, es una de las últimas ocupaciones que disfrutan de autodeterminación y que con frecuencia se realizan en la más estricta soledad. Pero en este sentido las mujeres son como una *Petty Bourgeoisie* que intentara abrir tienda en la era del «capitalismo corporativo».

En cuanto a los altos índices de participación femenina reciente en el mundo del arte, pueden decirnos más acerca del estado del arte que acerca del estado en que se encuentran las mujeres. ¿Es que hemos de alegrarnos de que las mujeres hayan asumido unas funciones que pronto van a encontrarse fuera de producción? (Al igual que sucede con el 95% de negros del Post Office, no se trata de un síntoma de integración; al contrario, es una manifestación de que a los indeseables se les empuja

hacia aquellas funciones que nadie quiere asumir. «¡Vamos, ocupa tu sitio y mantén la boca cerrada!»). El hecho de que el arte no sea ya un centro vital de atracción para los hombres más brillantes de nuestra generación, puede ser también consecuencia de la división varón/hembra, como intentaré demostrar en el próximo capítulo. Sea ello como quiera, es posible que la animación de mujeres y homosexuales reinante en torno a las artes en la actualidad, no signifique otra cosa que el rebullir de las ratas junto a un cuerpo agonizante[43].

Ahora bien, si la nueva ilustración femenina no ha dado grandes mujeres artistas, sí ha creado una audiencia femenina. Del mismo modo que las audiencias masculinas siempre han pedido y recibido un arte masculino que reforzara su propia visión de la realidad, una audiencia femenina exige un arte «femenino» que refuerce su realidad específica. De ahí el nacimiento de la inmadura novela femenina del siglo XIX, que conduce hasta la historia de amor de nuestros días, tan omnipresente en la cultura popular («los seriales melodramáticos»), al negocio de las revistas femeninas y al *Valle de las Muñecas*[44]. Quizás no se trate más que de unos comienzos inmaduros. La mayor parte de este arte es todavía primitivo, desmañado, pobre; pero, de vez en cuando, la realidad femenina está tan documentada como siempre lo ha estado la masculina. Un ejemplo lo tenemos en la obra de Anne Sexton.

Con el tiempo —quizás muy pronto— veremos surgir de este fermento un auténtico arte femenino. No veamos, sin embargo, como reaccionario el desarrollo de este arte «femenino», tal como acontece con su contrapartida, la «escuela de la virilidad» masculina. Se trata más bien de un quehacer progresivo —una exploración de la realidad estrictamente femenina es un paso necesario para corregir la distorsión existente en una cultura sexualmente predispuesta, Sólo después de haber integrado la cara oculta de la luna en nuestra concepción del mundo, podremos empezar a hablar en serio de una cultura universal.

* * *

Todos los elementos de la cultura han sido corrompidos, pues, en diversos grados por la polarización sexual. Resumamos las distintas formas asumidas por dicha corrupción:

1) *Arte protestatario masculino*. El arte que glorifica auto-conscientemente la realidad masculina (en el sentido de que se opone a aceptar por principio su identificación con la realidad misma) es sólo una aparición reciente. Para mí se trata de una respuesta directa a la amenaza a la supremacía masculina, contenida en el primer estadio de indiferenciación de las rígidas funciones determinadas por el sexo. Un arte de tal naturaleza es reaccionario por definición. A aquellos hombres que están convencidos de que dicho arte es lo que mejor expresa sus vivencias y sentimientos,

les recomiendo un examen detenido de su personalidad.

2) *La perspectiva masculina*. Dicho arte no consigue una visión global del mundo porque no reconoce que la realidad masculina no se identifica con la «realidad», sino sólo con una mitad de ella. La consecuencia es que el retrato que nos da del sexo opuesto y de su comportamiento (es decir, la otra mitad de la humanidad) es falso; el artista no comprende la motivación femenina. Algunas veces, como en el caso de la narración citada de Herbert Gold, los caracteres femeninos pueden todavía resultar verosímiles, si el autor ha sido fiel por lo menos al *cómo* —ya que no al *porqué*— de su comportamiento.

Un ejemplo muy conocido es el carácter de Catherine —sacado de la vida real— en la película de Truffaut *Jules and Jim*. Existen muchas vampiresas y *femmes fatales* de este tipo, que en realidad no son más que mujeres que rehúsan aceptar su situación de impotencia. Para conservar una ilusión de igualdad y conseguir un, ascendiente indirecto sobre los hombres, Catherine debe valerse del «misterio» («esfinge»), la imposibilidad de predicción de su conducta (se arroja al Sena) y las triquiñuelas (durmiendo con «hombres misteriosos» para mantenerle a «él» desasosegado). Cuando al final, como acontece con todas las mujeres, pierde hasta este poder ilegítimo, su orgullo no le permitirá admitir la derrota; por esto mata al hombre que se atrevió a huir de ella, al mismo tiempo que pone fin a su propia vida. Pero incluso aquí en un arte cuidadosamente elaborado, surge el prejuicio masculino. El director utiliza la mística de la «mujer misteriosa», pero sin intentar descubrir lo que hay debajo. Es más, no quiere saberlo; la utiliza sólo como fuente de erotismo. El retrato que se nos da de Catherine, nos llega únicamente a través de un velo.

3) *La mentalidad hermafrodita (de cultivo sólo individual)*. Aun en aquellos casos en que el artista ha conseguido vencer las limitaciones impuestas por el sexo, su arte debe revelar una realidad repulsiva por su propia dicotomía. Citemos brevemente otro ejemplo, sacado también del campo cinematográfico. Aunque los directores suecos se han manifestado muy liberados de los prejuicios personales del sexo (las mujeres que nos presentan, son primeramente seres humanos y después mujeres), el retrato que Liv Ullman nos da de la «noble esposa» que acompaña a su marido a través de los estadios de su creciente locura (*Hour of the Wolf*, de Bergman) o le ama en su misma degeneración moral (*Shame*, de Bergman), así como la confusa sensibilidad de Lena Nyman en *I am Curious (Yellow)* de Sjoman, son descripciones no de una sexualidad liberada, sino de un conflicto irresuelto aún entre la identidad sexual y la identidad humana.

4) *Arte femenino*. Se trata de una nueva rama que no debe confundirse con el arte «masculino», aunque por el momento sea culpable de los mismos prejuicios —en sentido inverso—, ya que puede representar los albores de una nueva toma de conciencia más que una fosilización de la antigua. Posiblemente dentro de la nueva

década veamos su evolución hacia la constitución de un arte nuevo y poderoso —unido quizás al movimiento feminista político o inspirándose en él—, que captará por primera vez en toda su autenticidad la realidad en que se mueven las mujeres.

Podemos asimismo contemplar una tendencia «crítica» femenina, que subraya en su afán corrector las diversas formas de prejuicio sexual que corrompen actualmente el mundo del arte. Ahora bien, con respecto a la tercera categoría citada —aquella en que el arte es culpable tan sólo de reflejar el precio pagado por la humanidad por una realidad sexualmente dividida— debe tenerse mucho cuidado en dirigir las críticas no contra los artistas, por su (cuidadosa) interpretación de una realidad imperfecta, sino contra lo grotesco de esta misma realidad, que el arte pone de manifiesto.

Sólo una revolución feminista es capaz de eliminar completamente el cisma sexual que produce estas distorsiones culturales. Hasta entonces el «arte puro» es una ilusión —una ilusión responsable tanto del falso arte femenino producido hasta la fecha, como de la corrupción de toda la cultura masculina. La incorporación de la olvidada mitad cultural de la experiencia humana —la experiencia femenina— al grueso de la cultura, es sólo un primer paso, una condición previa; pero debe destruirse el cisma constituido por la propia realidad, antes de que pueda haber una verdadera revolución cultural.

9. Dialéctica de la historia de la cultura

Hasta ahora hemos considerado a la «cultura» como sinónimo de «artes y letras» o, en su sentido más amplio, de «humanidades». Ésta es una confusión harto frecuente. Sin embargo, en nuestro contexto es más bien sorprendente, porque descubrimos que, aunque sólo en relación indirecta con el arte, las mujeres han sido absolutamente excluidas de otro apartado no menos importante de la cultura: la ciencia. Si al hablar de las artes pudimos recopilar por lo menos el suficiente material acerca de las relaciones entre mujeres y cultura —sea indirectas, bajo capa de influencia, estímulo o contenido, sea ocasionalmente directas, mediante participaciones activas— para llenar un capítulo, apenas encontramos ningún vínculo entre mujer y ciencia que sea digno de discusión. Quizás en su acepción más amplia resulte cierta nuestra afirmación de que las mujeres son la fuerza emocional qué se encuentra detrás de toda cultura (masculina), pero estamos ampliando la acepción del término para poder incluir en él la ciencia moderna, en la que los métodos empíricos exigen que la personalidad del científico quede completamente al margen de su investigación. La satisfacción de sus necesidades emocionales por medio de una mujer, en sus horas libres, puede contribuir a su mayor estabilidad; pero esto es traer las cosas por los pelos.

Aun concediendo que la relación indirecta de las mujeres para con la ciencia sea un punto discutible, no lo es su absoluta carencia de relación directa. Es necesario investigar a fondo para encontrar un solo nombre de mujer que haya contribuido en forma importante a la cultura científica. Añadamos que la situación femenina con respecto a la ciencia no está en vías de mejora. A pesar de que la labor investigadora ha pasado de las grandes mentes universales del pasado a pequeños equipos pragmáticos de investigación que operan en las universidades, hay muy pocas mujeres-científicos[45].

Esta ausencia femenina en todos los niveles de las diversas parcelas científicas es un tópico tan común que ha llevado a muchas personas (por otra parte inteligentes) a atribuirlo a alguna deficiencia (¿lógica?) inherente a las mujeres, o a las predilecciones femeninas por lo subjetiva y emocional antes que por lo práctico y racional. Sin embargo, no podemos desembarazarnos con tanta facilidad del problema. Es cierto que para la mujer la ciencia es territorio extranjero, pero ¿cómo se ha llegado a dicha situación? ¿Por qué hay ramas del saber o de la investigación que admiten exclusivamente mentes masculinas? ¿Por qué, para destacar, la mujer debe adquirir una psicología que le es ajena? ¿Cuándo y por qué la mujer fue excluida de esta mentalidad-tipo? ¿Cómo y por qué la ciencia ha llegado a ser definida y restringida al terreno de lo «objetivo»?

Me permito sugerir que las artes y las humanidades no fueron los únicos apartados culturales en verse corrompidos por la dualidad de sexos, sino que la

ciencia moderna se ha visto predeterminada por ella. Además, creo que *la cultura refleja esta polaridad en su propia organización*. C. P. Snow fue el primero en observar lo que cada vez era más evidente: la profunda división de la cultura —las artes y las ciencias se habían hecho cada vez mas irreconciliables entre sí. Por mucho que se siga invocando al hombre universal del Renacimiento, la especialización sigue creciendo. Éstos son algunos de los síntomas de una larga enfermedad cultural basada en el dualismo del sexo. Examinemos la historia de la cultura a la luz de esta hipótesis —la de que existe en ella una dialéctica subyacente del sexo.

I
Las dos modalidades de la historia de la cultura

Para los fines de nuestro análisis definiremos la cultura del modo siguiente: *Cultura es el intento del hombre por realizar lo concebible en lo posible*. La conciencia que el hombre tiene de sí mismo dentro de su medio lo distingue de los animales inferiores y le convierte en el único animal capaz de cultura. Esta conciencia, esta facultad superior, le permite la proyección de estados mentales de ser que no existen en el momento presente. Al poder construir un pasado y un futuro, se convierte en criatura temporal —historiador y profeta. Es más, puede imaginar objetos y estados de ser que jamás han existido y que posiblemente jamás existirán en el mundo real —lo que le convierte en creador de arte. Así, por ejemplo, aunque los antiguos griegos jamás supieron volar, pudieron imaginar la posibilidad. El mito de Ícaro no fue más que la formulación que su fantasía dio a su concepción del estado «volador».

Pero el hombre no sólo podía proyectar en su fantasía lo concebible. Aprendió también a imponerlo a la realidad. Al acumular conocimiento y adquirir experiencia sobre dicha realidad y su manejo, pudo moldearla a su semejanza. Esta acumulación de métodos para el control del medio, la técnica, es otro medio dirigido a la consecución del mismo fin, la realización de lo concebible en lo posible. Por ejemplo, si antes de Jesucristo el hombre podía volar en la alfombra mágica del mito o de su fantasía, en el siglo XX su tecnología, la acumulación de sus habilidades prácticas, le ha hecho capaz de volar realmente —ha inventado el avión. Pongamos otro ejemplo: según la leyenda bíblica, los judíos, pueblo agrícola encallado durante cuarenta años en el desierto, recibió de Dios el Maná, sustancia milagrosa que podía convertirse libremente en alimento de cualquier color, forma y gusto; pues bien, los modernos

procesos alimenticios, especialmente con la «revolución verde», crearán probablemente en fecha muy próxima una producción alimenticia completamente artificial, dotada quizás de estos atributos camaleónicos. También en las antiguas leyendas podía el hombre imaginarse especies cruzadas, como el centauro, el unicornio, o los partos híbridos, como el nacimiento de un animal a partir de un hombre o un nacimiento virginal; la revolución biológica en curso, con su creciente conocimiento del proceso reproductivo, podría crear en la actualidad estas «monstruosidades» en la realidad —aunque sólo en sus primeros estadios más imperfectos. Duendes y elfos, el «golem» de la ciencia judía medieval, el monstruo de Mary Shelley en *Frankenstein*, no fueron más que las construcciones imaginativas que precedieron en varios siglos a la correspondiente capacidad tecnológica. Muchas otras construcciones fantásticas —espíritus, telepatía mental, edad de Matusalén, etc. — son elementos todavía irrealizados por la ciencia.

Estas dos respuestas, la ideal y la científica no se limitan a existir simultáneamente, sino que hay un verdadero diálogo entre las dos. La construcción imaginativa precede a la tecnológica, aunque no suele desarrollarse hasta que el procedimiento tecnológico está «en el ambiente». Citemos el caso del arte de la Ciencia-ficción que se desarrolló tan sólo medio siglo antes de la revolución científica con la que sigue coexistiendo, revolución que está transformándola en realidad —por poner un ejemplo (inocuo esta vez), citemos los vuelos a la luna. Expresiones como «experimental», «vanguardista», «espacial» y el comentario «parece de ciencia-ficción» están a la orden del día. En la respuesta estética, debido a su característico avance en el tiempo y a ser, por tanto, producto de otra época, una misma realización puede adoptar un matiz sensacionalista o de irrealidad, vgr. el monstruo de Frankenstein comparado, pongamos por caso, con el *General Electric's CAM (Cybernetic Anthropomorphic Machines) Handyman*. (El artista nunca puede predecir el modo concreto en que su visión será traducida a la realidad).

La cultura es, pues, la suma y la dinámica correlativa de las dos modalidades por medio de las cuales la mente intenta superar las limitaciones y contingencias de la realidad. Estos dos tipos de respuesta cultural incluyen medios diversos para la consecución del mismo objetivo, la realización de lo concebible en lo posible. En la primera de ellas[46], el individuo niega las limitaciones de una realidad determinada, escapando de ella completamente para definir, crear su propia realidad posible. En las distintas coordenadas de su imaginación y objetivado de uno u otro modo —sea por medio del desarrollo de una imagen visual dentro de unos límites artificiales, como pueden ser cuatro pies cuadrados de tela, o por medio de imágenes visuales proyectadas mediante símbolos verbales (poesía); con una ordenación de sonidos en secuencia (música) o con una ordenación de ideas verbales en progresión (teología, filosofía)— el individuo crea un mundo ideal gobernado por el orden y armonía que él artificialmente ha impuesto, una estructura en la que conscientemente él pone en relación la parte con el todo, una construcción estática (y por tanto «atemporal»). El

grado en que dicha creación haya sido abstraída de la realidad, no importa, porque aun en el caso de mayor imitación aparente, ha creado una ilusión gobernada por su propio código —quizás oculto— de leyes artificiales. (Degas afirmó que el artista debía mentir para decir la verdad). A esta búsqueda de lo ideal, realizada con la ayuda de un medio artificial, la llamaremos «la modalidad estética».

En el segundo tipo de respuesta cultural se superan las contingencias de la realidad, no por medio de la creación de una realidad alternativa, sino mediante el dominio de los mismos procesos de la realidad; en ella se ponen al descubierto las leyes de la naturaleza y luego se las vuelve contra ella misma para moldearla de acuerdo con la concepción del individuo humano. Si existe un veneno, el hombre da por sentado que existe un antídoto; si existe una enfermedad, busca su remedio. Todo hecho de la naturaleza objeto de comprensión, puede ser utilizado para su propia alteración. Ahora bien, la consecución de lo ideal a través de tal procedimiento exige un espacio de tiempo muy superior y es infinitamente más penoso, especialmente en los primeros estadios del conocimiento, puesto que la inmensa y complicada máquina de la naturaleza debe ser plenamente comprendida (y siempre hay nuevos e inesperados estratos de complejidad) antes de poder ser controlada plenamente. Así, antes de poder hallar soluciones a las contingencias más profundas de la condición humana —vgr. la muerte— es necesario catalogar los procesos naturales del crecimiento y del declive, todas las leyes secundarias que guarden relación con las primarias. Este método científico (intentado también por Marx y Engels en su enfoque materialista de la historia) es un intento del hombre por dominar la naturaleza a través de una comprensión total de su mecanismo interior. A la coacción ejercida sobre la realidad con el fin de adaptarla al ideal conceptual del hombre mediante la aplicación de la información inferida de ella misma, la llamaremos «la modalidad tecnológica».

Hemos definido a la cultura como a la suma y la dialéctica existente entre los dos diversos modos en que el hombre puede resolver la tensión creada por la flexibilidad de sus facultades mentales dentro de las limitaciones de un medio dado. La correspondencia de estas dos diversas modalidades culturales con la dualidad de sexos es imposible negarla. Ya hemos observado cómo el reducido número de mujeres que han contribuido directamente a la cultura con su capacidad creadora, han gravitado hacia los campos incluidos dentro de la «modalidad estética». Hay una buena razón: la respuesta estética, se corresponde con el comportamiento «femenino». A ambas actividades se les puede aplicar idéntica terminología: subjetivo, intuitivo, introvertido, ansioso, propio de un sueño o fantástico, relacionado con el subconsciente (el *ello*), emocional e incluso temperamental (histérico). Paralelamente, la respuesta tecnológica es la respuesta masculina; objetiva, lógica, extrovertida, realista, relacionada con la fracción consciente (el ego), racional, mecánica, pragmática y bien asentada en la realidad, estable. La respuesta estética es así la recreación de la mitad del espectro psicológico adjudicada a la

hembra, mientras que la respuesta tecnológica es la magnificación cultural de la mitad masculina.

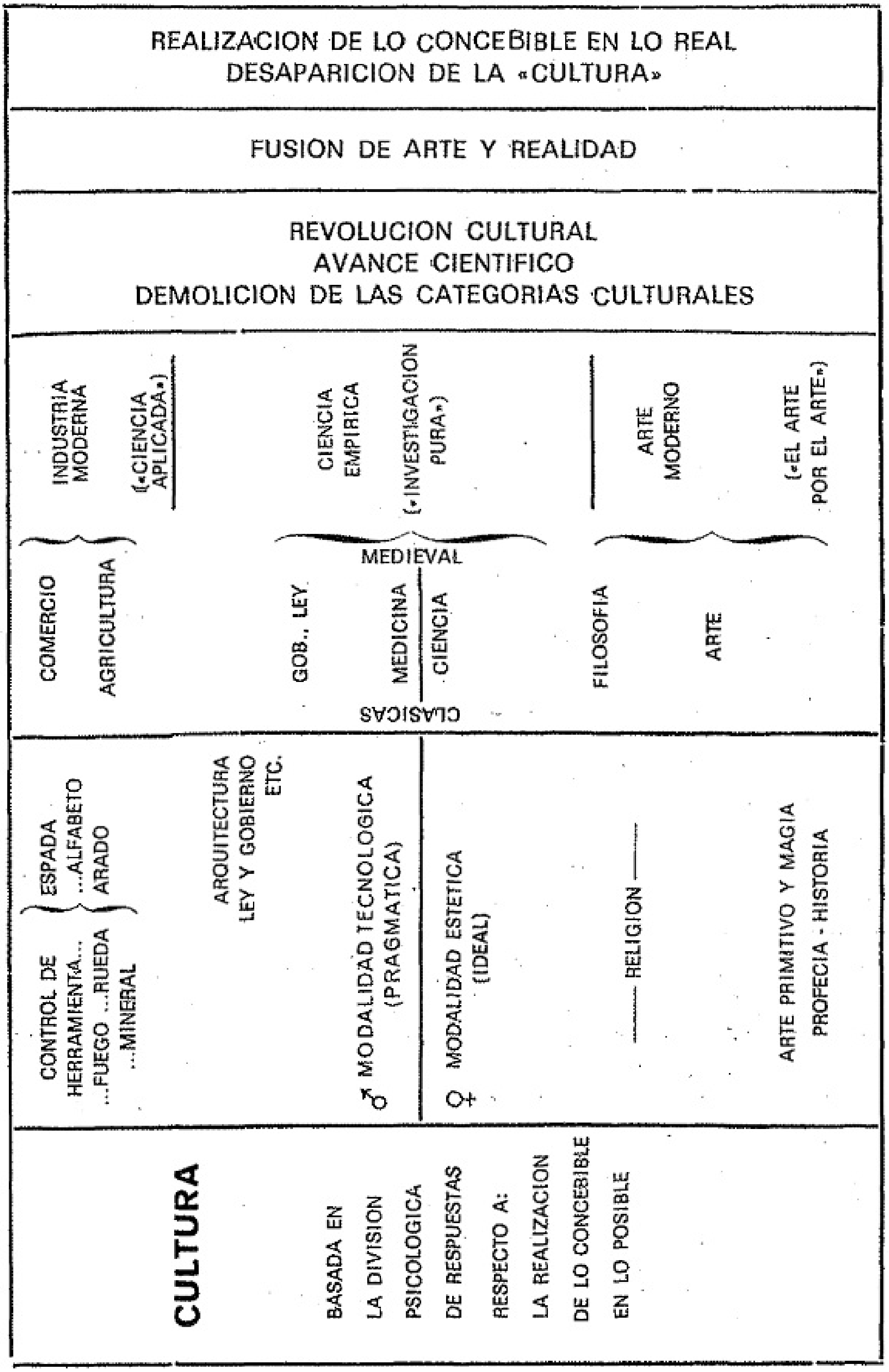
Del mismo modo que hemos admitido que la división biológica de los sexos destinada a la reproducción constituye la dualidad básica «natural» de la que surge toda división ulterior estamental, aceptamos ahora a esta misma división de sexos como raíz a su vez de esta división cultural fundamental. La interacción entre estas dos respuestas culturales, la «modalidad tecnológica» «masculina» y la «modalidad estética» «femenina», recrea —si bien a otro nivel— la dialéctica de los sexos, así como su superestructura —la distinción de castas y la dialéctica de las clases económicas. Además, del mismo modo que la fusión de las clases divididas —sexuales, raciales y económicas— es condición previa indispensable para toda revolución —sexual, racial o económica—, la fusión, de la cultura estática con la cultura tecnológica es la condición indispensable previa a toda revolución cultural. Del mismo modo, también, que el objetivo revolucionario de las revoluciones sexual, racial y económica es, más que una nivelación de las diferencias de clase, la eliminación total del sistema mismo de clases, el objetivo de una revolución cultural no debe limitarse a la integración de las dos corrientes de cultura, sino que debe alcanzar a la eliminación total de las categorías culturales —en otras palabras, a la eliminación de la cultura tal como la conocemos. Sin embargo, antes de que discutamos esta revolución cultural definitiva o siquiera el estado de la división cultural en nuestra propia época, veamos cómo actuó este tercer nivel de la dialéctica del sexo —la interacción entre las modalidades «estética» y «tecnológica»— para determinar el curso de la historia de la cultura.

* * *

Al principio el almacenaje de conocimientos técnicos fue un proceso lento. Poco a poco los hombres aprendieron a controlar los aspectos más elementales de su medio ambiente —descubrió la herramienta, el control del fuego, la rueda, la fusión del metal para confeccionar armas y arados, y, con el tiempo, el alfabeto—, pero estos descubrimientos eran pocos en número y muy espaciados entre sí, porque por el momento no se disponía de una sistemática de iniciación a ellos. Sin embargo, llegó un momento en que el hombre había reunido la suficiente cantidad de conocimientos prácticos para construir sistemas globales, vgr. la medicina o la arquitectura, y para crear instituciones jurídicas, políticas, sociales y económicas. La civilización evolucionó desde la primitiva tribu cazadora hasta una sociedad agrícola y, finalmente, a través de progresivas etapas, desembocó en el feudalismo, el capitalismo y los primeros intentos de socialismo.

Ahora bien, durante todo este tiempo la capacidad humana de representación de un mundo ideal ha estado muy por delante de su capacidad de creación de tal mundo.

Las formas culturales primarias de las antiguas civilizaciones —la religión y sus derivados, la mitología, la leyenda, el arte primitivo y la magia, la profecía y la historia— se encontraban dentro de la «modalidad estética»; imponían un orden tan sólo artificial e imaginario en un universo todavía misterioso y caótico. Incluso las teorías científicas primitivas no pasaban de ser metáforas poéticas en torno a aquello mismo que más tarde sería realizado empíricamente. La ciencia, la filosofía y las matemáticas de la antigüedad clásica, predecesores de nuestra ciencia moderna por un puro proceso imaginativo y operando en un vacío independiente de leyes materiales, anticiparon muchas cosas que luego iban a demostrarse ciertas: los átomos de Demócrito y la «sustancia» de Lucrecio se anticiparon miles de años a los descubrimientos de la ciencia moderna. Sin embargo, se realizaron sólo dentro del reino imaginario de la «modalidad estética».



Durante la Edad Media la herencia judeo-cristiana se fundió con la cultura pagana para producir el arte religioso medieval y la metafísica de Tomás de Aquino y los escolásticos. Aunque simultáneamente la ciencia árabe, prolongación del período

griego alejandrino (s. III a. C. hasta el s. VII d. C.), hacía un acopio considerable de información en áreas como la geografía, la astronomía, la fisiología y las matemáticas —tabulación esencial para el empirismo posterior— el diálogo era mínimo. La ciencia occidental, con su alquimia, su astrología, los «humores» de la medicina medieval, se encontraba aún en una etapa «pseudocientífica» o, de acuerdo con nuestra definición, operaba aún dentro de la «modalidad estética». Esta cultura estética medieval, compuesta por los legados clásico y cristiano, culminó en el Humanismo Renacentista.

Hasta el Renacimiento, pues, la cultura existió dentro de la «modalidad estética», porque, en el período precedente, la tecnología había sido tan primitiva y la compilación de conocimientos científicos tan incompleta. En términos de la dialéctica del sexo, este largo período de la historia de la cultura corresponde a la etapa matriarcal de la civilización: el Principio Femenino —oscuro, misterioso, incontrolable— reinaba, erigido por el hombre mismo, temeroso aún de la insondable Naturaleza. Los hombres cultos eran los sumos sacerdotes del homenaje; hasta el Renacimiento y durante todo él *todos* los hombres de cultura fueron practicantes de la modalidad estética ideal y siendo, por tanto, en cierto sentido artistas. El Renacimiento, el pináculo del humanismo cultural fue la edad de oro de la «modalidad estética» (femenina).

Fue también el principio del fin. En el siglo XVI la cultura se veía sometida a un cambio profundo representado por la transición del matriarcado al patriarcado en términos de dialéctica sexual y que correspondía al declinar del feudalismo en términos de la dialéctica de clases. Ésta fue la primera fusión de la cultura estética en la tecnológica y tuvo lugar en la creación de la ciencia moderna (empírica).

Durante el Renacimiento el escolasticismo aristotélico habíase mantenido vigoroso, aunque ya podían advertirse las primeras grietas en sus muros. Sin embargo, no fue hasta el advenimiento de Francis Bacon, que fue el primero en proponer la utilización de la ciencia para «extender los límites del poder y la grandeza del hombre», que se consumó la unión de las dos «modalidades». Bacon y Locke transformaron la filosofía —el intento de comprensión de la vida— de una especulación abstracta desligada del mundo real (metafísica, ética, teología, estética, lógica) en un descubrimiento de las leyes *reales* de la naturaleza por medio de la experimentación y la demostración (ciencia empírica).

En el método empírico propuesto por Francis Bacon, la intuición y la imaginación debían ser utilizadas únicamente en la primera etapa de la investigación. Debían formularse hipótesis provisionales por medio de la inducción de los hechos y luego, deducir lógicamente sus consecuencias y comprobar su consistencia mutua y su acuerdo con los hechos primarios y con los resultados de los experimentos *ad hoc*. La hipótesis debía convertirse en teoría aceptada sólo después de haber superado todas las pruebas y debería permanecer —por lo menos hasta que se probara su falsedad— como teoría capaz de predecir fenómenos con *un* alto grado de probabilidad.

La concepción empírica sostenía que, si se registraban y ordenaban de esta manera todas las observaciones y experimentos posibles, el «Orden Natural» surgiría automáticamente. Aunque al principio se seguía preguntando el «por qué» con la misma frecuencia que el «cómo», a medida que la información empezó a acumularse y cada descubrimiento empezó a encajar sobre el anterior como las piezas de un rompecabezas, el elemento especulativo, el intuitivo y el imaginativo fueron perdiendo valor cada vez más. Los fundamentos iniciales habían sido colocados por hombres de la talla de Kepler, Galileo y Newton —pensadores pertenecientes aún a la inspirada tradición científica «estética»—, pero ahora cientos de técnicos anónimos podían ocupar *los* resquicios para llegar en nuestros días a los albores de una edad de oro de la ciencia, que será para la «modalidad tecnológica» lo que el Renacimiento había sido para la «modalidad estética».

II
Las dos culturas en la actualidad

En estos momentos, en 1970, estamos experimentando un avance científico de la mayor importancia. La nueva física, la relatividad y las teorías astrofísicas de la ciencia contemporánea habían sido ya creadas en la primera parte del siglo. En su última parte estamos llegando con la ayuda del microscopio electrónico y otros instrumentos igualmente nuevos a éxitos similares en biología, bioquímica y todas las ciencias de la vida. Cada año se realizan importantes descubrimientos por pequeños grupos de investigación esparcidos por todos los rincones de los Estados Unidos y de otros países —descubrimientos de la importancia del DNA en genética o de la obra de Urey y Miller a principio de los años cincuenta sobre los orígenes de la vida. Ante nuestros ojos se alza ya el dominio pleno en fecha próxima del proceso reproductivo y ha habido importantes avances en la comprensión de los procesos básicos de la vida y de la muerte. La naturaleza del desarrollo y del envejecimiento, del sueño y la hibernación, el funcionamiento químico del cerebro y el desarrollo de la conciencia y la memoria, empiezan a ser comprendidos en su plenitud. Esta aceleración promete continuar durante cien años más o durante todo el tiempo necesario para la consecución de los objetivos del Empirismo: la comprensión total de las leyes de la naturaleza.

Esta sorprendente acumulación de conocimientos concretos en sólo unos cientos de años es el resultado del desplazamiento filosófico de la «modalidad estética» a la

«modalidad tecnológica». La combinación de ciencia «pura», ciencia según la «modalidad estética», con la tecnología pura, produjo un mayor progreso hacia los objetivos de la tecnología —la realización de lo concebible en lo real— que los conseguidos en miles de años de historia anterior.

El Empirismo en sí mismo no constituye más que los medios, una técnica más rápida y eficaz, para la adquisición del objetivo cultural último de la tecnología: la construcción de lo ideal en el mundo real. Uno de sus principios básicos es la necesidad de recoger y disponer en categorías una cierta cantidad de material antes de poder realizar ninguna comparación, análisis o descubrimiento decisivos. En este sentido, los siglos de ciencia empírica no han sido más que la construcción de los fundamentos para los avances de nuestra época y del futuro. A su vez, la recopilación de información y la comprensión de las leyes y procesos mecánicos de la naturaleza («investigación pura») no son más que los medios para un fin de mayor envergadura: la total comprensión de la Naturaleza para, en último término, conseguir su trascendencia.

A la luz del desarrollo y de los objetivos de la historia de la cultura, vuelve a ser digno de mención el objetivo final de Engels, citado más arriba a propósito de la revolución política:

> Todo el conjunto de circunstancias vitales que rodean al hombre y le han gobernado hasta ahora, pasan ahora a depender de su dominio y control, convirtiéndose aquél por primera vez real y conscientemente en Señor de la Naturaleza.

La ciencia empírica es a la cultura lo que el paso al patriarcado fue para la dialéctica del sexo y lo que el período burgués es para la dialéctica marxista, un estadio avanzado previo a la revolución. Además, las tres dialécticas se encuentran íntegramente relacionadas unas con otras tanto vertical como horizontalmente; la ciencia empírica, que surge de la burguesía (el período burgués es en sí mismo una etapa del período patriarcal), sigue al humanismo de la aristocracia («el principio femenino», el matriarcado) y con su desarrollo del método empírico destinado a la acumulación de conocimiento real (el desarrollo de la industria moderna dedicada a la acumulación de capital) con el tiempo se excluye a sí mismo del juego. El cúmulo de descubrimientos científicos (los nuevos modos de producción) rebasarán al final forzosamente el modo empírico (capitalista) de su utilización.

Del mismo modo que las contradicciones internas del capitalismo deben resultar cada vez más evidentes, lo mismo debe suceder con las contradicciones internas de la ciencia pura hasta el punto en que asume una vida propia, ciencia empírica —como en el aspecto del desarrollo de la vgr. la bomba atómica. Mientras el hombre siga entregado sólo a los medios —el estudio del organigrama interno de la naturaleza, la recopilación de conocimiento «puro»— para su realización final, el dominio de la

naturaleza, su conocimiento —al ser incompleto— es peligroso. Tan peligroso, que muchos científicos se preguntan por qué no vallar ciertos tipos de investigación. Sin embargo, esta solución es fatalmente inadecuada. El mecanismo empirista tiene su propia fuerza autóctona y, para tales efectos, está completamente fuera de *control*. ¿Podría alguien decidir en realidad que es lo que debe descubrirse y qué no? Por definición, esto es algo antitético a todo el proceso empírico iniciado por Bacon. Muchos de los más importantes descubrimientos han sido prácticamente accidentes de laboratorio, sin que los científicos que tropezaron con ello se dieran apenas cuenta de las repercusiones sociales que de ellos podían derivarse. Por ejemplo, hace cinco años nada más, el Profesor F.C. Steward de Cornell descubrió un proceso llamado «*cloning*»[47]. Mediante la colocación de una célula aislada de zanahoria en un medio alimenticio rotativo, podía conseguir la aparición de toda una lámina de células idénticas de zanahoria. La comprensión de un proceso similar con respecto a células animales más desarrolladas, en caso de error —como sucedió con algunos experimentos con drogas «que desarrollaban la mente»— podría tener implicaciones terribles. Imaginemos también la partenogénesis, el alumbramiento virgen —tal como es practicado por la mosca verde— aplicado a la fertilidad humana.

Otra contradicción inherente a la ciencia empírica es su concepción del universo mecanicista, determinista, «sin alma», que resulta de los medios utilizados para el Empirismo, más que del objetivo final del mismo (intrínsecamente noble y olvidado muy a menudo): la realización de lo ideal en la realidad.

Su precio en humanidad es extraordinariamente elevado en el caso del científico, que apenas pasa de ser un mero técnico cultural, porque, irónicamente, la adecuada acumulación de conocimientos acerca del universo exige un tipo de mentalidad que constituye el polo opuesto a la mentalidad comprensiva e integrada. Aunque a la larga los esfuerzos del científico individual pueden conducir al control del medio en beneficio de la humanidad, de momento el método empírico exige que quienes lo practican se conviertan en «objetivos», mecanicistas, superprecisos. La difundida imagen del Dr. Jekyll embutido en su bata blanca, sin sentimientos para con sus pacientes, meros conejillos de indias, no es falsa del todo. No hay espacio para los sentimientos en el trabajo del científico; se ve obligado a eliminarlos o aislarlos en la medida en que pueden constituir un riesgo ocupacional. En el mejor de los casos puede resolver el problema separando su yo profesional de su yo personal, compartimentalizando su emoción. Así pues, aunque a menudo entiende de arte de un modo académico —en cualquier caso, la frecuencia de estos conocimientos se da en un porcentaje mayor al de los artistas con conocimientos científicos—, el científico se halla fuera del alcance directo de sus emociones y sentimientos, o, en el mejor de los casos, se halla emocionalmente dividido. Su vida «privada» y «pública» no se encuentran en la mejor de las relaciones y, debido precisamente a que su personalidad no está todo lo integrada que debiera, puede mostrarse sorprendentemente convencional.

(—Querida, hoy he descubierto cómo reproducir artificialmente a la gente en el laboratorio. Ya podemos irnos a esquiar a Aspen).

Para él no existe ninguna contradicción en vivir de acuerdo con unas convenciones, ni siquiera en acudir a la iglesia, porque jamás ha integrado el fantástico material de la ciencia moderna en su vida cotidiana. A veces es necesario el uso abusivo de su descubrimiento para alertarle con respecto a esta conexión perdida hace ya tiempo en su mente.

El catálogo de los vicios del científico ya nos es conocido; duplica, exagera, el catálogo de los vicios «masculinos» en general. Es algo previsible. Si la «modalidad tecnológica» se desenvuelve a partir del principio masculino, es lógico suponer que sus practicantes desarrollarán las distorsiones de la personalidad masculina hasta el extremo. Dejemos a la ciencia a un lado por el momento, sin embargo, preparándose para la revolución cultural definitiva, para ver qué ha sucedido entre tanto con la cultura estética propiamente dicha.

Con la deserción de la filosofía en su sentido más clásico —incluyendo en ella la ciencia «pura»—, la cultura estética se hizo cada vez más estrecha y autometabólica, quedando reducida a las artes y humanidades en el sentido restringido y afinado en que actualmente las entendemos.

El Arte (referido a partir de este momento a las «artes liberales», especialmente a las artes y a las letras) siempre había sido el acólito de la religión y sus funciones eran las de articular el sueño común y objetivar los «otros» mundos de la fantasía común, vgr. el arte de las tumbas egipcias, con lo que explicaba y excusaba al mundo presente. Así, aunque apartado del mundo real, cumplía una importante función social —la de satisfacer artificialmente aquellos deseos de la sociedad no susceptibles de realización concreta por el momento. Aunque subvencionado y protegido tan sólo por la aristocracia, la élite cultural, jamás estuvo tan desligado de la vida real como lo iba a estar más tarde, puesto que la sociedad de la época se identificaba, para todos los efectos prácticos, con la clase gobernante, ya se tratara de la clerecía, la monarquía o la nobleza. Las masas jamás fueron consideradas por la «sociedad» fracción legítima de la humanidad; eran esclavos, meros animales humanos, parásitos o siervos, sin cuya aportación laboral la reducida élite cultural no hubiera podido automantenerse.

La gradual descomposición de la aristocracia por obra de la nueva clase media, la burguesía, fue el síntoma de la erosión de la cultura estética. Ya hemos visto que el capitalismo intensificaba los peores atributos del patriarcalismo; cómo, por ejemplo, la familia nuclear surgía de la amplia y flexible institución familiar del pasado, reforzando el cada vez más debilitado sistema de clases sexuales y oprimiendo a mujeres y niños con mucha mayor profundidad que anteriormente. La modalidad cultural favorecida por esta nueva burguesía, de fuerte cuño patriarcal, fue la «modalidad tecnológica» «masculina» —objetiva, realista, positiva, de «sentido

común»— más que la «modalidad estética» afeminada, «idealista romántica» y extraterrenal. La burguesía, al buscar lo ideal en lo real, desarrolló pronto la ciencia empírica que ya hemos descrito. El poco uso que todavía se hacía de la cultura estética, se limitaba al arte «realista» —en cuanto opuesto al arte «idealista» de la antigüedad clásica o al arte abstracto religioso de la antigüedad o de la época medieval. Durante algún tiempo se entregaron a una literatura que describiera la realidad —cuyo mejor ejemplo lo tenemos en la novela del s. XIX— y a un arte decorativo de caballete; vidas tranquilas, retratos, escenas familiares, interiores. Se construían museos y bibliotecas públicas junto a los antiguos salones y galerías privadas. Pero, con su toma de posiciones como estamento sólido e incluso primario, la burguesía no necesitaba ya imitar a la cultura aristocrática. Lo que es más importante aún, con el rápido crecimiento de su nueva ciencia y tecnología, la poca estima que aún conservaban por el arte, se eclipsó. Tomemos, por ejemplo, el descubrimiento de la cámara fotográfica; muy pronto la burguesía dejó de necesitar pintores retratistas; la cámara ejecutaba con mayor perfección lo que la burguesía podía exigir de ellos.

El arte «moderno» fue una venganza desesperada («*épater le bourgeois*»), pero auto destructiva, contra estas pérdidas —la desaparición de su función social, la rotura del cordón umbilical social, la disminución de las antiguas fuentes de mecenazgo. La moderna tradición artística, asociada fundamentalmente a los nombres de Picasso y Cézanne e inclusive de todas las principales escuelas del siglo XX —cubismo, constructivismo, futurismo, expresionismo, surrealismo, expresionismo abstracto, etc.— no es tanto una expresión auténtica de modernidad cuanto una reacción contra el realismo de la burguesía. El postimpresionismo renunció deliberadamente a todas las convenciones afirmadoras de la realidad —en realidad el proceso inicióse ya con el propio impresionismo, que descompuso la ilusión en sus valores formales, engullendo el todo real y devolviéndolo en forma de arte— para alcanzar eventualmente un estadio tan puro del arte por el arte; una negación tan completa de la realidad, que lo convertía finalmente en algo carente de sentido, estéril y hasta absurdo. (El hombre sencillo es *realmente* un reaccionario, porque conoce un fraude en cuanto le echa la vista encima). La deliberada violación, deformación y fracturación de la imagen, llamada arte «moderno», no ha sido más que cincuenta años de destrucción de ídolos conducente a la larga al callejón sin salida de nuestra cultura actual.

En el siglo XX, el arte, secada su Savia vital y anulada del todo su función social, es arrojado a las clases acomodadas de la actualidad, a aquéllos *nouveaux riches* —especialmente en América, que sigue sufriendo un complejo de inferioridad cultural— que necesitan todavía demostrar que «han llegado», exhibiendo un gusto cultural refinado. El secuestro de los intelectuales dentro de torres de marfil —las universidades— desde donde, si exceptuamos el terreno científico, poca influencia ejercen sobre el mundo exterior, por muy brillantes que sean (y no lo son, porque no

gozan ya del necesario proceso de retorno de influencias); la abstrusa jerga —a menudo completamente ininteligible— de las ciencias sociales; las exclusivistas publicaciones literarias trimestrales con toda su esotérica poesía; las elegantes galerías y museos de la Calle 57 (no es ninguna casualidad que se encuentren exactamente al lado de *Saks Fifth Avenue* y *Bonwit Teller*) atendidos y servidos, en su mayor parte, por tipos aduladores y serviles que recuerdan en sus modales a los peluqueros de las viudas ricas; los voraces establecimientos que se nutren de los restos de lo que en otro tiempo fue una gran cultura llena de vida… —todos estos elementos testifican la muerte del humanismo estético.

Durante los siglos en que la Ciencia escalaba nuevas cimas, el Arte decaía. Su forzado autometabolismo lo transformó en un código secreto. Fugitivo de la realidad —por definición propia— volvía ahora sobre sí mismo hasta tal punto, que corroía hasta la extinción de sus propias entrañas. Volvióse enfermizo —neurótico, auto-compasivo, pagado de sí mismo, retrógrado en su enfoque (en contraposición con la orientación futurista de la cultura tecnológica)—; ello le llevó a su congelación en convenciones y academias —ortodoxias de las que la «avantgarde» constituye simplemente su último eslabón— suspirando por las viejas glorias, los «días de grandeza pasados, cuando la belleza estaba en flor»; se hizo pesimista y nihilista, cada vez más hostil a la sociedad en cuanto tal —los «reaccionarios». Entonces, cuando la arrogante Ciencia joven intentó requebrar al Arte para sacarlo de su torre de marfil —convertida ya en buhardilla— con las falsas promesas del galán enamorado («Ya puedes bajar. Estamos convirtiendo día a día al mundo en un lugar mejor»), el Arte rehusó con mayor vehemencia que nunca tratar con él y, desde luego, negóse en absoluto a aceptar sus regalos corrompidos, refugiándose más profundamente que nunca en sus ensoñaciones —neoclasicismo, romanticismo, expresionismo, surrealismo, existencialismo.

El artista o el intelectual se consideraron a sí mismos o bien como miembros de una élite invisible, un «sabio», o bien como marginados de esta misma sociedad, mezclándose con lo que ellos consideraban las heces de su sociedad. En ambos casos, tanto si representaban el papel del «aristócrata» o el del «bohemio», se encontraban al margen de la sociedad considerada como conjunto. El artista se había convertido en un ser anormal. Su creciente alienación del mundo que le rodeaba —el nuevo mundo creado por la ciencia— debíase, especialmente en sus primeras etapas, a un terror increíble, que no hacía más que intensificar su necesidad de evasión hacia el mundo ideal del arte, al mismo tiempo que su falta de audiencia le llevaba a una mística de «genio». Como un ascético San Simeón en su pedestal, se esperaba que el «genio de la buhardilla» creara obras maestras en un vacío cultural. Ahora bien la arteria que le comunicaba con el mundo exterior había sido cortada. Su tarea, cada vez más imposible, le forzaba frecuentemente a una verdadera locura o al suicidio.

Confinado en un rincón y sin otro lugar a donde ir, el artista debe empezar a llegar a un acuerdo con el mundo moderno. Es un cometido que no se le da bien. Al

igual que un inválido que ha permanecido encerrado mucho tiempo, no sabe ya nada del mundo que le rodea —no tiene idea de política, de ciencia y ni siquiera de cómo vivir o amar. Hasta ahora, e incluso en la actualidad —aunque cada vez en menor grado—, la sublimación, esta distorsión de la personalidad, era algo recomendable; era el único modo (aunque indirecto) de alcanzar la plenitud. Sin embargo, el proceso artístico ha sobrevivido —casi— a su utilidad. Y el precio a pagar por ello es caro.

Los primeros intentos de enfrentamiento al mundo moderno han sido en su mayor parte erróneamente dirigidos. La Bauhaus, por poner un ejemplo famoso, fracasó en su objetivo de reemplazar un arte irrelevante de caballete (sólo unas cuantas ilusiones ópticas y sillas de diseño jalonan su tumba) para terminar en un híbrido que no es arte ni es ciencia y que, ciertamente, no es la suma de los dos. Fracasaron porque no entendieron la ciencia tal como es; para ellos, que contemplaban todavía las cosas según el antiguo modo estético, se trataba simplemente de un nuevo y rico contenido que debía ser asimilado por completo dentro del sistema estético tradicional. Es como si alguien se dispusiera a considerar un computador tan sólo como una serie bellamente dispuesta de luces y sonidos y olvidara por completo la función que le es propia. El experimento científico no se limita a ser bello, a constituir una estructura elegante, otra pieza de un rompecabezas abstracto, algo que puede ser utilizado en el próximo montaje (si bien los científicos, a su modo, consideran también a la ciencia como esta abstracción separada de la vida), sino que posee un significado real propio, parecido —no igual— a la «presencia», el «*en-soi*», de la pintura moderna. Muchos artistas han cometido el error de intentar anexionarse la ciencia de este modo, de incorporarla a su propia estructura artística, en vez de utilizarla para ampliar esta misma estructura.

¿Es todo el panorama actual de la cultura estética tan sombrío? No. Ha habido algunos hechos progresivos en el arte contemporáneo. Hemos visto ya cómo la tradición pictórica realista murió con la cámara fotográfica. Esta tradición se había elevado a través de los siglos hasta un nivel de ilusionismo pincelístico —examinemos un Bougeureau— equivalente o superior al de las primeras fotografías, consideradas por aquel entonces simplemente otro medio gráfico, como el grabado al aguafuerte. Los inicios del nuevo arte fotográfico y la tradición realista pictórica se entrecruzaron, se sumaron, en artistas que, como Degas, utilizaron una cámara en su trabajo. Entonces el arte realista adoptó una nueva senda: o bien se hizo decadente, académico, divorciado de todo sentido y marcado —como los desnudos que cuelgan de las clases de arte o de galerías de segunda fila— o se fracturó en la imagen expresionista o surrealista que aportaba una nueva realidad interna o fantástica. Entretanto, sin embargo, el joven arte fotográfico, basado en una verdadera síntesis de las «modalidades estética y tecnológica» (al igual que lo había sido el propio empirismo), siguió llevando hacia adelante la viva tradición realista. Y, del mismo modo que con la unión de los principios masculino y femenino, la ciencia empírica dio fruto, así aconteció con el medio fotográfico. Pero, a diferencia de otros medios

estéticos del pasado, derribó la división misma entre lo artificial y lo real, entre la cultura y la vida misma, sobre la que la «modalidad estética» se levanta.

Veamos otros hechos relacionados: el ensayo explorativo de materiales artificiales —vgr. los plásticos—, el intento de enfrentamiento a la misma cultura plástica (arte pop), la desaparición de las categorías tradicionales de medios de comunicación (medios combinados) y de las distinciones entre arte y realidad (representaciones activas, elaboración ambiental). Sin embargo, me cuesta calificar de progresivos sin más a estos últimos acontecimientos; por el momento, la mayor parte de su producción carece de sentido y es pueril. El artista no ha descubierto aún cuál es la realidad y mucho menos el modo de tratarla. La alineación de vasitos de papel en la calle o los pedacitos de papel arrojados en un cubilete vacío, por muchas críticas elogiosas que reciban en *Art News*, no son más que una pérdida de tiempo. Si intentos tan chapuceros aportan alguna esperanza, es en la medida en que son síntomas de la desaparición del arte «puro».

La fusión de la «modalidad estética» con la «modalidad tecnológica» ahogará gradualmente y en forma absoluta a la forma elevada del arte «puro». La primera abolición de categorías, el refundimiento del arte con una realidad (tecnificada), indica que nos encontramos en el período de transición pre-revolucionario, en el que las tres corrientes culturales separadas —la tecnología («ciencia aplicada»), la «investigación pura» y el arte «puro» moderno— se fundirán entre sí, paralelamente a la fusión de las rígidas categorías del sexo que ellas reflejan.

La polaridad cultural basada en el sexo sigue causando muchos desastres. Si el mismo científico «puro», vgr. el físico nuclear (y mucho más el científico «aplicado», vgr. el ingeniero) sufre de excesivo «masculinismo» y se convierte en autoritario, convencional, insensible emocionalmente, casi incapaz de comprender su propia labor dentro del laberinto científico —por no decir nada del cultural o social—, el artista, en consonancia con la división sexual, ha encamado todos los desequilibrios y sufrimientos de la personalidad femenina —es temperamental, inseguro, paranoide, derrotista y mezquino. Además, con la reciente retirada de los refuerzos llegados de más allá del frente (la sociedad) todo ello se ha exagerado enormemente; su desmesurado «ello» no tiene nada con qué equilibrarse. Mientras el científico puro es esquizofrénico o, peor aún, *ignorante* completo de la realidad emocional, el artista puro *rechaza* la realidad por su falta de perfección y, en los siglos modernos, por su fealdad[48].

¿Quién sufre más, el ciego (el científico) o el lisiado (el artista)? Culturalmente, se nos ha dado únicamente a escoger entre una función sexual o la otra —o un marginalismo social conducente al egocentrismo, introversión derrotismo, pesimismo, hipersensibilidad y falta de contacto con la realidad o una personalidad «profesionalizada» dividida, una ignorancia emocional y la estrecha perspectiva del especialista.

Conclusión: La revolución de la anticultura

He intentado mostrar cómo la historia de la cultura refleja la dicotomía sexual en su misma organización y evolución. La cultura se desarrolla no sólo a partir de la dialéctica económica subyacente, sino también a partir de la más profunda dialéctica sexual. Hay, pues, no sólo una dinámica horizontal, sino también una vertical; cada uno de estos tres estratos forma una versión más de la dialéctica de la historia basada en el dualismo biológico. En la actualidad hemos alcanzado los últimos estadios del Patriarcalismo, del Capitalismo (capitalismo corporativo) y de las Dos Culturas simultáneas. Pronto nos encontraremos con una triple serie de condiciones previas a la revolución, cuya ausencia fue la responsable del fracaso de las revoluciones del pasado.

La diferencia entre aquello que está casi al alcance de nuestra mano y lo que ya existe está engendrando fuerzas revolucionarias[49]. Nos estamos acercando —creo que habremos llegado dentro quizás de un siglo, si la bola de nieve del conocimiento empírico no estalla antes debido a su gran velocidad— a una revolución cultural, así como sexual y económica. La revolución cultural, al igual que la revolución económica, debe postularse en torno a la eliminación del dualismo (sexual) que se encuentra no sólo en los orígenes de las divisiones de clases, sino también en los de la división cultural.

¿Qué aspecto puede adoptar esta revolución cultural? A diferencia de las «revoluciones culturales» del pasado, no se trataría meramente de una escuela cuantitativa —más y mejor cultura— en el sentido en que el Renacimiento era la cima de la «modalidad estética» o en el que el actual avance tecnológico constituye la acumulación de siglos de conocimiento práctico acerca del mundo real. A pesar de su grandeza, ni la cultura «estética» ni la «tecnológica», aun en sus momentos álgidos, alcanzaron la universalidad; en un caso se trataba de una cultura globalista, pero divorciada del mundo real, y en el otro «alcanzaba el progreso» al precio de una esquizofrenia cultural y de la falsedad y aridez de la «objetividad». La próxima revolución cultural nos traerá la reintegración del varón («modalidad tecnológica») con la hembra («modalidad estética»), a fin de crear una cultura andrógina que se remonte por encima de ambas corrientes e incluso por encima de la suma de sus integraciones. Más que una unión, deberá ser una abolición de las propias categorías culturales, una cancelación mutua —una explosión de la materia con la antimateria, que finalice con el estallido de la cultura misma.

No la echaremos en falta. No la necesitaremos ya. Por aquel entonces la humanidad habrá dominado completamente a la naturaleza, habrá llevado a cabo sus sueños en la *realidad*. Con la plena consecución de lo concebible en lo real, el elemento sustitutivo —la cultura— no será ya necesario. El proceso de sublimación, una vía indirecta en la satisfacción de los deseos, dará paso a la satisfacción directa a

través de la experiencia, tal como experimentan ahora en exclusiva los niños o los adultos que utilizan drogas. (Aunque los adultos normales «se desenvuelven» a diferentes niveles, el ejemplo que más gráficamente ilustra para casi todo el mundo el nivel de intensidad de esta experiencia futura, que ocupa la posición cero en la escala de la consumación, pero que siempre vale la pena de un modo u otro, es la actividad amorosa). Será innecesario el control y posposición de la satisfacción del «ello», por parte del «yo»; el *ello* podrá vivir en libertad. El goce dimanará directamente del mismo ser y actuar —el proceso de la experiencia—, más que de la cualidad del logro. Mientras en la actualidad la «modalidad tecnológica» masculina puede por fin producir lo que la «modalidad estética» femenina había soñado, habremos eliminado la necesidad de ambas en el futuro.

10. Feminismo y ecología

La ciencia empírica ha dejado repercusiones tras de sí; el repentino avance tecnológico trastornó el orden natural, pero el interés reciente por la ecología, el estudio de las relaciones entre el hombre y su medio, quizás —estamos en 1970— haya llegado demasiado tarde. Desde luego es demasiado tarde para el conservadurismo, el intento de *restituir* los equilibrios naturales. Lo que se necesita es un programa ecológico revolucionario que intente establecer un equilibrio artificial *humano* (creado por el hombre) en sustitución del natural, realizando así de paso el objetivo original de la ciencia empírica: el dominio humano de la materia.

Las mejores de entre las nuevas corrientes ecológicas y de planificación social coinciden con los objetivos feministas. El modo en que estos dos fenómenos sociales, el feminismo y la ecología revolucionaria, han aparecido con una coincidencia tan aparente, ilustra una verdad histórica: las nuevas teorías y los nuevos movimientos no se desarrollan en el vacío, sino que surgen para apuntar las necesarias soluciones sociales a los nuevos problemas derivados de las contradicciones del medio. En este caso, ambos movimientos han surgido como respuesta a una misma contradicción: la vida animal dentro de la tecnología. En el caso del feminismo el problema es de tipo moral; la unidad familiar biológica ha oprimido siempre a mujeres y niños, pero ahora, por vez primera en la historia, la tecnología ha creado las condiciones reales previas para el desmantelamiento de estas circunstancias opresivas «naturales», junto con sus apoyos culturales. En el caso de la nueva ecología descubrimos que, *independientemente de toda postura moral* —tan sólo por razones pragmáticas, de supervivencia— se ha hecho necesario librar a la humanidad de la tiranía de su biología. La humanidad no puede permitirse por más tiempo la permanencia en el estado de tránsito entre la simple existencia animal y el control pleno de la naturaleza. El caso es que estamos mucho más cerca de un salto evolutivo importante hacia el control de nuestra propia evolución, que hacia un retorno al reino animal del que provenimos.

Así pues, en términos de la tecnología, moderna, un movimiento ecológico revolucionario tendría el mismo objetivo que el movimiento feminista: el control de la nueva tecnología con fines humanos y el establecimiento de un equilibrio «humano» beneficioso entre el hombre y el nuevo medio artificial que está creando, con el que sustituir al destrozado equilibrio «natural».

¿Cuáles de entre las preocupaciones de la ecología pueden tener interés directo para el movimiento feminista? Discutiré aquí brevemente dos aspectos de la nueva ecología que incumben particularmente al nuevo feminismo: la revolución y su control, incluyendo la gravedad de la explosión demográfica y los nuevos métodos para el control de la fertilidad, y la *cybernation*[50], la futura adopción por parte de las máquinas de funciones cada vez más complejas, alterando así la relación existente

entre la edad del hombre y su trabajo y salarios.

Al principio tomé muchas notas, elaboré esquemas completos sobre la explosión demográfica, citando una y otra vez toda clase de estadísticas escalofriantes acerca del índice de crecimiento de la población. Sin embargo, al reflexionar por segunda vez sobre ello, me pareció haberlo oído todo ya anteriormente y que lo mismo ocurriría con los demás. Quizás, convendría más a los objetivos de este libro el discutir por qué tales estadísticas son ignoradas de forma tan constante, porque, a pesar de las opiniones cada vez más escalofriantes de los expertos en este campo, muy pocas personas se preocupan seriamente. De hecho, la euforia y el *laissez faire* parecen estar creciendo en proporción directa a la necesidad de una acción inmediata destinada a prevenir un futuro desastre.

La relación entre ambas situaciones es directa: la incapacidad para enfrentarse al problema en busca de solución crea una falsa confianza, cuya amplitud es puesta de manifiesto por un reciente sondeo Gallup (3 de agosto de 1968) en el que, en respuesta a la pregunta «¿Cuáles son en tu opinión los problemas más apremiantes a que se enfrenta la nación en la actualidad?», menos de un 1% de los adultos consultados mencionaron el problema demográfico. Y, sin embargo, como mínimo, por citar a Lincoln H. Day y Alice Taylor Day —expertos en demografía— en su libro *Too Many Americans*, «Para sostener un aumento de otros 180.000.000 de habitantes (cifra que alcanzaremos dentro de cuarenta y cuatro años, con los índices actuales) este país debería sufrir cambios en el modo de vivir tan radicales como los que han tenido lugar desde Colón». Éste es el cálculo más conservador. La mayor parte de los demógrafos, biólogos y ecólogos son bastante más pesimistas. Continuamente se editan libros sobre la materia, cada uno de ellos añadiendo una nueva opinión a los terrores de la explosión demográfica (Si nos hubiéramos reproducido a este ritmo desde los tiempos de Cristo, en la actualidad habríamos… Si proseguimos con estos índices, la inanición parecerá… hacia el año… Un número tal de ratas apiñadas en una habitación, producen un comportamiento XYZ…), libros con títulos como *Famine, 1975, The Population Bomb*, etc. Los mismos científicos son presa del pánico. Se cuenta de un famoso biólogo de la Rockefeller University que dejó de hablar a su propia hija, después de que ésta dio a luz a su tercer hijo. Sus discípulos se multiplican a su cuenta y riesgo.

Sin embargo, el público permanece convencido de que la ciencia puede resolver el problema. Una de las razones por las que el hombre de la calle cree tan firmemente en que «ellos» pueden solucionarlo (además de la «mística del brujo», gracias a la que «ellos» parecen siempre encontrar una respuesta para todo) estriba en que la información se filtra tan lentamente desde las altas esferas hasta la calle. Por ejemplo, el público empezó a oír hablar de la «revolución verde» sólo cuando los científicos abandonaron la esperanza en ella, por constituir nada más que una desesperada medida transitoria destinada a posponer el hambre mundial durante otra generación; sin embargo, en vez de causar una alarma general y una acción inmediata, esta

información actuó como sedante.

El «milagro de la ciencia moderna» es sólo uno de entre un arsenal de argumentos que, a pesar de sus innumerables refutaciones, siguen apareciendo sorprendentemente una y otra vez. Así tenemos el argumento de los «excedentes alimenticios», el argumento de los «vastos espacios de tierra deshabitada», el argumento «económico» (el crecimiento de la población mantiene a la economía en marcha), el argumento «militar» (la población aumenta la capacidad de defensa, cf. el *Boogy-Woogy* chino) y muchos más variando su sofisticación en función del ambiente social de quienes los propugnan. Es inútil discutir (y por tanto no voy a hacerlo aquí) porqué no se trata en absoluto de una cuestión de exactitud informativa o de lógica. Hay algo más que une a todos estos argumentos. ¿Qué es?

Fondo común a todos ellos es el chauvinismo peculiar que se desarrolla en el seno de la familia. En capítulos anteriores hemos discutido algunos de los componentes de esta psicología: la mentalidad patriarcal preocupada sólo por sus propios intereses y por su progenie, en la medida en que ésta es heredera y extensión de su ego y en un envite privado por la inmortalidad (¿por qué preocuparse por el bien social comunitario, mientras —y ahí viene aquella hermosa frase— «tu y los tuyos» seáis «felices» cuando sobrevenga la gran catástrofe?); el chauvinismo del «unidos contra todos» (la fuerza de la sangre); la división entre lo abstracto y lo concreto, lo público y lo privado (¿qué puede haber más abstracto y público que una estadística demográfica?, ¿qué puede haber más concreto y privado que la propia reproducción?); la personalización de la experiencia sexual; la psicología de poder; etc.

Desgraciadamente, los izquierdistas y revolucionarios no constituyen ninguna excepción a esta deformación psicológica universal engendrada por la familia. También ellos ceden al «unidos contra todos», aunque esta vez a la inversa. Si el «*nosotros* unidos» —la clase superior y la intelectualidad más avanzada— aduce que «Es conveniente no tener por nuestra parte un descenso en los índices de natalidad, porque en este caso la chusma y/o los débiles mentales tomarían el mando»; todos *ellos* —la chusma (recientemente conocida como la «minoría extremista»)— contraatacan con la paranoia en torno a su propia desaparición por medio del control de natalidad —«el genocidio del Tercer Mundo y de los indeseables del país». Este temor está bien fundamentado. Sin embargo; es también responsable de la incapacidad de la Izquierda de comprender que, bajo los malos usos del control de natalidad, existe un problema ecológico auténtico que no puede ser rebatido con ningún argumento antojadizo ni con estadísticas imaginarias. Es cierto que los gobiernos imperialistas-capitalistas distribuyen con la mayor de las satisfacciones entre los habitantes del Tercer Mundo —o entre la población negra y los pobres en los Estados Unidos (particularmente entre las madres que utilizan los servicios de la seguridad pública, que son a menudo utilizadas como conejillos de indias para la puesta en práctica de los experimentos más recientes)—, mientras que en su país no

dudan en condenar a diez años de cárcel al hombre que proporciona Emko Foam a una jovencita soltera y blanca; es cierto también que una redistribución de la riqueza y recursos mundiales contribuiría grandemente a suavizar el problema, suponiendo que esto *pudiera* acontecer mañana. Sin embargo, el problema seguiría existiendo, porque su existencia es independiente de la política y economía tradicionales y, por tanto, no puede ser solventado con la economía y política tradicionales como únicos medios. Estas complicaciones políticas y económicas no son más que *agravamientos* de un auténtico problema ecológico. Una vez más los radicales no han conseguido pensar con la necesaria radicalidad; el capitalismo no es el *único* enemigo, la redistribución de la riqueza y de los recursos no es la *única* solución y los intentos de control demográfico no son los *únicos* intentos encubiertos de «supresión del Tercer Mundo».

Sin embargo, a menudo se comete un error mucho más grave; el *mal uso* de los descubrimientos científicos se confunde muchas veces con la propia tecnología. (¿Es que los militantes negros que abogan por una fertilidad sin control para sus mujeres negras, se permiten *a sí* mismos cargar con los sucesivos embarazos y con un número demasiado crecido de bocas que alimentar? Una se permite creer que también ellos encuentran en los anticonceptivos una buena ayuda para mantener el ritmo de su actividad predicadora). Como se demostró en el caso del desarrollo de la energía atómica, los radicales, en vez de darse golpes de pecho a propósito de la inmoralidad de la investigación científica, se mostrarían mucho más eficaces concentrando *todas* sus energías en exigir el control de los descubrimientos científicos por parte del pueblo y en su beneficio, puesto que —al igual que la energía atómica— el control de la fertilidad, la reproducción artificial y la *cybernation*, son por sí mismos descubrimientos liberadores —*a menos* de ser utilizados impropiamente.

¿Cuáles son los nuevos descubrimientos científicos en torno al control de tan peligrosa reproducción prolífica? Disponemos ya en la actualidad de más y mejores anticonceptivos que nunca antes en la historia[51]. Los antiguos medios de intervención directa, interceptores de la fecundación (diafragmas, preservativos, medios químicos) fueron sólo el comienzo. Pronto dispondremos de una comprensión absoluta de todo el proceso reproductivo en toda su complejidad, incluyendo la sutil dinámica hormonal y su influencia sobre el sistema nervioso. Los actuales anticonceptivos orales están aún en una etapa primitiva (imperfecta) y constituyen uno tan sólo de los muchos tipos de control de la fertilidad en experimentación. La inseminación artificial y la anovulación artificial son ya una realidad. La elección del sexo del feto y la fertilización en el tubo de ensayo (cuando la operatividad del esperma dentro de la vagina sea comprendida plenamente) son acontecimientos al alcance de la mano. Diversos equipos científicos están trabajando en el desarrollo de una placenta artificial. La misma partenogénesis —nacimiento virginal— podría ser algo no muy lejano.

¿Se siente la gente —científicos incluidos— propensa a tales eventualidades? Rotundamente no. Una reciente encuesta Harris, citada en la revista *Life*, realizada sobre una base representativa muy amplia de ciudadanos americanos —incluía, por ejemplo, a granjeros de Iowa— descubrió un número realmente sorprendente de individuos dispuesto tener en cuenta los nuevos métodos. El obstáculo estribaba en que su buena disposición a considerar su adopción se limitaba a aquellos casos en que tales métodos pudieran reforzar y ampliar los valores actuales de la vida familiar y de la reproducción, vgr. para ayudar a una mujer estéril a dar un hijo a su esposo. Todo cuanto fuera susceptible de ser interpretado como promoción de una «revolución sexual» era rechazado de plano como cosa antinatural. Obsérvese, sin embargo, que no era la fecundación en el «tubo de ensayo» lo rechazado como antinatural (el 25% de los consultados mostraron inmediatamente su conformidad a su utilización personal del sistema, generalmente una vez dadas las condiciones previas ya descritas), sino el sistema de valores basado en la eliminación de la supremacía masculina y de la familia.

Es evidente que la investigación en el campo de la reproducción se ve obstaculizada por el prejuicio sexual. A pesar del dinero destinado a estos sectores concretos de la investigación, la labor investigadora llevada a cabo, sólo accidentalmente beneficia a la mujer; en muchos casos, ni esto siquiera. Así, por ejemplo, el trabajo realizado en el desarrollo de una placenta artificial necesita todavía la excusa de su utilización en la salvación de los niños prematuros. Por esto, aunque sería mucho más fácil técnicamente trasplantar un embrión joven que un feto casi completamente desarrollado, todo el dinero se encauza hacia este último cometido. Otro ejemplo lo tenemos en la exclusión de la mujer del campo científico, como causa directa de la falta de investigación en torno a anticonceptivos masculinos. (¿Es posible que se considere a las mujeres conejillos de indias más aptos, porque a los ojos de los científicos masculinos sean «inferiores»? o ¿Se trata únicamente de que los científicos masculinos adoran la fertilidad masculina?). Son muchos los ejemplos que podríamos aducir al respecto.

El temor a los nuevos métodos de reproducción está tan extendido, que mientras escribo este libro se trata de un tema aún tabú fuera de los medios científicos. Hasta muchas de las mujeres del movimiento femenino de liberación —quizás más que las otras— tienen miedo de expresar cualquier tipo de interés por él, temerosas de confirmar las sospechas que los demás pueden sentir hacia su «anti-naturalidad», y emplean buena parte de sus energías en negar su supuesta antimaternidad, su supuesta defensa de la reproducción artificial, etc.

Yo no creo, como afirman muchas mujeres, que la razón de que no se considere hermosa a la preñez estribe en una distorsión cultural. La reacción

instintiva del niño (¿Qué le sucede a esta «señora tan gorda»?), el desvanecimiento compungido del deseo sexual del esposo y las lágrimas de la mujer ante el espejo cuando se contempla de ocho meses; son reacciones demasiado básicas para que las desdeñemos como simples hábitos culturales. El embarazo es la deformación temporal del cuerpo del individuo en beneficio de la especie.

Además, el parto *es doloroso*. Hace tres mil años, las mujeres que daban a luz «naturalmente» no tenían ninguna necesidad de fingir que el embarazo era una diversión o un orgasmo místico («aquella mirada soñadora»). La Biblia lo dijo: sudor y lágrimas. Los adornos no eran necesarios. Las mujeres carecían de elección. No se atrevían a protestar, pero por lo menos podían gritar cuanto querían durante los dolores del parto. Terminado éste e incluso durante el mismo, eran objeto de admiración (limitada) por su valentía; su valor se medía por el número de hijos (varones) que podían traer al mundo.

En la actualidad todo esto está muy confuso. El mismo culto del parto natural nos dice bien a las claras cuán lejos estamos de una verdadera identificación con la naturaleza. El parto natural no es más que otro elemento del reaccionario «retorno a la naturaleza» hippie-rousseauniano, tan pagado de sí mismo como él. Quizás una mistificación sublimista del parto, una fe verdadera, contribuya a facilitar las cosas a la mujer en cuestión. Los ejercicios pseudo-yoga —veinte embarazadas inspirando y expirando profundamente en el suelo— pueden llegar a ayudar a algunas mujeres a desarrollar actitudes «adecuadas» (como las de quienes dicen «No grité ni una sola vez»). La presencia del esposo compungido junto a la cama, al igual que los dolores empáticos de los hombres de ciertas tribus («Recuerda que lo pasamos juntos, querida»), puede contribuir a que una mujer se sienta menos sola durante el trance. Sin embargo, el hecho permanece: el parto, en el mejor de los casos, es necesario y tolerable, pero no es ninguna diversión.

(—Es como cagar una calabaza. —Me contestó una amiga cuando le pregunté acerca de «la gran experiencia que una se está perdiendo».

¿Qué hay de malo en cagar? Puede ser divertido —replica la «Escuela de la gran experiencia».

—Duele —contesta ella.

—¿Qué hay de malo en unos dolorcillos, con tal de que no te maten? —aduce la «Escuela».

—Es tina lata —réplica ella.

—El dolor puede ser interesante como experiencia —dice la «Escuela».

—¿Acaso no es un precio demasiado elevado por una simple experiencia interesante?

—Un momento. Ten en cuenta que recibes una recompensa —alega la escuela

> —. Un bebé todo tuyo, con el que puedes «hacerlo» siempre que te venga en gana. —Bueno, ya es algo —replica ella—. Pero ¿cómo saber que será varón como tú?).

La reproducción artificial no es por sí misma deshumanizante. Por lo menos, la posibilidad de opción debería hacer posible un re-examen sincero de los antiguos valores de la maternidad. En la actualidad, dar abiertamente la cara en contra de la maternidad por principio, es físicamente peligroso para una mujer. Sólo puede salir con bien, si añade que es neurótica, anormal, que odia a los niños y que, por tanto, «no está en condiciones».

> (—Quizás más tarde… cuando me encuentre mejor preparada). No puede decirse que sea un ambiente donde puede cuajar una decisión libre. Hasta que el tabú no desaparezca y hasta que la decisión de no tener hijos o de no tenerlos «de forma natural» sea una opción tan legítima por lo menos como el parto tradicional, las mujeres se encuentran virtualmente prisioneras de sus funciones femeninas.

Otro aspecto de la evolución científica difícil de asimilar dentro de nuestro sistema de valores tradicional es el nacimiento de la *cybernation*, la adopción por parte de máquinas cada vez más complejas de las funciones laborales —máquinas que pronto pueden igualar y superar al hombre en originalidad de pensamiento y en resolución de los problemas. Aunque puede aducirse que, como en el caso de la reproducción artificial, tales máquinas apenas han superado la etapa especulativa, debemos recordar que no hace más de cinco o diez años los expertos en la materia predijeron que cinco o seis computadores bastarían para satisfacer permanentemente las necesidades de todo el país.

La *cybernation*, al igual que el control de la natalidad, puede ser un arma de dos filos. Lo mismo que la reproducción artificial, el sólo pensamiento de que pudieran estar en manos de los poderes actuales constituye por sí mismo una pesadilla. No necesitamos insistir sobre este punto. Todo el mundo está familiarizado con la «tecnocracia» tal como se describe en *1984*[52]: la creciente alienación de las masas, el poder intensificado de la élite (quizás cibernéticos), las fábricas de niños, el aumento de la eficiencia gubernamental (el «Gran Hermano»), etc. No podemos dudar ni por un momento de que en manos de la sociedad actual la máquina sería utilizada —está siendo utilizada— para intensificar el aparato de represión y para acrecentar el poder establecido.

Como en el caso de la explosión demográfica y del control de la natalidad, la distinción entre el *uso indebido* de la ciencia y el valor mismo de la ciencia no está del todo claro para algunas mentes. En este caso concreto, aunque posiblemente la

reacción no sea tan histérica y evasiva, nos encontramos frecuentemente con la misma insistencia carente de imaginación sobre los males de la máquina misma, en vez de toparnos con el reconocimiento de su revolucionaria importancia. Abundan los libros y la investigación acerca de cómo evitar la «Tecnocracia, 1984» (vgr. *Privacy and Freedom* de Alan Weston), pero se ha meditado poco en torno a cómo hacer frente con eficacia con los cambios cualitativos en el estilo de vida que la *cybernation* traerá consigo.

Las dos perspectivas, el control, demográfico y la *cybernation*, producen la misma respuesta artificial porque en ambos casos el problema subyacente es un problema sin precedentes: un cambio cualitativo en las relaciones humanas con respecto tanto a su producción como a su reproducción. Necesitaremos casi inmediatamente —para poder hacer frente a los profundos efectos del control de la fertilidad y de la *cybernation*— una nueva cultura basada en una redefinición radical de las relaciones humanas y del ocio para las masas. Definir de forma tan radical nuestras relaciones para con la producción y la reproducción exige la destrucción simultánea del sistema de clases y de la familia. Habremos sobrepasado toda discusión acerca de «quién es el que se lleva la tajada»; nadie se la llevará, porque nadie «trabajará». La discriminación laboral carecería de toda base en una sociedad en la que las máquinas realicen el trabajo mejor que los humanos, de cualquier talla o habilidad. Las máquinas podrían así actuar de igualador perfecto, anulando el sistema de clases basado sobre la explotación de la mano de obra.

¿Cuál puede ser el impacto inmediato de la *cybernation* sobre la posición de las mujeres? Brevemente, podemos predecir lo siguiente:

1. Aunque en un primer estadio la automación seguirá proporcionando nuevos puestos de trabajo para las mujeres, vgr. perforadoras, programadoras, etc., probablemente tales puestos no durarán mucho (esta es la razón por la que las mujeres, mano de obra transitoria por excelencia, son preferidas en ellos). Con el tiempo, este control de las máquinas de tan sencilla especialización, dará paso a un conocimiento más universal de su control y, al mismo tiempo, a niveles más altos, a un conocimiento más especializado de sus funciones más complejas por parte de una nueva élite de ingenieros y cibernéticos. El tipo de empleos a que han accedido las mujeres, el último peldaño de los empleos burocráticos, serán automatizados. Al mismo tiempo, el trabajo doméstico se verá también cada vez automatizado, reduciendo aún más las legítimas funciones laborales de las mujeres.
2. La erosión de la posición del «cabeza de familia», particularmente en las clases obreras, puede conmover más profundamente aún la vida familiar y las funciones tradicionales de los sexos.
3. La inquietud masiva de los jóvenes, los pobres o los parados aumentará. A medida que crezca la dificultad de obtención de empleos y al no haber ninguna

> educación del ocio que pueda suavizar el consiguiente *shock* cultural, es probable que el fermento revolucionario se haga general. Teniéndolo todo en cuenta, es posible, pues, que la *cybernation* contribuya a agravar la frustración que las mujeres sienten ya con respecto a sus funciones y las empuje hacia la revolución.

Una revolución feminista podría ser el factor decisivo en el establecimiento de un nuevo equilibrio ecológico. Con ella, el toque de atención hacia la explosión demográfica, el desplazamiento de la preocupación por la reproducción hacia el problema del control de la fertilidad y las peticiones de desarrollo al máximo de la reproducción artificial, proporcionarían una alternativa a las opresiones de la familia biológica; la *cybernation*, al transformar las relaciones del hombre para con el trabajo y los salarios, al transformar la actividad de «trabajo» en «juego» (actividad realizada por mor de sí misma), permitiría una total redefinición de la economía, incluyendo a la unidad familiar en su capacidad económica. La doble maldición que obligaba al hombre a cultivar la tierra con el sudor de su frente y a la mujer a dar a luz con esfuerzo y sufrimientos, se vería anulada gracias a la técnica, haciendo que la vida realmente humana sea por primera vez una posibilidad. El movimiento feminista tiene la misión esencial de crear la aceptación cultural del nuevo equilibrio ecológico necesario para la supervivencia de la raza humana en el siglo XX.

Conclusión:
La revolución definitiva

I
Imperativos estructurales

Antes de empezar a hablar de alternativas revolucionarias, resumamos a fin de determinar qué elementos específicos son los que deben quedar cuidadosamente excluidos de las nuevas estructuras. Luego podremos seguir con nuestra «especulación utópica», dirigidas por lo menos por unas líneas maestras negativas.

Hemos visto cómo las mujeres —diferenciadas biológicamente de los hombres— se encuentran culturalmente diferenciadas de la condición «humana». La naturaleza fue quien produjo la desigualdad básica —media humanidad debe engendrar y criar hijos de toda ella— que más tarde fue consolidada e institucionalizada en beneficio de los hombres. La reproducción de la especie supuso un alto precio a pagar por las mujeres, no sólo en términos emocionales, psicológicos y culturales, sino también en los estrictamente materiales (físicos) —antes de la aparición de los nuevos métodos para él control de la fertilidad los continuos partos ocasionaban continuas «perturbaciones femeninas», envejecimiento prematuro y muerte. Las mujeres eran el estamento esclavo que sostenía la especie para dejar a la otra mitad libre para el manejo del mundo —muchas veces con toda una secuela de aspectos negativos, es cierto, pero también con toda una gama de aspectos creativos.

Esta división natural del trabajo prosiguió sólo a costa de un gran sacrificio cultural; hombres y mujeres desarrollaron tan sólo la mitad de sí mismos, a expensas de la otra mitad. La división de la psique en masculina y femenina para mejor reforzar la división reproductiva, tuvo consecuencias trágicas; la hipertrofia en los hombres del racionalismo y el impulso agresivo, y la atrofia de su sensibilidad emocional supuso un desastre tanto físico (la guerra) como cultural. El sentimentalismo y la pasividad de las mujeres acrecentaron sus sufrimientos (no podemos hablar de ellas en forma simétrica, puesto que como clase se vieron convertidas en víctimas gracias a la división). Sexualmente, hombres y mujeres se vieron encauzados hacia una heterosexualidad completamente estructurada —tiempo, lugar, procedimiento e incluso diálogo— y restringida a los genitales, en vez de extendida a todo el ser físico.

He aquí, pues, algunas sugerencias de sistema alternativo:

1) *La liberación de las mujeres de la tiranía de su biología reproductiva por todos los medios disponibles y la ampliación de la función reproductora y, educadora a toda la sociedad globalmente considerada tanto hombres como mujeres*. Esto es algo susceptible de ser realizado en muy diversos grados. Tenemos ya (tras dura lucha) la aceptación de la «planificación familiar», ya que no el control de la fertilidad por mor de sí mismo. Poco falta para que se nos propongan centros de cuidados infantiles diurnos, quizás hasta de veinticuatro horas, regidos tanto por hombres como por mujeres. Ahora bien, esto —en mi opiniones algo tímido, si no enteramente carente de valor como transición. Estamos hablando de un cambio *radical*; y, aunque dichos cambios no puedan surtir efecto súbitamente, deben mantenerse bien presentes en todo momento los objetivos radicales. Los centros de asistencia diurna engañan a las mujeres, aliviándolas de la carga inmediata, pero sin preguntar por qué esta carga pesa sobre las *mujeres*.

En el extremo contrario tenemos las soluciones más distintas basadas en los potenciales de la embriología moderna, es decir, la reproducción artificial —posibilidades todavía tan atemorizadoras que rara vez se las discute en serio. Hemos visto cómo este miedo está justificado hasta cierto punto; en manos de nuestra sociedad media y de nuestros habituales científicos (pocos de los cuales son mujeres o siquiera feministas), cualquier intento de utilizar la tecnología para «liberar» a alguien resulta sospechoso. Sin embargo, estamos especulando acerca de sistemas post-revolucionarios y, para los fines de nuestra discusión, presupondremos flexibilidad y buenas intenciones en los agentes operativos del cambio.

Una tal liberación de las mujeres de su biología constituiría una amenaza a la unidad *social* organizada en torno a la reproducción biológica y al sometimiento de las mujeres a su destino biológico, la familia. Nuestra segunda exigencia surgirá también como oposición fundamental a la familia, considerada esta vez como unidad *económica*:

2) *La plena auto-determinación, incluyendo la independencia económica, tanto de las mujeres como de los niños*. La consecución de este objetivo exige cambios fundamentales en nuestra estructura económica y social. Por esto debemos hablar de un socialismo feminista; en el futuro inmediato, bajo la égida del capitalismo, lo máximo a que podría aspirarse sería a una integración simbólica de las mujeres en el mundo laboral, porque éstas han demostrado constituir con frecuencia una fuente de mano de obra tremendamente útil, barata, transitoria y a menudo, muy hábil[53], por no decir nada del valor económico de su función tradicional, la reproducción y crianza de la generación siguiente infantil, trabajo por el cual reciben patrocinio (literal y figuradamente) en vez de paga. Sin embargo, se reconozca o no oficialmente, se trata de funciones esencialmente económicas. Las mujeres, en su

función actual, constituyen los fundamentos mismos de la superestructura económica, elementos vitales para su existencia[54]. Los Himnos dedicados a la maternidad autosacrificada tienen una base real: «Mamá es *realmente* un elemento vital del sistema de vida americano, bastante más que la tarta de manzana». Se trata de una institución sin la cual todo el sistema se vendría abajo, En términos capitalistas oficiales, el coste de los servicios económicos de la mujer[55] puede elevarse a 1/5 del producto nacional bruto. Sin embargo, el pago no es solución. La remuneración de la mujer —tal como se viene discutiendo seriamente en Suecia— es una reforma que no pone en entredicho la división básica del trabajo e incapaz, por tanto, de erradicar las desastrosas consecuencias psicológicas y culturales de tal división.

Por lo que respecta a la independencia económica de los niños es realmente un sueño fútil, que por el momento no ha sido puesto en práctica en ningún rincón del globo. También en el caso de los niños nos estamos refiriendo a algo más que a una justa integración en el estamento laboral; nos referimos a la abolición de la misma mano de obra en el contexto de un socialismo cibernético, a la reestructuración radical de la economía con el fin de hacer innecesario el «trabajo», es decir, el trabajo asalariado. En nuestra sociedad post-revolucionaria adultos y niños serían mantenidos —independientemente de sus contribuciones sociales— gracias a la primera distribución equitativa de la riqueza en él curso de la historia.

> Hasta ahora hemos atacado a la familia en un doble frente, poniendo en entredicho aquello en torno a lo cual está organizada: la reproducción de la especie por parte de las hembras y su consecuencia, la dependencia física de mujeres y niños. La eliminación de estos elementos equivaldría a la destrucción de la familia, que es quien nutre la psicología del poder. Sin embargo, en nuestra labor destructiva iremos aún más allá.

3) *La integración total de las mujeres y los niños en todos los aspectos de la sociedad global*. Todas aquellas instituciones que segregan a los sexos o separan a los niños de la sociedad adulta, vgr. la escuela elemental, deben ser destruidas. ¡*Abajo la escuela*!

Estas tres exigencias predican una revolución feminista basada en una tecnología avanzada. Y si las distinciones culturales varón/hembra y adulto/niño son destruidas, no necesitaremos ya la represión sexual que mantiene esta desigualdad de clases, permitiendo por vez primera una libertad sexual «natural». Ello nos conduce a:

4) *La libertad de todas las mujeres y niños para hacer cuanto deseen sexualmente*. No habrá razones ya para no hacerlo. Veamos las razones del pasado: una sexualidad plena amenazaba a la reproducción continuada necesaria para la supervivencia humana; por esto, a través de la religión y otras instituciones culturales

debía restringirse la sexualidad a fines reproductivos, pasando todos los placeres sexuales no-reproductivos a ser considerados inclinación desviada o algo peor. La libertad sexual de las mujeres habría puesto en entredicho la paternidad del niño, amenazando así al patrimonio. La sexualidad infantil debía ser reprimida por cuanto constituía una amenaza para el precario equilibrio interior de la familia. Estas represiones sexuales crecieron en proporción al grado de exageración cultural de la familia biológica. En nuestra nueva sociedad, la humanidad podría finalmente regresar a su sexualidad polimórfica natural; todas las formas de sexualidad serían permitidas y consentidas. La mente plenamente sexuada, realizada tan sólo en unos pocos individuos (supervivientes) en el pasado, pasaría a ser ahora universal. El logro cultural artificial no sería ya el único camino hacia una auto-realización sexuada; el individuo podría realizarse plenamente mediante el simple proceso de ser y actuar.

II
Miedos y consideraciones

Estos amplios imperativos deben formar la base de toda programación feminista radical más concreta. Sin embargo, nuestras exigencias revolucionarias serán recibidas probablemente con una actitud que abarcará desde un suave rechazo (—«es algo utópico… poco realista… descabellado… demasiado lejano todavía… imposible… sí, es posible que hieda, pero carecemos de algo mejor…») hasta la histeria (—«es inhumano… antinatural… enfermizo… pervertido… comunista… 1984… ¿qué? ¿la maternidad creativa va a ser abolida para tener los niños en tubos de cristal, monstruos creados por los científicos?, etc.»). Sin embargo, ya hemos visto que estas reacciones negativas pueden significar paradójicamente lo cerca que nos hallamos del meollo de la cuestión; el feminismo revolucionario es el único programa radical que se abre paso inmediatamente hasta los estratos emocionales subyacentes a toda política «seria», reintegrando así lo personal con lo público, lo subjetivo con lo objetivo, lo emocional con lo racional —el principio femenino con el masculino.

¿Cuáles son los componentes primeros de esta resistencia que impide a la gente experimentar fórmulas alternativas a la familia y de dónde proviene? Todos estamos familiarizados con los detalles del *Brave New World*[56] —frías colectividades, abolición del individualismo, reducción del sexo a un acto mecánico, niños convertidos en autómatas, el Gran Hermano invadiendo todos los aspectos de la vida privada, hileras de bebés alimentados por máquinas impersonales, el control eugénico

en manos del estado, el genocidio de lisiados y retrasados mentales en beneficio de una super-raza creada por técnicos de bata blanca, la consideración de toda emoción como debilidad, la destrucción del amor, etc. La familia que, a pesar de su opresión, es ahora el último refugio frente al poder invasor del estado, una protección que proporciona el escaso calor emocional, intimidad y confort individual obtenibles en la actualidad) sería destruida, permitiendo que todo este horror lo invadiera todo.

Paradójicamente, una de las razones por las que «la pesadilla de 1984» se nos aparezca con tanta frecuencia, estriba en que dimana directamente —exagerándolos — de los males de nuestra actual cultura basada en la supremacía masculina. Muchos de sus detalles visuales, por ejemplo, están sacados directamente de nuestros orfanatos y de las instituciones estatales para niños[57]. La pesadilla es consecuencia directa del intento de imaginar una sociedad en la que las mujeres se han hecho semejantes a los hombres, con las mismas frustraciones, destruyendo así un delicado equilibrio de relaciones de interdependencia.

Sin embargo, lo que nosotros sugerimos es exactamente lo contrario; en vez de concentrar el principio femenino en un retiro «individual», al que los hombres puedan acudir de vez en cuando en busca de alivio, queremos redifundirlo, creando por primera vez una sociedad de arriba a abajo. El difícil triunfo del hombre sobre la Naturaleza ha hecho posible restaurar el verdadero estado natural —le permite Conjurar la maldición que pesaba tanto sobre Adán como sobre Eva y restablecer el Jardín del Edén terrenal. Ahora bien, en su prolongado esfuerzo su imaginación se ha visto sofocada y teme una ampliación de sus penalidades a través de la incorporación de la maldición de Eva a la suya propia.

Sin embargo, existe una razón más concreta por la que esta imagen subconsciente amenazadora actúa en la destrucción de toda consideración seria del comunismo: el fracaso de los experimentos sociales del pasado. Los experimentos radicales, en aquellos casos en que han solucionado algún problema, han creado toda una nueva — y no forzosamente mejor— gama de problemas en sustitución. Echemos una rápida ojeada a algunos de estos experimentos radicales a fin de determinar las causas de su fracaso, puesto que —a mi parecer— en ningún caso podía sorprender la falta de éxito, dados los postulados originales del experimento y su contexto social específico. Podemos utilizar, pues, esta información como otra valiosa directriz negativa que nos muestra aquello que con más cuidado debemos evitar en nuestra programación.

El fracaso más importante de todos los experimentos sociales modernos fue el de las comunas en Rusia. (El fracaso de la Revolución Rusa en general es una espina en el costado de todo radical; sin embargo, su relación directa con el fracaso de las comunas raras veces es observada). Él fue quien irónicamente condujo a suponer una conexión causal entre la abolición de la familia y el desarrollo de un estado totalitario. Bajo esta luz, la reinstauración posterior rusa del sistema de familia nuclear es considerada como un último intento desesperado por salvaguardar los valores humanistas —intimidad, individualismo, amor, etc.— que estaban en trance

de rápida extinción.

Pero la verdad está exactamente en lo contrario: *El fracaso de la Revolución Rusa puede atribuirse directamente al fracaso de sus intentos de eliminación de la familia y de la represión sexual*. Como ya hemos visto, este fracaso fue causado a su vez por las limitaciones de un análisis revolucionario cuajado de prejuicios masculinos y basado tan sólo en las clases económicas, *sin* tener plenamente en cuenta a la familia, ni siquiera en sus funciones como unidad económica. *De ahí que todas las revoluciones socialistas habidas hasta la fecha han sido o serán fracasos absolutos* por estas mismas razones. Toda liberación inicial emprendida bajo el socialismo que conocemos, deberá revertir siempre en la opresión, debido a que la estructura familiar es la *fuente* de la opresión psicológica, económica y política. Los intentos socialistas destinados a suavizar la estructura de poder en el seno de la familia mediante la incorporación de la mujer en las fábricas o en el ejército, no pasan de ser veleidades reformistas. Así que no debe sorprendernos que el socialismo, tal como está montado en la actualidad en distintas regiones del globo, no sólo no aporte ninguna mejoría con respecto al capitalismo, sino que con frecuencia suponga un empeoramiento de la situación.

Éste es el modo en que se desarrolla uno de los principales componentes de «la pesadilla»: La destrucción de la familia como último refugio para la intimidad, el confort, el individualismo, etc.; la invasión total de la superestructura económica en todos los aspectos de la vida y la inserción de las mujeres en un mundo *masculino* en vez de la total eliminación de las distinciones de clase basadas en el sexo. Puesto que no se ha previsto ninguna medida tendente a restablecer el elemento femenino en el mundo, a incorporar lo «personal» en lo «público», y, puesto que el principio femenino ha sido minimizado y anulado en vez de difundirlo para humanizar el conjunto de la sociedad, el resultado es monstruoso.

Wilhelm Reich resumió en *The Sexual Revolution* las razones objetivas Concretas del fracaso de las comunas rusas, en el mejor análisis realizado hasta la fecha:

1. Confusión del liderato y evasión del problema.
2. La laboriosa empresa de la reconstrucción en general, dados el atraso cultural de la Antigua Rusia, la guerra y el hambre.
3. La falta de teoría. La Revolución Rusa fue la primera en su especie. No se había realizado ningún intento por enfrentarse a los problemas emotivo-sexo-familiares en la formulación de una teoría básica revolucionaria. (O, en nuestra terminología, careció de un «proceso de concienciación» en torno a la opresión femenina e infantil, así como de un análisis feminista radical previo a la misma revolución.)
4. La estructura psicológica sexual negativa del individuo, creada y reforzada por la familia a lo largo de la historia, obstaculizó la liberación del individuo de esta misma estructura. Como dice Reich:

> Debe recordarse que los seres humanos sienten un inmenso temor ante aquel mismo tipo de vida que tanto ansían, pero que se contrapone a sus estructuras propias.

5. Las explosivas complejidades prácticas de la sexualidad.

En el cuadro que Reich nos ofrece sobre la época, una siente la inmensa frustración de aquellas gentes que intentan liberarse a sí mismas sin disponer de una ideología profundamente meditada y que les pudiera servir de orientación. Al final, el hecho de haberlo intentado en forma tan voluntariosa y sin una preparación adecuada, hizo su fracaso más estrepitoso si cabe: *La destrucción del equilibrio de la polarización sexual sin su completa eliminación fue peor que la pura pasividad*.

Otro sistema comunal experimental, objeto de grandes alabanzas, es el kibbutz israelí. El fracaso no es, sin embargo, tan notorio. Suele afirmarse que los niños del kibbutz carecen de individualismo, que existe un «gregarismo» en su psicología, que es el precio a pagar por la eliminación de la familia. («Si *tú* quieres pagar el precio… pues, bien…»). En este caso concreto prefiero hablar por propia experiencia, aunque existen muchos libros sobre la materia. Mi impresión de la vida en el kibbutz es la siguiente:

La división laboral es tan fuerte *como* en todo el mundo (una mujer me explicaba que conducir un tractor puede destrozar la complexión de una mujer). Las muchachas extranjeras son las únicas que siguen preguntando por qué las mujeres no están trabajando en los campos, en vez de verse reducidas a la lavandería, la costurería o —en el mejor de los casos— los gallineros[58]. Los niños mantienen una fuerte identificación con sus padres genéticos (se oyen continuamente las palabras *Ema Sheli*, *Ema Sheli —«Mi madre*, *Mi padre*»— en el mismo tono en que cualquier niño americano diría: «—Si no lo haces, se lo diré a mi padre» o «Mi madre te va a dar una paliza, ¡ya verás!»). Los lazos familiares siguen siendo fuertes, aunque se haya conseguido superar sus peores efectos.

Por encima de todo, los niños son quienes siguen sufriendo en mayor grado la segregación, a pesar de que cuentan con sus propias ocupaciones —granjas de animales, horarios especiales de comidas y actividades diversas. Se continúa manteniendo el concepto de infancia con todas las actividades inherentes. La escolarización imita el modelo europeo, si bien se han eliminado algunos de sus peores aspectos, como las calificaciones; pero todavía existe el aula, con su proporción de uno a veinte y la aprobación de los adultos sigue siendo el objetivo final, no el aprendizaje por sí mismo.

Se fomenta cuidadosamente el patrón de las funciones en concordancia con el sexo, no se ha eliminado la segregación sexual (siguen habiendo cuartos de baño distintos para hombres y mujeres) y la homosexualidad o la bisexualidad son cosas tan poco comentadas que, cuando saqué el tema a colación, varias mujeres

abandonaron la habitación en señal de protesta. A pesar de los rumores en contra, el kibbutz es sexualmente cada vez más conservador (resulta muy embarazoso para una mujer soltera pedir píldoras para el control de la fertilidad y el contraer una enfermedad venérea es una ignominia) y es mirada con malos ojos toda alianza que no sea definitiva y con un compañero socialmente aprobado. La sexualidad del kibbutz sigue teniendo una organización convencional, muy poco distinta de la sexualidad de la sociedad en general. El tabú del incesto y sus consecuencias se han limitado a pasar de la familia al grupo de compañeros.

En realidad el kibbutz no es ningún experimento radical, sino un comunalismo limitado y constituido para llevar a la práctica los objetivos agrícolas. El kibbutz no es otra cosa que una comunidad de pioneros agrícolas, obligados temporalmente a sacrificar sus estructuras sociales tradicionales para mejor adaptarse a una gama peculiar de circunstancias nacionales. En el mismo momento en que estas circunstancias cambien, el kikbbutz cederá el terreno a lo «normal». Por ejemplo, las mujeres del remoto kibbutz donde permanecí estaban preocupadas por conseguir cocinas privadas como suplemento a la cocina comunal donde se servían comidas seis veces por día. Seguían en el papel de «solícita esposa», pero carecían del equipo adecuado para representarlo. Su interés nada fácil de satisfacer por los vestidos, las modas, el maquillaje y el atractivo personal, recordaba, es más, *se identificaba* con la añoranza que la joven del campo siente por los placeres de la gran ciudad —añoranza tanto más intensa en la fantasía, cuanto más difícil de realizar. Al atravesar la zona residencial del kibbutz al anochecer, podía fácilmente imaginar estar paseando por los tranquilos suburbios de una pequeña ciudad americana —los mismos hogares minúsculos cuidados con el mimo de todo pequeño burgués por su propiedad privada, el mismo esmero en la decoración de los apartamentos. (La vuelta al sistema de propiedad me fue explicada como una medida «simplemente realista». Los antiguos miembros de los kibbutzs habían compartido hasta el atuendo personal, pero pronto se cansaron de ello). La propiedad es aún una importante prolongación del yo, porque los niños siguen siendo objeto de propiedad. La fila de «pequeños» saliendo de la «casa de los niños» tras la «mamá», coincide con la imagen de un parvulario cualquiera. Los niños siguen estando oprimidos.

Es notable que, a pesar de la falta de radicalismo en torno al experimento del kibbutz, hayan dado resultados tan aceptables. Los resultados correspondientes a una simple disminución de la división del trabajo, de la mentalidad de propiedad, de la familia nuclear y de la represión sexual, son verdaderamente espectaculares. Mi impresión fue la de que los niños eran más sanos física, mental y emocionalmente que sus congéneres en la estructura familiar norteamericana; que eran más amistosos y desprendidos, con una gran curiosidad por el mundo exterior; que sus padres no eran tan nerviosos y quisquillosos y que, por tanto, sus relaciones con ellos podían ser mejores; y, por fin, que su creatividad e individualidad eran alentadas hasta donde podía alcanzar el esfuerzo de la comunidad[59].

Otro experimento limitado, pero que ha levantado un gran revuelo y ha producido resultados desproporcionadamente buenos es *Summerhill* fundado por A. S. Neill. En el famoso libro que él mismo escribió sobre su pequeña escuela experimental del norte de Inglaterra, *Summerhill: A Radical Approach to Childrearing* (libro que se encuentra en la biblioteca de todo liberal, radical, bohemio y/o padre pedagogo que se respete, en este país), describió la transformación de niños normales en niños «libres» que se auto-gobernaban. Ahora bien, *Summerhill* no es un enfoque «radical» de la educación infantil, sino un enfoque liberal. Neill, el tipo de maestro agradable y justo más que de verdadero innovador social[60], ha constituido un pequeño refugio para aquellas víctimas de nuestro sistema actual cuyos padres tienen el suficiente dinero e ideas liberales para mandarlos allí. Dentro de este retiro los niños evitan los perniciosos efectos del autoritarismo de la estructura familia y se finge una absoluta igualdad de poder con quienes dirigen el establecimiento (el voto de Neill tiene sólo valor de uno, aunque imagino que en una verdadera crisis la decisión no sería sometida a votación. En cualquier caso, los chicos saben siempre quién es el jefe, por muy benévolo que éste sea) y se suaviza la educación obligatoria —aunque los niños estudian sólo cuando ellos quieren, la estructura de las clases permanece igual, si bien algo suavizada—; la masturbación no es criticada, pero el intercambio sexual no es, desde luego, alentado (al fin y al cabo, observa Neill, con toda la razón, «ellos» eliminarían completamente la escuela). Lo peor es que la diversidad de funciones según los sexos no ha sido eliminada[61] y es algo que va más allá de las posibilidades de tal experimento, dado que los niños se encuentran ya psicosexualmente formados por la familia al tiempo de su ingreso —a los cinco o más años. Lo que tenemos es, pues, en todos los aspectos —psicológico, sexual, educativo— una suavización de los aspectos más rudos del sistema.

El problema no ha sido atacado de raíz. Legalmente los niños se encuentran todavía bajo la jurisdicción de los padres, quienes pueden hacer con ellos lo que les parezca. (Y los pequeños no están en situación de solicitar unos padres que los envíen a Summerhill). Neill se queja continuamente de que los padres pueden en unas solas vacaciones destruir toda su labor o de que pueden retirar al niño de su establecimiento en el mismo momento en que han desaparecido los peores efectos de la victimación. Teme al poder que ejercen sobre él. Al fin y al cabo, está a su servicio y, si no están satisfechos del «producto», «ellos» son quienes tienen la última palabra. Aun en el caso de aquellos padres que son devotos seguidores de la filosofía de *Summerhill*[62], resultan una molestia por sus constantes visitas e interrogatorios. Entre las dos clases de visitantes —los admiradores y los investigadores recelosos (entre los que deben contarse toda una caterva de investigadores oficiales)— los niños deben acostumbrarse a vivir como en un zoológico, cosa que no supone apenas mejoría con respecto a su condición normal de objetos.

¿Cómo podría ser de otro modo? *Summerhill* es un refugio aislado en el que los niños se encuentran más segregados —no menos— de los mayores e incluso de la

vida de la ciudad. Además la escuela depende totalmente de la buena disposición de los padres legales y de los subvencionadores liberales, sin los cuales no podría siquiera existir. Tampoco puede afirmarse que sea una comunidad autosuficiente con su economía propia, por lo que tiende más bien a convertirse en un establecimiento para niños perturbados abierto durante todo el año, cuyos padres han acudido al liberalismo como último recurso. Debido a que el número de niños, sobrepasa al número de mayores y a que ellos son el motivo central de la existencia de todo el proyecto, sus deseos, y opiniones son observados y «respetados» más que en casi ninguna otra parte del mundo, pero se trata de un respeto artificial no basado en una verdadera integración en una comunidad real.

Si con sólo unas reformas superficiales los niños manifiestan una conducta notablemente superior y su agresividad, represión y hostilidad se ven sustituidas por auténtica cortesía, desahogo psicológico y sinceridad, pensemos lo que podríamos esperar de ellos bajo circunstancias verdaderamente revolucionarias.

Un estudio detallado de éste y otros experimentos desde el punto de vista feminista radical, constituiría una contribución valiosa a la teoría feminista. Aquí la necesidad nos ha obligado a la brevedad. Nos hemos limitado a discutir algunos de los más importantes experimentos sociales modernos fundamentalmente para demostrar que no satisfacen nuestras cuatro exigencias mínimas para una revolución feminista.

Permítaseme resumir las causas de su fracaso:

1) Los vínculos especiales de la mujer con la reproducción biológica y la crianza de los niños, conducentes a una división desigual del trabajo, en ningún caso han sido cortados. Las funciones de la mujer se han visto ampliadas, no re-definidas. Las mujeres han sido integradas (parcialmente) en la superestructura económica masculina, generalmente con la única finalidad de satisfacer una necesidad específica, muchas veces transitoria, de mano de obra; pero la función femenina jamás ha sido extendida al conjunto de la sociedad. En consecuencia, las mujeres han conservado sus antiguas funciones y, en algunos casos, simplemente han incorporado una más.

2) En ocasiones —como en el caso de *Summerhill*— el experimento estaba supeditado a la economía —y a la buena disposición— de una comunidad más amplia (y represiva), convirtiéndose por tanto en algo parasitario y corrompido en sus propias raíces. Sin embargo, en aquellas; sociedades donde encontramos un socialismo en las fuentes mismas del experimento, el problema no tenía ya este cariz. Los niños de las Comunas y de los *kibbutz* se sienten tan dependientes del conjunto de la comunidad como pueden sentírselo de cualquier persona concreta; muchas veces llegan a participar activamente en el trabajo productivo. Sólo en el aspecto de la división del trabajo siguen fracasando (hablando en términos económicos) estos

experimentos y esto, como ya sabemos, se debe a otras razones.

3) La ininterrumpida segregación infantil y el no haber abolido la escuela o, por lo menos, no haberla, reestructurado radicalmente. Los métodos de segregación han variado y comprenden desde los vertederos de desechos —orfanatos qué más bien se parecen a un cuartel— hasta su versión más liberal —la aislada institución campestre de un *Summerhill* o un *Beit Yeladim* (la «casa de los niños» del *kibbutz*). Sin embargo, aunque haya podido amortiguarse su impacto destructivo, en ningún caso ha sido puesto en entredicho el concepto mismo de infancia o han sido abolidas del todo cuantas instituciones van ligadas a ella (la escuela moderna, las costumbres especiales infantiles, etc.).

4) La ininterrumpida represión sexual, en parte como resultado de su impotencia para cortar los vínculos especiales que unen a mujeres y niños y en parte debido a que los pioneros eran incapaces de superar sus propias estructuras «sexo-negativas»[63].

A estas cuatro causas de su fracaso añadiré una quinta:

5) No hubo una toma de conciencia ni análisis feministas antes de la iniciación del experimento. El mejor ejemplo de esta omisión lo tenemos en nuestros corrientes experimentos comunales americanos, que se limitan a extender la estructura familiar con el fin de que pueda abarcar mayor número de personas. La división del trabajo sigue vigente, porque las funciones de la mujer junto a la cuna o en la cocina no han sido sometidas a examen, así como tampoco la del hombre como proveedor del sustento. Y, dado que la relación «madre/hijo» permanece intacta, no debemos extrañarnos de que, en cuanto la comuna se desintegra, todos los «padrinos» desaparezcan, lo mismo que el propio padre genético, dejando a la madre en la estacada y carente incluso de la protección de un matrimonio corriente.

Por todo esto, nunca ha habido un caso verdadero de plena integración, como miembros, de mujeres y niños en el conjunto de la sociedad. La moderna experimentación social, al igual que el período matriarcal de la historia humana, representan sólo una relativa suavización dentro de un movimiento más amplio dirigido hacia la consolidación de la supremacía masculina a lo largo de la historia. Jamás ha conseguido modificar la realidad fundamental de la opresión sexual. Cualquier beneficio que haya reportado a mujeres y niños ha sido acompañamiento incidental de otros objetivos sociales —que, a su vez, viéronse obstaculizados por el vasto y no reconocido sustrato de la opresión sexual. Al no estar fundada su ideología en las premisas feministas mínimas enunciadas más arriba, estos experimentos no llegaron a alcanzar ni los objetivos democráticos más limitados que sus teóricos y líderes (masculinos) habían profetizado. Sin embargo, su éxito es susceptible de cambio; pero deberíamos controlar totalmente sus instituciones para eliminar absolutamente la opresión.

Sin embargo, para ser justos, debemos reconocer que sólo recientemente han empezado a existir en los países industriales más avanzados las condiciones previas auténticas para una revolución feminista. Por primera vez se hace posible atacar a la familia, no sólo con argumentos morales —en el sentido de que refuerza la división en clases sexuales, de base biológica, elevando a los varones adultos (quienes más tarde se dividirán a su vez según privilegios de raza y clase) sobre las mujeres de todas las edades y sobre los niños—, sino también con argumentos prácticos: ya no es necesaria o ya no es la institución más eficaz como unidad social básica de reproducción universal, aun en el caso de que la reproducción artificial no sustituya pronto a la reproducción biológica misma; la *cybernation*, al cambiar no sólo las relaciones del hombre para con su trabajo, sino su misma necesidad de trabajar, despojará con el tiempo a la división del trabajo que se encuentra en la base de la familia, del poco valor práctico residual.

III
La lenta agonía de la familia

La creciente labor erosiva de las funciones familiares por parte de la tecnología moderna debería haber producido ya algunos síntomas de su decadencia. Sin embargo, ésta no es ni mucho menos la realidad. La institución es arcaica, pero se han utilizado apoyos culturales artificiales para apuntalarla —sermones sentimentales, manuales orientativos, editoriales de periódicos y revistas, cursos especiales, servicios e instituciones para parejas (profesionales), padres y educadores infantiles, nostalgia, avisos a aquellos individuos que la ponen en entredicho o la eluden y, finalmente, si el número de desertores llega a constituir una seria amenaza, una reacción violenta que incluye la persecución abierta de los inconformistas. Esto último no ha sucedido por la única razón de que todavía no ha sido necesario.

El matrimonio se encuentra en la misma situación que la Iglesia: ambas instituciones están agonizando funcionalmente, mientras sus predicadores van pregonando una resurrección contabilizando ansiosamente sus convertidos en un día de temor. Del mismo modo que en muchas ocasiones se ha anunciado la muerte de Dios y Éste resucita a sí mismo solapadamente, cuantos refutan el matrimonio terminan casados a pesar de todo[64].

¿Qué es lo que mantiene tan vivo al matrimonio? He apuntado ya algunos de los

contrafuertes del matrimonio en el siglo XX. Ya hemos visto cómo la tradición romántica del amor extramarital, el heterismo que constituía el compañero inseparable del matrimonio monogámico, ha sido confundida intencionadamente con esta institución, la más pragmática de todas, dándole un mayor atractivo (impidiendo así que la gente experimentara otras formas sociales capaces de satisfacer sus necesidades emocionales tan bien o mejor que ella).

Bajo las crecientes presiones y difuminadas las bases pragmáticas de la institución matrimonial, las funciones propias de los sexos se relajaron hasta un punto que hubiera supuesto una humillación para un victoriano. *Éste* no tenía dudas frustradoras en torno a sus funciones propias, ni acerca de la función y valor del matrimonio. Para él se trataba simplemente de un arreglo económico susceptible de proporcionarle cierto beneficio egoísta al procurar fácil satisfacción para sus necesidades físicas y una descendencia. También su esposa tenía ideas claras acerca de sus deberes y compensaciones: renuncia a la propiedad sobre sí misma y sobre sus servicios sexuales, psicológicos y domésticos a perpetuidad, a cambio de un patrocinio y protección duraderos por parte de un miembro de la clase dominante; por su parte gozaba de un control limitado sobre la administración doméstica y sobre los hijos hasta que éstos alcanzaban cierta edad. En la actualidad este contrato basado en la división de funciones ha quedado tan disfrazado por el sentimiento que pasa completamente desapercibido para millones de recién casados e incluso para la mayor parte de los matrimonios maduros.

Ahora bien, esta difuminación del contrato económico y la consiguiente confusión de las funciones de cada sexo, no ha aliviado visiblemente la opresión de la mujer. Lo único que ha hecho en muchos casos ha sido colocarla en una posición más vulnerable. Abolidos casi del todo los matrimonios concertados directamente por los padres, la mujer —componente aún de una clase inferior— debe ahora conseguir el patrocinio y protección masculinos indispensables, para poner en práctica un juego desesperado, yendo a la caza de aburridos varones mientras ella mantiene una apariencia de frialdad. Incluso una vez casada, toda sobre-posición de funciones suele darse generalmente por parte de la mujer, no del marido; la cláusula del «cuidado y protección» es lo primero que se olvida, mientras que la esposa ha obtenido el privilegio de salir a trabajar con el fin de «ayudar», incluso con el fin de pagar los estudios de su marido. Más que nunca es ella el sostén del embate matrimonial, no sólo emocionalmente, sino también en sus aspectos más prácticos. Lo único que ha hecho ha sido añadir un empleo al que ya tenía.

Un segundo sostén cultural de la anticuada institución es la personalización de la experiencia matrimonial; cada persona entra en el matrimonio convencida de que lo que les ha ocurrido a sus padres o a sus amigos no le sucederá nunca a ella. Aunque el «naufragio matrimonial» se ha convertido en un *hobby* nacional y en obsesión universal —como queda atestiguado por el floreciente negocio de los libros-guía para el matrimonio y divorcio, por la industria de las revistas femeninas, por todo un

desahogado estamento de Consejeros matrimoniales y psiquiatras, repertorios enteros de chistes y gracias en torno a la cruz matrimonial, y por productos culturales como el serial romántico, del tipo familiar que encontramos en la televisión, vgr. *I Love Lucy* o *Father Knows Best*, y películas y obras teatrales cómo *Faces* de Cassavetes y *Who's Afraid of Virginia Woolf?* de Albee—, todavía se encuentra por todas partes explosiones de optimismo («Nosotros somos distintos») en las que el único buen matrimonio de la comunidad ejemplar de puertas afuera, en cualquier caso suele citarse para demostrar la posibilidad.

La personalización del proceso queda ilustrada en comentarios como éste:

—Sé que seré una buena madre.

Es inútil subrayar que *todo el mundo* dice lo mismo, que los mismos padres o amigos que ahora son desdeñados como «malos» padres y «deficientes» consortes empezaron el matrimonio y la paternidad exactamente con este mismo espíritu. Al fin y al cabo, ¿hay alguien que *escoja* un «mal» matrimonio? ¿Hay alguien que *escoja* ser una «mala» madre? Si fuera simplemente una cuestión de «buenos» o «malos» consortes o padres, siempre habría tantos de unos como de otros; en el sistema actual de matrimonio y paternidad universales, hay tantas esposas y niños afortunados como desafortunados; de hecho, todas las variedades de «bueno» y «malo» están destinadas a recrearse a sí mismas en idéntica proporción[65]. De esta manera el proceso de personalización sirve para que la gente se culpe a sí misma de su fracaso en vez de culpar a la institución; aunque la institución demuestre contingentemente su insatisfactoriedad e incluso su corrupción, les alienta a creer que su caso será distinto de un modo u otro.

Los consejos no pueden surtir efecto, porque la lógica no tiene nada que ver con las razones que mueven a la gente a casarse. Todo el mundo tiene ojos y todo el mundo tiene padres. Si la persona renuncia a toda evidencia, es porque debe hacerlo así. En un mundo que no puede controlar, las únicas instituciones que le prestan una *ilusión* de control, que parecen ofrecerle seguridad, protección o calor, son las instituciones «privadas» —religión, matrimonio/familia y, la más reciente, la terapia psicoanalítica. Pero, como ya hemos visto, la familia ni es privada ni es refugio, sino que está en conexión directa (es más, es su causa) con los males del conjunto de la sociedad a los que el individuo no puede ya enfrentarse.

Los baluartes culturales que acabamos de exponer —la confusión de amor romántico y matrimonio, la difuminación de sus funciones económicas y de sus rígidas funciones propias de cada sexo, el proceso de personalización, la ilusión de control y refugio, todo lo cual explota los temores de la persona moderna cuya vida se desarrolla en un ambiente cada vez más hostil— no constituyen la respuesta completa a la pregunta de por qué la institución matrimonial sigue prosperando.

Es improbable que estos factores negativos pudieran por sí solos sostener la unidad familiar como institución vital. Sería demasiado fácil atribuir la perpetuación de la estructura familiar únicamente a un ramalazo reactivó. Me temo que

descubriremos y al re-examinar el matrimonio a la luz de nuestras cuatro exigencias feministas mínimas, que cumple (en su estilo mezquino) una parte por lo menos de las exigencias tan bien o mejor que la mayoría de los experimentos sociales expuestos.

1. La liberación de las mujeres de la tiranía de la reproducción y educación de los niños, no puede decirse que se cumple. Sin embargo, las mujeres se ven a menudo aliviadas de los peores esfuerzos gracias a un estamento Servil y, en el matrimonio moderno, gracias a la moderna ginecología, a la «planificación familiar» y a la creciente adopción por parte de la escuela, guarderías diurnas, etc., de las funciones educadoras.
2. Aunque no suele concederse la *independencia* financiera de mujeres y niños, ambos grupos cuentan con un factor sustitutivo: la *seguridad* física.
3. Mujeres y niños, segregados del conjunto social, se encuentran integrados dentro de la unidad familiar —único sitio en que esto acontece. El hecho de que la poca acción recíproca existente entre hombres, mujeres y niños esté concentrada en una sola unidad social, hace mucho más difícil renunciar a ella.
4. Aunque la familia es la fuente de la represión sexual, garantiza a la pareja conyugal una constante —si no satisfactoria— satisfacción sexual y proporciona a los otros relaciones «frustradas» que son en muchos casos las únicas relaciones a largo plazo que jamás sostendrán.

Así pues, existen ventajas prácticas en el matrimonio a las que la gente se aferra. No todo es asunto de venta cultural. En una escala de porcentajes, el matrimonio —por lo menos en su desesperada versión liberalizada— saldría tan bien librado como mayor parte de las alternativas experimentales intentadas hasta ahora y que, como hemos visto, satisfacían también algunas de las estipulaciones, aunque no todas, o que las satisfacían todas parcialmente. El matrimonio tiene además la ventaja adicional de ser ya conocido.

Sin embargo, el matrimonio, por su misma definición, jamás podrá satisfacer las necesidades de sus partícipes, puesto que fue montado en torno a un estado biológico fundamentalmente opresivo, al que refuerza, y que sólo ahora podemos enmendar. Mientras mantengamos la institución, tendremos en su base las circunstancias opresivas. Necesitamos empezar a hablar acerca de nuevas alternativas que satisfagan las necesidades emocionales y psíquicas que el matrimonio —a pesar de su arcaísmo— satisface, pero que ellas satisfarían mejor. Ahora bien, en toda proposición tenemos que conseguir siempre ventajas superiores al matrimonio en nuestra escala feminista, porque de lo contrario, a pesar de todos los consejos, la gente seguirá prisionera —en la esperanza de que, aunque sólo sea una vez, aunque sólo sea en su caso, el matrimonio tenga éxito.

IV
Alternativas

La trampa clásica para todo revolucionario es siempre esta pregunta:

—¿Qué alternativas ofreces a cambio?

Pero aun en el caso de que *pudieras* ofrecer al interrogador un esbozo detallado, esto no significa que se sirviera de él; la mayor parte de las veces su deseo de saber no es sincero. En realidad se trata de un ataque común, de una técnica destinada a desviar la ira revolucionaria y volverla contra sí misma. Además, los oprimidos no tienen por qué andar convenciendo a toda la gente. Lo único que *ellos* necesitan saber es que el sistema actual los está destruyendo.

Pero, aunque cualquier derrotero específico debe surgir orgánicamente de la propia acción revolucionaria, me siento tentada a hacer aquí algunas proposiciones «peligrosamente utópicas» —tanto por simpatía hacia mi propia época preradical, cuando el «argumento de la falta de alternativas» me desconcertaba, como porque soy consciente de los peligros políticos encerrados en la peculiar falta de imaginación con respecto a las alternativas de la familia. Existen, como ya hemos visto, diversas razones justificativas de esta carencia. En primer lugar, no hay precedentes de ninguna revolución feminista en la historia; ciertamente, han existido mujeres revolucionarias, pero todas ellas han sido utilizadas por revolucionarios masculinos, quienes raras veces conceden siquiera un apoyo verbal fingido a la igualdad femenina; no cabe hablar, pues, de su apoyo a una estructuración feminista radical de la sociedad. A esto se suma que carecemos incluso de una imagen teórica de esta sociedad futura; no existe siquiera una literatura feminista «utópica». En tercer lugar, la naturaleza de la unidad familiar es tal que impregna más profundamente al individuo que cualquiera otra de nuestras organizaciones sociales; dondequiera que éste viva es alcanzado por el brazo de su influencia. He explicado ya cómo su estructura moldea la psique del individuo hasta que éste llega a concebirla como valor absoluto y a identificar como perversión la simple consideración de alternativas. Como factor concluyente, la mayor parte de dichas alternativas pueden suponer la pérdida del poco calor emocional que por lo menos la familia le proporciona, por lo que se siente presa del pánico. El bosquejo que me dispongo a trazar adolece de las limitaciones de todo plan trazado sobre el papel por un individuo aislado. Recuerda que estas soluciones no han sido concebidas como definitivas; que, de hecho, el lector puede trazar por sí mismo otro plan que satisfaga tan bien o mejor que éste los cuatro imperativos estructurales expuestos más arriba.

* * *

¿Cuál es la alternativa para 1984, si conseguimos ver satisfechas a tiempo nuestras peticiones?

La característica más importante a mantener en toda revolución es la *flexibilidad*. Propondré, en consecuencia, un programa de opciones múltiples —entrelazadas mutuamente—, unas transitorias y otras para un futuro a largo plazo.

Un individuo puede escoger un «estilo de vida» para una década y preferir otro en el período siguiente.

1) *Profesiones célibes*. Una vida solitaria organizada, en torno a las exigencias de una determinada profesión libremente elegida, que satisfaga las necesidades emocionales y sociales del individuo gracias a su peculiar estructura ocupacional, puede constituir una solución atractiva para muchos individuos, especialmente en el período transitorio.

Las profesiones celibatarias han desaparecido prácticamente, a pesar de que el estímulo a la reproducción no es ya una causa social válida. Las antiguas profesiones celibatarias, como la vida religiosa, las funciones cortesanas —bufón, músico, paje, caballero o escudero fiel—, los *cowboys*, marineros, bomberos, transportistas de uno a otro extremo del país, detectives o pilotos, tenían un carisma propio; no era ninguna deshonra ser célibe por causa de la propia profesión. Desgraciadamente estas funciones raras veces eran accesibles para las mujeres. Casi todas las funciones femeninas celibatarias (la tía soltera, la monja o la cortesana) seguían estando definidas por su naturaleza sexual.

Muchos científicos sociales están proponiendo en la actualidad, como solución al problema demográfico, el estímulo a «estilos de vida característicos» que, por definición, impliquen la no fertilidad. Richard Meier sugiere que estas profesiones celibatarias tan prestigiosas, antes reservadas sólo para hombres, abran sus puertas también a las mujeres; vgr. la profesión de «astronauta». Observa que, cuando estas ocupaciones existen, para la mujer —vgr. azafatas—, se basan en el atractivo físico de la joven y constituyen, por tanto, simples pasos intermedios para un mejor empleo o matrimonio. Añade:

> son tantas las limitaciones impuestas (al trabajo femenino, fuera del hogar), que uno llega a sospechar la existencia de una conspiración a nivel cultural, que convierta la función ocupacional en actividad tan desagradable, que el 90% o más de las mujeres prefiera el trabajo en el hogar como alternativa más ventajosa para ellas.

Con la ampliación de cuantas profesiones celibatarias sigan existiendo en nuestra cultura, con el fin de dar cabida en ellas a las mujeres, y con la creación de un mayor número de tales funciones unida a un programa de incentivos destinados a hacerlas remuneradoras, podríamos reducir de forma indolora el número de personas

interesadas en la paternidad.

2) «Vivir juntos». Practicada al principio sólo en círculos bohemios o intelectuales y ahora en franca expansión —especialmente entre la juventud metropolitana— la «cohabitación» se está convirtiendo en una práctica social corriente. Dicha «cohabitación» es la forma social laxa por la que dos o más miembros —de cualquier sexo— constituyen un pacto no-legal de camaradería sexual cuya duración varía en función de la dinámica interna de la relación. El contrato se realiza exclusivamente entre las dos partes; la sociedad no cuenta en él, puesto que no se incluye la reproducción ni la producción —cosa que crearía dependencias mutuas. Esta situación informal tan flexible podría extenderse hasta constituir la unidad-tipo en la que la mayor parte de la gente pudiera vivir prácticamente toda su vida.

Al *principio*, en el período transicional, es probable que las relaciones sexuales fueran monógamas (código moral único para hombres y mujeres, y expresión de la individualidad femenina), aun en el caso de que la pareja eligiera compartir su vida con otras. Podríamos asistir incluso a la prolongación de pactos de vida en común estrictamente asexuales («compañeros de habitación»). Sin embargo, tras varias generaciones de vida no-familiar, es posible que nuestras estructuras psicosexuales sufrieran una alteración tan radical, que la pareja monógama —o la relación «a-objetal»— quedarían superadas. En cuanto a las relaciones sustitutivas sólo podemos realizar conjeturas; ¿quizás se daría paso a verdaderos «matrimonios de grupo», matrimonios colectivos transexuales en los que tuvieran cabida los niños a partir de cierta edad? No lo sabemos.

Las dos opciones expuestas hasta ahora —las profesiones celibatarias y la «cohabitación»— existen ya en la actualidad, pero sólo fuera del curso normal de la sociedad o por breves períodos en la vida del individuo normal. Queremos *ampliar* estas opciones, para que en ellas tengan cabida muchas más personas y durante períodos más largos de su vida, transfiriendo a ellas los incentivos culturales que actualmente refuerzan el matrimonio y, finalmente, haciendo estas alternativas tan frecuentes y aceptables como lo es el matrimonio en la actualidad.

¿Qué hemos de decir con respecto a los niños? ¿Hay alguien que en uno u otro momento de sus vidas no desee hijos? No negamos ni por un instante que la gente siente en la actualidad un deseo sincero, de tener hijos. Lo que pasa es que desconocemos hasta qué punto se trata de verdadera afición a los niños y hasta qué punto puede ser desplazamiento de otras necesidades. Hemos observado ya cómo la satisfacción paterna sólo se obtiene a través de la frustración del hijo; el intento de extensión del ego a través de los hijos —en el caso del hombre, la «inmortalización» del apellido, patrimonio, clase e identificación étnica, y en el caso de la mujer, la maternidad como justificación de su existencia, y el intento consecutivo de vivir a través del hijo, el hijo-como-proyecto—, daña o destruye en, último término al hijo o al progenitor, o, en aquellos casos en que ninguno de ellos es vencedor claro, a

ambos. Quizás cuando despojemos a la paternidad de estas funciones anejas, encontraremos un verdadero instinto de paternidad —incluso por parte masculina—, un simple deseo físico de asociación con los pequeños. La verdad es que no habremos perdido nada con ello, puesto que una exigencia fundamental de nuestro sistema alternativo es alguna forma de estrecha interacción con los niños. Si existe de verdad un instinto paternal, se verá capacitado para actuar más libremente, al verse despojado de las responsabilidades prácticas de la paternidad actual, que la convierten en un angustioso tormento.

Pero ¿qué sucederá si descubrimos finalmente que no existe el instinto personal? Quizás la sociedad ha estado convenciendo al individuo durante todo este tiempo para que tuviera hijos, valiéndose únicamente de pulsiones del ego carentes de desahogo adecuado. Es posible que fuera algo inevitable en el pasado, pero quizás vaya siendo hora de satisfacer de forma más directa estas necesidades del ego. Mientras siga siendo necesaria la reproducción natural, podemos idear estímulos culturales menos destructivos. Ahora bien, es probable que —una vez eliminados los intereses del ego en la paternidad— la reproducción artificial se desarrolle y consiga amplia aceptación.

3) *Grupos de convivencia*[66]. Creo que el esbozo que voy a diseñar podrá satisfacer las necesidades remanentes con respecto a los niños una vez que las pulsiones del ego hayan sido eliminadas del conjunto de nuestras motivaciones. Supongamos que una persona o una pareja desean en un momento dado de sus vidas compartir su vida con niños en una unidad de medidas similares a las de la familia. Aunque la reproducción no se contará ya entre los objetivos vitales del individuó normal —ya hemos visto cómo los modos de vida no-reproductivos, sea en estado célibe o en grupo, pueden ampliarse con el fin de que resulten satisfactorios para un crecido número de personas durante todo el curso de su vida y para otras durante períodos prolongados de la misma—, ciertas personas pueden seguir prefiriendo un estilo de vida comunitario permanente y otras pueden desear experimentarlo durante ciertas etapas de su vida, especialmente en los primeros años de la infancia.

Así que debemos contar con la posibilidad de que en cualquier momento dado un porcentaje de la población desee vivir dentro de unas estructuras sociales reproductivas. Paralelamente, la sociedad seguirá precisando de la reproducción, aunque no sea más que para crear una nueva generación.

Este porcentaje de la población global constituirá automáticamente un grupo selecto con un índice predecible de estabilidad bastante elevado, puesto que habrán gozado de la capacidad de libre elección de que en la actualidad suele carecerse. Actualmente aquellas personas que tienen hijos sin haber contraído

matrimonio, llegadas a cierto momento de sus vidas sufren las consecuencias —se encuentran solas, excluidas y avergonzadas, marginadas de una sociedad cuyos miembros están compartimentalizados en familias reproductivas permanentes y que se distinguen especialmente por su chauvinismo y exclusivismo. (Sólo en Manhattan puede resultar tolerable la vida célibe y, aun así, es éste un punto discutible). La mayor parte de las personas siguen viéndose abocadas al matrimonio por las presiones familiares, como «reparación obligada», por consideraciones económicas y por otras razones que nada tienen que ver con la libre elección de un estilo de vida. Sin embargo, en nuestra nueva unidad reproductiva, caracterizada por un contrato limitado (v. más abajo), por una función educativa infantil tan extendida que quedará prácticamente eliminada, por la ausencia de consideraciones económicas y por el hecho de que todos sus miembros habrán ingresado por la única razón de sus preferencias personales, las «inestables» estructuras reproductivas sociales habrán desaparecido.

A esta unidad la denomino *grupo de convivencia*, con preferencia a familia ampliada[67]. La distinción es importante: la palabra *familia* implica reproducción biológica y un cierto grado de división del trabajo en razón del sexo, de todo lo cual se derivan las dependencias tradicionales y las lógicas relaciones de poder, que se extienden a través de las generaciones; aunque el tamaño de la familia —en este caso, el mayor número de miembros-pertenecientes a esta familia «ampliada»— puede afectar a la robustez de la relación jerárquica ello no cambia su definición estructural. «Grupo de convivencia» (1), sin embargo, no aduce más que una referencia a un grupo numeroso de personas que cohabitan durante un período de tiempo indeterminado sin ninguna pauta prefijada de relaciones interpersonales. ¿Cómo debería actuar dicho «grupo de convivencia»?

Contrato limitado. Si la unidad convivencial sustituyera al matrimonio, quizás empezaríamos legalizándola de un modo u otro, suponiendo que fuera necesario. Un grupo de aproximadamente diez adultos de edades diversas[68] actuando libremente, podría solicitar una licencia de grupo, de la misma manera que en la actualidad las parejas jóvenes solicitan una licencia matrimonial, utilizando incluso cierto tipo de ceremonia ritual, para proceder a continuación a la constitución del hogar. La licencia de grupo debería tener validez tan sólo por un período de tiempo determinado, posiblemente de siete a diez años o cualquiera otra duración establecida como tiempo mínimo para la necesidad infantil de estabilidad estructural en orden a su desarrollo; con todo, siempre sería un período de tiempo más corto de lo que imaginamos. Si al finalizar el período el grupo decidía proseguir unido, cabría siempre la posibilidad de renovar el contrato. Hay que hacer la salvedad de que a ningún miembro aislado del grupo podría obligársele a permanecer, una vez

consumado el tiempo establecido; también hay que contar con la posibilidad de que algunos de los partícipes se dieran de baja, de que ingresaran nuevos miembros o de que la unidad se disolviera del todo.

Existen muchas ventajas en los grupos covivenciales a corto plazo —estas unidades convivenciales estables programadas para una duración aproximada de una década—; entre ellas deberíamos contar el fin del chauvinismo familiar constituido a lo largo de muchas generaciones, el fin de los prejuicios transmitidos de padres a hijos, la inclusión de personas de todas las edades en el proceso de educación infantil, la integración de grupos de muy variadas edades en una sola unidad social, la ampliación de la personalidad resultante de su contacto con un mayor número de idiosincracias, etc.

Los niños. Un porcentaje establecido de miembros de cada grupo convivencial —un tercio, pongamos por caso— serían niños. Ahora bien, no revestiría ninguna importancia el hecho de que al principio se tratara de hijos genéticos, fruto de las parejas componentes del grupo, o de que en un futuro próximo —después de que algunas generaciones de vida comunitaria hubieran cortado los lazos especiales existentes entre los adultos y «sus» hijos— los niños fueron objeto de reproducción artificial o de adopción; la responsabilidad (mínima) respecto a la dependencia física de los niños en su primera edad, estaría repartida por igual entre todos los miembros del grupo convivencial.

Aunque estructuralmente correcto, debemos tener bien presente que, mientras se utilicen los métodos de procreación naturales, la «unidad convivencial» no será nunca una forma social plenamente liberadora. Lo más probable es que una madre que soporta nueve meses de embarazo, abrigue el sentimiento de que el fruto de todo este dolor y molestias le «pertenece» («¡Cuando pienso en todo lo que he tenido que pasar para tenerte!») Queremos, sin embargo, destruir este sentimiento de posesión con todos los apoyos Culturales inherentes, a fin de que ningún niño se sienta *a priori* más favorecido que los demás y a fin de que los niños sean amados por sí mismos.

¿Qué sucederá si, después de todo, resulta que existe un instinto de gestación? Me permito dudarlo. Una vez hayamos eliminado la corteza de las superestructuras culturales, lo más probable es que descubramos un instinto sexual cuyas consecuencias normales *conduzcan* a la gestación. Quizás exista también un instinto de suministro de cuidados al pequeño una vez nacido, pero un instinto de gestación sería superfluo; o, ¿es que la naturaleza podría oponerse al control del hombre sobre la reproducción? ¿Qué sucedería, si —una vez arrumbadas las falsas motivaciones para la gestación— las mujeres se negaran en redondo a «tener» más niños? ¿No constituiría esto un desastre, si tenemos en cuenta que la reproducción artificial no está aún perfeccionada? El caso es que las mujeres no tienen ninguna *obligación* reproductiva concreta para con la especie. Si se muestran definitivamente reacias, será necesario

desarrollar a toda prisa los métodos artificiales o, en caso extremo, proporcionar compensaciones satisfactorias —que no sean los destructivos intereses del ego— que hagan que la gestación merezca la pena.

Los adultos y los niños mayores cuidarían de los pequeños durante el tiempo que fuera necesario, pero, al haber crecido número de adultos y niños mayores compartiendo esta responsabilidad —como en el caso de la familia ampliada — ninguna persona se vería involuntariamente ligada a ella.

Las relaciones niños/adultos se desenvolverían exactamente igual a como lo hacen las mejores relaciones existentes en la actualidad; algunos adultos sentirían preferencia por determinados niños y algunos niños por determinados adultos, preferencias que podrían convertirse en definitivas al decidir los interesados permanecer unidos, formando quizás cierto tipo de unidad no-reproductiva. De esta manera todas las relaciones se basarían únicamente en el amor y no se verían corrompidas por dependencias reales con todas sus consecuentes desigualdades de clase. Las relaciones permanentes entre personas de edades muy dispares se convertirían en hecho corriente.

Derechos y transferencias legales. Con el debilitamiento y destrucción de los vínculos de sangre, la jerarquía de poder de la familia desaparecería. La estructura legal —en la medida en que siguiera siendo necesaria— reflejaría esta democracia instaurada en las raíces mismas de nuestra sociedad. Las mujeres serían iguales a los hombres ante la ley. Los niños no serían ya «menores» sometidos al patrocinio de unos «padres»; gozarían de igualdad de derechos. Las desigualdades físicas remanentes podrían verse compensadas, por la ley; así, si un niño era pegado, cabría quizás la posibilidad de que informara a un tribunal especial simplificado del «grupo convivencial», donde obtendría inmediatamente compensación legal.

Otro derecho especial de los niños sería el derecho a la transferencia inmediata; si el niño, por cualquier razón, le desagradara el grupo de convivencia donde tan arbitrariamente había nacido, recibiría ayuda para ser transferido. Por otro lado, un adulto —tras haber vivido un espacio de tiempo determinado en un grupo (de siete a diez años)— tendría que presentar su caso ante un tribunal, que decidiría, como sucede actualmente con los tribunales de divorcios, si existían motivos suficientes para el rompimiento del contrato. Es posible que durante el período de siete años fuera necesario realizar un cierto número de transferencias para el funcionamiento correcto del grupo, cosa que no supondría ningún perjuicio para su estabilidad, siempre y cuando permaneciera un núcleo invariable (De hecho, la integración de nuevas personas de vez en cuando podría ser un cambio renovador). Sin embargo, la unidad, en bien de su propio funcionamiento, debería tener un tope de posibilidades en el número de altas y bajas, a fin de evitar la anemia, el excesivo desarrollo y/o las fricciones.

Tareas: En cuanto a las tareas domésticas, un grupo correspondiente a las dimensiones de una familia numerosa (de doce a quince miembros) sería la solución más práctica, al evitarse la pérdida de energías y la repetición de tareas de una unidad familiar nuclear (cómo en el hecho de tener que comprar y cocinar para una familia reducida), sin que por ello se perdiera la familiaridad del experimento comunal. Entretanto, las rutinas domésticas deberían ser desempeñadas en forma rotativa y justa, pero con el tiempo la *cybernation* podría automatizar casi todas las tareas domésticas.

Planificación urbana. La planificación urbana, la arquitectura, los servicios, se verían alterados con objeto de reflejar la nueva estructura social. Probablemente proseguiría la tendencia hacia la fabricación de viviendas a gran escala, pero estas viviendas podrían estar diseñadas e incluso construidas (posiblemente a base de componentes prefabricados) por sus habitantes, de acuerdo con sus gustos y necesidades. La intimidad quedaría respetada, ya mediante habitaciones privadas dentro de cada grupo de convivencia, ya mediante «refugios» urbanos compartidos con miembros de otros grupos o con ambas cosas a la vez. El conjunto podría formar un complejo de las dimensiones de una pequeña ciudad o de un gran *campus*. Quizás, como comparación, el *campus* ofrezca una imagen más clara: podríamos tener pequeñas unidades de viviendas autodirigidas —de componentes prefabricados fáciles de montar o desmontar fácil y rápidamente a fin de satisfacer las necesidades de un contrato limitado— así como edificios centrales permanentes destinados a satisfacer las necesidades de la comunidad como conjunto global, es decir, algo equivalente quizás a una «*student union*»[69] en los aspectos de lugares de convivencia social, restaurantes, una gran consola de computador, un moderno centro de comunicaciones, una biblioteca y una filmoteca computadorizada, «centros de aprendizaje» dedicados a diversas materias especializadas y todo aquello que pudiera resultar necesario en una comunidad cibernética.

La Economía. El fin de la estructura familiar conllevaría necesariamente cambios en el conjunto de la economía. No sólo la reproducción sería cualitativamente diferente, sino también la producción; del mismo modo que habríamos tenido que purificar nuestras relaciones con los niños de toda consideración externa, tendríamos que adoptar en primer lugar —para el éxito completo de nuestros objetivos— un socialismo que actuara dentro de un estado cibernético cuyo primer objetivo fuera equitativa redistribución de las cargas, hasta eventualmente conseguir su eliminación total. Con el posterior desarrollo y el inteligente uso de las máquinas, la gente podría verse liberada del esfuerzo agotador y el «trabajo» veríase independizado de los salarios y sería objeto de re-definición; ahora adultos y niños podrían entregarse a un «juego» serio con toda la intensidad que les viniera en gana.

Durante el período de transición, mientras siguiéramos en posesión de una economía monetaria, las personas podrían recibir del estado unos ingresos anuales garantizados, con los que hacer frente a las necesidades básicas. Estos ingresos,

repartidos equitativamente entre hombres, mujeres y niños, independientemente de edad, trabajo, prestigio y cuna, igualarían por sí mismos y de una sola vez el sistema económico de clases.

Actividad. ¿A qué se dedicaría la gente en esta utopía? A mi parecer, esto no iba a ser problema. Si verdaderamente hubiésemos desterrado todos los trabajos desagradables, las personas dispondrían de tiempo y energías para desarrollar intereses propios saludables. Lo que actualmente sólo encontramos entre la élite —la persecución de intereses especializados, por mor de sí mismos— se convertiría probablemente en norma.

Por lo que respecta a nuestras instituciones educativas, debo decir que la falta de razón de ser de la escuela garantiza su desaparición en un futuro próximo. Podríamos quizás sustituirla por «centros de aprendizaje» no-obligatorios, que a la vez combinarían las funciones mínimas necesarias de nuestras instituciones educativas inferiores —la enseñanza de aprendizajes rudimentarios— con los de las superiores —la expansión del conocimiento— y que abarcarían simultáneamente a cualesquiera individuos, de cualquier edad y nivel, niños y adultos.

Sí, pero ¿qué sucede con el aprendizaje básico?, ¿cómo podría, por ejemplo, un niño sin ningún adiestramiento secuencial formal emprender un estudio avanzado como la arquitectura? A ésto debemos quizás oponer el hecho de que el aprendizaje tradicional a partir de los libros, la memorización de hechos, que forma la parte más sustancial del programa académico de nuestras escuelas elementales, se verá radicalmente alterado bajo el impacto de la cibernética, que constituirá una diferencia cualitativa para todo el aparato cultural tan decisiva, por lo menos, como la invención de la imprenta y tan importante como el alfabeto. McLuhan ha señalado ya el inicio de una regresión de los medios literarios de absorción del conocimiento a los visuales. Estamos en situación de esperar una escalada de este y otros aspectos en el desarrollo de los medios modernos para una rápida transmisión de la información. Además, la *cantidad* de conocimientos memorísticos necesarios tanto para niños como para adultos se verá reducida en grandes proporciones, puesto que dispondremos de terminales de computador dentro de un radio de fácil alcance. Al fin y al cabo, ¿por qué almacenar hechos en nuestra cabeza, cuando el computador puede suministrarnos instantáneamente información más amplia y rápida? (Ya los niños de hoy se están preguntando por qué han de aprender las tablas de multiplicar y no el funcionamiento de una calculadora automática). Cualesquiera que sean los hechos cuyo almacenamiento mental sigamos necesitando, dicho almacenamiento puede ser rápidamente conseguido por medio de los nuevos métodos mecánicos, máquinas de enseñar, discos y cintas, etcétera, todos los cuales, en cuanto sean fáciles de obtener, permitirán la abolición de la escolaridad obligatoria para el aprendizaje básico. Al igual que sucede con los estudiantes extranjeros que pretenden instruirse en una profesión especializada, los niños podrán captar cualquier «lenguaje» necesario básico de forma marginal, a través de estos métodos mecánicos suplementarios. Sin

embargo, lo más probable es que las técnicas básicas y el conocimiento indispensable sean los mismos para los niños que para los adultos: la técnica del funcionamiento de las nuevas máquinas. Las técnicas de programación pueden convertirse en exigencia universal, pero, en vez de ser objeto de aprendizaje en una escuela con un horario de jornada completa, deberán aprenderse (rápidamente) sólo en conexión con las exigencias, de una materia específica.

Examinemos ahora la «indecisión» en la elección de carrera. Aquellas personas cuyo «*hobby*» inicial ha perdurado desde la infancia hasta convertirse en su «profesión» adulta, nos dirán casi siempre que dicha afición apareció antes de cumplir los cinco años[70]. En la medida en que sigan existiendo, las profesiones especializadas, podrían ser cambiadas con la misma frecuencia con que los adultos cambian de asignaturas fundamentales o de profesión en la actualidad. Ahora bien, si la elección profesional no estuviera teñida de motivaciones superpuestas, si se basara únicamente en el interés por la materia misma, los cambios a medio curso serían mucho menos numerosos. La incapacidad de desarrollar aficiones poderosas es en la actualidad consecuencia sobre todo de la corrupción, de la cultura y de sus instituciones.

Así pues, nuestra concepción del trabajo y de la educación se encontraría mucho más próxima al aprendizaje directo de una disciplina que privaba en la Edad Media —personas de todas las edades participando a todos los niveles. Como sucede actualmente en el mundo académico, la dinámica interna de las diversas disciplinas proporcionaría su propia organización social, proporcionando los medios de ponerse en contacto con otras personas que compartieran los mismos intereses y de compartir los intereses intelectuales y estéticos hoy accesibles solamente para unos pocos elegidos —la intelectualidad. El tipo de ambiente social que actualmente sólo encontramos en los mejores departamentos de las mejores facultades, se convertiría en el estilo vital de las masas, libres para desarrollar todo su potencial desde el comienzo; mientras ahora sólo los afortunados o los perseverantes llegan alguna vez a «expresar su propia personalidad» (generalmente a través de la actividad profesional), entonces todo el mundo gozaría de la oportunidad de desplegar todo su potencial.

Sería asimismo libre para no desplegar dicho potencial, pero esto no parece probable, ya que todo niño al principio muestra curiosidad acerca de las personas, cosas, el mundo en general y lo que lo hace funcionar. Sólo debido a que la dura realidad *deprime* su curiosidad, el niño aprende a reducir sus intereses, convirtiéndose así en el insípido adulto medio. Pero, si consiguiéramos hacer desaparecer estos obstáculos, todo el mundo se desarrollaría hasta el punto que sólo las clases más grandes y poderosas y unos pocos «genios» aislados han alcanzado. Cada individuo contribuiría al conjunto de la sociedad, no a cambio de un salario o de otros incentivos de poder y prestigio, sino porque el trabajo elegido le interesaba por sí mismo y, quizás, aunque sólo incidentalmente, porque dicho trabajo poseía un valor

social para los otros (actividad tan saludablemente egoísta como sólo el arte lo es en la actualidad). El trabajo cuyo valor fuera exclusivamente social, no personal, habría sido eliminado por la máquina.

* * *

Así, en el amplio contexto de un socialismo cibernético, el establecimiento de la unidad de convivencia como alternativa a la familia por lo que toca a la reproducción de los hijos, combinada con cualquier estilo de vida imaginable para quienes escojan vivir solos o en unidades no-reproductivas, resolvería todos los dilemas básicos que surgen ahora de la familia y obstaculizan la felicidad humana. Repasemos ahora nuestras cuatro exigencias mínimas, para ver hasta qué punto tendría éxito nuestra concepción imaginaria.

1) *La liberación de las mujeres de la tiranía de su biología reproductiva por todos los medios disponibles y la ampliación de la función reproductora y educadora a toda la sociedad globalmente considerada —tanto hombres como mujeres*. Esto es algo conseguido. La *reproducción* es función que podría ser asumida por la tecnología y, en el caso de que demuestre estar en excesiva contraposición con nuestra tradición anterior y nuestra estructura psíquica (cosa que al principio ciertamente sucedería) entonces deberían crearse incentivos y compensaciones adecuados —distintos de las satisfacciones del ego por la posesión del hijo— a fin de recompensar a las mujeres por su especial contribución social mediante el parto y el embarazo. La mayor parte del *quehacer educativo* guarda, como ya hemos visto, estrecha relación con el mantenimiento de las relaciones de poder, con la obligada interiorización de los valores familiares y con otros muchos intereses del ego que luchan contra la felicidad del niño individual. Este proceso represivo de socialización sería, algo necesario en una sociedad en que los intereses del individuo coincidirían con los del conjunto social. Toda responsabilidad respecto a la crianza de los niños, se vería repartida de forma que comprendiese a los hombres y a los demás niños en un plano de igualdad con las mujeres. Además, los métodos nuevos, de comunicación instantánea disminuirían la dependencia infantil incluso respecto a esta unidad primaria igualitaria.

2) *La independencia económica y la autodeterminación de todos*. Bajo el socialismo, aun cuando siguiera siendo una economía monetaria, el trabajo sería independiente de los salarios, la propiedad de los medios de producción estaría en manos de todos y la riqueza se repartiría sobre la base de las necesidades de cada cual independientemente del valor social de la contribución del individuo a la sociedad. Nos dirigiríamos a la eliminación de la dependencia de mujeres y niños con respecto

al trabajo masculino, así como a la de otros tipos de explotación laboral. Cada persona podría escoger libremente su propio estilo de vida, cambiándolo para adaptarlo a sus gustos y sin producir graves inconvenientes a los demás; nadie se vería ligado a una estructura social contra su voluntad, porque cada persona gozaría de total autodeterminación, tan pronto como fuera físicamente capaz.

3) *La integración total de las mujeres y los niños en el conjunto social*. Esto se habrá realizado ya: el concepto de infancia habrá sido abolido y los niños poseerán plenos derechos legales, sociales y económicos, siendo sus actividades educativo/laborales indistintas, de las de los adultos. Hemos sustituido durante los breves años de su infancia la «paternidad» genética —psicológicamente destructiva— de uno o más adultos, por un reparto de la responsabilidad del bienestar físico sobre un número mayor de personas. El niño seguirá constituyendo relaciones amorosas íntimas, pero en vez de hacerlo con una «madre» y un «padre» prefijados, podrá ahora formar estos vínculos con respecto a personas de su propia elección, de cualquier edad o sexo. Así pues, todas las relaciones entre adultos y niños se caracterizarán por una mutua libertad de establecimiento —relaciones igualitarias, íntimas, libres de dependencias materiales. Consecuentemente, aunque los niños Serán más escasos en número, no se verán monopolizados, sino que se repartirán libremente por toda la sociedad en beneficio de todos, satisfaciendo así el legítimo deseo de frecuentar el trato de los niños, que suele llamarse «instinto» reproductivo.

4) *Libertad sexual, amor, etc*. Hasta ahora no hemos hablado mucho acerca del amor y la libertad sexual porque no hay razón para presentarlo como problema; nada se opondrá a ellos. Con la plena libertad del hombre, las relaciones serán objeto de redefinición positiva. Si un niño no conoce a su propia madre o, por lo menos, no le atribuye un valor especial sobre las otras, es improbable que la escoja como su primer objeto amoroso simplemente para desarrollar inhibiciones sobre este mismo amor. Es posible que el niño establezca sus primeras relaciones físicas estrechas con gente de su propia talla por mera conveniencia física, al igual que hombres y mujeres —en igualdad de otros factores— se preferirán el uno al otro sobre los demás individuos del propio sexo por simple conveniencia física. Pero, de no ser así, si el niño escogiera la relación sexual con los adultos, aun en el caso de que escogiera a su propia madre genética, no existirían razones *a priori* para que ésta rechazara sus insinuaciones sexuales, puesto, que el tabú del incesto habría perdido su función. La «unidad de convivencia», forma social transitoria, no se vería sometida a los peligros de un exclusivismo reproductivo.

De esta manera, al carecer del tabú del incesto, dentro de pocas generaciones *los adultos podrían retornar a una sexualidad polimórfica más natural y la concentración en el aspecto genital del sexo y en el placer orgánico daría paso a unas relaciones físico/emocionales totales que incluirían estos aspectos*. Las

relaciones con los niños incluirían la cantidad de sexualidad genital de que el niño fuera capaz —probablemente bastante más de lo que creemos en la actualidad—, pero al no ser ya el aspecto genital del sexo el foco central de la relación, la falta de orgasmo no supondría un problema grave. Los tabús sexuales adulto/niño y homosexuales desaparecerían, así como la amistad no-sexual (el amor «a-objetal» de Freud). Toda relación estrecha incluiría la relación física, desapareciendo nuestro concepto de camaradería física exclusivista (monogamia) de nuestra estructura, así como la fantasía de un «consorte ideal». Sin embargo, el tiempo necesario para la realización de estos cambios y las formas concretas bajo las que aparecerían, siguen siendo objeto de conjetura. Los detalles concretos no nos interesan ahora. Necesitamos simplemente constituir las condiciones previas para una sexualidad libre; cualesquiera formas que ésta adoptara, supondrían siempre una mejora sobre lo que ahora tenemos, al ser «natural» en el sentido más genuino.

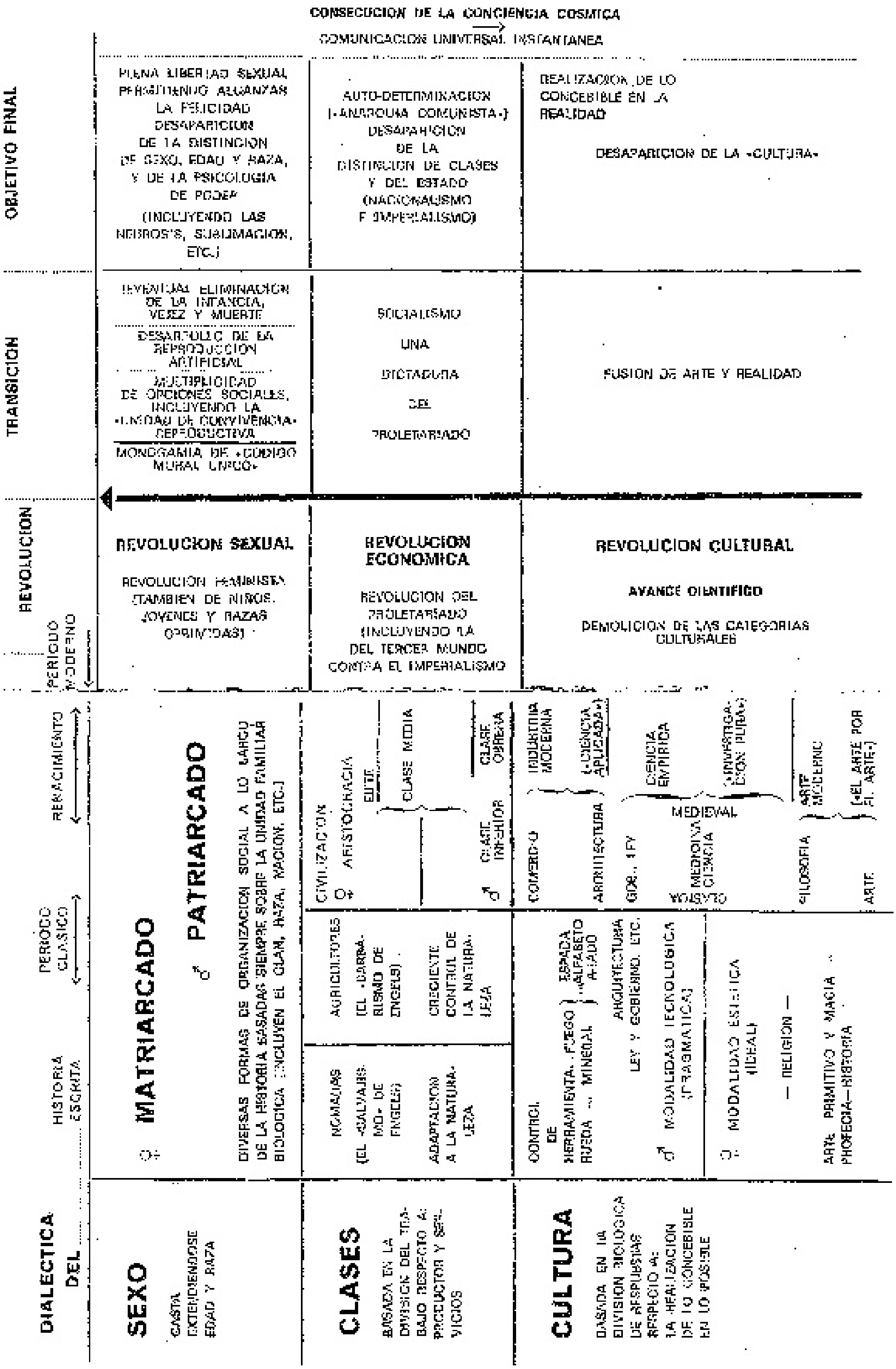
Durante la fase de transición es posible que la característica adulta de la sexualidad genital y el exclusivismo de las parejas tuvieran que ser mantenidos para conseguir un funcionamiento suave de la unidad, con un mínimo de tensiones internas debidas a fricciones sexuales. Supone falta de realismo imponer teorías acerca de cómo *deberían* ser las cosas, en una psique organizada ya fundamentalmente en torno a necesidades emocionales específicas. Ésta es la razón por la que los intentos de eliminación de la posesividad sexual son siempre falsos en la actualidad. Conseguiríamos mucha más eficacia concentrándonos en la eliminación de las estructuras sociales que han producido esta organización psíquica, permitiendo así una eventual —si es que no ocurre durante nuestra vida— reestructuración fundamental (¿debería decir de estructuración?) de nuestra psicosexualidad.

He trazado simplemente un esbozo muy general a fin de hacer más vivido el enfoque general de una revolución feminista; la producción y reproducción de las especies serían reorganizadas simultáneamente de modo no-represivo. El nacimiento de niños en una unidad susceptible de disgregarse o recomponerse tan pronto como los niños fueran físicamente aptos para la independencia, una unidad concebida para satisfacción de las necesidades inmediatas y no para la transmisión del poder y el privilegio (la base del patriarcado es la herencia de la propiedad conseguida por medio del trabajo), eliminaría la psicología del poder, la represión sexual y la sublimación cultural. El chauvinismo familiar, el privilegio de clase basado en la cuna, serían eliminados. El vínculo de sangre entre madre e hijo sería disuelto con el tiempo (si existen verdaderamente los celos masculinos de la gestación «creativa», pronto estaremos en posesión de los medios para crear la vida independientemente del sexo) de manera que el embarazo, reconocido actualmente como algo imperfecto, ineficiente y penoso, sería permitido —en todo caso— sólo como un arcaísmo irónico, parecido al hecho de que las mujeres sigan utilizando el blanco virginal en sus bodas. El socialismo cibernético aboliría las clases económicas y todas las formas de explotación laboral, al conceder a todos los individuos unos medios de

subsistencia basados únicamente en las necesidades materiales. Con el tiempo los trabajos pesados (empleos) serían eliminados en favor del juego (complejo) —actividad realizada por mor de sí misma— tanto por parte de los adultos como de los niños. Amor y sexualidad serían reintegrados y discurrirían sin impedimentos.

La rebelión contra la familia biológica podría aportar la primera revolución venturosa o lo que los antiguos concibieron como Edad Mesiánica. La doble maldición de la humanidad tras comer la «manzana de la ciencia» (el creciente conocimiento de las leyes del medio que crearon la civilización represiva), de que el hombre trabajaría con el sudor de su frente para poder vivir y la mujer daría a luz con dolor y esfuerzo, puede ser conjurada ahora gracias a los mismos esfuerzos del hombre en el trabajo. Poseemos en la actualidad los conocimientos necesarios para crear un paraíso sobre la tierra una vez más. La alternativa es la de nuestro propio suicidio a través de este mismo conocimiento, la creación de un infierno sobre la tierra seguidos por un olvido total.

Para consultar este insólito diagrama de la REVOLUCIÓN de las 3-Dialécticas





SHULAMITH FIRESTONE (Ottawa, Canadá, 1945 - Nueva York, EEUU, 2012). Creció en St. Louis y asistió al centro Yavneh de Telshe Yeshivah cerca de Cleveland antes de recibir un BA de la Universidad de Washington (St. Louis) y un BFA de pintura en el Art Institute de Chicago.

Activista desde muy joven en los movimientos de derechos civiles, se unió a otras feministas en la Conferencia Nacional por una Nueva Política en Chicago en 1967 para fundar el primer grupo independiente de mujeres organizadas en torno a las cuestiones de la mujer desde la época del sufragio. Una vez trasladada a Nueva York funda la New York Radical Women (el primer grupo de la liberación de las mujeres en la ciudad de Nueva York), y la Redstockings and the New York Radical Feminists. Es fundadora también de la *Chicago Women's Liberation Union* (1969). En Nueva York trabajó como editora de Notes from the First Year (1968), *Notes from the Second Year* (1970), y, con Anne Koedt, *Notes from the Third Year* (1971).

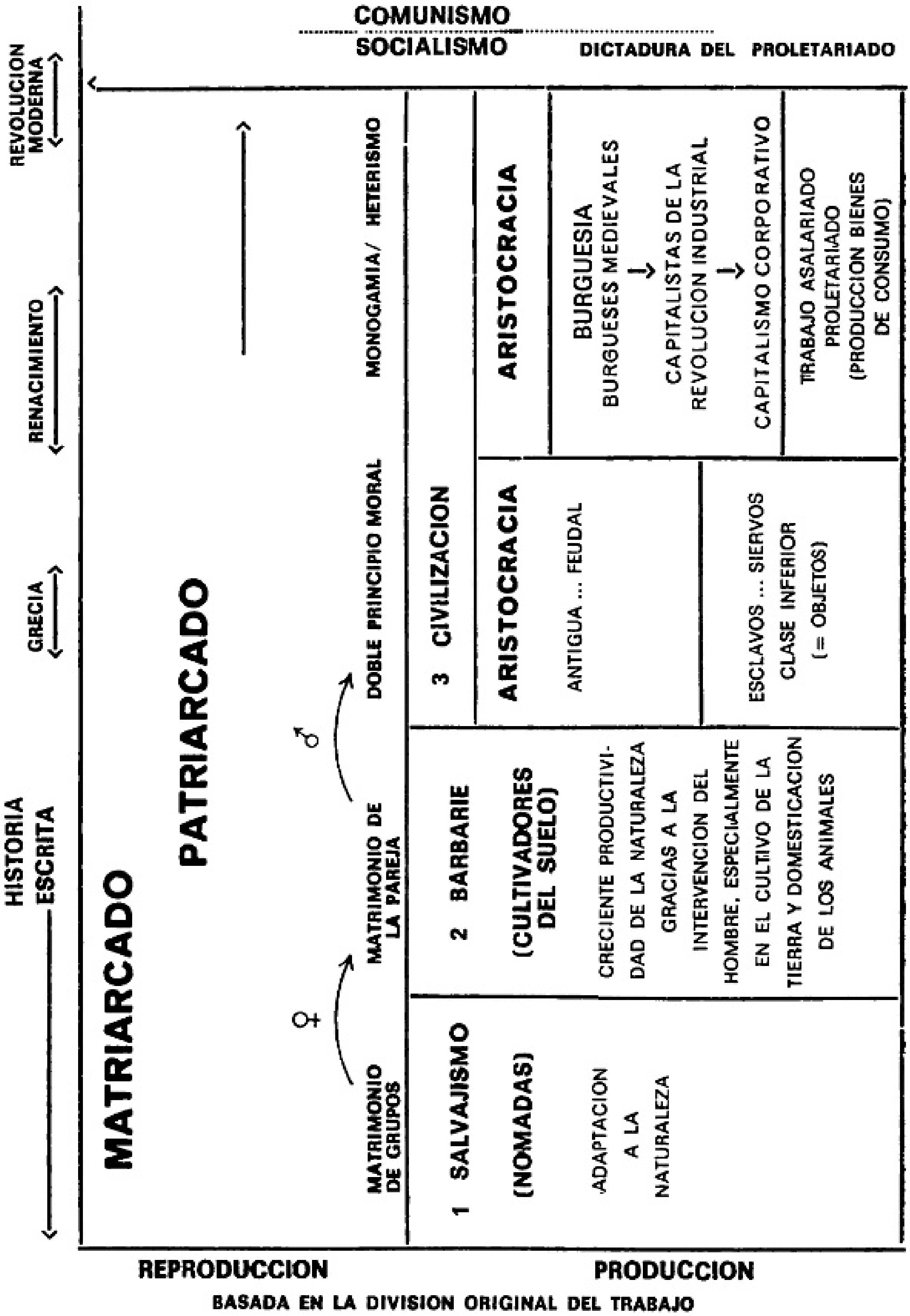
Desapareció de la participación activa en el movimiento de mujeres poco después de la publicación de su obra más conocida La dialéctica del sexo el año 1973.

Firestone es considerada la fundadora de un feminismo radical (junto a Kate Millet), en el que se reunió el materialismo dialéctico de Marx y las ideas psicoanalíticas de Freud, en un esfuerzo por desarrollar un análisis de la opresión de la mujer en el que se incluye la dimensión de clase y raza.

Notas

[1] El término *yin* denota en la filosofía china el principio pasivo, negativo o femenino del universo, siempre en contraste y complemento mutuo con el principio *yang*, fuente de luz y calor, que es la fuerza activa, positiva o masculina del mismo. (N. del T.)<<

[2] La correlación que establece entre el desarrollo combinado de ambos sistemas en *El origen de la familia, la propiedad privada y El Estado* sobre una base temporal, puede tener la interpretación que incluimos en el siguiente diagrama:


COMUNISMO
SOCIALISMO
DICTADURA DEL PROLETARIADO
REVOLUCION MODERNA
RENACIMIENTO
GRECIA
HISTORIA ESCRITA
MATRIARCADO
PATRIARCADO
MATRIMONIO DE GRUPOS
♀
MATRIMONIO DE LA PAREJA
♂
DOBLE PRINCIPIO MORAL
MONOGAMIA/ HETERISMO
1 SALVAJISMO
(NOMADAS)
ADAPTACION A LA NATURALEZA
2 BARBARIE
(CULTIVADORES DEL SUELO)
CRECIENTE PRODUCTIVIDAD DE LA NATURALEZA GRACIAS A LA INTERVENCION DEL HOMBRE, ESPECIALMENTE EN EL CULTIVO DE LA TIERRA Y DOMESTICACION DE LOS ANIMALES
3 CIVILIZACION
ARISTOCRACIA
ANTIGUA ... FEUDAL
ESCLAVOS ... SIERVOS
CLASE INFERIOR
(= OBJETOS)
ARISTOCRACIA
BURGUESIA
BURGUESES MEDIEVALES
CAPITALISTAS DE LA REVOLUCION INDUSTRIAL
CAPITALISMO CORPORATIVO
TRABAJO ASALARIADO
PROLETARIADO
(PRODUCCION BIENES DE CONSUMO)
REPRODUCCION
PRODUCCION
BASADA EN LA DIVISION ORIGINAL DEL TRABAJO

<<

[3] Palabra acuñada hacia 1961 por D.N. Michael, del Peace Research Institute, para designar el uso de computadoras acopladas a mecanismos automáticos destinados al control y ejecución de operaciones complejas y repetitivas. (N. del T.)<<

[4] Las brujas, por ejemplo, deben ser consideradas como mujeres entregadas a una revuelta política independiente: en el curso de dos siglos, ocho millones de ellas fueron quemadas en la hoguera por la Iglesia, puesto que la religión era la política de la época.<<

[5] Apelativo derivado de las medias de estambre de color azul utilizadas como signo de anticonvencionalismo en las reuniones literarias del siglo XVIII, pasando luego a designar a la mujer culta y con aficiones literarias. (N. del T.)<<

[6] Designado con las siglas W.R.M. (*Woman’s Rights Movement*).<<

[7] *Volunteers in Service to America*: Programa gubernamental de ayuda social mediante prestaciones personales voluntarias, establecido en 1964. (N. del T.)<<

[8] P.T.A.: *Parent-Teacher Association*.<<

[9] D.A.R.: *Daughters of the American Revolution*. (N. del T.).<<

[10] El *Woman’s Party* siguió luchando durante una época de depresión y de guerras mediante una campaña en favor del siguiente gran paso legal hacia la consecución de la libertad de la mujer: una Enmienda de Igualdad de Derechos para la Constitución. Cincuenta años más tarde, las supervivientes prosiguen la campaña. El cliché de la excéntrica anciana con su paraguas, obsesionada por una causa ya conseguida, es el resultado «cómico» del anquilosamiento del feminismo creado por los cincuenta años de ridículo.<<

[11] Se llamó «flappers» en la década de los veinte a las mujeres jóvenes que se mostraban atrevidas y anti-convencionales en el modo de vestir y de actuar. (N. del T.)<<

[12] Movimiento cultural adolescente. (N. del T.)<<

[13] Oponemos «liberación» a «emancipación», para significar la carencia de subordinación a cualquier tipo de clasificación sexual, más bien que una simple equiparación de las funciones de los sexos. Sin embargo, siempre me ha parecido un término de difícil aceptación, demasiado afín a la retórica de la Nueva Izquierda y de una timidez remisa a aceptar cualquier relación con el Feminismo. Por mi parte, prefiero utilizar la expresión «Feminismo Radical».<<

[14] N.A.A.C.P.: *National Association for the Advancement of Colored People*. (N. del T.)<<

[15] Por razones de conveniencia de redacción, he dado esta versión de la expresión original *Ladies'Auxiliarles of the Left*. (N. del T.)<<

[16] Poder Negro. (N. del T.)<<

[17] *National Liberation Front* \ Frente de Liberación Nacional (de Vietnam del Sur). (N. del T.)<<

[18] *Students for a Democratic Society.* (N. del T.)<<

[19] R. P. Knight, en su estudio «Evaluation of the Results of Psychoanalytic Therapy», aparecido en *American Journal of Psychiatry* —1941—, descubrió que el psicoanálisis era un fracaso completo en el 5 6,7 por 100 de los pacientes por él estudiados, y que sólo en un 43,3 por 100 había tenido éxito. De ello resulta que el psicoanálisis había tenido más fracasos que éxitos. En otro estudio, aparecido en 1952, Eysenck mostraba un índice de mejoría en los pacientes que habían sido tratados por medio del psicoanálisis, que alcanzaba a un 44 por 100; en los pacientes sometidos a psicoterapia, un índice de mejoría del 64 por 100; y en aquellos que no habían recibido ningún tratamiento, un índice de mejoría del 72 por 100. Otros estudios (Barron y Leary, 1955; Bergin, 1963; Cartwright y Vogel, 1960; Truaux, 1963; Powers y Witmer, 1951), confirman estos resultados negativos.<<

[20] Si hago referencia al niño varón antes que a la hembra, es porque Freud —y toda nuestra cultura— lo colocan siempre en primer lugar. Hasta para poder criticar a Freud con propiedad, nos veremos obligadas a seguir el orden de prioridades establecido por él en su obra. Además, como el mismo Freud comprendió, el Complejo de Edipo tenía mucha mayor trascendencia cultural que el de Electra; también yo intentaré demostrar que *es* mucho más perjudicial psicológicamente, aunque no sea más que por el hecho de que, en una cultura dominada por el sexo masculino, el daño infligido a la psique masculina tiene consecuencias de mayor alcance. (N. del A.)<<

[21] Muchacha que sigue con dedicación una carrera profesional o comercial, algunas veces hasta el punto de renunciar al matrimonio. (N. del T.)<<

[22] Muchacha que asiste a un centro de instrucción superior, donde rige la coeducación. (N. del T.)<<

[23] Expresión humorística corriente que hace referencia al marido. (N. del T.)<<

[24] Expresión acuñada que indica la pesada esfera de metal y la cadena que impiden al prisionero escapar. En argot, designa a la propia mujer. (N. del T.)<<

[25] La servidumbre de la diosa ha sido representada admirablemente en el film de Satyajit Ray, *Devi*.<<

[26] Derivación de *child* (niño), cuya equivalencia más aproximada sería quizás «infantil». (N. del T.)<<

[27] En nuestros días quedan aún residuos de estas costumbres. Los muchachos de clase obrera tienden a convertirse en comerciantes, artesanos (o sus equivalentes modernos), en vez de dedicarse a una «erudición» inútil —a su juicio. Esto es una reliquia de la época en, que los niños de clase inferior seguían un sistema de aprendizaje, mientras los niños de clase media asistían ya a la escuela moderna. (Tampoco es casualidad que muchos de los grandes artistas del Renacimiento fueran muchachos de clase inferior, adiestrados en los talleres de los «maestros»). Podemos encontrar restos de esta historia en nuestro ejército contemporáneo, en el que se concentran los extremos de la sociedad de clases: por un lado, jóvenes trabajadores que abandonaron sus estudios y, por otra, los oficiales procedentes de clases superiores, los «*West. Pointers*» de la aristocracia, puesto que ésta, al igual que el proletariado, se retrasó en la adopción de la estructura familiar y el sistema de escuelas públicas de la burguesía.<<

[28] En el ambiente judío ortodoxo en cuyo seno crecí, considerado anacrónico por los ajenos, muchos niños siguen iniciándose con seriedad en los estudios antes de los cinco años de edad y, como consecuencia, los prodigios talmúdicos son corrientes.<<

[29] En Aries, op. cit., Capítulo V —«De la inmodestia a la inocencia»—, puede encontrarse una descripción detallada de este contacto, basada en las experiencias del Delfín recogidas en el Diario de Heroard.<<

[30] Dado que la correspondencia entre la jerga de ambos idiomas al respecto no es muy exacta, he optado por una versión que, sin alejarse excesivamente del original, resulte de inteligible aplicación. (N. del T.)<<

[*] Véase la nota anterior. (N. del Editor Digital)<<

[31] Las bandas son el único grupo infantil que gozan de auto determinación. El término «banda» (*gang*) tiene evocaciones siniestras por buenas razones políticas.<<

[32] En 1969, los hombres blancos que trabajaban full-time durante todo el año, tenían un promedio de ingresos de 6.497 dólares; los hombres negros, de 4,285 dólares; las mujeres blancas, de 3.859 dólares, y las mujeres negras, de 2.674. Sin embargo, sólo en unos pocos medios radicales influidos por el Movimiento de Liberación Femenino, se ha reconocido que la mujer negra se encontraba en el último peldaño económico.<<

[33] Trataré únicamente aquí de las relaciones raciales domésticas, con las que estoy mucho más familiarizada, aunque no dudo ni por un momento que esta misma metáfora podría aplicarse con igual propiedad a la política internacional y a la del Tercer Mundo.<<

[34] Derivado de *Uncle Tom*, anciano esclavo negro protagonista de la famosa novela anti-esclavista de H. B. Stowe, *Uncle Tom's Cabin* (1825). Dicho término ha pasado a designar despreciativamente al negro cuyo comportamiento con respecto a los blancos se considera hipócrita y servil. (N. del T.)<<

[35] Una ilustración de su función política común e intercambiable la tenemos en la sustitución psicológica de la distinción de casta racial p o r la distinción de casta sexual; vgr. una lesbiana negra con frecuencia asume automáticamente la función masculina en una relación de lesbianismo entre blanca y negra.<<

[36] Tanto en este párrafo como en el resto del capítulo adoptó la postura del *Black Panther Party* como representantes del *Black Power*, aunque tengo plena conciencia de las violentas disputas que el *B.P.P*, sostiene con otros grupos del *Black Power* sobre gran número de cosas (N. del A.).<<

[37] La galantería ha solido definirse como «una excesiva atención hacia las mujeres, sin ningún objetivo serio concomitante». Ahora bien, el objetivo es realmente serio: se trata de mantener a las mujeres en la ignorancia de su condición de inferioridad de clase, por medio de falsos halagos. (N. del A.).<<

[38] Pero, como todas las mujeres han podido darse cuenta, el mismo hombre que presiona en favor del intercambio sexual, suele mostrar un gran alivio cuando se le dispensa de su ejecución real; su ego ha sido puesto en situación de dependencia de sus esfuerzos constantes de auto-demostración por medio de la conquista sexual, pero lo que desea no es más que una excusa para permitirse la entrega afectiva sin perder su propio respeto masculino. La mayor represión que los hombres ejercen sobre la expresión de sus propias emociones, se debe —además de a las consecuencias del Complejo de Edipo— a que la expresión sentimental hacia la mujer supone el reconocimiento de su igualdad. A menos, evidentemente, que, el hombre modere su expresión sentimental —la retire— con alguna demostración externa de dominio. (N. del A.).<<

[39] Se ridiculiza tanto a los homosexuales, porque, al considerar al varón como objeto sexual, aten tan por dos veces contra las normas establecidas; por esto, ni siquiera las mujeres leen las revistas de «chicos guapos». (N. del A.).<<

[40] «En cuanto a sus otros deportes», dice una reciente nota propagandística acerca del ídolo del fútbol, Joe Namath, «las prefiere rubias». (N. del A.).<<

[41] Término que designa la capacidad de reservas de armamento nuclear de una nación suficiente para aniquilar un número crecido de veces (siempre superior a la unidad) a la población total de cualquier otra nación. (N. del T.).<<

[42] Se ha descubierto que la incapacidad femenina de representación imaginativa sexual es una causa importante de frigidez. Masters y Johnson, Albert Ellis y otros han subrayado la importancia del «enfoque sexual» cuando se enseña a las mujeres frígidas a conseguir el orgasmo. Hilda O'Hare, en *International Journal of Sexology*, atribuye correctamente este problema a la ausencia en nuestra sociedad de una contrapartida femenina a los incontables estimulantes del impulso sexual masculino. (N. del A.)<<

[43] Sin embargo, la presencia de las mujeres en el terreno de las artes y de las humanidades es combatida todavía encarnizadamente por los pocos hombres que aún quedan en estos campos, en proporción a la inseguridad de su propia posición —particularmente precaria en las escuelas tradicionales y humanistas, tales como la pintura figurativa. (N. del A.)<<

[44] La autora hace referencia a la famosa novela de Jacqueline Susan publicada en 1966, y que inmediatamente se convirtió en *bestsellers* mundial, siendo llevada a la pantalla casi inmediatamente. (N. del T.)<<

[45] Me sorprendió muchísimo acudir a un laboratorio del Movimiento de Liberación Femenino, incluido en el departamento científico de una famosísima universidad del este, y descubrir que de las cincuenta mujeres presentes, tan sólo una o dos estaban entregadas a tareas de investigación —y no de investigación a alto nivel. Las otras eran simples técnicos de laboratorio, auxiliares diplomadas, profesoras de la *high school*, etc. (N. del A.)<<

[46] La modalidad idealista correspondiente *grosso modo* a la modalidad de pensamiento suprahistórica, no-materialista y «metafísica», contra la que se rebelaron Marx y Engels. (N. del A.)<<

[47] Derivado de *clone*, término que se utiliza para designar a todos los descendientes derivados asexualmente de un solo individuo, sea por gemación, esporulación, fisiparidad, partenogénesis, etc. (N. del A.)<<

[48] Un pintor abstracto que conocí y que había experimentado los horrores de los campos de batalla del Norte de África durante la Segunda Guerra Mundial —campos de hombres (camaradas) pudriéndose al sol mientras las ratas surgían de sus estómagos— pasó años enteros dibujando un simple círculo beige alrededor de un simple cuadrado beige. De esta manera, el artista «moderno» niega la fealdad de la realidad (las ratas en los estómagos de los compañeros) en favor de armonías artificiales (círculos y cuadrados). (N. del A.)<<

[49] Los revolucionarios, por definición, siguen siendo los visionarios de la «modalidad estética», los idealistas de la política pragmática. (N. del A.)<<

[50] Término acuñado hacia 1961 por D. N. Michael, del *Peace Research Institute* para designar el uso de computadoras acopladas a maquinaria automática para el control y ejecución de operaciones complejas o para la realización de tareas rutinarias o repetitivas. (N. del A.)<<

[51] Debo pedir disculpas al lector, porque este capítulo fue escrito antes de los «Procesos en torno a los anticonceptivos orales» e incluso del vertiginoso despegue del movimiento ecológico mismo. Tal es la rapidez de las modernas comunicaciones, que un libro está anticuado antes ya de pasar a la imprenta. (*N. del A.)*<<

[52] La autora hace referencia a la pesimista novela de George Orwell —«1984»— publicada poco antes de su muerte. (N. del T.)<<

[53] La mayor parte de los, jefes fracasarían lamentablemente, si tuvieran que asumir el trabajo de sus secretarias o pasarse sin ellas. Conozco a varias secretarias que sin dudarlo firman con los nombres de sus jefes al pie de sus propias soluciones (muchas veces brillantes). La actuación de las mujeres con título superior costaría una fortuna contabilizada en términos económicos de obra de mano de obra masculina.<<

[54] Margaret Benston («The Political Economy of Women's Liberation», *Monthly Review*, Septiembre 1969), es un intento por demostrar que la opresión femenina es efectivamente económica —a pesar de que el análisis económico previo ha sido incorrecto— distingue entre la economía de superestructura masculina basada en la producción de *bienes de consumo* (propiedad capitalista de los medios de producción + mano de obra asalariada) y la economía reduplicad va preindustrial de la familia —producción para *uso* inmediato. Debido a que esta última no forma parte de la economía contemporánea *oficial*, su función en la base de esta misma economía suele pasarse por alto. Hablar de la inserción de las mujeres en la superestructura de una economía de bienes de consumo, no tiene en cuenta la tremenda cantidad de producción indispensable del tipo tradicional efectuada actualmente por las mujeres sin retribución alguna. ¿Quién se hará cargo de ella? (N. del A.)<<

[55] El Chase Manhattan Bank calcula la totalidad de la semana laboral doméstica de una mujer en 99.6 horas. Margaret Benston ofrece un cálculo mínimo para una mujer casada *sin hijos* de *16* horas, cerca de la mitad de una semana laboral corriente; una *madre* debe pasar seis o siete días a la semana trabajando casi 12 horas diarias. (N. del A.)<<

[56] La autora hace referencia a la novela de Aldous Leonard Huxley, *Brave New World*, aparecida en 1932 y vertida al castellano bajo el título *Un mundo feliz*. (N. del T.)<<

[57] Aunque es cierto que los niños de los orfanatos no reciben ni siquiera el calor y los cuidados que los padres proporcionan a sus hijos y que ello tiene efectos frustrantes —los tests han demostrado que los niños albergados en tales instituciones poseen un C.I. más bajo, un grado más elevado de inadaptación emocional e incluso, como en el famoso experimento de los monos privados de los cuidados maternales, una frustración o destrucción de sus funciones sexuales—, quienes citan tan triunfalmente estas estadísticas para desacreditar las alternativas radicales, no se dan cuenta de que el orfanato es la antítesis de una alternativa radical, de que en realidad no es más que *una consecuencia de lo que intentamos corregir*.

El orfanato es la contrapartida de la familia, al igual que la prostitución es el *resultado directa* de la institución del matrimonio patriarcal. En el mismo sentido en que la prostitución es un complemento del matrimonio, el orfanato es el mal necesario y complementario de una sociedad en la que la mayor parte de los niños viven bajo un sistema de patrocinio por parte de sus padres genéticos. En el primer caso, al existir mujeres bajo régimen de patrocinio, aquellas cuya posesión no ha sido reclamada pagan un precio especial; en el otro, al ser los niños propiedad de individuos concretos y no miembros libres de la sociedad, aquellos niños cuya posesión no es reclamada por nadie, sufren.

Los huérfanos son aquellos niños desafortunados que no tienen padres en una sociedad que dictamina que todos los niños *deben* tener padres para sobrevivir. Al estar todos los adultos monopolizados por sus hijos genéticos, no queda ninguno dispuesto a cuidar a los huérfanos. Sin embargo, si *nadie* mantuviera relaciones exclusivistas con los niños, entonces *todo el mundo* estaría libre con respecto a *todos* los niños. El interés natural por los niños se extendería a todos ellos en vez de concentrarse exclusivamente en los propios.

Los males de este sistema de orfanatos, la existencia hacinada, la impersonalidad y el anonimato, surgen porque tales instituciones son los *vertederos de basuras* destinados a los rechazados en un sistema exclusivista familiar; nosotros, en cambio, deseamos extender las emociones familiares a toda la sociedad. Por todo cuanto llevamos dicho, las instituciones infantiles y sus consecuencias se encuentran en las antípodas de las alternativas revolucionarias, por cuanto violan casi todos nuestros postulados esenciales —la integración de los niños en el conjunto de la sociedad y la concesión de libertad económica y sexual plenas. (N. del A.)<<

[58] Durante mi corta estancia observé que una americana amiga mía, a pesar de estar inscrita como enfermera, no podía conseguir ni con toda su fuerza argumentativa puesta en el empeño que le dieran un empleo en la enfermería, porque todas las mujeres resultaban necesarias en la cocina; también pude ver cómo se concedía un empleo en una zapatería a un muchacho que desconocía el oficio, con preferencia a una muchacha especializada en trabajos en cuero. (N. del A.)<<

[59] En un kibbutz conocí a un muchacho de diecisiete, años que había construido su propio pequeño estudio de artista, al qué acudía regularmente con sus amigos para pintar. Como cosa típica, la iniciativa y el proyecto eran exclusivamente suyos. (N. del A.)<<

[60] Neill afirma de sí mismo: «Aunque escribo y digo lo que pienso acerca de la sociedad, si intentara reformarla *por medio de la acción*, la sociedad me mataría como a un enemigo público… [Me doy cuenta] de que mi función básica no es la reforma de la sociedad, sino el proporcionar felicidad a unos pocos niños». (N. del A.)<<

[61] Neill comenta algo desconcertado la vuelta a la diversidad de funciones según los sexos, aunque aceptándola en términos generales. Es más, él y su esposa Ena actúan como benevolentes modelos de tales funciones, aunque se trate quizá de una familia más bien numerosa. Veamos lo que Neill nos dice al respecto:

> Si el tiempo es bueno, probablemente no veréis a los *gangsters* (?) juveniles de Summerhill. Están en los rincones más alejados intentando llevar a término sus *proezas temerarias*, En cambio, podréis observar a las niñas. Éstas permanecen en la casa o cerca de ella, y nunca se alejan demasiado de los *mayores*.
>
> A menudo encontraréis la Sala de Arte llena de niñas pintando o haciendo pequeñas cosas manuales. Pienso, sin embargo, que en general los niños son más creativos; por lo menos» nunca oigo a un niño decir que está aburrido porque no sabe qué hacer, cosa que a veces oigo de labios de las niñas. Es posible que yo encuentre a los niños más creativos que las niñas, debido a que la escuela esté mejor equipada para ellos que para ellas. Las muchachas de diez o más años poca necesidad tienen de un taller con hierros y maderas… Tienen, en cambio, su trabajo artístico, en el que se incluye el corte de piezas, de linóleo, la pintura, labor de costura, etc., cosas que, sin embargo, para algunas no resultan suficientes…
>
> Las niñas toman parte menos activa en las reuniones de la, escuela que los niños. Debo admitir que no encuentro explicación apropiada para este hecho.
>
> (La cursiva es mía).

(N. del A.)<<

[62] Si el experimento escolar aislado de *Summerhill* tiene éxito hasta cierto punto, el *Summerhill* «hogareño» es un fracaso estrepitoso. No hay nada más triste que el espectáculo de unos padres tratando de introducir su propia versión de *Summerhill* en su vida familiar, sin caer *jamás en la* cuenta de la profunda contradicción que existe entre la vida familiar y la verdadera libertad infantil. He estado en hogares en los que las madres se veían reducidas a suplicar a los niños a dejar de pegar a los visitantes (yo); no se atrevían a utilizar el poder cuya existencia el niño por lo menos conoce y que, de hecho, actúa como provocación. Hay otras familias en las que los niños son obligados periódicamente a asistir a consejos familiares, etc. Sin embargo, y a pesar de todas estas actuaciones progresistas, los niños saben instintivamente —y actúan basados en este conocimiento— que toda decisión real será tomada sobre unas realidades prácticas *cuyo control está en manos de los padres*. (N. del A.)<<

[63] Reich estudia la incapacidad de Rusia en el tratamiento de los primeros síntomas de una sexualidad infantil: libre. La sexualidad infantil fue interpretada en términos puritanos, como signo de decadencia moral, en vez de considerársela como la primera etapa del retorno a una sexualidad natural. (N. del A.)<<

[64] El 95 por 100 del total de mujeres americanas siguen contrayendo matrimonio y el 90 por 100 teniendo hijos, casi siempre más de dos. La familia media (con un número de hijos entre dos y cuatro) sigue predominando como siempre, por lo que su mayor incidencia no puede atribuirse a la explosión de natalidad posterior a la guerra (N. del A.)<<

[65] Pero ¿qué significa realmente la dicotomía bueno-malo? Quizá no se trata, después de todo, más que de una eufemista distinción de clases —los sensitivos y educados, en oposición a los ineducados, menesterosos, perseguidos y, por tanto, indiferentes. A hora bien, aunque el niño nacido de padres educados o pertenecientes a la clase alta es más afortunado en todos los aspectos, y puede recibir un número considerable de privilegios gracias a su posición, nombre y bienes qué va a heredar, la distribución de los niños se realiza por igual entre todas las clases (suponiendo que los hijos de los menos afortunados, no sobrepasen en número a los otros) reproduciendo así en idéntica proporción la desigualdad inicial. (N. del A.)<<

[66] La autora utiliza el término *household*, que literalmente designa el grupo de personas que viven en una casa —incluyéndose en él, no sólo la familia, sino también sirvientes, etc. (N. del A.)<<

[67] V. nota anterior. (N. del T.) <<

[68] Una ventaja adicional del grupo de convivencia estribaría en permitir a las personas mayores, superada la edad de la fertilidad, seguir compartiendo plenamente la paternidad cuando así lo desearan. (N. del A.)<<

[69] Instalaciones destinadas a diversión y convivencia social en el *campus* de un *college* o *university*. (N. del T.)<<

[70] Si los: niños de la actualidad recibieran una idea clara de las profesiones posibles —no la simple distinción entre bombero y enfermera—, probablemente desarrollarían intereses concretos antes incluso de esta edad. (N. del A.)<<

[*] De ahí la peculiar situación de las mujeres, que jamás objetan al insulto que puedan recibir como estamento, *siempre que* como entidades individuales sean consideradas excepción. El pero insulto para una mujer es decirle que «es como todas», es decir, que no es mejor que las otras; el mejor cumplido consiste en decirle que tiene la inteligencia, el talento, la dignidad o la fortaleza de un hombre. En realidad, como acontece con todos los miembros de las clases oprimidas, ella misma toma parte en la actividad de insultar a sus iguales, esperando con ello dejar bien claro que *ella* —como ente individual— está por encima del comportamiento de las otras. Esto hace que las mujeres, como clase, estén mutuamente enfrentadas («Divide y vencerás»); la «otra» cree que la esposa es una «tirana» que «no le comprende» y la esposa está convencida de que la otra mujer es una «oportunista» que «se está aprovechando» de su marido —y, mientras tanto, el verdadero culpable sale libre de castigo—. (N. del A.)<<